BIBLIOTECA CIENTÍFICO-LITERARIA.

EL GENIO DE LAS RELIGIONES

POR

EDGAR QUINET

TRADUCCION

DE

RICARDO MACÍAS PICAVEA

CATEDRÁTICO DEL INSTITUTO DE VALLADOLID.

SEVILLA
Administracion de la Biblioteca Científico-Literaria.
Lerena, 8.

MADRID
Librería de Victoriano Suarez.
Jacometrezo, 72.

1879.

50
DGC
A

BIBLIOTECA CIENTÍFICO-LITERARIA
LIBRO XXIV.

EL GENIO DE LAS RELIGIONES

t.155967
C.1195954

EL GENIO
DE LAS RELIGIONES

POR

EDGAR QUINET

TRADUCCION

DE

RICARDO MACÍAS PICAVEA

CATEDRÁTICO DEL INSTITUTO DE VALLADOLID.

PRECEDIDA DE UN PRÓLOGO

SEVILLA
Administracion de la Biblioteca Científico-Literaria.
Lerena, 8.

MADRID
Librería de Victoriano Suarez.
Jacometrezo, 72.

Es propiedad de la Biblioteca Científico-Literaria.

R 12023

PRÓLOGO

En medio de la crísis actual que produce esa falta de unidad y sistema característica en los elementos científicos de nuestro tiempo, advierte asimismo el observador imparcial otro carácter no ménos cualificado, cual es, la amplitud de criterio y universalidad de direcciones con que la ciencia es cultivada en las más opuestas escuelas, teorías y doctrinas. En vano sectarios apasionados de las rivales comuniones se empeñan en bautizar esta época por su esclusiva cuenta, imponiéndole el sello privado y único de su pensamiento; ella, con libertad para unos y otros incoercible, resístese por invencible fuerza de repulsion á

los estrechísimos moldes fraguados para encarcelarla: Proteo titánico, ávida de todas las soluciones, rebelde á todos los límites. Al lado de los especialistas que descubren y amontonan detalles, los partidarios de la unidad elaboran sus prodigiosas síntesis; en frente de los adoradores del hecho y la experiencia, viven los entusiastas de la idea y la intuicion racional; junto á los que en todo ven evolucion é historia y sólo históricamente estudian séres é instituciones, trabajan los que no descubren en todo sino elementos constitutivos, esenciales, y sólo aplican por tanto á todas las cosas la filosofía—de esta ó de la otra manera entendida; —vecinos á los que quisieran que en el mundo no hubiese sino materia y en los gabinetes de estudio no más que balanzas y números, están los que conceden valor únicamente á la activa presencia universal del espíritu y al poder conocedor de la conciencia; codeándose, en fin, con los críticos que apénas hallan cosa ó entidad cognoscible para el entendimiento humano, ostentan su fé ciega los dogmáticos, que ni dudan un momento de la fidelidad y eficacia de nuestra razon, ni conocen límites ni respetos á su voracidad científica: Schopenhauer y Hegel con Hæckel y Darwin, Virchow y Tyndall con Harttman y Quatrefages, Spencer con Renan, Comte con

Fischer. Idéntica universalidad se observa con respecto á los asuntos investigados y disputados intereses científicos. ¿Quién podrá decir que se atienda hoy más á los problemas de la naturaleza que á las apremiantes cuestiones de la moral y de la sociedad, á la crítica histórica más que á la investigacion filosófica, á la economía política que tantos intereses conmueve más que á la religion que tantas emociones produce, á las cosas del cuerpo más que á los fueros del espíritu, á los sentidos más que á la razon, á lo finito más que á lo infinito? Yerran seguramente al igual por pasion de secta los que pretenden eliminar tal ó cual carácter de nuestra fisonomía científica, no viendo en ella más que la expresion de intereses mundanos sin un acento divino, ó tan sólo la aspiracion utópica á ideales de perfeccion absoluta sin un pensamiento práctico y positivo. Todo, todo es hoy pensado y atendido con toda suerte de estudios y atenciones: religion y ciencia, filosofía y arte, práctica y teoría, Naturaleza y Sociedad.

Conviene mucho fijar bien y dar á conocer este carácter comprensivo y ámplio del pensamiento contemporáneo para entender y apreciar con recto juicio sus obras y sus estudios: pues, aislada nuestra patria casi hasta el presente del comercio intelectual

europeo y no viendo en sí misma sino alguna muestra suelta de tal ó cual escuela con sus consiguientes pasiones y exclusivismos, pudiérase creer, por el peligro de generalizar lo que es sólo un estado particularísimo y anormal, que el de toda la ciencia actual reviste ese mismo carácter singular y escolástico, no existiendo para unos más que racionalismo y filosofía, para otros sólo positivismo éhistoria natural más ó ménos transubstanciada—¡nueva especie de milagro de uso exclusivo de los *sabios!*—en biología, psicología y sociología, y con ésta, en religion, moral, derecho, ciencia y arte. El reconocimiento de esta universalidad del pensar en nuestros dias nos enseña, además, que no existen hoy materia ni sistema prescritos: todos se hallan por el contrario vigentes, siendo necesario estudiar sus principales tipos para formarse cabal y exacta idea del conjunto. Por eso las publicaciones que, como la presente Biblioteca, tienen por fin esencial propagar y extender en nuestra patria la cultura del pensamiento, ora excitando su actividad original, ya, sobre todo, por medio de la asimilacion de los elementos científicos de la literatura europea, están en el deber de rechazar cuidadosamente toda sugestion parcial y exclusiva, abriendo por el contrario su seno á todas las obras más inte-

resantes y reputadas de las distintas escuelas, tendencias y partidos.

El Genio de las Religiones del ilustre escritor francés, Edgar Quinet, es sin duda una de esas obras que representan todo un ciclo de ideas y de estudios de la ciencia contemporánea, y no por cierto de los que ménos resonancia han de tener en lo porvenir. Y en efecto, los estudios religiosos, á despecho de los que, desde extremos partidos, ven solo en esta edad crudo materialismo y egoistas intereses económicos, ocupan hoy lugar distinguido en el inventario general de las investigaciones científicas. Unos bajo el concepto filosófico, otros desde el punto de vista histórico, cuales atendiendo á la vez al doble aspecto de la idea íntima religiosa en relacion con el proceso evolutivo de los cultos al través de razas y pueblos, buen número de ilustres pensadores han consagrado en nuestros dias no escasa parte de su actividad á la investigacion de tan interesante problema de la conciencia y de la sociedad. Nos bastará citar como prueba los nombres de Vacherot, Strauss, Vera, Michelet, Burnouf y Harttman, á los que pudiéramos añadir otros muchos no ménos ilustres, todos los cuales, aunque con diverso sentido y contrarios criterios, se han preocupado igualmente de dicho problema. Y no sólo la ciencia,

la vida social está hoy más que nunca llena de los rumores, choques, sucesos y dificultades de la cuestion religiosa. No somos infieles á la verdad si afirmamos que ella con el problema económico constituyen los dos grandes asuntos y temas, que mueven la actividad interna de las sociedades contemporáneas y han de absorber con instancia pederosa é incontrastable la de las sociedades próximamente futuras. ¡Felices aquellas que, sabiendo vencer miedo y pereza, logren cuanto ántes por la virtud, la ciencia y la paz resolver las duras, apremiantes y hondas dificultades que tales problemas entrañan, porque ellas serán salvas! ¡Desgraciadas las que, ciegas por la ignorancia, embargadas por el ocio, entorpecidas por pesimista indiferentismo ó miedo egoista, se duerman sobre la corriente azarosa de los sucesos y olviden ó pretendan olvidar esos problemas, porque un dia la corriente se convertirá en ola tumultuosa, y se verán expuestas á ser cruel y miserablemente anegadas!

Es, pues, hoy la religion asunto agitado en la ciencia y en la vida, desde cuyas esferas se apremian mútuamente los conflictos y las soluciones. De modo que la primera estudia ahincadamente el problema religioso en la conciencia y en la historia, no sólo por moti-

vos teóricos, esto es, porque éste, como todos, deba ser objeto de sus investigaciones, sino por razones prácticas de actualidad, á instancias vivas de la Sociedad que le pide con urgencia un arreglo positivo, estable y racionalmente satisfactorio del mismo con los nuevos crecimientos y más ámplia vida del organismo personal y social. ¿Es la religion un accidente histórico, propio únicamente de ciertos estados psicológicos y sociales en el *devenir* de su evolucion, ó es, por el contrario, un elemento esencial y constitutivo del sér humano y una institucion por tanto permanente de la Historia? *¿Qué* es esa religion, *qué realidad* tiene y *en dónde* radica? *¿Cómo* se ha encarnado, manifestado y desarrollado en el proceso histórico? ¿Cuáles son sus destinos actuales en presencia del libre pensamiento, de la democracia, de los progresos de la ciencia y de las trasformaciones del arte y las industrias? Strauss con la izquierda hegeliana y Comte con los positivistas, nos dicen que la religion ha pasado, extincta en el caos borroso de los fantasmas de la razon, las ilusiones del sentimiento y las flaquezas humanas; Draper, que constituye oposicion y conflicto permanente en la historia con la ciencia y el progreso; Burnouf, los mitólogos y la escuela histórica, que es uno de los fondos é ideas

eternas de la historia, apto para manifestarse sin fin en la misma, cambiarse y modificarse; Vacherot con los espiritualistas franceses, más ó ménos cartesianos, que representa un modo de ser del pensamiento, destinado á trasformarse en filosofía pura; Schleiermacher con la mayor parte de los racionalistas alemanes, que expresa una cualidad esencial en el espíritu y una institucion imperecedera en la sociedad; algunos, en fin, neo-católicos, coincidiendo en esto con ciertos panteistas de allende el Rhin, que implica toda la esencia del alma y todo el valor de la historia, constituyendo y absorbiendo el orígen primario y el último instante y sustancia de una y otra. Tal es en resúmen el cuadro de las capitales soluciones con que la ciencia contemporánea responde al interrogatorio arriba presentado.

Aparte ahora las que la inspiracion práctica y las necesidades apremiantes de la vida hayan de buscar y realizar, pensamos nosotros que la ciencia no logrará comprender ni resolver este problema—como otros muchos—ínterin no despeje sus propias dificultades, se apodere de todas sus fuerzas cognoscitivas, depure sus medios de investigacion y modifique, integre y perfeccione en definitiva sus procedimientos. Kant abrió la única puerta posible é inició el solo camino derecho. Pero

Kant no supo concluir el problema, y el pensamiento humano, que no puede parar un punto su actividad, impulsado por la propia invencible fuerza que le arrastra y por el aguijon de todas las necesidades y conflictos de la vida, que le piden sin cesar luz para orientarse y marchar, saltó por encima de leyes medio y mal definidas, y ha vuelto de nuevo á trabajar y crear sus obras, indisciplinada, arbitraria, espontáneamente, á gusto de la inspiracion individual más bien que bajo la guia inflexible, pero segura, de la ley real de la inteligencia humana. Hoy la orgia del pensamiento desenfrenado, ardiente, extenso é intenso, excitado por aperitivos y manjares sin fin, deslumbrado ante la inmensidad que se ha abierto ante sus ojos, atraido por horizontes siempre renovados, es mayor que nunca. Materialistas llegan á desvanecimientos del más romántico espiritualismo; espiritualistas caen en estrecheces del materialismo más rudo; hombres para quienes no hay sino observar y experimentar, se pierden en las más ideales concepciones; filósofos absolutísimos de la idea acaban en las más bajas regiones del empirismo; creyentes se muestran excépticos; críticos definen, combinan y construyen, afirman y niegan, invaden y conquistan, dando quince y raya á los más confiados y benévolos dog-

máticos. ¿Necesitaremos citar nombres propios para que no se crea que atestiguamos con muertos ni fantasmas? Seguros estamos de que el culto lector ha recordado ya, no uno, sino muchos nombres y obras y escuelas enteras, tras de cada uno de esos rasgos descriptivos. No se llega, es verdad, hasta las nebulosas é insulsas abstracciones, ni se cae en los despeñaderos del excepticismo que otras épocas; pero es que la vida es hoy demasiado poderosa y activa, harto espléndida, resonante y enérgica, para que el pensamiento se escape á su bienhechor influjo y se encastille y enfunde tras muros claustrales ni en bayetas escolásticas, aislándose de las impresiones de la realidad, descaminándose, pervirtiéndose y disipándose en un vacío mudo y despoblado. En cambio, con esta especie de toque general de marcha á discrecion para el pensamiento, se producen otros fenómenos cuyo influjo inmediato en la vida no deja de ser perturbador. Todo se intenta, nada se remata. La vida y la muerte, religion y naturaleza, tierra y cielo, los orígenes de todas las cosas, los misterios de nuestra existencia, la propiedad, la justicia, el poder social, cuanto hasta el presente venía constituyendo las raíces mismas de nuestro entender, creer y vivir, son puestos en nuevo estudio, discutidos, criticados, ne-

gados, cuasi transfundidos y medio renovados. La ciencia y la vida quedan con esto en el aire, descuajadas, doloridas, trémulas, quizá espantadas del porvenir. Cada sabio, chocando contra ellas á modo de ola de inundacion, se lleva un trozo de su secular asiento. Los embates se redoblan, el viejo edificio cruje con amenaza y lamento, la fé en los ruinosos lares desmaya, huye, desvanécese por instes, y á todo esto no aparece el nuevo arquitecto, no se ven los nuevos sillares, para reconstruir los cimientos de la vida y la sociedad renovadas. ¿Cómo no ha de ser hondo el espanto, inmensas la ansiedad é incertidumbre, ardientes los deseos y clamores por la posesion del nuevo dogma y la nueva fé que traigan la salvacion, el reposo y la confiada dicha? Porque esta ciencia desbordada de nuestros dias quita, mas no da; niega, pero no confirma; es peritísima en destruir cuanto á su crítica somete, y no sabe construir lo que estudia y hace objeto de su pensamiento: ciencia del *nó* y del *quizá*, poderosa para invadir, impotente para crear en nueva semana genesiaca ese suspirado porvenir que ya se avecina en la historia.

Tal es la oculta fuerza desasimilatriz que ocasiona y determina la gran crisis presente. La urdimbre histórica, el tejido orgánico so-

cial, son ya caducos: la vida que llega es vida fuerte y plena de estío, que exije nuevos tejidos y órganos para poder asimilarse. Hé aquí, pues, que aquella fuerza desasimilatriz, arrastrando al gran depósito del pasado los elementos históricos del organismo social, viciados y estériles, tiene su teleología útil y áun necesaria en este momento de la vida humana. Sin duda las células renovadas, los principios cambiados, los viejos intereses transferidos, clamarán lamentos ó amenazarán muerte con su muerte, gritando que, si ellos se van, todo se va; pero meditemos, que el egoismo es piedra y dureza que prospera sólo con la inercia, la inmovilidad y el aislamiento; mas la vida necesita del blando seno del músculo flexible y transformable, para cumplir sus ámplios, universales y generosos destinos.

Porque debe advertirse que esta crísis actual no es crísis de agotamiento, degeneracion, inopia y extenuidad, sino crísis de transformacion, de crecimiento, de efusion de savia: llegada de las olas vivas, pleamar de la vida que asciende, é invade playas ignoradas, y sumerje altísimas tierras fecundando unas y otras. Nada se va; todo viene creciente, transformado, bello y grande. Libertad es el grito espontáneo que exhalan todas las cosas, porque la libertad significa lo infinito en el

espacio moral, y la nueva vida, que llega plena, requiere holgura sin fin para moverse. Libre pensamiento, libertad de conciencia, democracia, comercio sin fronteras, trabajo sin restricciones, son fórmulas creadoras que en la ciencia, la religion, el derecho ó las relaciones económicas, expresan esa perenne espontánea aspiracion. Orden y paz es el secreto y reflexivo deseo de cuanto adviene, porque la vida cuanto más fuerte, más orgánica, y el órden armónico constituye la esencia de todo organismo. Las tendencias de síntesis científica, las aspiraciones á un socialismo ideal y utópico, los conatos de organizacion en todo, representan otras tantas muestras de ese atormentador y apremiante deseo.

La nueva forma del porvenir parece, pues, hallada en principio: libertad, organizacion. Pero el fondo, lo esencial, la sustancia misma y materia de la vida no ha sido aún construido, determinado, erigido en fuerza y luz á la vez de la conciencia humana y de la historia, dejando por tanto aquella misma forma estéril y vana, como un ideal inasequible é incompleto. Hemos hecho libre la conciencia, y no sabemos qué amar, qué creer, ni qué esperar; tenemos conquistada la independencia del pensamiento, é ignoramos lo que podemos afirmar, definir con certeza, determinar como

principio de ser y saber; poseemos todos los derechos del hombre, y no acertamos á vivir en paz, ni con justicia, ni ordenada, ni racionalmente; queremos organizarlo todo, y no metemos en los moldes sino cosas muertas ó heridas de muerte, que se desmoronan á cada paso y se deshacen como polvo entre nuestras manos. ¿Por qué tal impotencia en medio de la exuberancia? ¿Cómo explicar esa esterilidad creadora coincidiendo con la ascension y el crecimiento de la vida?

No negaremos nosotros que las grandezas y expansiones del sentimiento, los nuevos desarrollos y fuerzas de la actividad, las inspiraciones de la práctica, las mismas leyes biológicas de la sociedad, sean parte y parte importantísima en la solucion del gran problema; pero sí entendemos, que la razon y la ciencia han de ser para el caso el foco de la luz y la principal energía exploradora y guiadora, pues que no en otra cosa consiste el ministerio que por naturaleza les está encomendado en la conciencia y en la vida humanas. Pues lo repetimos: la ciencia está hoy imposibilitada de dar con soluciones positivas, porque ella misma no es aún una cosa positiva para sí misma, porque no sabe sino dudar, opinar, tantear, pero no afirmar ni resolver, porque, en suma, desconoce todavía sus propios

recursos, sus usos legítimos, su naturaleza íntima. Hay que volver á Kant, hay que terminar el problema por él iniciado y planteado; hay que ahondar, escudriñar, observar, descubrir hasta el fin en los fondos áun no claramente iluminados de la conciencia y la razon. Cuando el misterio del conocimiento se hubiere explicado con sus elementos primarios y su composicion y su extructura y sus funciones y sus fuerzas, entónces acabará la duda, renacerá la confianza y comenzará el período de reconstruccion del nuevo estado social y fundacion de los nuevos ideales: período de tareas fecundas y reposada aunque profunda actividad; pleno, afirmativo, sustancial, humano y divino. ¡Cuán fáciles han de ser en este caso las dificultades presentes! ¡Cómo se alzará en el horizonte la gran religion, penetrará en todas las relaciones humanas una justicia profunda, amanecerán altísimos ideales para el arte, será el bien más hacedero y asequible! La adoracion á Dios, libre y fraternal, la riqueza necesaria en todos los que trabajan, la moralidad pública, la democracia y una armonía estable entre indivíduos y naciones, no serán ya problemas ni utopias, sino realidades históricas en cuanto quepa dentro de aquella cultura y en hombres terrenos. La crísis habrá concluido.

¿Quiere esto decir, que nuestra ciencia actual deba ser absolutamente repugnada por estéril y áun perjudicial? Nada ménos que eso.— Ya hemos dicho como es un momento necesario en la evolucion presente y como dentro de él ejerce una funcion y cumple un fin. ¿Es bueno ni verdadero cuanto constituye hoy nuestra civilizacion y cultura? Evidentemente, no. ¿No existen errores, injusticias, miserias, impiedades? Sin duda que sí. Pues para descubrir y acusar estos males y flaquezas sirve como ninguna esa ciencia fiscal, atrevida é impetuosa, que, si no ofrece el remedio ya hecho, tampoco deja pasar el vicio bajo paños de bondad, ni con postizos de salud escrófula y gangrena, avisando el peligro. Máscaras religiosas, miserias morales, violencias políticas, injusticias civiles, errores y defectos de ella propia, nada que sea perversion ó vanidad, escapa de su mortal escrutadora crítica.

Pero no sólo para este menester fiscal y negativo sirve la ciencia presente, sino que, áun en el órden de las afirmaciones y conquistas del saber, tiene valor y sustancia verdadera. No adelanta sólo el conocimiento humano por el camino real, directo y aristocrático de la ciencia rigorosa, mas tambien en más humildes esferas y por sendas y rodeos más ó ménos anchos y largos va y progresa

hácia su fin, el descubrimiento y posesion de la verdad. ¿Pues qué, la experiencia que da la vida, la inspiracion que se recoje en la práctica, el discernimiento que la reflexion presta, la sublimidad y riqueza de ideas que con la cultura se adquieren, no significan ni valen nada? Estas fuentes son el venero inagotable, la rica mina en donde la ciencia misma toma sus materiales. Aún pudiéramos decir que representan cuatro talleres distintos y de labor gradualmente sucesiva, en que el material cognoscible se va informando y afinando, de modo que muchas veces muy poco es lo que le falta para quedar perfecto. Y es que el conocimiento, siquier espontáneamente ejercido, tiene ya por su propia índole y sin llegar que digamos al grado absoluto de científico, precio real y positivo, muy suficiente para vivir con honrada discrecion y orientarnos en los grandes fines de nuestros destinos. Ni ¿podremos afirmar que la ciencia humana hasta hoy sea en el rigor absoluto de la palabra ciencia? Creemos muy fundadamente que no. Y, sin embargo, ella ha bastado para que los hombres prosperen sin cesar y emprendan y rematen muy nobles cosas. Ahora bien; en este entendido decimos, que la contemporánea contiene en el fondo las más hermosas y verídicas doctrinas, juicios, ideas é

intuiciones. ¡Cómo no, si la vida humana es ya tan adulta, si la historia nos ha enseñado tanto, si la experiencia de la naturaleza, de la sociedad, de los organismos físicos y psíquicos y antropológicos se ha extendido y acopiado en términos que pareceria un sueño de riqueza oriental á los hombres del pasado siglo! Los grandes sistemas de la filosofía germánica han dejado en el suelo científico un sedimento de ideas de valor incalculable, sobre y á costa del cual viven hoy, quizá sin saberlo, todas las ciencias especiales, desde las históricas y filológicas hasta las químicas y fisiológicas: gran matemática cualitativa que urgía ya sustituir á la de Platon y Aristóteles, insuficientes para las nuevas necesidades; el positivismo ha venido á dar vida realmente científica á la experiencia, que, si desde los tiempos de Bacon habia sido al fin reconocida como una de las fuentes insustituibles del saber, estábalo con reconocimiento más teórico y platónico que efectivo y real, siendo así que de hoy más podrá descender para siempre esta verdad á la conciencia: no hay para el hombre conocimiento *entero* y *definitivo* sin experiencia; el pesimismo ha traido al campo científico toda una fase de la existencia y vida terrena, abandonada hasta el presente á intuiciones vulgares ó dogmas

religiosos con grave y universal daño, comenzando á estudiar y razonar cómo este mundo, muy fuera de ser óptimo, se halla por el contrario pervertido y manchado por original y hondo defectismo y conflicto. Y con estas positivas conquistas coinciden otras mil, várias y de detalle, en todos los órdenes posibles del conocimiento, como si la república científica apareciese hoy cual innúmero ejército de exploradores invadiendo á discrecion y al azar de la inspiracion individual los países y dominios del mundo de la verdad.

En medio de este cuadro ha de sernos ahora más fácil dar á conocer la significacion, sentido y valor de la obra cuya traduccion ofrecemos al público, y que, segun ya hemos dicho y su mismo título revela, corresponde al ciclo de los estudios religiosos. Pertenece su autor á esa brillante pléyade de generosos pensadores y á la vez ilustres literatos franceses que, rompiendo resueltamente con la inane y estéril tradicion nacional del cartesianismo, desertaron de ella decididos á inspirarse en las grandes escuelas de allende el Rhin, de las cuales la que más decididamente influyó en sus ánimos fué—como era natural—la explicada y propagada por el inmortal Hegel, que en aquellos momentos absorbia tambien en su patria la atencion de casi todos

los espíritus. No se libraron de igual modo de ese sentido ecléctico que informa casi constantemente la ciencia francesa, prestándola cierta laxitud á la vez que fastuosas formas, sin duda porque es cualidad enextricablemente adherida al carácter y destinos de la gran nacion. Lo que parece cierto es, que esta doble procedencia explica suficientemente el gusto de estos escritores por los estudios históricos, hechos á modo de síntesis enciclopédicas impregnadas de filosofía, donde la idea hegeliana palpita oculta con audaces vuelos en un proceso lleno de esplendor y épico movimiento. Sus méritos y sus defectos son asimismo los implicados en aquel complejo orígen: intuiciones profundas, admirables atisbos de la verdad, alteza de pensamientos, riqueza de investigaciones, plan artísticamente concertado, todo ello complicado con cierta confusion ingénita y falta de líneas precisas, con una característica elegante retórica, bajo cuyos plateados velos se ocultan sin duda la indecision de un conocimiento poco exacto y el defecto de conclusiones claras, positivas y resueltas. Pelletan, Michelet y Edgar Quinet son modelos del género.

Tal es asimismo en el fondo el Genio de las Religiones de este último autor.—Una como historia de la filosofía del panteismo

oriental y el paganismo greco-romano, constituyendo entrámbos la religion de la Antigüedad, forma el asunto de dicha obra, en la que, partiendo de tal base, se estiman ademas múltiples fases y relaciones políticas, civiles, artísticas, literarias y sociales. Recorreremos brevemente las capitales etapas de tan magnífico trabajo.

¿Qué es la religion?—Este parece ser el problema que debia encabezar una obra de historia religiosa trascendental, con tanto más motivo cuanto que el autor no se excusa de estudiar, como introduccion á su asunto, otras cuestiones ménos decisivas y perentorias, para que le ayuden á formar su criterio y principio de crítica. No sucede así, sin embargo, y ésta es una de las sombras originales que más contribuyen á disfuminar y oscurecer tan notable estudio. Sin duda el autor la consideró como el fondo y supuesto que habia de manifestarse y revelarse en los hechos que iba á considerar; pero áun así y todo, debió hacer esa reduccion y como extraccion del principio de entre el material de esos mismos hechos, pues que hallándose en cada uno de ellos complicadas todas las fases de la naturaleza humana, no sabemos en resúmen, si él juzga la religion como una de dichas fases, ni en qué manera, ó si por el contrario piensa que constituye la

sustancia comun primordial de la que estas no son sino manifestaciones várias, tanto más cuanto que todo ello puede inducirse indiferentemente del sentido implícito en vários pasajes de la obra. Lo que sí parece resultar de ella es que la religion constituye modo de ser esencial del hombre como criatura de Dios, y que tal modo de ser se manifiesta espontáneamente en su vida en el choque animador con la revelacion implicada en la naturaleza. Volveremos sobre este punto.

Y entretanto, ¿cómo nace históricamente, cuál es el orígen temporal de la religion? Hé aquí una cuestion que el autor se propone y aborda francamente, y desde la cual por cierto pudo ir con muy lógico tránsito al estudio y resolucion de la anterior.—Un conflicto difícil parece declarado en estos momentos dentro de la ciencia respecto del problema relativo á todos los orígenes de las instituciones humanas. Por una parte las ciencias antropológico-morales y las tradiciones primitivas, unánimes todas ellas, del género humano, nos llevan á una fuente divina, plena, de perfeccion embrionaria, donde la cuna del hombre fué apaciblemente mecida y el hombre mismo celestialmente educado é inspirado en todas las ideas é instituciones capitales de la civilizacion; por otra, las ciencias antropológico-físi-

cas y la paleontología y arqueología prehistóricas, parecen conducirnos á un orígen animal ó por lo ménos salvaje y rudimentario, desde el cual fué el hombre larga y penosamente y con sus solos recursos iniciándose y perfeccionándose en los fundamentos de la sociedad civilizada y de la cultura. E. Quinet toma decididamente plaza en uno de estos dos campos, en el primero de ellos, y desde él arguye victoriosamente á sus contrarios. ¿Cómo, les dice, la *invencion* de las instituciones humanas fiada á unos hombres salvajes y á la vez frios, lógicos y calculadores, que más parecen, segun les haceis conducirse, simulacros y parodias de filósofos de escuela, que séres primitivos é ingénuos, saturados de ardiente pasion y encendidos en inspiracion sagrada? ¿Dónde están los *mecánicos*, iniciadores de la sociedad, cuando la memoria humana no nos señala por todas partes sino apóstoles, reveladores, poetas é inspirados? ¿Dónde, sobre toda, la *causa suficiente* del fenómeno, pues que, aún aglomeradas todas las hachas de piedra y sonidos onomatopéyicos y brechas cretáceas ó chozas de ramaje y así hasta lo infinito en esta línea abstracta, no suman ni podrian sumar nunca el más elemental rudimento de sociedad racional y humana? Argumentos que nos parecen incontestables. Pero

es el caso que los argüidos podian probarle, con no ménos firmes razonamientos, que los testimonios palentológicos y arqueológicos son absolutamente fehacientes por propia índole y además numerosísimos y universales, que ellos revelan con plena evidencia un estado primitivo humano rudimentario, miserable é inculto, que en fin semejante estado se remonta á fechas positivas antiquísimas, en comparacion de las cuales los monumentos primordiales de las tradiciones humanas parecen verdaderamente modernos, lo cual nos indica que ellos son posteriores á aquél, y no viceversa. Hé aquí el conflicto. No nos parece éste insoluble, sin embargo, y creemos ántes bien, que, partiendo de la relativa verdad, no refutable, de una y otra teoría, es muy posible componerlas y armonizarlas ámbas en una explicacion completa, racional, y exigida por lógica rigorosa. Dadnos al hombre, al hombre real, entero, sin mengua, y nosotros os daremos todo lo humano esencial en la vida, la familia, la religion, el derecho, la industria, el arte, esto es,—usando el estilo de Quinet—al institutor, al sacerdote, al poeta y tambien al mecánico; pero sea ese hombre primitivo, rudimentario, infante, y todas sus obras, aunque humanas y racionales, no podrán ménos de mostrarse po-

bres, rudas, confusas y primitivas en fin, sin faltarles un solo elemento de idealidad y espontaneidad; pero sin poseer la más pequeña dote de cultura y perfeccion: esbozos originales y tentativas y ensayos sellados con los caractéres salientes de la primera edad; fuerza expansiva, delicado sentimiento, intuiciones profundas, instinto imitativo, inspiracion creadora, inconsciencia, entusiasmo, candidez, piedad, amor, y desprovistos de todas aquellas cualidades que son propias de edades más adultas: intencion preconcebida, calculado utilitarismo, vehemencia tenaz, reflexion, excepticismo, odio. Así en suma pensamos, que puede resolverse el aparente conflicto, y en honor de la verdad debemos decir,—y tal lo comprobará el discreto lector,—que E. Quinet, con agudo y delicado discernimiento, muestra en este punto y al través de toda la obra un criterio casi idéntico á éste. La religion es, pues, para él connatural y coetánea con el hombre, y además su primera expresion en la vida, no bien salido del seno del Eterno; su reaccion más enérgica, original y omnímoda hácia la fuente del sér y existir recien abandonada, cual infante acabado de nacer que llora por la madre y hácia ella con ánsia tiende; su acto, en fin, primordial y total, del que todos los demás se derivaron, la

institucion de la sociedad, la palabra, el arte, la ley civil, el culto mismo como fórmula social de la religion: pensamiento en verdad tan profundo como hermoso y verídico.

Y llegamos aquí á un tercero y capital problema: ¿cómo se ha manifestado el principio religioso entre los hombres? O de otro modo, ¿cuál es la razon de variedad de las religiones? Digamos ante todo que para E. Quinet la unidad originaria del hombre, de la sociedad y de la religion parece un hecho probado por todas las tradiciones y por la historia entera. Ahora bien, partiendo de este principio, el ilustre escritor presenta dos motivos capitales de diferenciacion—usando términos de gusto positivista:—uno etnográfico, las razas, y otro físico-geográfico, la naturaleza exterior, á los cuales añade luégo otros secundarios, como son las vicisitudes sociales y el proceso mismo de la evolucion religiosa.

Son, en efecto, las razas primarias y poderosas individualidades de la humanidad que diversifican, acentúan, matizan y encarnan la conciencia humana en otras tantas personificaciones con propio carácter y temperamento. Ciencia, arte, formas de gobierno, leyes civiles, religion, todo toma en ellas nativamente peculiar manera, proporcion y color. ¿Hasta qué punto son infranqueables por el

hombre los límites impuestos por la raza? No sabemos que hasta ahora se haya resuelto ni quizá intentado resolver tan difícil é interesante medida. Para el caso nos bastará recordar con nuestro autor, que hay razas naturalmente panteistas, monoteistas ó politeistas, mahometanas, budistas ó cristianas, griegas, protestantes ó católicas, expresiones todas ellas diversas, determinadas por el carácter etnográfico, de un mismo hecho de conciencia. Ni habria inconveniente, en correspondencia con la realidad misma, en llevar más adelante este género de diversificacion, añadiendo que cada nacion, cada localidad, cada ciudad, cada indivíduo manifiestan de una manera completamente original la concepcion y el culto religioso, como otros tantos propios templos en donde se alberga Dios y adoracion recibe.

Y hé aquí ya al hombre enfrente de la naturaleza. ¿Cómo obra esta influencia en la concepcion religiosa? Confesamos que el autor anda en este particular, á vueltas de magníficas ideas, un si es no es confuso y dudoso por lo que hace á la raíz misma del caso. La naturaleza, dice, es el órgano de la revelacion de Dios al hombre. Pero ¿y la conciencia? ¿No es acaso el primero y más inmediato órgano de comunicacion entre la Persona infi-

nita y la finita? ¿No queda sentado en este sentido,—porque sólo en este sentido puede afirmarse,—que la religion es un elemento constitutivo de la humana naturaleza? ¿No acabamos de determinar á mayor abundamiento, como principio de variedad religiosa, las razas, que no son en suma sino variedades de la conciencia humana? Una interpretacion satisfactoria y muy natural nos ocurre al pensamiento del autor, y es que la naturaleza es órgano de la revelacion divina en correspondencia y relacion con la conciencia, cuyas voces evoca y despierta y excita á manifestarse en hechos exteriores de amor y adoracion. En este sentido la idea es profunda, y da asimismo base al escritor para que afirme que las várias manifestaciones y formas naturales son orígen y ocasion de la formulacion de los cultos. Todas las ideas que á este propósito se desarrollan en la obra, y constituyen su principal tejido, son modelo de riqueza intelectual, fina crítica y amplitud y grandeza de pensamiento. Las tradiciones, los libros sagrados, la literatura, el arte, la simbólica mitológica, la etnografía, las emigraciones primitivas, cuantos instrumentos de indagacion y fuentes de conocer podian servir de auxilio en los instantes en que el insigne pensador meditaba su trabajo, otros tantos explotó

avaramente y puso en uso con acertadísima pericia. El culto primitivo ario y sus derivados inmediatos, el brahamismo y magismo; el judaismo originario de Jehovah que sutilmente asimila con aquel primitivo arianismo de Indra; las religiones asirias, el culto chino, el budismo, las creencias egipcias, y, ultimamente, el artístico paganismo griego y político romano hasta degenerar en el sincretismo y evehemerismo del imperio, son sucesivamente estudiados por Quinet siempre en relacion con el principio religioso único y primario que en todos ellos, como bajo velo de Isis, se oculta. Ya es la luz, ora la palabra, cuando el mundo orgánico, las lenguas que hablan con la conciencia religiosa del hombre, revelándole, que tambien en la grande y hermosa naturaleza existe y vive y obra el Dios que en ella tiene asiento, y el mar y el desierto y las altas montañas y los rios poderosos y cuantas várias formas y manifestaciones engendra el seno fecundo de esa madre naturaleza son otros tantos moldes donde el culto se figura y expresa. Repetimos, que en todo este desarrollo, son innúmeros los pasajes en que el ilustre escritor muestra su inspiracion profunda, su agudo criterio, sus vastos estudios, su genio poético y filosófico á la vez. Algunos hay, como el relativo al excepticismo religio-

so y científico, verdaderamente sublimes por lo severo del análisis y lo trascendental y casi profético de las intuiciones.

Tal es la obra que, traducida, ofrecemos al público español. Ella nos parece la más pensada, la más científica y quizá la más clásicamente escrita de E. Quinet, y una de las más bellas y profundas á la vez de la literatura científica contemporánea de nuestros vecinos ultra-pirenáicos. No negaremos que tenga defectos, y los generales y algunos capitales de índole especial ya los hemos señalado. Tampoco ocultaremos, que los datos, históricos sobre todo, de que se sirve, han sido bastante modificados por las investigaciones posteriores, de modo que sería necesario modificar tambien, al tenor de dichas reformas, algunas de sus conclusiones. Pero lo general y esencial queda intacto, y la obra, tal como hoy es, la juzgamos como ninguna oportunísima, para dar á conocer en nuestra patria el sentido, alcance y direccion de los estudios á que se consagra, no sólo por la amplitud de datos é ideas, tal que parece resumir muchos trabajos y escritores de este género, sino por sus bellas formas y claro y fácil estilo. Nuestro deseo sería, que su utilidad fuese tan grande como nimio y minuto es el trabajo que á nosotros en ella nos tocó poner.

RICARDO MACÍAS.

PRÓLOGO

DE LA SEGUNDA EDICION (FRANCESA)

Esta segunda edicion comprende un libro sobre las religiones romanas, que faltaba en la primera, si esta obra habia de abarcar el espíritu de los cultos de toda la antigüedad. El *Cristianismo* y *la Revolucion francesa*, aunque bajo distinta forma, continúa y termina el mismo pensamiento, abrazando así entre ámbas la religion como esencia de la humanidad, desde los más antiguos hasta los tiempos presentes. En ellas se enseña, cómo las revoluciones políticas y sociales son no más que consecuencias de las revoluciones en la concepcion de la idea de Dios, y cómo la historia del mundo civil se forma

eternamente en su fuente original. ¡Ojalá encuentre el lector en el sentimiento imparcial de las primitivas épocas, en este libro evocadas, la paz que fortifica contra los huracanes de los dias presentes! Por mi parte no quisiera que sobre mi tumba, como sobre la de aquel antiguo, pudiera escribirse: Ha dedicado los templos á las tempestades.

E. QUINET.

Paris 14 *Noviembre* 1850.

PRÓLOGO

DE LA PRIMERA EDICION (FRANCESA)

Me propongo deducir del principio religioso la sociedad política y civil. Cierto que durante mucho tiempo se ha creido que los dogmas eran obra y consecuencia de la política; pero lo contrario es precisamente lo verdadero. Así el Cristianismo existió en Bethlehem mucho ántes que las instituciones modernas, el Evangelio ántes que el Papado, el Coran ántes que el Califato, el Sacerdocio del Sinaí ántes que el reino de Jerusalen, la revelacion de Zorastro en la Bactriana ántes que el florecimiento político de la Persia en Susa y Persépolis.

Esta obra estudia los cultos del Oriente

y sus relaciones con los de Grecia y Roma, comprendiendo en cierto modo toda la tradicion de la antigüedad ántes del Cristianismo; asunto que, dentro de la más estricta unidad, encierra una variedad casi infinita. Como natural complemento añadimos el exámen de las religiones del mundo occidental y moderno, ó sea, del catolicismo, el mahometismo y la reforma, además del de las instituciones germánicas. Séanos permitido recojer nuestras fuerzas en el momento de lanzarnos en tan árdua empresa á recorrer ese itinerario de los pueblos hácia Dios, en que cada paso mide el infinito.

Mas para elevarse á la filosofía de la revelacion general, parecia condicion indispensable estudiar ántes cada culto en particular, como si él fuera único en el mundo. En este punto, cuanto más hemos creido que se agitaban y chocaban, sin producir luz ni calor, los modernos sistemas religiosos, mayor ha sido nuestro empeño en atenernos á aquellas épocas en que, por decirlo así, nos fuera dable hablar imparcialmente de Dios, no llevando á ellas el espíritu de la nuestra, mas ántes bien, cuidando escrupulosamente de ir allá despojados del hombre actual tanto como revestidos del antiguo, bien persuadidos de que la dificultad

en estos asuntos, más que en atribuir á las instituciones del pasado la ciencia de la posteridad, estriba en poder encontrar por un momento en el fondo de uno mismo la esencía, viva aún, de sus creencias. Si en el de este libro palpitase algo del alma religiosa de la antigüedad, habré conseguido mi objeto; si por el contrario no se viese en él otra cosa que los pensamientos estudiados de un comentador del siglo diez y nueve, confieso que habria que rehacerle desde la primera página.

E. Quinet.

París, 29 *Diciembre* 1841.

EL GENIO DE LAS RELIGIONES

LIBRO PRIMERO

DE LA REVELACION POR EL ÓRGANO DE LA NATURALEZA

I.

De la génesis espiritual.

Cuanto más agitado nos parece el espíritu, la naturaleza más inmutable. Las estaciones, los dias, las mareas sucédense en un órden constante; las emigraciones de los animales y la de los astros se hallan á idéntica fatalidad sometidas; la sucesion de los años no hace sino confirmar esta servidumbre del cielo y de la tierra.

En medio de tal universal encadenamiento únicamente al hombre no le es dado permanecer inmóvil un punto. Construyendo y destruyendo incesantemente sociedades y sistemas para volver siempre á comenzar la misma tarea, absorto en sus propias obras, en presencia del espectáculo

invariable que le rodea, ¿qué es lo que pretende?; ¿qué busca?—Lo ignora; mas continúa siempre marchando, agitándose, deshaciendo lo que de hacer acaba, dejando que por él respondan sus actos, cambiando sin cesar en una palabra, cuando todo en su alrededor permanece inmutable. ¿Nos argüireis que éste es el signo de su miseria? No; eslo más bien de su grandeza, el que le hace rey de esa naturaleza muerta, por más que rey, como Saül, frecuentemente enloquecido.

En efecto; él no ha recibido normalmente, por una sucesion legítima, la herencia del barro terreno. Entre uno y otro media una revolucion, de modo que no sólo ha quedado emancipado su cuerpo, sino sus instintos, sus sentimientos, sus dioses. Su sér siente además la sed de lo infinito y con anhelo eterno lo persigue, cambiando de templo, de santuario, de sociedad, sin cambiar nunca de deseos. Suprimid por un momento con la libertad moral esta aspiracion á lo infinito, y la vida cesa en el mismo punto. No más imperios, ni pueblos, ni generaciones diversas unas de otras; los siglos petrificados se detienen; los libros de la historia civil hay qne borrarlos y añadir á la natural un capítulo más.

Y no es que la naturaleza sea en realidad tan inmutable como á primera vista parece. La historia de sus épocas ha llegado á ser escrita, como la de las épocas sociales, y en las cortezas mismas del globo fueron halladas, con la primera cronología, las inscripciones del mundo naciente. ¡Cuán-

tas organizaciones ensayadas, esbozadas, destruidas unas en pos de otras hasta alcanzar el molde de la especie humana! Desde los reptiles alados, salamandras gigantescas que se arrastraban sobre los bordes del caos, hasta los grandes mamíferos, ¡cuántas épocas y eras diversas y reinados monstruosos y dinastías soberanas no han reinado y se han sucedido! Pero el hombre surge por fin, y todo vuelve á su natural reposo; la naturaleza, agotada en su última obra, recae en su antigua inmovilidad y cesa en su creacion; ya no hay más organismos ni combinaciones nuevas. ¿Es que el mundo se ha detenido? ¿Acaso el Espíritu divino que le creara le ha abandonado? Pero nó, el poder de transformacion no se halla agotado: háse refugiado en el corazon y en la conciencia del hombre. En este seno, que encierra todas las luchas, la inmensa noche, las tempestades, el genio creador, que atormentaban, revolvian y desgarraban ántes el seno de la naturaleza, la creacion continúa. Del caos del universo viviente surge un nuevo caos más profundo, en donde duermen, confusamente envueltos, los esbozos, gérmenes y embriones de las sociedades futuras. El soplo del espíritu pasa sobre la faz inteligente de este abismo, y la luz queda hecha en la noche del pensamiento. Entónces comienzan á aparecer nuevos séres, mitad cuerpo y mitad alma, sociedades y estados, y en esos estados dioses é instituciones y leyes, y obras de arte que no tienen ménos realidad que la realidad más sensible. La misma potencia que ha-

bia llamado á los animales por sus nombres, llama en alta voz, de siglo en siglo, á las razas humanas, á los imperios, desde el umbral de la historia. El universo organizado ya no produce nuevas formas vegetales ó animales, pero engendra en cambio formas sociales en variedad infinita y sucesion indefinida: á la Génesis de la materia ha sucedido la Génesis de la inteligencia.

Ahora bien, es nuestro propósito indicar brevemente en esta obra las fases de esta Génesis espiritual, determinando el lazo que une entre sí las civilizaciones, siguiendo la tradicion universal que se extiende desde el primero hasta el último pueblo, é investigando la manera como se encadenan los dias en esta gran semana de la creacion de la historia civil. Pero para reunir en un pequeño espacio tantas sociedades distintas, preciso es despojarlas de lo que tengan de más perecedero y reducirse á lo que en ellas ha sido el principio de vida. ¿Dónde, empero, buscar ese principio que en sí contenga todo el espíritu de una sociedad? ¿En las artes, en la literatura, en los sistemas filosóficos, en las instituciones civiles? Si en todo pueblo no existiese un elemento más profundo que éstos, más íntimo, más inseparable de la vida misma social, seguramente que sí. Y ¿cuál pudiera ser ese genio eternamente presente de que la sustancia misma de los pueblos es formada, sino es la religion, principio de donde, como otras tantas necesarias consecuencias, nacen las instituciones políticas, las artes, la poesía, la filosofía

y, en cierto modo, la série misma de los hechos históricos? Lo cierto es que no creemos conocer á un pueblo miéntras no nos hemos remontado hasta sus dioses, pues la poesía y las artes no son frecuentemente sino galas que encubren el dolor; la libertad política, inscrita en la ley, sirve sólo muchas veces para paliar la servidumbre moral, y por lo que hace á la filosofía, no es elemento tan esencial á toda civilizacion que no podamos concebir un estado sin una escuela de metafísicos. Pero si llegamos á conocer el dogma de una sociedad, podemos decir que sabemos verdaderamente por qué y cómo esa sociedad vive; estamos en posesion de su secreto: no nos engañamos ni en cuanto á sus alegrías, ni respecto de sus dolores; leemos, en fin, sus pensamientos, no sólo en su frente, sino tales como fueron inscritos y formados por Dios mismo en el fondo de su espíritu.

Con este punto de vista vamos á emprender el estudio de las religiones de los pueblos que ocupan un lugar en la historia, y donde cada uno de ellos surge sobre un dogma particular, como una estátua sobre su base. Mas en esta peregrinacion á través de los cultos del pasado, errantes de altar en altar, no iremos, infatuados con la superioridad moderna, á burlarnos de la miseria de los dioses abandonados, sino que interrogarémos á los santuarios vacíos, preguntándoles si no han encerrado acaso un eco de la palabra divina, inquiriendo entre ese polvo sagrado algun resto de la verdad y de la revelacion universal, y anotando

siempre las relaciones de la historia política con los dogmas que bajo símbolos tales pueblos ocultan. En medio de esos cultos surge el Dios hebreo, que ha de vencerlos á todos, atrayendo poderosamente con su unidad los espíritus. Desde el momento en que esto se realiza, el camino se hace más rápido. Precipítase el mundo hácia ese Dios; los pueblos que ya comenzaban á buscarle, vánse tras él desde el instante en que le han apercibido; nace el Cristianismo y apóyase la sociedad moderna sobre la trípode de Oriente, Grecia y Roma; el Mahometismo surge, y su dios vuelve á tomar posesion de los desiertos de la Arabia: Dios muerto que se apodera de las civilizaciones muertas del Egipto y de la Persia. Entretanto el Catolicismo crece, y todas las ramas de la tradicion van á confundirse en ese grande árbol de la vida que da, él solo, sombra á la civilizacion durante mucho tiempo, reconciliando el Oriente con el Occidente, el pasado con el porvenir. Pero los hombres del Norte llegan á disgustarse de él; álzase en contra suya, el primero, el espíritu germánico; la reforma se agita, y el hombre pónese otra vez á buscar la verdad que ya creia poseer, viéndose arrojado entre las tempestuosas olas cuando se juzgaba arribado á seguro puerto. La duda se apodera del mundo, y el Dios eterno vacila en el fondo de las conciencias; pero este estremecimiento de excepticismo no pasa sin resultado. Todo se conmueve; la filosofía y las revoluciones políticas rasgan á un mismo tiempo el velo del porvenir, y nos-

otros, que aparecemos un momento en medio de este espectáculo, entrevemos ya el resplandor que ha de iluminarlo todo y traer la paz que el mundo ha perdido.

Vida del Espíritu divino á través del mundo, anales del Eterno encarnado en el tiempo, ¿quién soy yo para intentar esta historia? Muchas veces he pensado que un hombre, ántes de morir, se debia á sí mismo el estudio de las creencias en aquellos hermanos suyos que le han precedido en la vida; pero si yo buscase sólo el reposo, hubiera diferido hasta mi última hora este exámen lleno de tantos peligros para la inteligencia. Mas ¿es acaso posible el eterno aplazamiento de lo que hay de más grave, contentándose entretanto con lo que de más efímero existe? ¿Quién me responderá de un solo dia? Es, pues, necesario acometer sin más preliminares la empresa que más me atrae y me aterra á un mismo tiempo, de la que todas las otras dependen, y que, si esconde en sus senos el abismo, encierra tambien la única verdad que es capaz de colmarlo.

II.

De la tierra considerada como el primer templo.

La tierra, inmortal Cibeles, no solamente se corona de murallas, sino de instituciones y de ideas tan inmutables como sus torres. En su vasto seno se despiertan pensamientos, cada uno de los

cuales constituye el tejido de la vida de una sociedad; á sus pechos se amamantan con leche divina pueblos, cuyos primeros vagidos cubren los ruidos del caos.

Antes de que la historia comenzase en el mundo, el globo habia sido modelado por omnipotente mano, y los imperios, al desenvolverse, siguieron casi forzosamente estos primeros grandes trazos desde el comienzo de las edades esculpidos. La figura de los continentes, rios, mares y montañas, ha determinado donde quiera la de las sociedades, de suerte que cada continente viene á ser un molde en que la Providencia arroja las razas humanas para que tomen la forma eterna de sus designios: el primer profeta escribió así su libro en las mudas líneas de los continentes aún deshabitados.

Por donde resulta que cada lugar de la naturaleza, cada momento del tiempo, representa, en los caractéres geniales que le son propios, á la Divinidad bajo una fase especial; que de cada forma del mundo se desprende una revelacion, de cada revelacion una sociedad, de cada sociedad una voz en el coro universal; que no hay, en fin, un solo punto del tiempo ó del espacio que en algun sentido no figure en la revelacion siempre creciente del Eterno. La creacion, separada en un principio de su autor, tiende cada vez más á unirse con él por los lazos del espíritu, y la tierra crea así verdaderamente á su Dios con el trabajo de las ideas.

En este concepto es la historia en culto eterno, al cual cada civilizacion lleva sus ritos fre-

cuentemente bañados en sangre: procesion del espíritu á través de los tiempos y lugares, en la que cada continente puede ser considerado como un santuario particular que tiene necesarias relaciones de semejanza y armonía con la creencia que en él se ha desarrollado, la cual á su vez no es más que un rito de la religion que refiere todos los extremos de la tierra á la economía universal.

El Asia es quien ha iniciado, con el himno de la tierra al cielo, el primer acto de la liturgia, cuyo sacerdote es la humanidad. Esa region, en que las formas vegetales y animales alcanzan monstruosas proporciones, será asiento de imperios monstruosos tambien, que representarán en la historia civil lo que el baobab y el elefante en el mundo orgánico. En las orillas de sus tres grandes rios vendrán á abrevarse los de la India, Asiria y Egipto. Ni ¿cómo no nacer del seno de aquel mar sin orillas, de las cimas de aquellas montañas inaccesibles *aún para el pensamiento*, de aquel infinito visible que por todas partes rodea á la humanidad, la idea de lo incomensurable en el tiempo y en el espacio, ó más bien, la del Dios sin medida, proporcion ni límites? El Oriente, pues, será la cuna de las religiones. Y como es allí la naturaleza harto espléndida para que el hombre deslumbrado sienta la necesidad de ir más léjos á buscar su divinidad, será el Panteismo su religion, y el Asia misma el símbolo ante el cual doblará la rodilla, pues que es ella de suyo

un ídolo sobrecargado de ornamentos en el templo de la creacion. Todo allí resplandece en torno á los dioses reciennacidos; todo les convida á reinar y encarnarse en aquella naturaleza soberana: el Oriente ha de ser la tierra de las encarnaciones.

A la extremidad sin embargo de este continente tan rico, tan exhuberante de vegetacion, tan lleno de cosas propias para formar ídolos, encuéntrase el gran desierto de la Arabia, que si no es nada sobre el mapa, lo es casi toda en la historia, y donde, alejado del mundo sensible, secuestrado en cierto modo, léjos de toda forma, de todo signo y casi de toda criatura, aislado en fin del universo, se elevará el hombre casi necesariamente á la idea pura del Dios-Espíritu. Tres cultos han nacido y se han desarrollado en el desierto: los de Moisés, el Evangelio y Mahoma; Jehovah, Cristo y Allah; tres dioses sin cuerpo, sin imágenes, sin ídolos, sin figura palpable. El desierto, pues, desnudo é incorruptible, donde la naturaleza se halla, por así decirlo, muerta y abolida, donde el alma se contempla sola en frente del creador, donde el Universo, en fin, desaparece para no dejar ver sino la mano que le ha hecho, el desierto, decimos, es el primer templo del Espíritu.

Si investigamos ahora cuáles han sido las relaciones de cada uno de estos cultos con el resto del Asia, veremos desde luego que el Judaismo, secuestrándose en cierto modo á ese mundo, colocando entre ámbos el libro de la Ley, ha escapado á las seducciones del mundo Oriental. Pueblo ana-

coreta, ha hecho en la soledad su alianza con lo Invisible.

El Islamismo nómada, por otra parte, lleva consigo donde quiera el genio del desierto, pesando sobre el mundo como un álito de la Arabia Petrea. Su fuerza y su gloria está en revolverse contra la naturaleza que quiere subyugarle. Profesa horror á las formas; en el país de las imágenes se presenta como su destructor; se arma con la austeridad y se preserva por la cimitarra; aspira á aplazar, por lo ménos hasta la vida futura, el triunfo de los sentidos. Bien pronto, sin embargo, decae, se enerva y es vencido. Por eso es tan fugaz el brillo del genio árabe y tambien del islanismo, que, sometiéndose ante la fatalidad, esto es, ante la ley de las cosas, reincide de este modo en lo que pudiéramos llamar el dogma natural del Asia.

¿Cómo el Cristianismo se ha resistido contra esta fuerza é influjo del Oriente? Abandonándolo. De Jerusalen se traslada á Efeso, luego á Corinto, despues á Roma, y así, alejándose siempre, arranca á la humanidad á las regiones del Asia, poniendo entre ámbas, no ya sólo la ley, sino el abismo. Destronando á la naturaleza, destrona al Asia, y en el punto mismo las relaciones de Europa con el alto Oriente quedan interrumpidas por todo el tiempo que dura el ascetismo de la edad media.

A uno de los costados del Asia hállase pegada el África, herencia de Cain, surcada por rios insociables que, á excepcion de uno solo, corren de

norte á mediodía, huyendo de la civilizacion y buscando las tristes soledades; pátria de las arenas, océano sin islas. El Africa, si se exceptúa el Egipto, carece de representantes en el mundo civil. Tierra vasalla al pié del trono del Asia, destila la mirra y el ámbar y produce, para sus señores, los dátiles y el incienso, pero no civilizacion y arte, ni lenguas, ni poemas, ni casi dioses: sus únicas voces son el rujido de sus leones y el murmullo de sus rios perezosos que se arrastran en los imperios del vacío. ¿Qué es lo que ella representa? La esclavitud, muda como ella, y el desierto moral donde ninguna planta de la inteligencia crece, en el órden civil; el fetiquismo, la magia, el dios esclavo de la naturaleza bruta, de la piedra encantada, del talisman, en el órden religioso; las esfinges, las anubis, los ídolos pegados á cabezas de toros, de leones, de serpientes, de águilas, que ahullan, rugen y silban ¿no nos están indicando la soberanía del animal sobre la tierra desnuda, privada aún del dominio y de los pensamientos del hombre?

En frente de este doble continente, hállase la Grecia, que, bañada del mar por todas partes, parece como dispuesta á la movilidad de las olas. Nacidas del océano, padre de todas las cosas, sus divinidades se multiplicarán y desvanecerán como las olas. Un mar de colores etéreos que, insinuándose por todas partes, por todas partes se abre en golfos de líneas precisas como tiradas á escuadra, y de brazos que parecen esculpidos por el cincel

soberano; la inmensidad oriental, lo infinito, circunscritos en una forma exquisita, ¿qué es esto, si no es la belleza realizada? Allí, pues, dioses amantes de su belleza, enamorados de su creacion, accesibles y familiares, sonreirán en cada cosa como el artista en su obra.

Despues de Grecia, Italia avanza en el Mediterráneo para reinar sobre él. Mirando á la vez al Asia, al Africa y á la Europa, podrá acrecer indefinidamente su imperio sin perder el centro de sus posesiones; al contrario de la Grecia, incapaz de conservar un momento, por hallarse demasiado alejada de sus fronteras, la herencia de Alejandro, coloso sin base, destinado á romperse en mil pedazos. La Italia, lo repetimos, puede describir en su alrededor un círculo de dominio sin abandonar nunca el centro. ¿Quién, pues, sino ella, ha de ser llamado al culto de la conquista, á la religion política, á la adoracion de la lanza y la batalla? Su verdadero dios será la ciudad, ó al ménos, en la ciudad eterna se encerrará todo entero, miéntras en torno de ella vendrán á colocarse los reinos de otros dias; pero en el momento en que este círculo de dominio no pueda extenderse, se romperá y ahogará á la Italia: el Asia, el Africa y Europa le reclamarán sus despojos, y la edad media vendrá á ser expiacion de la antigüedad. La Germania será vengada por Alemania, la Galia por Francia, Cartago por Túnez, la Iberia por Aragon. Al dios del orgullo sucederá el dios de la humildad, el llanto del Cristo en el pesebre expiará

las amenazas del Júpiter Capitolino, y la Italia, como una madona terrestre, caerá de rodillas al pié de la Cruz de la pasion. ¿Qué le quedará entónces á esta tierra de expiacion? Le quedará el papado. El imperio espiritual sobre las riberas del Occidente será suyo en cambio del imperio material, pues que se halla investido de una soberanía en cierto modo inalienable.

Diríase que la Europa ha sido hecha de modo que quedase completamente reservada hasta que las demás regiones hubiesen extinguido su fecundidad. Tierra fria y perezosa, hállase, á la manera de un cercado, por todas partes cerrada, oponiendo á la civilizacion fenicia los Pirineos en España, á la griega las cadenas de la Macedonia, y los Alpes, la más formidable de sus barreras, á los dioses romanos, que se extenderán por los flancos de sus murallas, impotentes para salvarlas, mientras que hácia la parte del Asia las masas del Cáucaso abren sólo estrecha puerta, á cuyos umbrales vendrán durante largo tiempo á gritar las emigraciones orientales. Basta esto para comprender que Europa será tardía en dar que hablar de sí misma, pero en cambio, cuando la humanidad haya salvado esta barrera, encontrará en ella un vasto campo sin obstáculos: algunos grandes rios verdaderamente cosmopolitas, montañas de escasa altura, ningun desierto, y por todas partes un suelo igual, idéntico clima y las mismas producciones de todos géneros. De suerte que si la identidad de Dios consigo mismo debe resplande-

cer visiblemente en su obra, si los hombres han de llegar alguna vez á la misma forma de creencias, ritos y símbolos, habrá de suceder esto en esa comarca ya por sí misma marcada con un carácter semejante en su genio, producciones y formas, de modo que la unidad de la naturaleza representará allí y revelará más que en lugar alguno la unidad del Creador.

Colocada entre el Asia y la Europa, reuniendo en su estructura los caractéres de ámbas, parece ser la América una tierra de mediacion hecha para conciliar un dia el genio del Oriente y el del Occidente. De todos modos puede asegurarse que la naturaleza prepara allí un triunfo cierto á la industria y al espíritu del hombre. No produce el caballo ni el hierro, esos dos atributos de la fuerza; no ostenta tampoco grandes mamíferos; su leon carece de crines; ¿qué, pues, le queda de aquella tiranía que el mundo exterior ejercia sobre el pensamiento de la humanidad naciente? Todas las relaciones han cambiado: el hombre ha llegado á ser el más fuerte, y la naturaleza, debilitada, se desconcierta y se presta ella misma al yugo; aquel cada dia avanza, ésta retrocede ante él cada dia; y si aún no logró dominarla, lucha constantemente, descuajando y extirpando las selvas por abatir las cabezas renacientes del mónstruo. Sin embargo, basta considerar los valles de tantos rios gigantescos para reconocer en ellos la cuna aún vacía de imperios desconocidos, á la manera que, cuando vemos á una mujer preparar

con antelacion el lecho para el reciennacido, pensamos que la hora del alumbramiento no está lejana; que tambien la naturaleza ha preparado, en las orillas de los grandes lagos y sobre los follajes amontonados de los bosques seculares, lechos que no fueron sólo dispuestos para reptiles y vagabundas alimañas, sino para sociedades, instituciones é ideas, que no faltarán ciertamente á sus cunas. El archipiélago indio verá, pues, algun dia, en medio de la naturaleza domada, surgir de la espuma de sus inmaculadas olas su Vénus espiritual. Porque si hay entre nosotros quienes piensan que todo ha concluido y que la fé se halla agotada y que la Cibeles se ha hecho estéril, preciso es que salgan de su ceguera, que á la vista de esa profecía escrita sobre la faz de la tierra, se convenzan de que la historia religiosa y civil áun no fué suspendida, de que la creacion sigue desarrollándose, de que la Génisis intelectual continúa, de que la revelacion del espíritu por la forma crece, de que, en fin, el nuevo mundo material confiado al hombre es para él emblema cierto de un nuevo mundo civil. Nosotros vemos el templo material engrandecerse al mismo tiempo que la revelacion de Dios. El libro de la creacion se desenvuelve, encerrando una nueva revelacion en esta nueva figura del mundo, y para dar de ella testimonio, apréstase el género humano á apoderarse de ese continente, hasta hoy posesion tranquila y muda del oceano, á vencer y dominar en él la naturaleza y elevarse por su arte, su industria y sus

pensamientos hasta el trono solitario que antes de él ella sola ocupaba.

III.

De la filiacion del género humano.

La tierra todavía desierta tiene sed de vida moral más aún que de rocío: la escena ya dispuesta espera al personaje. Llega por fin: las tríbus, las naciones, los Estados llenan de ruido los valles, hasta entónces silenciosos, del mundo naciente, y la unidad de carácter que cada uno de estos grupos conserva al través de las generaciones, presta al drama de la historia aquella unidad que, segun todas las apariencias, habia de ser imposible. Apénas salida del barro, lleva cada raza en su trazos, en su corazon, en sus pristinos vagos pensamientos, la impresion indeleble de un sello especial, como si hubiese ya contraido en el seno de un mundo anterior hábitos de cuerpo y espíritu. Pasarán los siglos, y no podrán nunca borrar esta primera impresion y carácter, y despues de millares de años el habitante del Egipto seguirá pareciéndose al Osiris atezado de los Faraones, el tipo de los Faunos se tramitirá de edad en edad en el aspecto de las tríbus de la Arcadia, cada pueblo, en fin, conservará sobre su fisonomía, desde su nacimiento hasta su muerte, los rasgos de su dios.

¿Quién ha marcado con estos tipos indestructibles la frente de las razas humanas? ¿De dónde

proceden estas tendencias, vocaciones y particulares destinos que ninguna revolucion puede destruir? Hé aquí el secreto de la Providencia. Cierto que la mayor parte de los pueblos adquieren una como analogía ó semejanza con los lugares que habitan; pero hay otros muchos que, reobrando constantemente contra esas influencias, parecen extranjeros en su patria. Así, á pesar de las olas que por todas partes les cercaban é instaban, jamás pudieron los habitantes del Peloponeso adquirir los hábitos de la vida marítima; los Etruscos, bajo el cielo de la Toscana, conservan su temperamento extranjero, como si guardasen la nostalgia de una tierra lejana; los irlandeses, en fin, guardaron en el fondo de su espíritu, sobre sus playas batidas por los vientos, el brillo y el aroma de una comarca asiática: oposiciones debidas en parte á que las razas humanas, en medio de todos los cambios, permanecen siempre en una relacion constante con los lugares de donde primitivamente salieron y en que recibieron la impresion y carácter especial que el Creador dióles con la vida. Raro es, en efecto, que un pueblo florezca donde nació; su tumba está generalmente léjos de su cuna, pues el viento impetuoso que sin cesar las razas humanas agita, dispérsalas por todas partes, como el polen de las palmas. Por otra parte, cuando un pueblo es nombrado por primera vez en la historia, siente ya ántes de poseerlo, todo un pasado desconocido, cuyos momentos se confunden para él en una vaga eternidad, y es que la naturaleza, al mecerle

en la cuna, ha ahogado sus vagidos en el fondo de sus bosques: sólo el polluelo reciennacido del águila pudo escuchar en la soledad el primer grito del imperio acabado de nacer. Tal pueblo ha comenzado, y está ya completo, poseyendo una forma distinta, carácter propio, hábitos de espíritu indestructibles, tradiciones seculares y una lengua sagrada, eco de una religion inmemorial, esto es, el milagro de la organizacion civil. Antes de ser el héroe de su raza, recibe Aquíles en el seno de los bosques las enseñanzas del Centauro y, siguiéndole en la carrera, se prepara así á atravesar veloz el campo de la Iliada: de él, viejo contemporáneo del caos, no sólo aprende la invencion del arco y de las flechas, sino tambien la tradicion y el misterio de los primeros dias del mundo. Así todo pueblo recibe, en secreto, la enseñanza y las instrucciones de Quiron.

Realízase esta educacion especialmente por medio de las emigraciones, pues sabido es que no hay una sola tríbu que no ande largo tiempo errante por la superficie de la tierra ántes de fijarse definitivamente en el lugar en que su genio nativo ha de echar raíces; fenómeno que explica cómo el género humano parece perdido y extraviado desde el principio, porque como ignora de dónde viene, sabe áun ménos á dónde va. De este modo cada pueblo cree ser el padre y conductor de todos los demás, cuando la verdad es que todos ellos se aconsejan, no de sí mismos, sino únicamente de la naturaleza segun se les ofrece en los cami-

nos por primera vez abiertos y hollados. Los valles aún vírgenes, los rios, el viento que arrastra las hojas, hé aquí los primeros conductores del género humano. Donde estos elementos faltan, confíase al instinto de los animales silvestres. Los lobos entónces amamantan á los fundadores de Estados; el antro de un leon constituye la cuna de un imperio; la tortuga sagrada, inmóvil en las orillas del rio Amarillo, retiene allí, erigiéndose en oráculo, el imperio no ménos inmóvil de los chinos; el caballo de Judá, errante en el desierto, relincha á la aproximacion del país de Canaam. Los arúspices interrogan el vuelo de los pájaros: ¡cuántas ciudades fundadas por el consejo de un ave profética! El grito del pico-verde augural reune á los pueblos latinos como una pollada; los calcios siguen á las tórtolas y los megarios á una bandada de grullas; un enjambre de avejas marca el lugar de la numerosa tribu de los atenienses; doce buitres llaman al pueblo buitre á las orillas del Tíber; un ciervo perseguido á través de la Palus-Meótide señala el camino de Europa á la jauría de las tríbus germánicas; el cuervo sagrado, en el Norte, muestra desde el sagrado fresno á los pueblos de Odino sus rutas á lo largo del Wolga, miéntras los gavilanes graznan delante de los slavos. Por todas partes los pueblos reciennacidos escuchan los gritos de la naturaleza organizada, y creen oir la voz del que acaba de lanzarlos á la historia. El hombre se fia entónces de la sabiduría de la serpiente y de la pruden-

cia del buho, pues venidos ántes que él al mundo, antepasados suyos en la creacion ¡cómo es posible que no sean les intérpretes y confidentes de la Divinidad!

Conducidos así por diversos guías, iban llegando los pueblos al lugar que la Providencia les asignára, á Nínive, Tébas, Jerusalen, Aténas ó Roma. Ni ¡cómo es posible creer, en medio de tantos imperios cuyas huellas son borradas las unas por las otras, que todas estas emigraciones sobre el primer rocío del naciente mundo no hayan dejado huella alguna, habiéndose perdido para siempre la genealogía de las razas humanas! Pero muy léjos de esto, semejante genealogía del género humano acaba de ser encontrada por virtud de un descubrimiento que no deja lugar á dudas. Monumentos más seguros que columnas miliarias señalan al través de las edades, no sólo la filiacion, descendencia y grado de parentesco de los pueblos, sino hasta sus itinerarios, en unos tiempos en que parecia imposible dejar rastro alguno de sí mismo. Estos monumentos son las lenguas humanas; aquel descubrimiento, la filiacion de los idiomas de Occidente con los de Oriente.

Porque si efectivamente las lenguas de nuestra Europa tienen, como no es posible dudarlo, sus raíces en las que originariamente fueron habladas en la cuenca del Ganjes ó en el golfo Pérsico; si las que usaron Homero, Cambises, David y Valmiki son hermanas unas de otras; si en las extremidades mismas del Norte, bajo las nieves de la Islan-

dia, hallamos la flor helada de la palabra asiática, á la manera como los geólogos han encontrado el marfil del elefante entre los hielos de la Scandinavia y la huella de la vejetacion de la zona tórrida, casi bajo el polo, resulta evidente que los pueblos, áun los que hoy son entre sí más extraños, han vivido originariamente en íntimas relaciones y constituyeron en un principio una gran familia que tomó sin duda de una sola fuente la vida social, hallándose indicada su marcha á través de la historia por los ecos y vestigios de la palabra, que liga á todos los hombres, desde el primero hasta el último, en una misma cadena material y moral juntamente. Dése la interpretacion que se quiera á este parentesco de los idiomas, siempre vendremos á parar á la necesidad de un tronco central de donde salgan las diversas ramas de ese árbol de la vida que se llama historia. Conclusion que, sacada de lo que hay de más íntimo en la vida del hombre, compadécese plenamente con las tradiciones primitivas, que, unánimes, colocan en los orígenes de cada raza una misma sociedad y una humanidad idéntica, hasta el punto de que los pueblos que se habian creido separados por todas las circunstancias de la organizacion social, aproximados súbitamente, no vienen á formar, á los ojos de la ciencia y de la religion, sino una sola familia, descubriéndose así su parentesco, como en el Edipo, al final de la tragedia.

IV.

De la institucion religiosa de la sociedad.

Sin entrar ahora en investigaciones acerca del lugar en que esta primera reunion de los hombres salidos de la mano de Dios se realizára, ya se coloque su cuna en el valle de Cachemira, ó bien algo más al Norte, entre las fuentes del Indus y del Oxus, la cuestion que de los antecedentes expuestos se desprende consiste en explicar, cómo de una muchedumbre informe ha de nacer el órden social, ó, en otros términos, por qué suerte de milagro podrá salir el hombre de la vida inmutable de la naturaleza para entrar en esa otra vida de inquietud, de contínuos cambios, de revoluciones y dolores que se llama historia.

La respuesta que el siglo último daba á esta cuestion es conocida: el hombre, desde una condicion profundamente abyecta, se ha elevado por grados hasta ciertos rudimentos de arte y de industria, y desde aquí pudo lentamente ir arrastrándose hasta los umbrales de la vida social. Rousseau es quien, por lo que á este punto toca sobre todo, reune las opiniones de su época. Pues bien, léase su discurso sobre el orígen de la desigualdad de las condiciones, y se verá de qué manera un luchador heróico tuvo que sufrir el yugo de su tiempo en los instantes mismos en que pretendia romperlo. Fuera de todas las tradiciones de

la historia, imagínase en un bosque ideal y abstracto á hombres tambien abstractos é ideales, los cuales, aunque recien salidos del barro y con la mision de crear el mundo social, son en realidad verdaderos enciclopedistas del siglo diez y ocho violentamente vueltos al caos; salvajes que se muestran ante todo grandes pensadores y didácticos austeros, y que caminan triste y regularmente de deducciones en deducciones. Entre cada uno de sus razonamientos caben millares de años, lo que supone un número mayor aún entre la invencion del anzuelo y la de la choza de ramas. Geómetras y no profetas, de reflexion lenta, espíritu escéptico, alma vacía é instinto casi nulo, estos primeros inventores de la sociedad, poseedores del genio que descompone, no del que crea, proceden más bien como si pretendieran destruirla. La imaginacion, la poesía, la religion, los instintos sagrados, todos esos sentimientos que conmueven y arrastran el alma de los hombres desde su aparicion sobre la tierra, son precisamente con los que Rousseau no cuenta para nada, viniendo así á construir con piezas mecánicas una estatua muy sábia, á la que sólo falta una cosa: la vida. Hé aquí la abstraccion; veamos ahora la realidad.

Si los pueblos hubiesen comenzado por las deducciones, el silogismo y la lengua didáctica de Rousseau, es seguro que á estas horas estarian todavía haciendo razonamientos en el fondo de los bosques, pues que del animal al hombre ha habido algo más que una trasmision regular de la so-

beranía sobre el globo. Acumulad en efecto siglos sobre siglos, y, á esta eternidad, añadid un progreso no interrumpido en las invenciones mecánicas; nunca de estas solas premisas podrá deducirse el prodigio de la civilizacion. Pues qué ¿no supone por ventura cualquiera obra de arte una inspiracion y luz sagrada que ha atravesado, al concebirla, la mente de su autor? ¿No es acaso la sociedad la obra de arte por excelencia? ¿No se descubre en ella algo más que una sucesion lógica? ¿No está acusando en su orígen, sólo por el mero hecho de ser, que una iluminacion espontánea, una revelacion interior, ha debido brillar en el seno del género humano? Nó, el mundo civil no ha comenzado por la invencion del anzuelo ni por la del hacha de piedra, el carcax ó la flecha del salvaje, todo lo cual separa más bien que une, ni pudo juntarse á orillas de los rios por la sola atraccion de un amor puramente humano. Salido apénas de las manos de su Creador, el hombre tendió hácia él por todos los lazos del alma y del cuerpo, de modo que, así como el leon al nacer ha huido al desierto y el águila ha volado sobre la cima de las montañas, así el hombre marchó hácia la sociedad, hácia la humanidad, hácia Dios. Hé aquí la gran palabra pronunciada. No concedais cierto divino instinto al corazon de los pueblos en su cuna, y todo queda inexplicable. ¿Cuándo, pues, ha comenzado la sociedad? Acabamos de decirlo. Nació en el mismo dia en que, por cualquiera manera, el pensamiento de la Divinidad conmovió el

espíritu de un hombre, que pudo entónces anunciarle, publicarle, revelarle ó imponerle á sus hermanos. En este momento supremo, á la familia ha sucedido el Estado, al hombre la humanidad; una vida comun ha comenzado para los espíritus que, unánimes, han reconocido y adorado á un mismo Espíritu; los indivíduos, hasta entónces dispersos, hánse reunido en un idéntico pensamiento; las inteligencias, áun vacilantes é informes, han sido alimentadas por primera vez de la misma sustancia; el órden moral, en fin, ha hallado un abrigo, un refugio, una choza comun. Reúnese en torno del fetiche la tribu; un Dios nacional crea la tríbu; la unidad religiosa funda la unidad política, y de este modo de la idea de Dios nace, viva y entera, la sociedad.

Y en efecto, ¿qué es lo que encontramos, abandonando siempre el campo de las abstracciones é interrogando á la tradicion, en el orígen de todas las historias, sino el recuerdo de una vasta inspiracion y como estremecimiento que hace palpitar el corazon de los pueblos? En todas partes la memoria de los grandes genios, de los hombres elejidos, es la de los poetas, viajeros, profetas y sacerdotes, que, llamando, juntando, adoctrinando y arrastrando tras sí á las razas humanas, enséñanles á marchar desde luego alta la frente, á la faz del universo, y resúmen los recuerdos de toda una época de extraños é inspirados arrobamientos. Entre los Griegos es Orfeo; entre los Egipcios, Hermes; entre los Persas, Zoroastro; entre los

Indios, Manú; entre los Hebreos, Moisés. Todos ellos reciben la ley escrita sobre la piedra sagrada; todos, aún los más extraviados, oyen la revelacion de Dios por la voz naciente del universo, sin que haya uno solo cuya tarea no sea percibir é interpretar esa palabra que el Eterno pronuncia en la Creacion aún conmovida por su presencia. Cierto que hay quienes les pintan en medio de una naturaleza fria y avara, donde su primer cuidado hubo de consistir en defenderse contra sus ultrajes, pero ¡cuán de otra manera sucedió en realidad! La naturaleza suntuosa del Oriente recibióles sin duda en un dia de fiesta; el primer Sol les vistió con su rayo de púrpura. Los que así piensan no hablan sino de inventores de artes mecánicas, de constructores de chozas de follaje, de talladores de troncos de árboles, de cinceladores de hachas de piedra, miéntras que yo no encuentro en todas partes más que poetas, viajeros, profetas, sacerdotes, esto es, hombres que eran á la vez los institutores, los jueces y los artistas de su tiempo.

¿Deseais saber cuál era la fuente de inspiracion de estos maestros del género humano? Pues apartemos léjos de nosotros las ideas de nuestro tiempo, y esa fuente inagotable brotará de nuevo, porque ella no era otra que el éxtasis contemplativo y la admiracion intuitiva que la creacion, nueva aún y reciente, les causaba. Por el órgano de la naturaleza en efecto se ha manifestado la primera revelacion, tanto para los Gentiles co-

mo para los Hebreos. Ella, la naturaleza, era la trípode; el género humano, el sacerdote. Hoy, en cambio, reducida á nuestra servidumbre, perdidas las simpatías por sus enseñanzas, ha enmudecido, ó, si alguna vez habla todavía, no la entendemos; tanto ensordece nuestros oidos el estruendo que nosotros mismos movemos en el mundo. Pero, en aquellos tiempos lejanos, era para el hombre el libro de la Ley, el Evangelio cosmogónico que, abierto constantemente, era constantemente hojeado por los primeros profetas, que en él y en alta voz iban á deletrear los grandes caractéres de la ley soberana y á recojer las huellas de su Dios en la obra apénas salida de sus manos, prestando oido atento á las voces todas del cielo y de la tierra, último eco de la palabra aún resonante de la Génesis. Los pueblos al mismo tiempo presentian que el trabajo de la creacion continuaba en ellos mismos; hallábanse como inspirados y trasportados. Apénas surgidos de entre el lodo primitivo, el sol inmaculado de los primeros dias habia penetrado hasta el fondo de su corazon haciendo en él brotar la luz del espíritu; y el soplo del Eterno, que agitaba aún las aguas, habia pasado por su boca, arrancando de ella la palabra y la poesía. Desde este momento comienzan las instituciones sociales, y comienzan modelándose segun el plan del universo; los primeros fundadores de imperios toman su ciencia á la política sagrada que rige sobre sus cabezas las constelaciones, distribuyendo, como el cielo en regiones, la tierra

en zonas, primera base de la propiedad. Tal sociedad, á fin de reproducir con la mayor fidelidad posible las leyes generales del mundo, distribuye sus miembros en trescientas sesenta familias, para responder á los trescientos sesenta dias del año, y dichas familias, en doce tríbus por consideracion á los doce meses; tal otra ciudad rodéase de siete murallas pintadas de los colores del cielo, que recuerdan el orbe azulado de los siete planetas; el estado en fin gravita en torno del dios nacional, como el universo físico alrededor del astro supremo. Tal fué en un principio el espíritu de las instituciones humanas; legislacion verdaderamente primitiva, que no era sino reflejo en el órden moral de las instituciones y de la legislacion del universo visible. Los dias, los años, el sol renaciente festejaban ya el eterno aniversario de la Creacion, ántes que el hombre apareciese; imitó éste ese primer culto, y el órden civil fué el compendio del órden universal.

V.

De las emigraciones de las razas humanas en sus relaciones con la historia de las religiones.

La sociedad acaba de nacer de la primera revelacion. Este primer acto de fraternidad en la cuna subsiste como un recuerdo en todas las tradiciones, y no tenemos, para hacer tal afirmacion, necesidad de investigar profundamente, si aquella

constitucion nativa se hallaba con tan viva unidad sellada, que no pudiera ser considerada sino como una especie de comunion primitiva del género humano en el seno de la naturaleza primitiva, con un mismo cielo, lenguaje, culto y liturgia copiada de las procesiones de los astros; época sin sucesion ni cambios apreciables, que parece pertenecer no tanto al tiempo como al Eterno.

Pero este primitivo estado, orígen de todos los demás, cambia por fin, porque él no es más que el primer acto de la Génesis social. Llega en efecto un momento en que los pueblos infantes, creciendo con la vida, acaban por descubrir instintos y tendencias diversas, para desarrollar los cuales necesitan atribuirse distintos territorios. Entónces se separan. La pollada, que habia sido abrigada bajo las alas del Eterno, abandona el nido. Vénse aquejados por un ávido instinto de cambios, y van á dividirse la tierra, propiedad inalienable hasta entónces del mismo Dios. La primera misteriosa constitucion de la humanidad se rompe; el politeismo nace y con él la division y pluralidad de naciones, estados, imperios, sociedades y lenguas que, á pesar de sus diferencias, han de conservar para siempre el sello de su original carácter; arruínase el edificio de la naturaleza y erígese el del Arte; la historia civil conmuévese profundamente. El emblema de la torre de Babel, en el Antiguo Testamento, refiérese sin duda á esta época, porque ¿quién no vé en la caida de esa torre gigante una expresion de la lengua naciente del mundo

para figurar el rompimiento y destruccion de la primera unidad religiosa y civil?

Y hé aquí que somos llegados á la idea suprema de donde las sociedades nacen: presenciemos el espectáculo de su dispersion. ¿Cómo la Providencia, despues de haber abierto los surcos de los valles, ha sembrado la tierra? ¿Cómo ha repartido las razas, atrayéndolas aquí y asentándolas hallá en tales ó cuales lugares? Seguir la semilla de los pueblos exparcida sobre el mundo, equivale á seguir las huellas del cultivador divino.

La idea de tres razas de hombres hállase en todas las tradiciones inclusa la de los Negros. La primera familia, dicen, se componia de tres hermanos, un negro y dos blancos, los cuales robaron á aquél, miéntras dormia, todas sus riquezas, no dejándole de ellas más que un poco de polvo de oro y algunos dientes de elefante. La Biblia indica la misma division, que ha acabado por confirmar la ciencia moderna, bajo los nombres de Sem, Cam y Jafet.

Dos pueblos gemelos, los Indios y los Persas, entran los primeros en la historia. Como dos aves viajeras, caidas del árbol de la vida, un secreto instinto les impele hácia los lugares en que han de detenerse é invernar. El indio desciende hasta el lecho del Indus y el Ganges, donde queda aislado y oculto al resto de los humanos por la cordillera del Himalaya. Pueblo contemplativo, busca un retiro naturalmente fortificado, y allí se adormece entre las flores de las aguas, como Brahama

al rumor de las corrientes del Ganges. Un dios activo y luchador impulsa, por el contrario, á la accion y al movimiento á los Medos ó Persas que, baja la cabeza, precipítanse por los flancos de su monte sagrado, el Bordj, que viene á morir entre las estribaciones meridionales del Taurus. Peleando y combatiendo siempre bajo el nombre de Ahrimanes contra el eterno enemigo, parece que va creando ante ellos, y á medida que emigran, nuevos territorios, como si la tierra creciese bajo sus plantas y la naturaleza se engrandeciese al compás mismo que su historia, miéntras que al borde del camino las ninfas de las aguas preséntanles en el vaso sagrado la bebida de la inmortalidad. Así se van extendiendo desde el golfo Pérsico hasta la Armenia, y desde la Armenia hasta las riberas del Halys, llegando por fin hasta los desfiladeros del Cáucaso y penetrando bajo diversos nombres en Europa: Bactra, Susa y Persépolis son las principales piedras miliarias que marcan su camino. Raza de Jafet, dividida como su dogma, en guerra frecuentemente consigo misma, es fundamento y orígen, en sus familias céltica y germánica, del genio doble del Occidente.

Junto á esta raza habita la de Sem, que va á echar raíces en las montañas entre el Eufrates y el Tígris, siendo la Caldea, Fenicia, los Hebreos, Cartago y la Arabia los miembros de este gran cuerpo de que es Babilonia el corazon. Ninguna como esta raza reune en tan alto grado el genio de la industria y el de la religion, y lo mismo la

veremos palpitar bajo la tienda de Abrahan que sobre las naves de Tiro. El desierto y el mar, esas dos figuras visibles de lo infinito, pertenécenle casi exclusivamente. Jehovah y Cristo se albergan en su seno.

En fin, más al Oeste se encuentra la raza de Cam, negra, de cabellos crespos, que confinando por un vago horizonte con los pueblos fabulosos de cabeza de perros y de lobos, consagrando la servidumbre del cuerpo por la servidumbre del espíritu, toma por dios al animal y se postra delante de la serpiente y del leon, saliéndose en cierto modo de las condiciones de la sociedad civil. Reléganla las otras dos razas al África, y ella, como la salamandra, va á buscar allí una tierra de fuego hasta que una colonia de sacerdotes llega del centro de la India á traerla el principio de la vida social. Esta emigracion arriba al África por el camino de la Etiopia y, siguiendo la corriente del Nilo, desciende desde Meroe á Tébas y luégo á Memfis, y se engrosa con los afluentes de las tríbus de la Arabia y de la Nubia, amasándose de este modo y acumulándose en el Delta, con el limo del valle, las creencias, las leyes y los dioses del Egipto.

Tales son los tres actores que abren la escena, y cuya lucha constituye, por sí sola, la historia primitiva del alta Asia. Semejantes á los animales esculpidos sobre los monumentos de Persépolis que pretenden mútuamente devorarse, los imperios de Asiria, Persia y Egipto se persiguen y en-

carnizan uno contra otro. Los pueblos vencedores se establecen, ó mejor dicho, se sobreponen á los vencidos, nueva forma de la humanidad en que las luchas de los hombres de diversos colores se resuelve en el establecimiento de las castas, y los dioses atezados, negros, blancos ó aceitunados, sometidos unos á otros en gerarquía celeste, consagran el primer orígen de la desigualdad de condiciones civiles.

Sin embargo, la segunda época de las emigracion comienza; el Asia rebosa pueblos y tradiciones y no puede ménos de desbordarse. Mil quinientos años ántes de Jesucristo los pueblos pastores y nómadas, que se habian repartido el Egipto, son expulsados, y marchan á fundar á Tiro, abandonando el desierto por el mar. Sigue á ésta una emigracion más solemne, la de Moisés, que, conduciendo y arrastrando tras sí al pueblo hebreo, remonta el golfo de Suez, rodea el país de Canaan; se corre á lo largo del mar Muerto por el Este, y penetra en la Judea por el lado opuesto al Egipto. Tal es el pueblo que, mojado aún con las aguas del mar Rojo, entona aquel cántico: «Yó ensalzaré al Eterno; el Eterno es mi fuerza; Él precipitó en el mar caballo y caballero;» siendo este su primer grito al venir al mundo, porque en este momento es cuando verdaderamente nace el pueblo hebreo, hasta entónces retenido en noche de servidumbre. Ese himno de gracias da el tono á su poesía. Su eco se encontrará más tarde en el canto de Débora, en los salmos y en los Profetas,

especialmente en Isaías, y ultimamente será trasformado en el Apocalipsis; grito de la humanidad que sale por primera vez de la cárcel de la servidumbre, de la tierra de las castas, del templo del politeismo y de la materia, grito que, rodando de siglo en siglo, áun hoy resuena en todas las iglesias de la Cristiandad, recordandonos, no ya sólo la emancipacion de un pueblo, sino la libertad del mundo; más aún que la emigracion del Egipto, la emigracion del alma de entre las cadenas de los sentidos á la tierra prometida de la eternidad. En los hebreos, sobre todo, es donde la sociedad entera se halla fundada sobre el recuerdo de las emigraciones, hasta el punto de que su institucion principal, la Pascua, no era otra cosa que la solemne representacion de ellas; dia sagrado en que todo el pueblo, de pié, ceñida la cintura y con el traje de viajero asistia á la comida que conmemoraba su peregrinacion por la tierra. Estos viajes, en efecto, fueron para los hebreos causa de una trasformacion más radical que en parte alguna, cambiándoles de nómadas en sedentarios, de pastores en agricultores, de vagabundos del desierto en habitantes de las ciudades. Levántase entónces Jerusalen como la tienda de todo un pueblo, Jehová deja de ser el Dios del desierto perdido, y, fijando para siempre su errante tabernáculo, queda hecho, no solamente el uno, sino el inmutable, aquel cuyos fundamentos no pasarán nunca, y que ha de convertir el mundo tanto á su unidad como á su inmutabilidad. Dios po-

see ya un templo, y éste momento se convierte para los Hebreos en la era fundamental de su historia.

Hácia la época en que Moisés conducia á los hebreos á Judea tenian asimismo lugar otras trasplantaciones de pueblos salidos de los mismos lugares, pero con muy distintas consecuencias. El Oriente lleno de ideas, visita por primera vez el Occidente; el Asia se dispone á llevar la vida de la inteligencia á los valles hasta entónces mudos de Grecia; momento aquél verdaderamente religioso en que los pueblos, preñados de un porvenir indefinido, llegan á una comarca, nueva aún como ellos; los fenicios, al Atica; los egipcios, á la Argólida. Los sacerdotes del Delta llevan sus misterios á Eleusis y la esfinge de Menfís arriba por caminos ignorados al pié mismo del Parnaso: invasiones que fueron en la antigüedad lo que en los tiempos modernos las de los españoles en el nuevo mundo, aunque con la diferencia de que los extranjeros desembarcados en las costas de la Grecia se asociaron desde luego á los habitantes que allí encontraron.

Eran estos pueblos (Pelasgos) que no sabiendo aún que nombre dar á sus dioses, carecian ellos mismos de nombre en la historia civil, perdidos en medio de sus enormes murallas ciclópeas que parecian marcar el recinto y como el plano informe de la ciudad del porvenir. Apénas terminadas estas emigraciones por mar, comenzaron otras por tierra, á través de los valles del Táurus que parecen haber sido el estrecho canal donde han ve-

nido á acumularse las razas humanas que se empujaran sobre los umbrales de la Europa, y donde existian en esta época hombres de razas etiópicas, semíticas y medas, en contacto mútuo y permanente. Tambien el Cáucaso fué un nudo que contribuyó á enlazar estrechamente las civilizaciones persa é india con la griega, y por eso sin duda Prometeo, símbolo vivo de esta sociedad, encadenado en la doble cima de sus rocas, miraba á la vez y representaba al Oriente y al Occidente. Desde allí, una parte de los pueblos helénicos arriba á las bocas del Danubio, á la Tracia y á la Tesalia, y, atraidas siempre hácia la Grecia meridional, alcalzan por fin las llanuras del Atica. Así cada valle de la cadena del Olimpo forma su tríbu con su dios particular, hasta que una de estas poblaciones empuja á todas las demás delante de ella: es la de los Dorios, la más grave, la más fuerte, la más noble de todas. «Pedimos á Dios, decian, que nos conceda el bien en la belleza:» ésta era su divisa. Desembocan entre el Olimpo y el Oeta, penetran en la Etolía y desde allí, por la derecha de Patras, invaden el Peloponeso que desde este momento adquiere por completo su carácter que ya nunca perderá. Gravitando de este modo sobre el mediodía de la Grecia, fuerzan á una parte de sus pueblos á buscar un refugio en las islas del Mediterráneo, hácia donde irradia un momento toda la poblacion del continente, incluso ellos mismos. Asi los Dorios, como los Normandos en la edad media, cierran la marcha de los invasores.

De este modo suceden casi al mismo tiempo dos grandes emigraciones; la de los Hebreos y la de los Helenos. El uno de estos pueblos va á encerrarse en un retiro, sin comunicacion alguna, á donde nadie irá á conocerle sino es para despreciarle. El otro por el contrario hace alianza con cuanto en su camino encuentra, y, como nadie, mas que él ni tanto como él, amará el mundo, llegará tambien á poseer sin contradiccion toda la gloria de esta tierra, y por eso, miéntras que la Grecia se embriaga de alegría en las fiestas olímpicas, Israel, con las manos atadas á la espalda, será tristemente arrastrado por todos los grandes caminos del Asia. Mas despues de ésto, el uno morirá con todos los dioses del pasado; y el otro morirá tambien, pero dando nacimiento en Cristo al Dios del porvenir: imágen de los pensamientos del mundo y de la soledad.

Ni se encuentra solo en la filiacion de las lenguas y de las tradiciones la huella de estos movimientos: sus más interesantes vestigios descúbrense en la religion. Personificándose cada sociedad en su Dios, atribúyele todos los hechos de su vida colectiva, y le reviste con su propio pasado, hasta el punto de que, en tal sentido, podemos decir que en Jehová se halla todo Israel, así como en Hércules toda la raza de los Dorios. Entran éstos en el Peloponeso, y es Hércules quien toma posesion de su herencia, y si es que hacen alianza con la Etolia, entónces ese dios se desposa con Deyanira. Y así era como en aquella época se escri-

bia el derecho público. ¿Pretendíase decir que los pueblos tracios habian enviado una colonia á civilizar la isla de Lesbos? Pues era que la lira de Orfeo habia sido arrastrada por las olas hasta sus riberas. ¿Habia fundado un Estado adorador de Apolo una colonia en la Cirenáica? Entónces Apolo habia robado una doncella, y sobre un carro tirado por Cisnes habíala conducido á la Libia. Y así, segun el pueblo iba ensanchándose, se iban al mismo compás multiplicando y acreciendo las aventuras de su Dios, y la historia social resumíase y quedaba envuelta en la historia religiosa.

Por otra parte, la impaciencia de la humanidad por entrar en posesion de la Grecia, tierra prometida del paganismo, fué tal que la abordó por todos los caminos posibles; por el Norte y el Mediodía, por la tierra y el mar. Derívase de aquí una doble consecuencia: primero, que ya no habrá por qué maravillarnos si más tarde hallamos en la Grecia el genio del Asia y el dogma oriental, bajo las formas del Occidente; y segundo, que aquella diversidad de razas y poblaciones agrupadas, separadas ó mezcladas en sus pequeños valles, indican desde luego cuál será la prodigiosa variedad de creencias, dialectos, tradiciones, costumbres y religiones griegas.

Todas las razas de la humanidad envian á esta civilizacion un representante, constituyéndola de esta manera en la tierra de la variedad, así como la de la unidad lo fué la Judea.

Las religiones orientales se concentran como

en un hogar en la mitología helénica; el culto persa de la luz en el de Apolo, el sombrío génio del Egipto en los misterios de Dionisio, el misticismo material de la Fenicia en los ritos de Afrodite.

Los pueblos, además, en sus emigraciones consagran al Dios nacional los lugares en que se detienen; fórmula de su toma de posesion del terreno, segun la que parecen querer derivar sus títulos de propiedad del autor mismo de los séres. Constituye esto con la propiedad, la primera feudalidad ó pleito-homenaje de la humanidad al señor soberano, al dueño celestial, que posee él solo de un modo inalienable el gran dominio de la tierra. En este concepto el camino de los Dorios hállase indicado por los santuarios y las estaciones de Apolo; el de los Arcadios, por los vestigios de Hermes; el de los inquietos Jonios, por las huellas del inquieto Neptuno, en tanto que los pelasgos vagabundos, sin propiedad, sin territorio limitado, sin patria definida dejan tras sí y como al azar sus informes Dioses, piedras abruptas que siembran confusamente por la superficie de la tierra, imágenes de un pueblo apénas esbozadas y que aún no se ha elevado hasta los sentimientos de la personalidad y de la organizacion social. Y hé aquí como al dejar los pueblos tras de sí el rastro de un recinto, templo, nombre ó piedra sagrada, van marcando su itinerario por el itinerario de sus Dioses.

Pero las emigraciones no se detienen en la Grecia. Delante de los pueblos que descendian del

norte de la Tracia huyen esos mismos pelasgos que acabamos de encontrar, y llegando á Toscana, donde encuentran á los Ombrios de raza céltica, pueblo el más antiguo de Italia, que habian ocupado entrando por las dos extremidades de los Alpes, fundando allí las doce ciudades ciclópeas. Por otro lado, las poblaciones caucásicas que llegan de Oriente, penetran por la Iliria y el valle del Eridan, camino que siguen tambien los Etruscos, precedidos del pico-verde augural, los cuales, semi-asiáticos aún, pues ni su ciencia habia sido adquirida en Italia ni muchas de sus aves sagradas se vieron nunca en los climas de Europa, trasportan el Oriente entero en medio de aquella multitud de pequeñas poblaciones, tales como los Oenotrios, Sabinos y Oscos, todas las cuales habian perdido desde mucho tiempo ántes los recuerdos de su orígen. Estos Etruscos se establecen entre el Arno, los Apeninos y el Tíber. Representémonos sobre las ruinas de las murallas pelásgicas una palmera asiática perdida entre la vegetacion del norte de la Italia, y tendremos una imágen exacta del espectáculo del genio etrusco en medio de las poblaciones extranjeras que le rodean y tienden á ahogarle con su peso. En cambio las emigraciones de orígen dório y jónico no traspasan las riberas del mar, de suerte que la Italia, griega en la superficie, no lo fué nunca en el corazon. La guerra del Oriente y el Occidente, del genio etrusco y del genio latino, es la cuestion que se agita en ella. Las poblaciones de razas diver-

sas, en vez de formar diversos estados como en Grecia, se concentran poco á poco en una misma ciudad, cuyo recinto es trazado con un arado uncido á un caballo ó á una vaca, sembrándose en el surco frutos y cereales. Ya sabemos la cosecha que de estas siembras se recoge. Roma fué el coronamiento del mundo antiguo, porque las razas, hasta entónces separadas y perdidas, se encontraron y aliaron entre sí, terminando de este modo su largo divorcio; porque el matrimonio fué entre ellas de nuevo instituido; porque aunque se hicieron una larga guerra intestina, llegaron al ménos al sentimiento de la fraternidad ante la ley; porque, en fin, todos los dioses, hasta entónces enemigos, de Oriente y Occidente, el Norte y Mediodía, se unieron y comunicaron en un solo panteon, que fué el santuario de una especie de catolicismo pagano. La antigüedad profana estaba cerrada; no podia ir más léjos.

Tal es el segundo acto de las emigraciones universales y la segunda como jornada del mundo civil. Los estados que de estas nuevas emigraciones nacen son Jerusalen, Esparta, Aténas y Roma. Pronto llegarán á su madurez, pues esa ley de la Historia natural, que quiere que la duracion de la vida se mida por el tiempo del crecimiento ó desarrollo, cúmplese tambien en la historia. Prontos en crecer y prontos en morir, estos estados, que podrian llamarse de segunda formacion, pasarán más rápidamente que los de Asiria, Persia y Egipto. Vivirán más deprisa, pero con más noble

vida. ¿Qué va á suceder despues de ellos? ¿Perecerá el mundo civil? Al contrario, va á renacer.

Miéntras vivian y se desarrollaban las sociedades griega y romana, habíanse insinuado silenciosamente en Europa, por el norte de los Pirineos y de los Alpes, várias poblaciones célticas. Allí crecian libremente con las yerbas de los bosques sagrados. A intérvalos salian de este silencio, y aparecian en medio de la pompa de la civilizacion pagana, como la mano misteriosa en el banquete de Baltasar. Un dia se lanzaron á ahogar á Roma en su cuna. ¿Quién no habia de pensar que su mision era ser los herederos de los romanos? Jóvenes numerosos, aventureros, ¿qué faltaba á los celtas para cumplir ese destino? Y sin embargo, no fueron los encargados de renovar el mundo despues de la caida de la sociedad romana. Y es que habian pretendido chocar demasiado pronto contra un estado revestido de hierro desde su nacimiento; es que se gastaron en la lucha contra una civilizacion aún en toda su fuerza; es que sintieron demasiado el yugo de la espada del César y sirvieron hartas veces de ornamento á los triunfadores. Uno de sus antepasados habia llegado á decir: «sólo temo una cosa; que los cielos caigan sobre mi cabeza.»

Los cielos, en efecto, cayeron sobre ellos. Roma, por la mano de Torcuato, robó su collar á la raza céltica que ya no sentia esa embriaguez é inspiracion del porvenir, necesarias, no ya al cumplimiento, sino á la concepcion de los grandes designios.

Los dioses celtas, además, convirtiéndose á la fé del capitolio, habian despojado de este modo el nombre de su raza de la originalidad, independencia y soberanía nativas. Encadenados en el panteon latino, retenian cautivos á sus pueblos en la servidumbre de Roma por el lazo religioso. Hay, por otra parte, pueblos que sirven á otros de precursores, que siembran y no recogen, que levantan ciudades y no las habitan, que tienen el instinto de las grandes empresas y no las ejecutan, pueblos, en fin, que lanza á la vida la Providencia sólo como magníficos esbozos. Los pelasgos son los precursores de los griegos; los etruscos, de los romanos; los celtas, de los germanos y francos. Ya hemos visto cómo los pelasgos construyen ciudades para la eternidad, que otros pueblos vienen á habitar. Y con respecto á los celtas, ¿qué es lo que han dejado? ¿qué documentos escritos? ¿qué monumentos? ¿qué artes? Despojos de lenguas, de pueblos, de tradiciones; el fantasma del rey Arthus en su castillo abandonado; el vago eco de Ossian, ese Jeremías celta, flotando sobre las ruinas de toda una raza de hombres; dioses indefinidos y cautivos, impotentes para destronar al Júpiter griego y romano. Y es que no hay raza alguna que reine, sino á condicion de hacer tarde ó temprano reinar á su Dios, y esa familia de pueblos no era ya un instrumento bastante nuevo y vigoroso para acabar de romper el molde de la religion antigua. Necesitábase para esto el martillo de Atila.

Desde los tiempos de las guerras contra Mitridates, nuevas emigraciones salidas del Oriente, y casi de los mismos lugares de donde las de los Helenos partieron, ó sea de las fronteras de la Media, van siguiendo las pendientes del Tauro, aproxímanse á la Colquida, y finalmente, rompiendo las cadenas de hierro que forman las puertas del Cáucaso, vienen á juntarse en las orillas del mar Negro. Hé aquí las razas, que en los siglos cuarto y quinto han de renovar al mundo. Sin duda que si hubieran seguido el mismo camino que las precedentes, reprodujeran idénticas escenas, á obedecer á la sóla inclinacion de la naturaleza. Pero el poder romano estaba aún en pié, y les alejó por largo tiempo del centro de la civilizacion antigua. Despues de haber abandonado las orillas del Don, vuelven á entrar en el valle del Volga, y desde allí, léjos del antro de la loba de Roma, van á refugiarse en las islas de la Escandinavia, y á espiar tras los hielos el momento de agonia de la civilizacion antigua. Allí su genio oriental comienza á trasformarse. Verdadera espada de Damocles suspendida sobre la cabeza de la sociedad pagana, todo anuncia en ella una raza de hombres, que no habiendo aún medido sus fuerzas, las creen sin límites; terribles reformadores que para cambiar el mundo civil comienzan por destruirle. Su primer canto no es, como el de los hijos de Moisés, un canto de promesas, sino un grito de amenaza. «Es un buen signo para el guerrero el que al chasquido de la espada se mezcle

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEON

el grito del negro cuervo, y se oiga ahullar la oba bajo el fresno sagrado.» Sus Dioses se convocan y atraviesan la tierra en carros tirados por lobos con atalajes de vívoras. Creen que los cadáveres se juntan en las desembocaduras de los rios. Juran por la proa de sus barcos, por los bordes de sus escudos, por la pezuña de sus caballos, por la punta de sus espadas. Su diluvio es un mar de sangre. Se ve, pues, que tales creencias, vivas aún, no están hechas para confundirse con las muelles creencias del Olimpo. La tradicion está rota; la sociedad va á cambiar de dogma. Odino no puede nunca ser el esclavo resignado de Júpiter, ni sentarse tranquilamente bajo el seno de la tolerancia en el panteon romano. Si se somete, será ante un Dios, no sólo superior á todos, sino más celoso y más nuevo. Y en efecto, los pueblos germánicos miran detrás de ellos, y ven al *Dios desconocido* que los impulsa.

Miéntras el poder romano no cede en ningun punto, las emigraciones continúan dirigiéndose por el camino del Norte, pero el dia en que esa barrera flaquea, cambian de rumbo y comienzan á extenderse por el valle del Danubio. Largo tiempo la vieja sociedad permanece en el convecimiento de que todo el peligro viene por el Norte, pero miéntras bnsca á los bárbaros en la Escandinavia, desembocan éstos en el mar Caspio y el Ponto Euxino. Cuando Roma se apercibe de su error, avanza en aquel sentido y funda el imperio de Oriente. Bizancio fué un fuerte avanzado de la civilizacion

antigua.Pero la comunicacion de los bárbaros no pudo romperse, y la ruina total quedó decretada ¿De qué servian las victorias de Germanico en Germania ni de Agrícola en Bretaña? La raza germánica, como Antheo, renovaba toda su fuerza con sólo tocar el suelo de Oriente. Pero para reinar sobre la sociedad pagana, era poco abatirla, siendo aún necesario dar al imperio un dogma nuevo. Alarico, Atila, Genserico, esos terribles reyes magos salidos de las mismas comarcas que los reyes portadores del incienso, la mirra y el oro, oian los vagidos del Dios recien-nacido en el pesebre de Belen, y le llevaban á su vez las ofrendas de la espada, la copa llena de sangre de los vencidos y el oro de la civilizacion antigua. Y este mismo genio que ahora les impulsa á abatir la autoridad política de Roma, conducirá á sus hijos á romper su autoridad religiosa, de modo que tal germano, que en el siglo quinto sólo murallas destruia, tendrá por descendiente á aquel que, bajo el nombre de Lutero, destruya un dia el espíritu de la ciudad de las tradiciones.

LIBRO SEGUNDO

DE LA TRADICION

Cómo se perdió y se ha vuelto á encontrar la tradicion Oriental.

Toda revelacion viene de Oriente, y trasmitida al Occidente recibe el nombre de tradicion. El Asia tiene sus profetas; la Europa sus doctores. Unas veces estos dos mundos, ecos de la misma palabra, comulgan, se atraen, se confirman mútuamente, y guardan el recuerdo de la tradicion comun; otras combátense sus génios y se oponen á la manera de dos sectas, sus riberas parecen separarse, ó al ménos se olvidan para encontrarse y confundirse más tarde sin que el acuerdo se restablezca nunca no siendo por el nacimiento de un nuevo dogma ó de un Dios nuevo. De esta suerte, el cuadro de tales alternativas de alianza y

separacion, de unidad y division, éslo tambien el de las épocas principales de la vida religiosa y de la tradicion universal.

El libro más occidental del Oriente, la Biblia, no hace apénas mencion del Alta Asia, pues el horizonte del pueblo hebreo no se extendia mas allá de la Mesopotamia, tocando á lo sumo rara vez en la Bactriana,

Los Indios y los Hebreos vivieron siempro ocultos unos de otros en una soledad claustral, y sin conocerse. Sus destinos eran completamente diversos. El pueblo de Moisés, además, halló inmediatamente sus grandes títulos en su genealogía. Era el hijo de Jehová, el primogénito del Altísimo, y vivia en la morada del Eterno. ¿Qué necesidad tenia de inquietarse por su pasado y de ir á buscar más léjos sus orígenes?

Los Dioses helénicos, al contrario, nacidos de la primera union del Occidente y del alto Oriente, parecian instar sobre todo á Grecia á conservar el recuerdo de su filiacion. No sucedió esto, sin embargo, mas ántes bien la Grecia conservó sin saber de dónde le venía el fondo de los dogmas asiáticos. Esto precisamente constituye todo el carácter de esta sociedad, que al nacer, obsidada ya la memoria de las tradiciones que á su pesar le fueron trasmitidas, maravíllase de sí misma, y al investigar su procedencia, hállase con su palabra ya acabada y sus dioses omnipotentes desde la cuna. Bien pronto de este modo se persuade de que ella, sola en el mundo, lo ha inventado, ima-

ginado y creado todo, y al notar cierto extraño parecido entre sus dogmas y los del Nilo ó el Eúfrates, cree sinceramente que el Asia ha recibido de ella sus ídolos, y que la tierra entera no piensa, ni vive, ni respira sino para esa alma ligera que se juzga la dispensadora de todas las cosas. Toda su historia recuerda la estátua de Pigmalion que se anima con la vida del escultor mismo. La Grecia, como Galatea, desciende de su pedestal de mármol para aproximarse á los objetos que le rodean y cerciorarse de su realidad. En primer término, encuéntrase con el Egipto y sus religiones, y sin asombro alguno dice sonriendo: soy yó. Luégo pónese en presencia de la Persia, y al ver de cerca el gran culto del Sol, en tiempo de Jenofonte, exclama tambien: soy yó. Y así continúa extendiendo su existencia á todo lo que le rodea hasta el dia en que, viniendo á encontrarse con el Cristianismo, con aquella doctrina tan ajena al mundo, tan severa, tan austera, tan enemiga de las fiestas olímpicas, tan diferente de cuanto ella habia amado, cantado y adorado, herida entónces súbitamente de un estupor religioso, grita con la voz de todo un pueblo: ¡no soy yó!

Herodoto, en su viaje á Egipto y Fenicia, fué uno de los primeros que notó ya la infatuada vanidad de sus compatriotas. No fué, sin embargo, poderoso á corregirla, pues la Grecia continuó viendo todo el Oriente por los ojos de la Jonia, naciendo de esta ignorancia misma su originalidad en medio de la imitacion. Solo Alejandro pudo romper ilu-

sion tal. Impulsado por su amor á lo desconocido, llega hasta las orillas del Indus, viéndose arrastrado por divino instinto hácia la cuna de la raza de que era el primer representante. Entónces es cuando tocando el misterio de los orígenes de la civilizacion griega, puede mostrar á los Helenos los montes sagrados de la India, mina de donde sus Dioses fueron sacados. Fué este el instante final del espíritu Griego, que quedó desvanecido, al mismo tiempo que salió de su error: rompiendo sus límites, cesó en su vida. El pensamiento del Alta Asia entretanto se insinúa en las escuelas de Europa. La India es llevada á Alejandría, y la tradicion universal se encuentra por un momento; pero el Cristianismo rompe al nacer la segunda alianza del Oriente con el Occidente.

Durante todo el tiempo de la Edad Media, en efecto, este lazo queda deshecho, como si nunca hubiera existido, pues muy léjos de buscarse y atraerse mútuamente el génio de la Europa durante ella y el de la Alta Asia, se rechazan entre sí. Ni ¿qué podia haber de comun entre el ascetismo de aquélla y los esplendores de la naturaleza equinoccial de ésta? ¿Necesitaba por ventura el culto de la pasion, envuelto entre las brumas del Norte en la fachada de las catedrales, del esplendente sol del golfo de Bengala? Y ¿para qué queria el tesoro de las Indias el Cristo gimiente, flagelado y crucificado del siglo XII? Así es que los cruzados, en su espíritu de conquista, sólo el Gólgota querian. Un sepulcro al pié del desierto

de la Siria, el triste huerto de los olivos empapado aún en el sudor de la pasion, la cima desecada del Calvario, una tierra desnuda para un Dios desnudo; hé aquí lo que la Europa deseaba del Asia, miéntras que el alto Oriente, con su naturaleza pródiga en todos los reinos, quedaba cerrado al espíritu místico de estas generaciones, como la tierra de los hechizos malditos y del demonio del deseo.

Es, pues, cierto que durante todo el tiempo que el dogma de la espiritualidad reinó sin contradiccion, la comunicacion con el Alta Asia permaneció interrumpida. Inútilmente el veneciano Marco-Polo encuentra el continente perdido de la India dos siglos ántes de que el Genovés descubriese la América. Este camino recien descubierto es bien pronto olvidado, pues las fronteras de Oriente y Occidente se rechazan todavía, no restableciéndose verdaderamente sus relaciones sino cuando la industria en el siglo quince revela el sentido y la índole de la condenacion lanzada contra ámbos por los tiempos precedentes. La edad media misma acaba el dia en que el Oriente con todas las pompas de la vida exterior es vuelto al Occidente por el descubrimiento del cabo de Buena Esperanza. El ascetismo concluye tambien con ella, y la materia, largo tiempo inmolada por las maceraciones, reaparece triunfante bajo los atractivos del Asia. Al culto del dolor sucede el espíritu de la industria, el Occidente se adhiere una vez más al Oriente, y comienza una era nueva. Y es

que la raza Europea ha vuelto á encontrar su cuna y la humanidad se repliega un instante sobre sí misma, como la serpiente de los símbolos que enlaza su anillo alrededor del globo.

Es preciso hacer justicia al siglo diez y ocho de que bajo su frivolidad ocultó un como presentimiento de un renacimiento oriental, siquiera mezclado de escepticismo y nacido, más que nada, del deseo de encontrar en el antiguo Oriente una sociedad rival de la sociedad hebráica. Debemos añadir, sin embargo, que los enciclopedistas sólo conocieron de la Persia y la India lo que Herodoto habia escrito de ellas. En estas investigaciones y exploraciones en pos de una sociedad perdida, era Voltaire sobre todo el que caminaba delante. Multitud de fragmentos, escritos hácia el fin de su vida, atestiguan su impaciencia siempre creciente, hasta el punto de que en su afan de inquirir todo lo que pudiera disputar al genio Hebráico la corona del Oriente, fué muchas veces engañado por obras apócrifas. Su religion complaciente y favorable al alto Oriente la fundó en efecto sobre un pretendido manuscrito asiático, el Ezour-Vedam, que hizo depositar solemnemente en la Biblioteca real, y cuyo autor, que debia ser anterior en muchos siglos á Moisés, resultó luégo ser un jesuita misionero del siglo diez y siete. ¡Voltaire, el rey del escepticismo, demasiado crédulo y confiado, y cojido al fin en sus propias redes! ¿Quién no se maravilla de esto?

Pero realmente era harto fácil entónces abusar acerca de la India y de la Persia. Las bibliotecas de Inglaterra poseian ya, es cierto, algunos fragmentos de las antiguas lenguas de esos pueblos, muertos desde los tiempos de Ciro; pero nadie en Europa conocia siquiera el alfabeto del tesoro de recuerdos de aquella doble civilizacion, que, durante miles de años habia sido guardada por el genio de la soledad. ¿Cómo pues el misterio será descubierto? ¿Cómo roto el sello puesto sobre los labios mudos del Oriente? ¿Cómo aquellas palabras ya enterradas se reanimarán, revelando el pensamiento, las creencias y los dioses perdidos del extremo Oriente? ¿Quién será el primero que dará su nombre á este descubrimiento? Anquetil Duperron. Este fué, digámoslo así, el Marco Polo del siglo diez y ocho.

Una hoja robada á uno de los libros sagrados de la Persia cae por casualidad ante sus ojos, y á la vista de aquellos caractéres, cuya clave se habia perdido, siéntese este jóven (apénas tenía veintitres años) consumido por una curiosidad infinita. Toda la sabiduría del mundo antiguo represéntasele oculta bajo aquellas letras encantadas, y jura en el acto aprender esta lengua que nadie en Europa entendia, resolviendo ir á deletrearla á las orillas mismas del Ganges. Inspirado por esta idea, engánchase como voluntario en un destacamento de la compañía de las Indias, y parte allá. Él mismo nos cuenta cómo salió de la esplanada de los inválidos, á pié y tambor batiente.

Aquel jóven soldado que por todo equipaje llevaba una Biblia, los *Ensayos* de Montaigne y la *Sabiduría* de Charron, llega por fin á las grandes Indias, y desligado allí de su enganche, emprende, solo y sin recursos, inmensos viajes por tierra, á fin de aprovechar mejor las tradiciones é impresiones del país.

De este modo recorre, con una pistola en la cintura y una Biblia en el arzon, la distancia comprendida entre Benarés y las costas de Coromandel, en la época de la guerra entre los ingleses y franceses, maltratado por unos y otros. Llega así á Surata, donde encuentra por fin sacerdotes persas, que habian conservado en el destierro los antiguos monumentos de la liturgia de los magos, del mismo modo que los hebreos en su cautividad conservaron por todas partes los libros de Moisés. Encuentra, pues, aquel antiguo culto del fuego, aquel resto de las llamas que Alejandro no pudo comprender y que una poblacion sin patria reanima hoy con su soplo. Su curiosidad comienza por excitar la desconfianza de los sacerdotes, pero una permanencia de cerca de diez años entre ellos, le sirve para ganarse la amistad del más sabio. El Parsis le enseña en secreto la lengua sagrada de los persas, el zendo, que con el sanscrit es para el Alta Asia, lo que son para nuestro Occidente el griego y el latin, es decir, una lengua que sólo pertenece al culto. Pero Anquetil tiene ya entre sus manos los libros sagrados, que ningun europeo habia aún visto, pues *la mirada sólo les man-*

cha, como dicen los mobds. Saca de ellos multitud de copias; las lee y las traduce, ve así la realidad, la esperanza de toda su vida. Posee, al fin, ¡cosa increible! en su lengua muerta los libros de los magos, compañeros de Dario, de Jerges, de Ciro y de Cambises, y de su viaje va á traer consigo toda una biblioteca compuesta de manuscritos. Como Camoens con su poema sacado del naufragio, (pues puede bien compararse el héroe al poeta), vuelve á Europa, y publica allí los monumentos de la religion persa momentos ántes de estallar la revolucion francesa. Hé aquí el instante en que la ciencia de la tradicion oriental queda fundada, consumiéndose así al mismo tiempo la revolucion en las letras y en la política.

Inglaterra, por otra parte, haciéndose dueña de las Indias, acababa de tomar posesion de ella por la ciencia. Un francés encuentra la lengua y la religion de los pueblos persas ó zendos; un inglés, William Jonnes, descubre la lengua de los antiguos pueblos indios. Ahora bien, desde el momento en que esta civilizacion pudo entrar en la tradicion viva de los pueblos, cada sociedad fué en cierto modo recompuesta bajo un nuevo plan. Así los dioses de la Jonia se perciben en las montañas del Asia en los dioses indios, y el Olimpo se aleja hasta el Himalaya. Poco á poco el Occidente recoge los sedimentos y la sabiduría de aquel viejo mundo en manuscritos traidos por los misioneros y viajeros, en himnos, génesis, liturgias, ritos, epopeyas, códigos de leyes,

escritas en versos, dramas, filosofía, teología y escolástica, una parte de cuyos manuscritos, aún inéditos, eran para nuestro tiempo lo que la Iliada y la Odisea para el Petrarca, que devoraba inútilmente con sus ojos el primer ejemplar de Homero trasportado de Constantinopla á Venecia. Lo que Láscaris y los refugiados de Bizancio hicieron por el renacimiento de las letras griegas, cumpliéronlo en nuestros dias William Jones y Anquetil Duperron por el renacimiento oriental. Hasta creyeron los orientalistas en el primer ardor de los descubrimientos, y así lo publicaron, que una antigüedad más profunda, más filosófica y más poética que la de Grecia y Roma juntas habia surgido del fondo del Asia. Mas ¿será verdad que Orféo ha de ser vencido por Vyasa, Sófocles por Calidasa y por Sáncara Platon? ¿Por ventura los dioses del Olimpo van á comenzar sus luchas con los antiguos dioses orientales, ó es que por el contrario, dejando unos y otros de disputarse cielos demasiado estrechos, van á reconciliarse en el seno de la tradicion universal?

Todo cuanto el pasado encierra de religion, todos los elementos sagrados de la tradicion, confúndense súbitamente en un caos divino para engendrar al parecer una nueva forma de la humanidad. Porque lo que en la ciencia sucede, brilla aún con mayor evidencia en la vida civil y política. El Occidente se informa en el Oriente, no sólo por el pasado sino por el momento actual; la Europa únese de hoy más al Asia en hechos y en

ideas, por tradicion é intereses; todos los pueblos quieren poner sus plantas sobre esta tierra en que la esfinge presenta de nuevo su enigma. Pero no sólo es la Europa la que aprende del Oriente; éste, saliendo tambien de su inmutabilidad, edúcase en las doctrinas modernas. Ni tiene necesidad aquella de vestir, como Alejandro, la túnica asiática, para gobernar al Asia. Constantinopla misma ha abandonado el turbante. ¿Qué nuevo órden saldrá de la fusion y de los esponsales de estos dos mundos, de estas tradiciones que resucitan, de estas lenguas muertas que se despiertan en un sepulcro embalsamado? Pero ¿no parece preciso que, al mismo tiempo que el Antiguo Testamento del género humano se aumenta con las páginas encontradas en las Biblias de la India y de la Persia, se desarrolle el Nuevo, y rompa sus velos é irradie más y más el espíritu sepultado en su letra? Y si en el siglo diez y seis el renacimiento griego y romano, acabando de cerrar la edad media, dió al mundo una forma y una palabra nueva que coinciden con la reforma religiosa ¿no hemos de ver nosotros, que el renacimiento oriental de nuestros dias ha de corresponder tambien con una nueva reforma del mundo religioso y civil? Hasta tal punto es verdad que el pasado, al romperse y morir, ha fertilizado siempre el futuro, siendo como la profecía que éste habia de cumplir en su dia.

II.

Del Renacimiento Oriental.

El genio de la industria, los descubrimientos y los viajes no son las únicas fuerzas que han preparado el restablecimiento de la tradicion del Alta Asia. La imaginacion tambien y la ciencia volvíanse poco á poco hácia aquel lado, y, visitando sobre los barcos mercantes las riberas nuevamente descubiertas, enlazábanlas con las de Occidente por impalpables anillos. Las brisas de Europa y las del Asia unian así sus perfumes en súbitos himnos, y de estos desposorios de los vientos iban á nacer sobre la superficie de un océano vírgen, formas, imágenes y fantasmas nuevos, que bien pronto flotarian en el cielo engrandecido de los poetas. Hasta bajo una apariencia escéptica hacíase la poesía moderna religiosa al consagrar la union de los dos mundos vueltos uno á otro, y las primeras huellas de un renacimiento oriental se iniciaban en el orígen mismo del renacimiento greco-romano.

Los Portugueses, en efecto, que por el descubrimiento del cabo de Buena Esperanza fueron quienes volvieron el Asia á Europa, son tambien los primeros que han coronado con la imaginacion la alianza que la industria acababa de renovar: pueblo este que sólo un momento aparece

en la historia, como para cumplir aquel milagro, y que una vez terminado, vuelve á hundirse de nuevo en el silencio. Solo un momento de esplendor tiene, y tambien solo un poeta y solo un libro. Pero este poeta es Camoens que vuelve á abrir para la imaginacion las puertas del Oriente, y aquel libro es *Las Lusiadas*, que une á todoslos perfumes de Portugal el oro, la mirra y el incienso de Levante, regados á veces por las lágrimas del Occidente. Por primera vez el genio poético de Europa abandona la cuenca del Mediterráneo, y entra en los océanos de la antigua Asia. Verdad es que los recuerdos de la Grecia y del mundo cristiano acompañan al poeta aventurero en medio de las olas aún no desfloradas por nave alguna; verdad es que bajo aquellos cielos abrasadores encuentra una angustia que recuerda los males de su país; verdad es que del fondo de aquellas aguas ve surjir las imágenes, los temores, las esperanzas, los fantasmas divinizados y las sirenas del Occidente que se balancean alrededor de la nave; pero por esto mismo es por lo que el poema de Camoens representa con verdad el poema de la alianza del Occidente y del Oriente. En aquel genio que significa la armonía del renacimiento griego y del renacimiento oriental, encontramos en efecto juntos los recuerdos de la Europa y los lánguidos perfumes del Asia, de modo que á la vez que parecen oirse el murmullo de las riberas Europeas y el eco del mundo griego, romano y cristiano, créese

escuchar tambien la resonancia en la extremidad opuesta de este inmenso grito: ¡Tierra! que hace estremecerse al siglo quince en la hora suprema de los descubrimientos de las Indias y la América. Sentimos en cada verso cómo la nave de la humanidad arriba á ignoradas costas pero por mucho tiempo esperadas, respiramos las nuevas brisas que hinchan las velas del pensamiento humano, y los cielos de los trópicos se miran en las ondas del Tajo, donde, si los dioses de la antigua civilizacion, bajo un cielo distinto trasportados, parecen reanimarse y rejuvenecerse, engéndranse por otra parte miles formas y creaciones súbitamente inspiradas por esta naturaleza renovada en la soledad. El rio Ganges, por tanto tiempo perdido, es personificado como en la epopeya india del Ramayana, y el Titan griego que pretende cerrar el camino á la nave de Gama que lleva el porvenir en sus entrañas, surge destilando agua por todas partes de los mares equinocciales, tanto más grande cuanta es la diferencia entre el mar de las Indias y el mar de las Cicladas. Hasta aquella lengua portuguesa, tan guerrera y suave á la vez, tan sonora é ingénua, tan rica en clarísimas vocales, parece el intérprete y más natural medio de expresion entre el genio del Occidente y el del Asia oriental. Pero, preciso es decirlo, el lazo esencial que todos estos extremos funde, es el corazon del poeta, aquel corazon magnánimo que abraza los dos mundos y los une en una misma poesía, en una misma humanidad y en un mismo cristianismo, como si él fuera

un alma tan profunda é inmensa como el Océano, y como el Océano enlazase las dos opuestas riberas.

Es difícil decidirse tan pronto á abandonar á Camoens. ¿Ni por qué razon hemos de ocultar nuestra piedad y devocion por tan grande hombre? Todo en él es simpático y grande; su vida de navegante, su poesía, su carácter, su gran corazon, y si algo aquí causa asombrosa pena, es que su nombre no haya sido en nuestros dias con más frecuencia pronunciado y más altamente estimado, pues no hay poeta alguno que mejor responda y se asocie á las ideas y sentimientos en aquel siglo dominantes. Hasta su epopeya sin batallas, sin asedios y completamente pacífica (cosa enojosa casi) circunscríbese á ofrecer sólo el eterno combate entre el hombre y la naturaleza, esto es, la lucha en que se han más frecuentemente inspirado los escritores de nuestros tiempos. Hay en ella diálogos formidables entre el piloto y el océano: por una parte, la humanidad triunfante sobre su nave empabesada; por otra, los cabos, los promontorios, las tempestades, los elementos vencidos por la industria: todo el espíritu, en fin, de nuestra época. No es, pues, la epopeya del Tasso, demasiado romancesca, la que mejor la representa; ni ménos la de Ariosto, cuya gracia, seriedad y humorismo, representados en el último de sus trovadores, son del todo incomprensibles para nosotros; ni tampoco, en fin, la del Dante, pues que está ya la edad media harto léjos de nosotros. El poema, repetimos, que abre

con el siglo diez y seis la era de los tiempos modernos, es el que, sellando la alianza del Oriente y el Occidente, celebra la edad heróica de la industria; poema no ya del peregrino, sino del viajero y el comerciante sobre todo, verdadera Odisea en medio de las factorías nacientes de las grandes Indias y de la cuna del comercio moderno, así como la Odísea de Homero es un viaje á través de las cunas de las pequeñas sociedades militares y artistas de la Grecia.

Si de Portugal pasamos á Francia, advertimos desde luego que la correccion y atildamiento del siglo de Luis XIV difícilmente podian acomodarse á las inspiraciones del Asia; siglo en el que hasta la poesía bíblica no tuvo sobre las imaginaciones sino una influencia limitada, viéndose en él á David frecuentemente contrabalanceado por Sófocles. Sólo hácia el fin de su vida fué cuando Racine intentó en su Atalía realizar el acuerdo entre las formas griegas y hebráicas, al mismo tiempo que Richard Simon fundaba la ciencia de la interpretacion del Antiguo Testamento. Fuera de este paréntesis, nada en rigor podia haber de comun entre el genio burlon y excéptico del siglo diez y ocho y el genio solemne del Oriente. Si pues los escritores de esta época se cubrieron alguna vez con el manto del Asia, hiciéronlo únicamente con la segunda intencion de encubrir y disimular sus más atrevidas opiniones. Pero, sin embargo, el nombre ha sido pronunciado, y los espíritus vuélvense hácia aquel lado del horizon-

te. Pronto arribarán á aquella tierra, y el genio satírico y excéptico irá, como precursor, á lanzar delante de él otra generacion que tomará verdaderamente posesion de aquel suelo por la ciencia y por el pensamiento.

Algunos años despues de Anquetil Duperron, y como para servir de comentario á esta ciencia naciente, un segundo viajero, que debia producir en las letras análoga revolucion, Bernardino de Saint-Pierre, vagaba casi por las mismas costas que aquél, disponiéndose con él la imaginacion y la poesía francesa á recibir por vez primera el nuevo bautismo de las olas del grande Océano, al propio tiempo que un alma, nueva tambien, se insinúa en el siglo diez y ocho. Dos nuevos personajes, nacidos bajo aquel extraño cielo, Pablo y Virginia, importa de su viaje á los mares de Camoens, y todo en ellos nos dice, que desde el primer momento han respirado otro aire y visto otros horizontes que nosotros. Sus dulces pensamientos, más sabrosos que el fruto del dátil, no han sido inspirados en el centro de nuestras ciudades; su educacion ha sido aprendida léjos de las pasiones y recuerdos de nuestro continente; su misma lengua, de una suavidad desconocida, es semejante á la lengua de las flores en una isla recien salida del fondo de los mares no surcados. Recuérdese aquella moral de sus diálogos que parece engendrada en el espectáculo de los objetos que ante sus ojos constantemente se ofrecen, semejante á las flores que ellos mismos han sembrado, y se comprenderá desde

luego que aprendieron á deletrear, no en los libros de nuestro Occidente, sino en aquellos que tienen por páginas montañas aún no holladas, cielos aún inexplorados, estrellas todavía ignoradas, selvas vírgenes en fin, que se miran en un mar no ménos vírgen. Es comparable Virginia á algunas figuras de la poesía sagrada de los indios, tales como Sacontala y Damajanti, y no deja de ser curioso en verdad observar como el mismo suelo é indénticas armonías han producido séres poéticos semejantes en el espíritu de los orientales y en el de un hombre del Occidente. Así es que Virginia pertenece sin duda á la misma familia que las vírgenes y las apsadas de los poemas indios, con su misma dulzura, sus propios instintos, idéntico amor á las plantas é igual ternura hácia toda la naturaleza viviente, áun cuando todas estas cualidades hechas más delicadas y simpáticas por el Cristianismo. Y si nos referimos á sus *Estudios de la naturaleza*, adviértese mejor aún que han sido pensados en el país mismo de las Grandes Indias. Por eso en aquel amor hácia las flores y las aguas y los pequeños insectos, revélase como la dulzura de una criolla, y cuando describe la manera con que el Indio respeta, en su mansedumbre universal, las ramas de los bosques y hasta el rocío de las noches, no parece sino que sentimos las mismas impresiones recogidas é inspiradas en la propia realidad. De la impresion total resulta un braman cristiano.

Pero ya ha llegado la hora de pronunciar el nombre del poeta soberano que, más que nin-

gun otro, cimentó la union de la Europa y el Asia. Fué éste uno de los más ingénuos admiradores de Bernardino de Saint-Pierre, que iba á complementar su *Pablo* y *Virginia* en medio de las batallas, y que selló la alianza del Occidente con el Oriente no ya por la palabra, sino por sus hechos, por la grandeza de sus empresas, por su vida política y militar. En su espíritu habia trazado el camino de Francia desde el Nilo hasta el Ganges, á través de la Persia, y, nuevo Alejandro, pretendia rehacer el trabajo del antiguo, escribiendo el poema de aquella alianza con trazos de sangre desde las Pirámides hasta las fronteras de ese otro Oriente que comienza en Kremlin. ¿Conoceis ya á este poeta que se ahogaba en Europa? Su nombre es Napoleon. Él, más que nadie, imbuia en el corazon de la Francia el espíritu y el alma del Asia, escribiendo en sus proclamas sus poemas; él cambió no sólo el espíritu y las instituciones, sino hasta la lengua de su país, de modo que cuando exclamaba: «Habeis descendido desde los Alpes, como un torrente,» ó tambien: «Yo soy el Dios de los ejércitos,» rompia y trastornaba el molde de la lengua diplomática del siglo de Luis XIV, y esgrimia más bien la palabra de un Mahoma occidental; cosa que no debe maravillarnos, siendo así que su educacion habia sido formada en Aboukir, en el Cairo y en el monte Tabor.

Inglaterra, por otra parte, concurria á este mismo renacimiento oriental. A los trabajos puramente científicos de los William Jones, los

Wilson y los Colebrooke, respondian con igual espíritu las obras de arte y de imaginacion, hasta el extremo de que todo escritor se creia obligado á debutar por un poema asiático. Fácil sería desde luego encontrar en los poetas de la escuela de los lagos y en el panteista Schelley, cuyos dramas parecen calcados en los dramas indios, la influencia oriental, bastando, para mostrarla, recordar el título y el asunto de la mayor parte de sus obras; pero con objeto de no hacernos demasiado superfluos, nos ceñiremos al poeta que á todos los resume. Desde 1809 tenía ya proyectada lord Byron su excursion á la Persia, que luégo se trocó en una mansion de cerca de dos años en la Morea y en Constantinopla: hé aquí un nuevo lazo de oro y de diamante que unirá la Europa y el Asia. ¡Cuántas veces el poeta ha de recordarnos que sus manos han tocado y sus piés hollado aquella tierra en que crecen el olivo y el ciprés, en que las mujeres son más suaves que las rosas, en que las ro sas son sultanas del ruiseñor, en que todo, en fin, es divino, excepto el pensamiento del hombre! El viaje de Childe-Harold, esa peregrinacion de la desesperacion, que comienza y acaba en los mares y costas de Levante, muestra suficientemente dónde se halla la patria adoptiva de su imaginacion; y al visitar su inmóvil naturaleza y sus horizontes armoniosos, nobles sepulcros del pasado en que todo se ha convertido en silencio, reposo, dulzura y encanto, descubre desde luego y adivina la misteriosa be-

lleza que en su poema desde las primeras palabras ha de maravillar al mundo, y que no procede sino del contrato de esa paz y reposo de la naturaleza oriental con los pensamientos turbados y las torturas morales que un hombre del Occidente, salido de entre nosotros, lleva á aquellos lugares. Aténas, Troya, Corinto, dormian bajo las rosas y los olivos, pero de repente estremécense con un grito agudo y lamentable queja; á lo léjos, el mar estaba en calma, el sol se adormecia en los flancos perfumados de las montañas, y muelle languidez extendíase por todo el horizonte, pero de súbito aquel cristal azul de los mares de Levante refleja la imágen de la tormenta espiritual de los pueblos de Europa. Y es que la voz del Occidente, el grito discordante de nuestras sociedades, se ha escapado de un corazon transido en el centro mismo de las armonías del clima del Asia. Tal es el viaje de Childe-Harold, que llenó con los gritos de tristeza de nuestras sociedades desfallecidas los paisajes tan apacibles, tan eternamente serenos de Atica, las Cicladas y el Asia Menor, gritos que resonando hasta nosotros, han hecho reconocer á más de un hombre del Occidente el eco de su propio corazon en aquel eco salido del Bósforo.

Pero Byron no se contentó con espresar esta fusion y como nupcias espirituales entre el Asia y la Europa sólo por medio del pensamiento, sino que enlazó su isla de Albion al continente asiático con vivientes cadenas, esto es, con personajes y séres que él mismo animó con su soplo, tales

como el Corsario, Lara, Giaour, Mazeppa y la Prometida de Abydos, criaturas semi-inglesas y semi-asiáticas, que se elevan como un gran coro de voces, y se llaman y se responden en torno de la cuenca del Mediterráneo: que es el genio inglés demasiado insular para despojarse y olvidarse de sí mismo en el seno de otro clima, siendo esta misma permanencia del tipo nacional la que da á las composiciones orientales de Byron sentido tan profundo.

Lara, aquel gran señor feudal que personifica toda su poesía, ha vagado largo tiempo léjos del Occidente, ha tostado su tez bajo un cielo abrasador, ha aprendido las lenguas del desierto, y bajo el aspecto glacial de los hombres de su país, oculta en su corazon el fuego de la Arabia. Todas sus costumbres son asiáticas. En una isla africana ha sido pirata; en Coron ha habitado el palacio de un Pachá; ha sido redimido por Gulnaro, que ahora, bajo la figura del jóven page Kaled, vela por él á su vuelta en su mansion feudal de Inglaterra. Y si necesitamos otro ejemplo de esa mezcla del Asia y de la Europa, ahí tenemos á Manfredo, ese orgulloso castellano, que en medio de los ventisqueros de la Suiza, conversa con los espíritus de las montañas, invocando á los genios de Oriente y del culto persa, Ahriman y Ormuzd, que, obedientes á su voz, vienen á desflorar con sus piés de fuego las nieves de los Alpes y á introducir la extraña preocupacion del Asia hasta en las brumas invernales de la Suiza alemana. Tales son

en esta poesía las figuras del Occidente, una mezcla del caballero y del pachá, la feudalidad anglonormanda unida al fanatismo musulman, la Escocia de Ossian desposada con el Asia de Mahoma. Por lo que hace á los tipos orientales, sólo á Giaour recordaremos, semi-cristiano y semi-mahometano, ó más bien, un renegado del cristianismo y del islamismo, excéptico á la vez de las dos religiones y de los dos mundos, doble blasfemia de la Europa y del Asia, que moribundo en el monasterio del monte Athos, exclama: «Ni el paraiso ni el reposo me hacen falta.» En él sólo existe la apariencia de la flema oriental, y si la calma aparece en su frente, la tempestad se anida en su corazon. No vive tendido y medio embriagado por el opio sobre una ribera embalsamada, como sus hermanos, sino que monta fogoso caballo, y vuela aguijoneado y flagelado por todas las pasiones de nuestra civilizacion anhelante, y así como los metales enrojecidos y de naturaleza distinta se funden y retuercen en el horno, únense en aquella alma á la vez de oro y de bronce, todos los dolores, pasiones, recuerdos, angustias y prejuicios de nuestra sociedad cristiana y de la sociedad musulmana. En fin, si es preciso que hablemos de las mujeres que dan vida á estas composiciones, Gulnara, Medora, Kaled, Zuleika y Leila, observaremos asimismo que todas ellas son hijas legítimas del Asia, pero nos guardaremos al propio tiempo de ir á buscarlas al Oriente, si es que no queremos perseguir som-

bras; pues si llevan en sus tipos el sello de esta comarca, tambien fueron marcadas con el de Europa. Así es que bajo sus frentes impasibles y la calma de aquellas criaturas de mármol, palpitan las cóleras, las ánsias y las tempestades morales de nuestra sociedad de Occidente, siendo vano buscar la resignacion ó la apatía en aquellos corazones atormentados. En su alma pues son hermanas nuestras, y la más apacible de todas, la más oriental en apariencia, Medora, aparece sobre la cima de su roca, demasiado soñadora, demasiado reflexiva y fácilmente atormentada para ser una verdadera Argeliana. Y es que la melancolía de los lagos de Escocia asoma velada á través de sus pupilas que reflejan el azul del mar del Atlas, y el cristianismo palpita en aquellos corazones musulmanes.

III.

Continuacion.

La influencia del genio oriental sobre el genio aleman no data de ayer, y sería imposible asignar la época precisa en que pudo haber comenzado, pues se halla embebida en la constitucion misma de la lengua, que parece adquirida inmediatamente en las propias fuentes de la palabra Oriental, en el antiguo idioma de los Medos, cuyo sello y aspiraciones más que ninguna otra ha conservado. Seguir paso á paso desde la Persia hasta la Escan-

dinavia el rastro de esta lengua, que de oriental se cambia poco á poco en occidental, mudando de color á la vez que de cielo, sería seguir paso tras paso tambien la emigracion de los pueblos germánicos. En este cambio sucesivo de morada, si las formas antiguas han desaparecido, el fondo de los instintos y el genio mismo de la raza han permanecido á orillas del Rhin tales como eran en las del mar Negro; y áun en nuestros mismos dias, en medio del tumulto del mundo, la Alemania mismo ha asombrado al Occidente por su genio contemplativo, que la hace aparecer á nuestros ojos como una especie de Oriente cristiano, como un Asia en la Europa.

En sus antiguos poemas, cuando la raza germánica es aún pagana, aparece desde luego casi completamente Oriental en su pensamiento, y sus dioses nebulosos cobijados bajo los fresnos del Norte, pertenecen sin duda á la misma familia que aquellos que nacieron de la primer mirada de la aurora á las montañas sagradas de la Bactriana. Y ¿no aparece en efecto como pariente cercano de las divinidades indias aquel Odino, cuyo cráneo es la bóveda de los cielos, cuyo ojo es el sol, cuyos cabellos esparcidos son las frondas cabelludas de las selvas y cuya osamenta son las rocas del globo? Es más, el panteismo, que no ha vencido el cristianismo sino á medias, despiértase frecuentemente con el genio germánico, y despues de haber reaparecido tímidamente en la edad media bajo la cándida ingenuidad de los poetas

de la caballería ha constituido principalmente en nuestros tiempos el principio vital del espíritu aleman, así en la poesía como en la filosofía.

Bastan estas observaciones para explicar el carácter particular que el renacimiento oriental ha recibido en Alemania. No ha tenido ella un Camoens en el golfo de Malabar; sus naves no la han llevado á lejanos climas; la mayor parte de sus poetas y escritores nunca han salido de sus hogares, y con todo esto y á pesar de esta inerte apariencia, no hay pueblo que con tanta verdad é intimidad haya reproducido la impresion de Levante. Singular fenómeno cuya causa principal hállase en lo que ántes hemos dicho, es á saber, en que Alemania, por un lado, sin salir de sus fronteras, encuentra en su propio pasado el eco del genio asiático, y siente y piensa é imagina naturalmente á la manera de los orientales, y por otro lado, carece de carácter nacional suficientemente determinado para imprimir su forma en los objetos extraños. Genio nómada que trasporta fácilmente su tipo de siglo en siglo y de region en region, parece despojarse de sí propio para adaptarse mejor á otros tiempos y climas, y su mayor originalidad consiste en desaparecer cuando le place ante el objeto que imita.

Debe añadirse á esto que, habiéndose formado en parte sobre la traduccion de las Escrituras la lengua de la Alemania moderna, ha podido por esto mismo ejercer sobre su espíritu el Oriente bíblico una accion constante. El Nuevo Testamento,

durante la edad media, hizo olvidar en cierto modo el Antiguo, de modo que los profetas fueron eclipsados por los padres de la Iglesia, y Cristo, Dios del Occidente, se iba insensiblemente separando de Jehová, Dios del Oriente. Uno de los resultados de la Reforma consistió en restablecer el lazo entre ámbos, reuniendo en la misma lengua vulgar el Antiguo y Nuevo Testamento, la letra de Moisés y la de San Pablo, y mostrando así á todos que el Asia y la Europa no tienen sino una sola palabra y una sola vida, encerrada en un mismo libro. La alianza renovada entre Jehová y Cristo trajo consigo de este modo la del Oriente y Occidente.

Pero el fundamento de la Reforma apoyábase además en parte sobre el exámen de las Escrituras, y en este concepto solicitando los textos del Antiguo Testamento todas las miradas, iba á seguirse como consecuencia natural el que la Alemania abordase al Asia por la Judea, del mismo modo que Portugal habiála abordado por la península de las Indias; pues que, despues de haber interpretado á Moisés y David con la misma libertad que á Homero y Sófocles, parecia llegado el momento de aprovechar tambien los monumentos y libros sagrados de Benarés y Persépolis para comentar los de Jerusalen, concentrando así poco á poco todos los rayos del sol del Asia para iluminar los misterios de la Biblia. Este nuevo espíritu en la crítica de las Escrituras se mostró principalmente en el libro de Herder sobre el

Genio de la poesía hebráica, libro en el que aparece, como jamás pudo hacerlo ningun teólogo, maravillosamente revelado el espíritu y la religion del Oriente, hasta el extremo de que su autor parece nacido en aquella tierra luminosa, y su inteligencia bañada en los rayos del Sinaí. Como José en la córte de Faraon, explica al Occidente con la sabiduría patriarcal los sueños del viejo Oriente por tan maravillosa manera, que si la ciencia y la filosofía pueden haber revelado algunos errores de detalle, nadie por otra parte negaria que la poesía hebráica está en aquel libro interpretada, expresada y exaltada con un espíritu verdaderamente oriental. Herder se convierte en el compañero de Job, de Isaías y de Moisés, y nadie como él merece el nombre de profeta del pasado. No comenta la Biblia desde el fondo de una biblioteca, sino con esa imaginacion que los Gesenius y los Ewald, maestros de la ciencia, han mostrado casi siempre, y trasportándose sobre el Horeb al desierto ó bajo las palmeras de Jerusalen, abre allí su biblia, evoca todos los objetos que le rodean, los olivos, los leones, los vientos arrastrados por las nubes, testigos de la poesía de los profetas, hojea por decirlo así y al mismo tiempo la Naturaleza y la Biblia, como un erudito que compara dos copias de un mismo original, y por este modo, en fin, hace que el Universo entero venga á ser el comentario de las Escrituras. Todo cambió desde la aparicion de esta obra excepcional, así la ciencia de las lenguas como la

de la historia, todo ménos esa primera mirada profética, que cada vez más confirmada, se ha extendido tambien á los demás libros sagrados del Oriente, y en cuya especie de adivinacion científica es Herder al genio asiático lo que el autor del *Telémaco* fué en el siglo XVII á la crítica y al sentimiento de la antigüedad griega.

Esto mismo que Herder intentaba en la crítica, realizábalo Goethe en poemas cuyo asunto era arrancado al fondo del Asia. Tomaba por tema unas veces alguna leyenda india, oda del Dios y de la Bayadera, perla del golfo de Golconda cincelada por un lapidario de Weimar, é inspirándose otras en el Islamismo, componia, bajo el título de Divan, una coleccion de poesías asiáticas que parecian arrancadas á las propias bóvedas de la mezquita de la Meca, siendo hasta tal punto asiáticos el pensamiento, el alma y el color mismo de sus palabras, que el cristianismo casi ninguna parte allí tenía, y el poeta sólo aparece occidental en los detalles de la forma y el ritmo, pero nunca en el sentimiento ni en las crencias. Aquel contraste tan patético de los escritores ingleses entre el reposo de las formas orientales y el tumulto de los pensamientos del Occidente, ha desaparecido, sin que se encuentre de ello el menor rastro en el espíritu aleman, y no parece sino que la sociedad á que el poeta pertenece tiene la misma tranquilidad é inmovilidad que la sociedad asiática. Hasta llega á cansarnos y disgustarnos tan monótono equilibrio, y desearíamos descubrir,

siquiera en un movimiento, una queja ó una sonrisa, á uno de nuestros hermanos bajo el turbante musulman. En fin, estas poesías son completamente líricas, ninguna de ellas nos muestra personaje alguno vivo á la manera de Lara ó de Giaour: voz embalsamada, privada de cuerpo y de figura, sin mostrar la invisible mano que tañe tal arpa eolia en el jardin del Asia.

Sólo un tipo encontramos en la literatura alemana que ofrezca una muestra de aquellas admirables personificaciones en que se respira, bajo la lengua del Norte, el genio del Mediodía, y ese tipo, resúmen de todos los otros, pertenece tambien á Goethe. Nos referimos á aquella jóven Bohemia que, robada en un país desconocido, es llevada á Alemania por una banda de bateleros, y cuyo idioma, mezcla de italiano é ilirio, (que es precisamente la lengua franca, hablada en todo el litoral del Mediterráneo), y cuyos cabellos y ojos negros, saludo oriental, brazos cruzados sobre el pecho y costumbre de dormir sobre la tierra desnuda, anuncian bien que su país es la tierra de Levante, acabándose esto de mostrar en la nostalgia por su perdida patria que apénas recuerda: vaga melancolía y sentimiento indefinido pero punzante del país de los limoneros y de las áureas naranjas. Todavía llega un dia en que bajo el cielo aleman exclama: ¡Tengo aquí frio!, y sus lágrimas corren á torrentes, y muere sin despegar los labios, y entónces es cuando muestra elocuentemente que ella es un alma de Levante traspor-

tada y perdida en extraños países, ó más bien, la poesía del Asia misma, que en el momento de florecer desarraigada de su suelo y á su sol sustraida, viene á morir sobre el corazon del poeta.

Pero si el influjo asiático es visible en las obras de Goethe, se convierte hasta en una especie de servil imitacion en algunos otros. Así, Goerres formó evidentemente su *Cuadro de las Religiones* (1) sobre el modelo de los filósofos del Ganges, mas áun que conforme á las escuelas griegas y romanas, hasta el punto de ser su obra una especie de Purana occidental, y tal otro escritor, como Ruckert, no se contenta ya con imitar el pensamiento del Oriente, sino que trata de resucitar hasta el ritmo asiático, del mismo modo que en el siglo diez y seis se imitaban en nuestra lengua los metros de Horacio y de Píndaro. Imposible nos sería á nosotros reproducir y comprender la impresion de aquellos diálogos entre las perlas y las piedras preciosas en las orillas del Océano, ó entre el Sol y la rosa, ó entre los murmullos de las flores cortadas en Ispahan, y sin embargo, esta poesía persa se hizo popular en las riberas del Rhin y conmovió el corazon de la Alemania toda como el recuerdo de una segunda madre.

Nacido así espontáneamente el arte entre el Oriente y la Alemania, sólo necesitaba unirlos para asociarlos. Aquellos dos genios se llamaban

---

(1) *Mythengeschichte der asiastischen Welt.* 1810.

desde las dos extremidades del tiempo; el Himalaya encontraba su eco en los Alpes, y si la civilizacion galo-romana parecia encontrarse á sí misma en los monumentos de la antigüedad clásica durante el siglo diez y seis, del propio modo el genio germánico se completaba entónces y confirmaba en el genio de la Persia y de las Indias. Esta natural alianza presenta por otra parte uno de los más grandes enigmas de nuestro tiempo, pues que pudiera preguntarse por qué la Alemania de nuestros dias ha sido la única en que no ha arraigado lo que se llama la poesía de la desesperacion; por qué no ha repetido la queja que el Occidente entero ha expresado por boca de Byron, porque, en fin, han aparecido en ella figuras tan serenas como las de Herder y Goethe en medio de la tormenta del siglo, como si sólo ella reposase sobre un lecho de rosas y el resto de Europa sobre carbones encendidos, haciendo de este modo creer que ninguna queja tenian que exhalar sus labios, y que por ningun estilo se veia, como los otros pueblos, disgustada, amenazada ó dolorida. No es esto así, sin embargo, sino que la verdadera diferencia en este concepto consiste en que el excepticismo aleman reviste un carácter enteramente distinto que en el resto del Occidente. La Alemania, en efecto, no se halla estancada en el pirronismo de la sociedad griega y romana tal como fué resumido por Luciano, Lucrecio y Voltaire, mas ántes bien ella ha dudado de todo, excepto del pensamiento; pero su duda, ménos punzante, no llegó

hasta negar la vida en sí y el sér mismo. El panteismo en este punto la ha preservado del ateismo, de modo que cuando rompió con la tradicion, más bien que destruirla, la trasformó; pues que haciendo entrar en sus teorías metafísicas el cristianismo casi entero, ni un solo dia quedó éste abolido en los espíritus, pasando de este modo de la religion á la filosofía sin sacudimiento ni violencia, sin traspasar los límites de la ciencia y de la fé hasta esas regiones del vacío absoluto, habitáculo de los muertos, que quema las plantas de los piés y seca hasta el corazon de los vivos. Ni un solo momento se encontró en presencia de la nada, y por eso este recuerdo no puede emponzoñar su presente. Así es que, cuando ella ha caido, es sólo porque quiso tocar lo incomensurable y aspirar á lo inaccesible; pero este dolor del orgullo vencido en la lucha con lo infinito, es como el de Jacob rendido á los piés del arcángel, más bien que el del alma que se abate ante el gusano de la tierra ó el átomo de los epicúreos. No hay pues que maravillarse de que la Alemania, que ha permanecido oriental en su excepticismo, no haya sentido tanto como los otros pueblos el dolor propio del excepticismo del Occidente. Y además, si ella no habia conocido la sonrisa del espíritu de la ruina, tampoco debia conocer la desesperacion que acompaña á esta alegría, pues asida siempre al Dios de los Brahmanes, de los Alejandrinos y de Spinosa, no es maravilla que no haya lanzado aquel grito de un pueblo entero, que expulsado al desierto, fuera del

recinto de todas las tradiciones, ha perdido en la arena la huella y el rastro del género humano.

El excepticismo aleman se halla personificado en Fausto, que nada comun tiene con la filosofía de Luciano, de Montaigne ó de Voltaire. ¡Extraño excéptico en verdad, devorado por la sed de una infinita sabiduría! El brevaje del espiritualismo hále embriagado, y aspira con ardor desesperado al principio de la vida y la verdad, ansíale y le persigue y cree poseerlo en cada objeto y le demanda á la naturaleza, á la ciencia, á las pasiones humanas, al mundo, á la soledad, y así, de cielo en cielo, su espíritu desenfrenado persigue la luz de las luces, hasta que desde esta cumbre soberana cae precipitado y su cumbe bajo una doctrina que más se parece á las de la antigüedad oriental que á las del siglo diez y ocho. Fausto no se encuentra destronado por sus propias manos en una oscura rivalidad con el grano de arena, sino que, por el contrario, ha luchado contra el Eterno, pretendiendo arrancarle su aureola y hacerse semejante á él. ¿Es esta la enfermedad de los enciclopedistas? Nó, ciertamente, más ántes bien recuerda el orgullo del primer hombre en presencia del árbol de la ciencia de l bien y del mal.

Pero si pretendemos medir los diversos grados de esta escala de la duda, podemos avanzar un paso más hasta descender de círculo en círculo en la tormentosa noche de Fausto. ¿Creeis por ventura que más allá de este abismo no puede

existir otro abismo más profundo? Descendamos aún. Bajo aquel infierno está el infierno de Mefistófeles: allí verdaderamente se hallan los límites de la nada. A nadie es posible ahondar más en la morada del vacío, porque no hay más allá, cuando la lógica y la dialéctica occidental lo han destruido todo, hasta el lugar de la esperanza. Detengámonos, pues, y saludemos al Dios de las eternas tinieblas. El excepticismo del Oriente y el del Occidente se han compendiado en la doble blasfemia de Fausto y de Mefistófeles, pero en el uno se hallan aún mezclados con la impiedad el entusiasmo, el ardor del alma, el himno nacido de la aurora, y no sé que extraña claridad del deseo que por intérvalos resplandece en el caos, al paso que en el otro todo es sutileza bizantina, ironía, noche sin calor y sin tormenta, tédio incurable, emponzoñamiento, sofisma y enojo de una sociedad vieja. Dos genios, dos filosofías, dos mundos entrechocan en este diálogo maldito. La Europa ha hecho temblar al Asia. El aire se ha estremecido una vez más gimiendo y resonando con el choque de Ormuzd y de Ahrimanes.

Y en efecto, en el principio mismo de la filosofía, en el acto general del pensamiento, es sobre todo donde parece revivir hoy el espíritu y la tradicion del Oriente. Compárense bajo este punto de vista los sistemas actuales de la metafísica alemana con los de la India, y se encontrarán entre ellos tales semejanzas que sólo por un esfuerzo notable pudieran descubrirse sus diferencias; pa-

recidos y analogías qu e pueden todos resumirse en la idea del panteismo, resumen ella propia de todo el genio del Asia. Sería locura pretender explicar la renovacion de aquel sistema sólo por un concurso fortuito de circunstancias, ó por el génio particular de tal ó cual institucion civil. Lo que sucede es que á la vez que el Asia penetra en la poesía y en la política del Occidente, insinúase tambien en sus doctrinas, y la metafísica sella por su parte la alianza de dos mundos. Hé aquí la grande empresa que cumple hoy la filosofía. El panteismo de Oriente, trasformado por la Alemania, corresponde de este modo al renacimiento oriental, así como el idealismo de Platon, corregido por Descartes, coronó en el siglo XVII el renacimiento greco-latino.

IV.

Cómo han sido consideradas las religiones de la antigüedad.

El progreso, vida de la historia, parece del todo ajeno á la de las religiones; pues la mayor parte de los cultos, en vez de confirmarse y continuarse mútuamente, diríase que fueron hechos para destruirse. Ocurre de este modo frecuentemente que los dioses de una época vienen á ser los demonios de la siguiente. Las divinidades supremas de la India se convierten en los genios im-

puros de la Persia; (1) al Astarté de la Fenicia sucede sin cambiar de nombre el Astaroth de los hebreos; los dioses olímpicos de Homero atormentan la imaginacion de la Grecia arrepentida bajo mil horribles formas; todo el Egipto ahulla en la voz de sus Anubis en torno de San Pablo en el desierto; el Occidente, en fin, puebla su infierno con los dioses del Oriente.

Cierto que la impiedad como la incredulidad han desconocido por igual la tradicion profana. Los primeros cristianos, por ejemplo, encontrándose con un paganismo envejecido y degradado, juzgaron por esta ruina de todo su pasado, hasta el punto de que, si una idea ó un dogma se les ofrecia aún en medio de tantos emblemas contradictorios, no era esto para ellos otra cosa que una invencion tardía para colorar con una sombra de filosofía una sombra vacía é infernal. No puede negarse, sin embargo, que el Cristianismo lanzó con razon su anatema contra aquellos falsos despojos, verdaderos espectros de la antigüedad. Queria aquel fantasma contradecir la vida, y al efecto animaba el cadáver del paganismo con la juventud ya pasada y las creencias de Orfeo, restaurando y balbuceando los himnos del mundo naciente en medio de una sociedad muerta: sepulcro emblanquecido que llenaba de horror á los hombres que traian al mundo la ardiente fé bebida en la fuentes del Gólgota.

---

(1) E Burnouf, *Comentaire su le zn Yaa* p. 8, 42, 79, 80.

Aunque por razones opuestas los enciclopedistas del siglo XVIII confirmaron esta condenacion, persiguiendo los unos, para hacer más fácil el triunfo de la filosofía, un fantasma de Cristianismo hasta en el corazon mismo del mundo pagano, como la escuela de Voltaire, y corriendo otros, sacerdotes de un culto abstracto, tras la eterna quimera de la religion natural, sin apercibirse de que su ideal no era otra cosa que el mismo espíritu del Evangelio, y viniendo así á parar, aunque conducidos por distinto principio, á igual menosprecio de todas las religiones positivas, como la escuela de Rousseau. Ni ¿son por ventura cosa distinta de los dogmas cristianos, aunque bajo una forma metafísica, la unidad, espiritualidad y personalidad del Dios del vicario Saboyano, así como la libertad moral, tantas veces por él invocada, no es en realidad sino el principio mismo del Evangelio reemplazando á la fatalidad pagana?

De todos es conocido el libro que en los últimos instantes del siglo XVIII resumió más exactamente aquel doble excepticismo: las *Ruinas* de Volney. Hasta para aumentar la desnudez de sus doctrinas, parece haber dado el autor por todo horizonte á su pensamiento el desierto de Siria, mar de arenas, donde el espíritu busca en vano un óasis, y sin que su tono, frecuentemente exajerado, le libre de hacer sentir el soplo verdadero de la Revolucion francesa, que parece arrastrar y volcar todas las tradiciones en medio de los alcá-

zares arruinados de una ciudad de Oriente. Acababa Volney de asistir á la primera reunion de los Estados generales, y esto explica sin duda por qué su libro es el cuadro de una asamblea constituyente del género humano, donde á través de los escombros de los templos de Palmira, agitados por el espíritu nivelador, llegan las naciones todas unas en pos de otras á la gran tribuna, desde la que van á hablar al mundo presididas por el genio de las ruinas. Todos los cultos están allí presentes. Los legisladores, los profetas, los reyes, el pueblo, la *clase distinguida*, los *hombres sencillos*, los sacerdotes, y hasta muchas veces el autor mismo aparecen sucesivamente en aquella asamblea de diálogos tumultuosos entre todas las clases y naciones acumuladas en aquel Josafat de la filosofía, dando por resultado tan solemne discusion realizada en presencia de las eternas soledades, al pié de las columnas volcadas y á la luz de la luna velada por las nubes, la conclusion de que todos ellos han sido víctimas ó instrumentos de un fraude, que los cultos sólo son mentiras, que los siglos reunidos y los cielos amontonados sólo han engendrado tiranía, embrutecimiento é ignorancia, que la humanidad desde su nacimiento viene siendo el juguete de algunos hombres y que, en fin, en ese inmenso concurso que ha producido sobre la tierra, los pueblos, los imperios y las criaturas inteligentes, todos han sido engañadores ó engañados, excepto dos personajes, el fantasma y el autor. ¿Qué hacer en-

tónces, qué pensar ni qué resolver despues de aquella terrible declaracion que no dejaba en pié otra cosa que el espíritu de las ruinas? La desesperacion hubiera en verdad sobrevenido sin remedio, á no haber tenido tal sentimiento la rectificacion del fervor producido por los primeros momentos de la Revolucion francesa. Mas de todos modos, aquel fanatismo filosófico, aquella persuasion, que poseian nuestros padres de que sólo ellos conocian la verdadera doctrina, respira por todas partes en cada línea del libro de Volney. Así no hay entusiasmo al que no declare la guerra, cuando él mismo se halla sobre el trípode; arranca la mitra á todos los sacerdotes mostrándose más intolerante y dogmático que ninguno, y en fin, erígese por su propia autoridad, en aquella asamblea del género humano, en gran sacerdote de la Revolucion francesa.

Sucedió á los enciclopedistas franceses la escuela alemana, que, revelando y dando á conocer las doctrinas de Alejandría, rehabilitó el paganismo con brillo suficiente para llamar algun tanto la atencion, así de los excépticos como de los creyentes de nuestros dias. El panteismo de Schelling inició esta restauracion, y la nueva Alejandría tuvo al otro lado del Rhin sus Jámblicos y sus Tulianos. Constituia el carácter de esta nueva escuela, que puso en la tarea de rehacer los dioses todo el genio que las demás en destruirlos, la mezcla indiferente, sin distincion apénas de épocas, de doctrinas separadas realmente por lar-

gos intérvalos de tiempo en la evolucion de los cultos, quedando así la cronología suprimida, los siglos confundidos y nivelados por tan atrevidas síntesis, y el espectáculo de la duracion completamente eliminado: historia sin progreso ni decadencia por faltarle la sucesion. Es imposible de este modo ver cómo nacen, se desarrollan y envejecen las creencias; cómo por una trasformacion contínua sale de la religion la poesía, de la poesía la ciencia, de la ciencia la duda, suprimiendo de este modo los cambios, las modificaciones y las revoluciones en el trabajo de ese mundo interior, y quedándonos así con una fé inmóvil bajo un cielo más inmóvil todavía. De este modo la individualidad de los pueblos, como la de los dioses y la figura de los tiempos, se va borrando por grados bajo una impresion de igualdad é identidad absolutas, que confunde insensiblemente todas las diferencias en un mismo culto, un dogma idéntico, un libro igual y un solo Dios. Representa el espíritu de esta escuela la obra de Goerres con el mismo título que la de Volney la escuela de los enciclopedistas, y no parece sino que fué su propósito recoger en un momento abstracto todos los momentos, ó borrar más bien de la historia la nocion del tiempo, hasta tal punto que si el hombre pudiese juzgar á la humanidad desde el punto de vista que el Eterno, no es dudoso que sólo éste sería un método adecuado. En esta historia artificial, en que las sociedades nacientes reciben el reflejo de las sociedades caducas, en que todos los

momentos de la duracion se aproximan hasta confundirse, en que la infancia se explica por la vejez y el Eden por Alejandría, cada época se halla artificiosamente compuesta, mezclada y formada por y con todas las otras, y de ahí aquellos pueblos primitivos á los que Alemania atribuia, apenas surgidos del caos, toda la ciencia acumulada en las escuelas de filosofía, á la manera de aquellos niños gigantes de Miguel Angel, que llevan en su frente con la sabiduría de los ancianos el sello de los años eternos, y que, nacidos ayer, enseñan ya á los doctores, y muestran con el dedo á los patriarcas y á los calvos y encorvados profetas la palabra del porvenir en la márgen del libro cuyas páginas vuelven. No son estas sólo en verdad ficciones del espíritu, pues que no es la ficcion únicamente fuente de la belleza, pero ¿quién se atreveria á afirmar que hayan alguna vez existido?

Tales han sido en general las doctrinas propagadas acerca de las religiones de la antigüedad cuando con espíritu serio se las ha considerado. Debemos tambien tener en cuenta que, bajo el nombre de mitología, han sido convertidas en recreo de niños ó usadas por los escritores como adornos de estilo, haciendo de los dioses puras metáforas. De forma que, pretendiendo remontarse á la antigüedad, se comenzaba por hacer imposible al espíritu su comprension, á la manera de un historiador que al explicar los diez y ocho últimos siglos del mundo civil y político, suprimiese

con el pensamiento el cristianismo entero, ó solo le considerase como un ornamento literario. Realizan, pues, un absurdo los que, desconociendo el genio del paganismo, sólo ven en la antigüedad una humanidad artificiosa y retórica; pues aunque juntemos todos los hechos que han marcado el destino de un pueblo sin olvidar ningun nombre ni un solo fuste de columna, nada habremos hecho si no damos asimismo razon de sus creencias: su cuerpo estará quizás mostrado, más su alma estará ausente.

Por otra parte, el medio que más á propósito se creia para cortar todo género de cuestiones acerca del paganismo, era apartar de él los ojos con horror, bastando únicamente, si se queria mostrar sus vicios, oponerle el Evangelio, á ejemplo de los primeros panegiristas, los San Clemente y los Eusebios, que incohaban una especie de proceso entre el cristianismo y el paganismo, con la obligacion de condenar al uno ó al otro, en cuya alternativa sólo quedaba el anatema. Pero hoy, terminado el proceso, podemos sin peligro hacer justicia á las religiones caidas, dar á conocer su espíritu, considerarlas en fin como el Antíguo Testamento del mundo profano, verdaderas preparaciones para entrar en la nueva ley; que no toda profecía se halla encerrada en Jerusalen. El mismo espíritu, por el contrario, que resplandece en las visiones del mosaismo, agítase, se esfuerza y balbucea bajo las de los gentiles, y los leones coronados de Persépolis y las esfinges

de Egipto profetizan como los dragones de Isaías, siendo el mundo antiguo símbolo del nuevo, no sólo en los Hebreos, sino tambien en los pueblos profanos. Avido de Dios, el hombre del politeismo cree, despues de haberle dividido, hallarle entero en las venas de los metales, en la ondulacion de las olas, en el resplandor de la llama, en el sagrado horror de los bosques, convirtiéndolo todo en altar, en ofrenda y en santuario suyo. Cada cima es para él un Sinaí; la Naturaleza constituye su Biblia. Mas poco á poco va investigando con curiosidad el Universo, y no encontrando en él sino miembros exparcidos, aumenta entónces su delirio. Una especie de furor le une á su presa invisible, y rompe y derriba el templo para oir á Dios, y luego cava y sondea su inteligencia y amontona en derredor sus propias ruinas, poniendo la última esperanza en buscar bajo esas cenizas aquella unidad perdida, aquel gran todo invisible cuya union ha roto. Tal es el progreso que se oculta bajo el vértigo aparente de las religiones antiguas.

No hay medio, en efecto, de admitir que hayan existido sociedades florecientes, durante miles de años, fundadas solo sobre el vacío, ni es posible concebir que aquellos imperios que han fatigado la tierra con su larga vida, sólidos hasta el extremo de no descubrirse apénas cambio alguno en ellos en la lenta sucesion de los siglos que han recorrido, Estados inmensos por su duracion y extension, hayan encerrado no más que la

nada en su seno. Pues qué, ¿el dogma social que les hizo vivir dándoles una eternidad terrestre, ¡no contendria siquiera una parte de la verdad suprema, de esa verdad que es la única que comunica vida, grandeza y duracion! Pues qué ¿sólo habia de albergarse en el corazon de aquellas civilizaciones compuestas de hombres semejantes á nosotros, el eterno gusano roedor ó la serpiente impura retirada en el fondo de los templos para devorar la sustancia del Estado! Pues qué ¿no habia de surgir en parte alguna el principio eterno del bien! Ni esto es así, ni ha podido ser. Un rayo de la eterna verdad ha brillado seguramente al través de las linternas de aquellos monstruosos templos, y ese rayo por débil y quebradizo que haya sido, ha bastado para dar á aquellas ciudades exparcidas, á aquellas sociedades formadas de enemigas razas, la consistencia del granito durante cerca de veinte siglos. Aún cuando no tuviéramos otra garantía de esta verdad que la grandeza de aquellos imperios, bastaria esto para que afirmásemos resueltamente que el régimen de la mentira absoluta no pudo prevalecer tanto tiempo sobre la tierra. Sería preciso, en efecto, ántes de llegar á esta conclusion, investigar si aquellas sociedades no tienen más bien por fundamento ciertos restos de las verdades primitivas y del dogma universal, y si estos restos brillantes no son asimismo el signo inalienable de la fraternidad y unidad original de las tradiciones y generaciones humanas. Creemos que cuanto más se

acrece el número de aquellos dogmas primitivos, más tambien se engrandece la familia de los pueblos asentados en torno de un mismo hogar, y rechazamos al mismo tiempo con todas nuestras fuerzas la idea de que las instituciones religiosas no son más que una impostura, aunque no sea más que porque los primeros institutores de los pueblos no han podido ménos de tener fé en sí mismos para arrastrar al mundo. Ni ¿qué produce la mentira sola? ¿Quién duda ya de que no hay máscara tan pesada que no levante la posteridad curiosa? Por medio de un pequeño fráude puede por un momento usurparse un puesto, pero no se mueven los montes, ni se levantan los templos de Egipto, ó las catedrales de la edad media, ni se instituye en fin el dogma que sostiene, no ya los edificios de piedra, sino todo el edificio social de género humano.

V.

Las revoluciones religiosas en sus relaciones con las revoluciones sociales.

Una primera ojeada sobre el paganismo en general sólo deja ver un inextricable caos de fábulas y creencias, en las que no parece posible hallar progreso ni decadencia, á pesar de la sucesion de los tiempos. Imágenes de una eternidad muerta, simulacros inmutables, hacen creer tambien en la inmutabilidad de las doctrinas, y esta es pre-

cisamente la razon porque casi siempre se ha intentado referir las religiones antiguas á un mismo órden de interpretaciones é ideas, sin apercibirse de que el sistema varía de edad en edad, de que la historia de los cielos tiene sus épocas como la historia del globo, de que el cambio de las dinastías divinas implica necesariamente una revolucion en las ideas humanas, de que muchas veces los mismos dioses, sin cambiar de fisonomía, cambian no obstante de espíritu y de naturaleza, de que, en una palabra, nada se parece ménos, á pesar de la permanencia de los nombres, al dogma de una sociedad caduca que el dogma de una sociedad nueva. Hallar y conocer las variaciones del paganismo sería descubrir la causa suprema de las variaciones de la vida social en toda la antigüedad.

No podemos, no obstante las diferencias de los ritos, ver en los cultos principales de Oriente sino una sola y misma religion, dividida en tantas sectas como imperios. Un idioma idéntico comunica á todos ellos igual carácter. El milagro permanente de la naturaleza viva, representado bajo emblemas sagrados; la vida del universo circulando en las venas de los dioses; la fiesta de la creacion reproducida en la litúrgia del género humano; e nacimiento, muerte y renovacion de las cosas, trinidad visible que pasa á ser uno de los misterios del sacerdocio; la encarnacion sobre todo de los inmortales bajo la figura del mundo; tal es la constitucion originaria del paganismo. Consideremos

sucesivamente la Persia, la India, la Caldea, la Fenicia y el Egipto, y nos convenceremos sin dificultad de que el dogma no ha cambiado en todos esos pueblos. Ecos unos de otros, los vedas del Ganges, los cánticos de la Media y los himnos de Tébas, forman un solo coro en el templo del Asia; todos los imperios se postran ante un mismo universo: Mitra, Indra y Osiris representan bajo nombres distintos el mismo sol, ojo del mundo que les impone con su mirada: por todas partes, en fin, las estrellas del mismo cielo extienden unidas sus rayos sobre los mismos símbolos: conformidad en el dogma, que se encuentra tambien en las constituciones políticas, pues el panteismo ha penetrado donde quiera en el Asia, en el gobierno por el establecimiento de la teocracia, y en las leyes civiles por la confusion del derecho privado con el derecho divino. Dios lo era todo, y era necesario que todo lo poseyese, hasta el punto de que el rey, su representante, era único propietario del país, teniendo sólo la humanidad el usufructo de la tierra, cuya soberanía inalienable pertenecia á Dios: primera forma del derecho, derivada de la primera institucion de los cultos.

La Grecia es la que parece haber llevado el cisma á la tradicion, mas no por eso sus dioses dejan de ser originariamente de la misma naturaleza que los de Oriente. La grande alma del mundo vivia tambien en el seno azulado de su Júpiter, que, como el Brahma de la India, tenía pendiente de sus manos la cadena de los séres; de la

flauta del dios Pan exhalábase la armonía universal, y tenía siete agujeros para indicar el acuerdo de los siete planetas; jugaban los inmortales al nacer con astros de oro; las danzas circulares de los sacerdotes figuraban sobre el monte Oeta el orbe invisible de las estrellas; la orgía, en fin, de Baco aparecia vestida con la túnica rozagante del Asia. Sin embargo, y á pesar de tales conformidades exteriores, se iba poco á poco aplicando á los antiguos símbolos un sentido completamente nuevo; pues si hasta entónces el hombre sólo habia adorado á la naturaleza, desde ahora comenzará á adorarse á sí propio. Tal es el rito de la Grecia, que de mil modos distintos se personifica en la figura de los dioses olímpicos, á los que hace cómplices de su pasado, atribuyéndoles sus propias acciones. Epocas semi-olvidadas, genio particular de las razas y de las tríbus, orígenes, guerras, alianzas, cuanto la vida social pudo encerrar en tiempos privados de memoria, otro tanto fué resumido en las vidas olímpicas, que se complicaban con todos los incidentes y cambios de la tradicion. Así, á la vez que los trabajos de Hércules representan los del Sol en las doce moradas del año, figuran tambien los trabajos de la raza de los Dorios en sus moradas sucesivas desde la Tracia hasta el Peloponeso; así, en vez de los pensamientos inmutables de la naturaleza, van insensiblemente llenando, dominando é informando el alma de los dioses olímpicos los pensamientos caprichosos de los pueblos; así,

Dios obtiene su vida del soplo del hombre. El principio, pues, de la religion ha cambiado, el orgullo humano se ha revelado claramente por primera vez, y el dogma de la encarnacion, sobre el que todo el Oriente descansaba, ha desaparecido. Ya no es la Divinidad quien desciende sobre la tierra y toma por piedad la figura del hombre, es el hombre el que se eleva á la region suprema por el vuelo y el poder de su pensamiento. De en medio del vil rebaño de los séres, es llevado el pastor Ganymedes al seno de lo infinito por el águila soberana, y el género humano bebiendo por su boca el néctar y embriagándose con él, erige en ley su voluntad y en dogma su heroismo. ¿Cómo, pues, semejante revolucion en las creencias no habia de producir una era nueva en la sociedad civil? El pueblo, en efecto, despues de haber sido coronado sobre el Olimpo, no podia ya buscar en otra parte que en sí mismo la fuente legítima del poder, de la autoridad y del derecho, pues que ya de nadie dependia ni á nadie representaba si no es á sí propio. Vemos, pues, aquí la raíz misma y el fundamento de la relacion de estas nuevas religiones con la forma política del mundo griego y romano, que trae por consecuencia el sistema de apotéosis de las razas y áun de la humanidad entera, y el gobierno de aquéllas ó de ésta por sí mismas, que no es en rigor otra cosa que el sistema de la democracia y de la aristocracia, tanto en Grecia como en Italia. La teocracia desde este instante es sustituida por

la república, y Aténas y Roma surgen, como Minerva, completamente armadas, de la frente de la humanidad deificada.

Más, aún el paganismo va á sufrir una tercera revolucion. Llegan los tiempos de Alejandría, y aparece en ella Evhemero. El sentido primitivo de los dogmas acaba entónces de perderse por completo, y surge la nueva doctrina de que los dioses no representan ni la naturaleza ni la humanidad, sino que habian sido en otro tiempo reyes y tiranos, exaltados luego por la servidumbre de los pueblos. Una vez esto admitido, nada ya podia quedar de la institucion primitiva del paganismo, pues que si el hombre pudo fácilmente inclinarse ante el emblema del Dios-universo, hubo de acabar todo para él cuando llegó á convencerse de que, en vez de un Brahma dispensador de la existencia, de un Júpiter artista de los mundos, de una Isis vestida del azul de los cielos estrellados, sólo quedaban unos reyes de Creta ó de la Libia. El culto se hizo mercenario y desapareció de los espíritus, y nada demuestra mejor esta extincion de las creencias pasadas que la facilidad con que la nueva doctrina pudo extenderse. Tres siglos ántes del advenimiento del cristianismo, el paganismo estaba muerto.

Roma especialmente fué quien adoptó sin reserva el dogma de Evhemero, y allí aquel nuevo paganismo creó una nueva sociedad, aunque, á decir verdad, nunca adoró Roma sino á Roma misma, aprisionando y encadenando en el Capi-

tolio, como otros tantos rehenes sagrados, á todos los dioses del universo, que separados de sus pueblos y países, de los cielos en que habian nacido, verdaderos espectros en los que ya ninguna idea se escondia, sólo servian para consagrar el triunfo de la Ciudad eterna. Verificóse aquella trasformacion especialmente en tiempo de los emperadores, en cuya época vióse penetrar la doctrina de Evhemero en las leyes y en las costumbres, esto es, el despotismo en el cielo sancionó el despotismo sobre la tierra. Una série de hombres colocados en la cima del mundo civil, los Césares, grandes sacerdotes de la nueva teología, proclámanse dioses descendientes en línea recta de los Osiris ó de los Júpiter, no haciendo otra cosa, al realizar su apotéosis, que aplicar lógicamente las doctrinas de su tiempo en materias de religion: el pueblo mismo, si por acaso ellos se olvidaban de hacerlo, encargábase de buen grado de darles un lugar en el cielo. No es otra en efecto la conclusion de la mayor parte de las vidas de los Césares por Suetonio. Fué elevado, dice el historiador, hablando de cada César, al rango de los dioses, «no ya sólo de palabra, sino por la persuacion del pueblo» *non ore modo, sed et persuasione vulgi*. Hé aquí el paganismo completamente desnaturalizado y convirtiendo de caida en caida al dios en emperador, que si en un principio se llamó César, despues, y cayendo más todavía, se llamará Calígula, Cláudio, Neron.

Pero en medio de esta decadencia de la institucion religiosa, no dejó el hombre de ganar bajo muchos aspectos, enriqueciéndose con los despojos de los dioses. La propiedad del altar disminuyó sensiblemente, al paso que la tierra, el dominio sagrado, fué cada vez más dividida y secularizada. Al derecho divino sucedió el derecho privado, y al sacerdote el jurisconsulto; el propietario, que en Oriente lo era tan solo Brahma ú Osiris, lo fué ahora el padre de familia, el indivíduo, el hombre en fin, libre ya de sus dioses, que encontrándose solo y sin rival ante el Universo, aprovechó aquella ocasion para arrogarse por el estoicismo la independencia absoluta en el mundo moral, y por la ley civil la plena soberanía sobre las cosas: tal es el espíritu del derecho romano.

El primer efecto en este sentido del cristianismo, al devolver al mundo su Dios, será restablecer por los bienes de la Iglesia un dominio sagrado. Volverá Dios á tomar posesion del globo; entrará el hombre nuevamente en su vasallaje haciéndole pleito homenaje de su persona; donará el Rey de los reyes y Señor de los señores esa tierra otra vez santificada al príncipe; la trasmitirá el príncipe al vasallo, y así mezclándose este sentimiento de gerarquía y de dependencia de lo infinito en todas las relaciones de la nueva sociedad, servirá de sancion al sistema de los feudos, que sería completamente inexplicable, si no se refirieran de este modo las revoluciones

del derecho de propiedad á las revoluciones mismas de la ley religiosa.

¿Queremos saber cuál fué la última tentativa de las religiones paganas en presencia del cristianismo? Persuadidos estamos de que si hubiesen podido conservar aquellos cultos la administracion del mundo, hubiéranlo conseguido por los medios que ensayaron. Al ruido de la doctrina que hacía revivir los muertos, reanimóse tambien el paganismo como afrentoso Lázaro, y viendo hácia que lado se inclinaba el mundo, lanzó ya en su agonía una luz extraordinaria, y consumió su última hora en trasfigurarse. ¡Cosa increible!; aquel cuerpo exánime intentó luchar en juventud, en espiritualismo, en idealidad y en pureza con la palabra nueva, siendo aquel esfuerzo sostenido en Alejandría por las más nobles inteligencias, los Porfirios, los Proclos, los Plotinos y los Julianos. La filosofía, en efecto, conoció en tónces que habia herido con harta rudeza la fé antigua, y para salvar la religion, prestábale ahora sus doctrinas convirtiendo instantáneamente aquellos dioses de la materia en dioses del espíritu, emblemas de la más sutil metafísica. Así reparado y exaltado el paganismo, toma asiento á la vez que los santos Padres en la escuela de Platon, y logra por trasformacion semejante engañar un momento al mundo, tanto más cuanto que en esta hora suprema, léjos de confiarse á los dioses extenuados de Grecia y de Roma, llama á las divinidades ménos conocidas del fondo del

Oriente, que aún conservaban por su alejamiento un resto de prestigio. De esta manera el Mitra de los Persas, el dios de la luz, purificador, redentor y mediador (pues tenía todos los títulos de la nueva fé) fué opuesto donde quiera en el Occidente al Dios del Evangelio, y vestido con la túnica de los Medos y armado con el puñal sagrado, vino á ser realmente el último mantenedor que combatió por el mundo profano. En nombre de la vieja sociedad propagaron los emperadores su culto con ardor desesperado, logrando de este modo y en fuerza de cubrirse bajo una máscara mística y de afectar todas las fórmulas del cristianismo, extenderse por las Galias y la Alemania. Era ya tarde sin embargo, pues en aquel viaje forzado encontró por todas partes la imágen de los doce mensajeros con que la Judea se le habia anticipado. En este momento, pues, aquel Dios, nutrido en la luz del sol Persa, desapareció ante la luz invisible de Cristo: último dia del paganismo. Y es que aquellas religiones habíanse contradicho al morir á sí propias; habian querido trasformar sus ideas materiales en una idealidad mística, y en esta revolucion quedaron desvanecidas y disipadas.

Tales son en resúmen los principales cambios de las religiones antiguas siguiendo el órden de los tiempos. Primero, la apoteósis de la naturaleza, el paganismo de Oriente; segundo, la apoteósis de la humanidad, el paganismo de Grecia: tercero, la apoteósis de la ciudad, el paganis-

mo de Roma: cuarto, la apoteósis de la filosofía, el paganismo de Alejandría.

Ya era tiempo de que el cristianismo llegase. Todas las vías habian sido ensayadas en la filosofía, la poesía y la ciencia; las inteligencias se hallaban sin norte; las pruebas, agotadas: los misterios colmados. Despues de tantos esfuerzos, el mundo se hallaba á una abstraccion abrazado; la desesperacion comenzaba; era preciso morir ó renovarse en el seno del Eterno. La humanidad entónces, anhelante, agotada, llena de horrible tedio, hizo lo que el discípulo bien amado: inclinó la cabeza y descansó en el ámplio seno de Cristo.

VI.

De las revoluciones religiosas en sus relaciones con la historia del arte.

Despues de haber deducido de la sociedad religiosa las formas de la sociedad política, falta ahora confirmar el mismo principio en cuanto á las artes, cuya relacion con los cultos es aún más perceptible.

¿Cuál es, en efecto, el objeto del arte? La belleza; solucion quizá demasiado elemental segun general opinion, y sobre todo, demasiado antigua, pero que pudiera, si lo intentásemos, llevarnos más léjos de lo que parece. Porque ¿dónde está la belleza? Hallamos belleza en una flor, en un rayo

de sol, en la sonrisa de una criatura mortal, y hasta en todas las cosas la encontramos indudablemente, sólo que de un modo incompleto, pues que en ellas se manifiesta efímera y caduca. ¿Qué sería, pues, si en lugar de esos objetos que no tienen sino la vida de un dia, de esa luz que solo un resplandor prestado posee, encontrásemos en alguna parte la flor que nunca se marchita, el perfume que nunca se disipa, la sonrisa que nunca en llanto se convierte? Entónces y sólo entónces pensaríamos que habíamos tocado la belleza, principio y fin de todas las otras. Pero ¿cuál puede ser esa belleza que se comunica sin agotarse, ese esplendor soberano sin oriente ni ocaso, sin juventud ni vejez, sino es la propia imágen que nos formamos de la perfeccion y á la cual nada puede sobrepujar ni alterar, esto es, la idea en virtud de la que nos representamos á Dios mismo? Pero no vayamos más léjos: el Dios-Espíritu; hé aquí el eterno modelo que, bajo una ú otra forma, palpita eternamente ante el pensamiento de todo artista digno de este nombre. Lo que quiere decir que el objeto del arte consiste en representar por medio de formas la belleza infinita, en expresar lo inmutable en lo efímero, en encarnar la eternidad en el tiempo, en pintar lo invisible en lo visible. Detengámonos en esta idea, y veremos cuantas consecuencias surgen de ella como de un hogar ardiente.

Desde luégo para existir el arte no tiene necesidad del hombre. Antes de la aparicion del género

humano sobre la tierra, era ya el universo una gran obra de arte que publicaba la gloria de su autor, y en donde la belleza habia sido realizada y como encarnada en la naturaleza naciente. No, no creais que los primeros poemas hayan sido los de Homero ó de Moisés, ni las primeras esculturas, talladas por una mano mortal. El más antiguo contructor del templo es el que construyó el mundo, y este tambien el primer poeta y el primer pintor. La salida del sol al surgir del caos, el murmullo de la mar que pristinamente se formó en sus riberas, el gemido de los bosques el dia primitivo en que fueron tocados por la luz, el eco de la palabra aún vibrante de la creacion; hé aquí la primera poesía, el cuadro primero en los cuales quedó descrito el Eterno. Ningun pueblo existia aún en el mundo, y la idea del arte estaba ya completa. La obra y el obrero se hallaban en presencia uno de otro, y aún podríamos añadir, si estas analogías no fuesen muy frecuentemente arbitrarias, que existia ya una especie de imágen anticipada de la division de las artes, siendo en este sentido las cadenas de las montañas, la arquitectura de la naturaleza: sus cimas y picos, por el rayo esculpidos, la estatuaria; las sombras y la luz, la noche y el dia, su pintura, el ruido de la creacion entera, la armonía: y el conjunto de todo esto, la poesía.

Resulta de lo que precede, que ni la naturaleza ni el arte son copias uno de otro, pues que ámbos se derivan de un mismo original que es Dios. Cualquiera que sea el objeto que pretenda representar, el ar-

te lo reproduce, digámoslo así, por una segunda creacion, y ni la arquitectura ni la escultura, ni la pintura copian servilmente el mundo exterior, más ántes bien van á buscar el modelo de su imitacion, segun ya hemos dicho, en la belleza misma, en la realidad por excelencia. Continúese, pues, si así se quiere, llamándose á las artes, artes de imitacion, pero téngase en cuenta que ellas imitan al Eterno. Cuando más, podrian dividirse los artistas en dos distintas familias, unos, hechos para la esclavitud, que copian servilmente las formas del universo sin añadir ni quitar nada, otros, libres y soberanos, que imitan, no sólo la fisonomía y el cuerpo de la naturaleza, sino tambien sus procedimientos de formacion y su inteligencia, para así rivalizar mejor con ella. Preguntado Rafael que en dónde encontraba el modelo de sus vírgenes, contestó que *en una cierta idea*, y esa idea era en efecto lo divino que él entreveia á través de los trazos inmortales de las mujeres de Perugio y de Foligno.

¿Deduciremos de este principio que el arte se confunde con la filosofía? Nó, ciertamente, pues si ésta puede olvidar las formas de los objetos para no ocuparse más que en las ideas, el artista, al contrario, tiene que regir dos mundos, el real y el ideal, y ni le es posible destruir el uno por el otro, ni resolver éste en aquél, sino que le es preciso dejarles subsistir igualmente haciendo surgir la armonía de sus aparentes contradicciones. Tal es el milagro que constantemente debe

realizar, si quiere merecer la gloria. Su aspiracion es el infinito, pero tiene que encerrarse en límites precisos, y sabe desde luego que su fuerza no se acrece, sino á condicion de imponerse límites á sí propia. *No irás más léjos:* hé aquí la primera leccion dada por el Criador á su criatura, y preocupado por esta necesidad de circunscribirse, si el artista se atiene exclusivamente al sentimiento de lo finito, se encuentra nada más que con la forma y la máscara de las cosas, y bajo la máscara, la nada; y si al contrario, abandona lo real para entregarse sin reserva á lo ideal, cae entónces en el vacío. Pero entre estos dos extremos existen multitud de variantes que constituyen los diversos grados de lo verdadero, de lo falso, de lo malo y de lo peor. Toda obra bella es verdaderamente moral, porque expresa la armonía entre el mundo y su autor, y porque se halla en el equilibrio de las cosas, en el plan de la Providencia, en las condiciones de la justicia eterna. Es más bien un compendio del órden general.

Síguese asimismo de lo anteriormente expuesto, que las artes no son, como vulgarmente se cree, asuntos de capricho y fantasía, ántes bien poseen más realidad que ninguna otra ocupacion. Para nosotros, en efecto, es real cuanto es verdadero, y quimérico cuanto es falso, así como lo positivo es sin duda lo que nunca decae ni perece. Ahora bien, en este sentido nada hay más positivo que el Eterno. Pero ¿ha sido por ventura lo inmortal, esa gran palabra, hecho para esta

criatura que se llama el hombre? Esa es nuestra creencia, y á este punto es á donde queríamos llegar precisamente. ¡No os habeis, en efecto, sentido alguna vez maravillados al pensar cómo ese frágil sér produce con sus frágiles manos cosas que nunca pasan, y cómo, una vez muerto, deja tras sí un libro escrito en la corteza de un árbol, una estatua, ménos que esto aún, una tela efímera, sin que los años ni los siglos sean poderosos á borrar las líneas de aquel libro, pasando los imperios al pié de aquel pedestal miéntras permanece la estatua inquebrantable, ó bien siendo restaurada si por acaso se arruinase, sobreviviendo, en fin, aquella débil tela capaz de rasgarse ante un soplo, á más de una raza humana? ¿Y cómo explicar esta inmutabilidad, sino es por que entre todos los pensamientos efímeros de su tiempo se asió el artista á una idea imperecedera y soberanamente positiva, es decir, á algo divino, que como pedestal indestructible eleva su obra y la sostiene contra todos los accidentes del tiempo? Todo se altera, sucumbe y muere ménos ella, que, áun medio sepultada en el tiempo, permanece bella con belleza incorruptible, como las matemáticas subsisten verdaderas con verdad eternamente inmutable, que puede ser desconocida ó velada, pero no envejecer ni cambiar. El espectador móvil desaparece, pero el arte fundado sobre lo eterno subsiste. ¿Son necesarios ejemplos? Surgen donde quieran. Rota se halla la Grecia antigua en mil pedazos, y la estatua de su Niobe se

halla aún á estas horas en pié como una viuda sobre un sepulcro: yace el imperio romano entre el polvo de la campiña de Roma, y la estatua del Gladiador moribundo le sobrevive, y con sus labios de mármol sonrie ante la desaparicion de todos los espectadores del circo.

Pero si el arte tiene por objeto la belleza soberana, es necesario admitir áun que, á pesar de la oposicion de los tiempos, de las civilizaciones y de los cultos, lleva el mismo ideal á toda la humanidad, y esto en efecto nos explica, cómo el paganismo nos subleva por sus doctrinas y nos subyuga al mismo tiempo por sus obras. Así, las divinidades del pasado nos dan grima y sus templos nos conmueven y entusiasman; contradiccion esta que se hace más chocante cuando reparamos en que los artistas de la edad media, esto es, los hombres más piadosos, crédulos y embriagados en la fé cristiana, léjos de sentir repugnancia alguna por las estatuas é imágenes paganas, las hicieron objeto del estudio más asíduo. Y hé aquí, lo que parece maravilloso, á los cristianos del siglo XIV estudiando, palpando é imitando los ídolos encontrados en Florencia y en Pisa, y venerándoles como obra sagrada, é inaugurándoles en el fondo de los templos de lo invisible! ¿Cómo esto? Es que encontraron en aquellas formas exquisitas de la antigüedad los rayos perdidos de la eterna belleza que ellos mismos perseguian á la luz de la revelacion. Nunca las escuelas griegas y las de la edad média han

estado en oposicion, ni han luchado como enemigas, sino en el espíritu de los teóricos de nuestros dias; más ántes bien estuvieron siempre ligadas y en inteligencia por sentimientos comunes. Los artistas griegos se habian elevado por encima de su culto, y desde las alturas del paganismo habian vislumbrado la luz del cristianismo, anunciando anticipadamente desde el centro mismo de la sensualidad pagana el milagro de la belleza espiritual. Tendian al porvenir sus brazos, y profetas de la civilizacion, han sido los naturales mediadores de los pueblos y de los cultos. Por eso Virgilio, casi pagano, da la mano á Dante, y Sófocles conduce á Racine; por eso Fidias y Platon se hallan, cambiados los nombres, en la obra de Rafael y de Miguel-Angel; por eso, en fin, apesar de la diferencia de tiempos y lugares y no obstante la oposicion de las religiones que parece ha de romper todo lazo, esos hombres ilustres, muy léjos de excluirse y rechazarse, se llaman y se abrazan á través de los siglos. Y es que todos ellos beben sus resplandores en una misma fuente de luz, sus particulares bellezas en una misma belleza suprema, sus poemas en un mismo manantial de poesía, y aunque separados y enemigos en todo lo demás, penetraron en el mismo reino de lo inmutable, donde todos se sienten hijos del mismo padre, esto es, del mismo Dios del arte, de la belleza y de la armonía.

Llegados estos términos y ateniéndonos á ellos,

podemos ya responder á esa gran cuestion con mucha frecuencia debatida en nuestros dias. ¿Ha pasado ya el arte? ¿Ha muerto la poesía? Demasiado sé que á toda hora se están contestando estas preguntas, afirmativamente. Mas debo asegurar por mi parte, que despues de haber pasado mi vida en estudiar los pueblos extranjeros, sólo he hallado entre nosotros manifestaciones de aquel sentimiento de desaliento. Es más; casi podríamos asegurar, que semejantes teorías aparecerian allí como insensatas. ¡Que la poesía ha muerto! ¡Que ha muerto el arte! Hé aquí una gran noticia que vale ciertamente tanto como la de la muerte de un príncipe ó un rey de la tierra, si, como es de presumir, es el arte de tan buena famila como cualquiera de ellos. Pero ¿quién ha visto celebrar sus funerales? ¿Serian por ventura Goethe y Schiller, Chateaubriand y Byron los que ayer acompañaban el duelo? Mas apénas es creible, que los que llevan por todas partes esta noticia, tengan de ella verdadera conciencia; porque, ¿quién sabe las condiciones cuyo concurso sería necesario para que semejante hecho se realizase? Desde luego sería preciso que el país en que hubiera de verificarse, estuviese próximo á su ruina, llevando ya marcados por todas partes los signos de una decrepitud prematura. Pero ni áun esta muerte del Estado sería suficiente, pues no es tan fácil como pudiera creerse corregir al mundo de su antígua pasion por la belleza; más sería necesario que Dios mismo hubiese desaparecido

de la naturaleza y de la conciencia de los hombres, como un sacerdote se retira del templo cuando el culto ha terminado. Y ¿es posible pensar semejante cosa ni del pueblo ni de Dios? Mas si todo esto es verdad, si todos los corazones se encuentran vacíos sin penas y sin deseos, si es que ya no existen ni culto interior, ni patria, ni ciudad, ni hogares, entónces ciertamente el arte y la poesía yacen en el mismo sepulcro que el Estado! La belleza moral no es másque un resplandor, y todos aquellos que intentan todavía encontrar sus vestigios con la paleta ó el cincel, con la prosa ó el verso, escritores, artistas, escultores ó pintores, son los más insensatos de los hombres, y errantes por doquiera, sin esperanza de hallar su camino, sólo les resta sentarse unos junto á otros sin imaginar ni atreverse ya á nada, pues que no existe la pintura del vacío, ni la arquitectura de la nada, ni la poesía del no sér, y la muerte por sí sola es incapaz de crear ni un solo sueño en la tumba. Pero si no fuese verdad que esta sociedad ha muerto ni que Dios ha desertado del mundo, todo se halla salvado. Nos queda el infinito; ¿qué puede faltarnos? Ya no serian unos insensatos los hijos del arte que acabamos de nombrar y que aspiran entre nosotros á mantener viva la religion de la belleza, ántes bien tendrian de su parte la razon eterna. Guardémonos, pues, de desesperar del porvenir, y si la vida se nos escapa, no murmuremos de ella, no frustremos sobre todo

prematuramente y en sus mismas cunas las esperanzas de los recien venidos al mundo. Dejémosles que crezcan, que ellos realizarán seguramente lo que á nosotros no nos fué dado cumplir.

Pero volvamos á nuestro asunto. Si todos los artistas de la humanidad tienden al mismo fin, semejante unidad de miras es sobre todo evidente en aquellos que pertenecen á un mismo órden de civilizacion, pues que, cualquiera que sea la diferencia de sus métodos, instrumentos y medios de ejecucion, todos se refieren dentro de la misma época á la imitacion del mismo modelo. No me pregunteis aquí por la definicion de la belleza abstracta, pues yo os responderia que ántes era preciso que me diéseis la de lo infinito, lo de lo absoluto y la de la verdad suprema, y porque además, si hay algo seguro, es que el ideal de los artistas no es una abstraccion nacida en las escuelas de filosofía, sino un dogma vivo, un rayo de la revelacion universal, un objeto de fé, una tradicion legada por nuestros antepasados y corregida, embellecida ó quizá desnaturalizada por la libertad. En una palabra, el culto, la religion nacional; hé aquí la forma visible de este mundo invisible. Para hacer más palpable esta verdad, buscaremos un ejemplo, no ya en la antigüedad, sino en los monumentos que nos rodean. Figurémonos con el pensamiento una catedral, á cuya construccion ha concurrido un número prodigioso de artistas. Pues bien, todos han expresado allí, sin conocerse y por distintos medios, una misma idea,

El primer arte, el que á todos los otros sustenta, es la arquitectura. ¿Cuál es su carácter? Esa vasta nave con sus dos capillas laterales en forma de cruz, figurando el cuerpo de Cristo en el sepulcro, ese misterio, esas semi-tinieblas, esa torre principal que, imágen del poder espiritual, se remonta hasta los cielos, ¿no os están diciendo que aquel edificio pertenece, no á la carne, sino al espíritu? Pero aproximémonos, que el arquitecto no lo ha hecho todo. Multitud de estatuas habitan aquellos nichos, como un pueblo de piedra nacido para semejante monumento. El pensamiento escrito en las bóvedas y en los pilares reaparece allí más visible en las líneas, en la actitud, hasta en los pliegues de los vestidos de aquellos personajes, reyes, obispos ó emperadores, que leen eternamente en sus libros de piedra, y en todos los cuales aparece irradiándose el mismo espíritu. ¡Qué maceracion! ¡qué humildad! ¡qué ascetismo! Bien claro se ve que una sola alma respira en las formas de la escultura y en las de la arquitectura. Mas, aún no hemos concluido: la casa de lo invisible no es sólo obra de arquitectos y estatuarios; tambien los pintores han puesto allí sus manos y la han revestido interiormente con frescos de los siglos XIII y XIV, vidrios del Norte, masáicos de los bizantinos, ó quizá pinturas de Giotto, Buffalmacco, d'Orcagna ó Fiésole, como en las iglesias de Toscana. Pues aquí tambien aparece el mismo culto de la pasion del Gólgota, el mismo predominio del espíritu, el mismo des-

prendimiento de la materia y del cuerpo, sin que al parecer pueda penetrarse mas allá en el imperio de las almas. Y, sin embargo, aún no se halla todo acabado, ni la maravilla está cumplida. La catedral está muda y va á hablar; la música va á coronar las demás artes, entonando sus cantos en medio del silencio de aquellas bóvedas, himnos tales como el canto gregoriano, el *Dies iræ*, el *Te-Deum*, cuyas melodías litúrgicas hasta tal punto conforman con aquel monumento que no parece sino que aquellos cantos salen de los labios de las estatuas y de las figuras radiantes de los cristales y los frescos, como un inmenso coro de séres sobrenaturales. Hasta tal extremo es verdad que á todos los artistas que dieron vida á aquel conjunto, arquitectos, estatuarios, pintores y músicos, se ha aparecido el mismo invisible modelo, el mismo Cristo.

¿Qué significa esto? ¿Es que por ventura nos hemos propuesto con la descripcion anterior herir la imaginacion? Muy léjos de esto, hemos querido dejar sentado que el ideal que reina sobre toda una civilizacion es la religion, y que solo ella es la que presta á todas las artes de una misma sociedad idéntico aire de familia y de unidad, de suerte que, con sólo conocer una de ellas, podrian en cierto modo restaurarse todas las demás. Dedúcese de todo lo dicho esta ley general: que las revoluciones en las artes son determinadas por las revoluciones en las religiones. Si queremos, pues, determinar con arreglo á este

principio las épocas en que la historia de las artes se divide, no tenemos sino investigar esta misma division en la historia de los cultos, y tendremos resuelto el problema. Tantas veces como ha cambiado la figura, bajo la cual el hombre se ha representado el pensamiento de Dios, otras tantas cambió tambien su ideal en las obras de imitacion, y en este sentido, las propias variaciones que más arriba hemos reconocido en la historia religiosa, nos servirán, no sólo para marcar las fases de las revoluciones en las artes, sino hasta para determinar la naturaleza de cada una de ellas.

Notemos ante todo la diferencia entre la fé y la poesía, el culto y el arte. Realizando este último y encarnando en formas palpables la idea de Dios, tal como es concebida por los pueblos ó impuesta por la tradicion, acaba por alterarla y trasformarla inevitablemente. Es verdad que en un principio conténtase con copiar los tipos consagrados por el sacerdocio, constituyendo en cierto modo parte integrante de la liturgia sin permitirse la menor libertad ni inventiva en la eleccion ni en la forma de los objetos representados, pues cuánto más profunda es la fé, más esclavo de ella es el artista. Pero insensiblemente la imaginacion se sustituye á la costumbre, las formas se perfeccionan adquiriendo mayor libertad, el genio individual se crea en el santuario mismo una creencia particular, cambia, innova y modifica á su capricho, sigue, en lugar del camino

trazado por sus antecesores el que por sí mismo se abre, aspira, en fin, desde el seno de las religiones positivas á la religion absoluta, y de esta suerte puede establecerse que el arte sólo se alimenta y crece á expensas de la tradicion, y que, nacido del culto, pero inclinándose á la heregía, lleva en sí mismo la fatal tendencia á destruir su propia cuna.

Esto supuesto, podemos ya entrar á exponer como la primera época de las religiones comienza en Oriente con la historia civil de los pueblos del alta Asia: panteismo visible, infinito, material, culto de la naturaleza, del Dios-universo y de la creacion, que áun no ha sentido la soberanía del hombre, y cuya representacion en el arte no es fácil determinar en qué forma invisible podria hacerse, si no existiese una capaz de cierta perfeccion sin que la figura del hombre se manifieste en ella. Tal es la arquitectura. Ni las columnas, en efecto, ni los frontones, ni los pórticos, son aquí formados sobre el modelo de la figura humana, y aunque los capiteles recuerden quizá el florecimiento de las palmeras y de los acantos, y los obeliscos los picos graníticos del valle de Egipto, siempre nos encontramos con que en todas estas cosas sólo la naturaleza geológica ó vegetal es la que se pone ante el artista, no la humanidad, ausente aún de sus obras, A esto debe añadirse que entre todas las artes, la arquitectura es la que mejor se apropia al genio de una sociedad formada de castas, pues que generalmente es más bien

obra de sucesivas generaciones, que de un solo indivíduo. Todo un pueblo pone mano en las pirámides sin que nadie les dé su nombre, y precisamente por esta doble razon sacada de la constitucion religiosa y civil, es por lo que el genio de Oriente sólo puede ser representado por la arquitectura, siendo por tanto en esta region donde ese arte alcanza, ántes que ningun otro, un género de sublimidad tal, que áun ayer hacía prorrumpir en aplausos al ejército francés delante de las ruinas de Tébas.

La segunda revolucion en la historia de las religiones tiene lugar en Grecia, region donde la humanidad por vez primera se ha erigido á sí misma en objeto de adoracion. ¿Qué arte reproducirá esta nueva fase en la idea de Dios? ¿Cuál hará mejor la apoteósis de la criatura y elevará á la humanidad sobre un pedestal? La estatuaria sin duda alguna, y hé aquí por qué éste será el arte de la Grecia, el que sólo á ella pertenecerá verdaderamente, el que tomará de este orígen las leyes esenciales que deberán regirle, pues si él es en su principio la apoteósis del hombre, si representa el género humano que ha tomado por pedestal el Olimpo, esto es necesaria consecuencia de la divizacion de su modelo despojándole de todo lo que tenía de mudable, efímero y mortal. Deberá, pues, este arte ser sustraido á todas las circunstancias variables de tiempo y de lugar, de modo que la estatuaria represente la humanidad desnuda y abstracta, revis-

tiéndola como de un manto divino y aspirando á expresar el espíritu de toda una vida más bien que un particular accidente. El objeto de su imitacion es el hombre inmortalizado, que en su orgullo ha bebido ya el néctar olímpico, y quiere para sus personajes semi-dioses por lo ménos cuando no dioses. Toda estatuaria, en una palabra, es una apoteósis: arte pagano que sólo en el paganismo pudo alcanzar toda su grandeza.

Fué éste igual en apariencia entre los romanos, pues que su religion era tambien idéntica, bajo muchos puntos de vista, á la de los Griegos: únicamente se muestra allí ménos brillante, porque tambien el ideal se habia eclipsado algun tanto. Así, á la adoracion de la humanidad sobre el Olimpo sustituyen los romanos el culto de la ciudad política, y en este sentido las artes en que fueron verdaderamente inventores son las que habian de servir sobre todo para la decoracion urbana, no estatuas ni templos, sino pórticos, vías, columnas triunfales, monumentos, en fin, que expresan la apoteósis de la ciudad, elevándola á ciudad eterna, mansion de los dioses terrestres.

Con el cristianismo consúmase una nueva revolucion religiosa, que da vida á otro género de representacion plástica y crea además un arte nuevo. La humanidad hasta entónces divinizada por los griegos, abdica delante del Creador su reinado simbolizado en Júpiter; el sensualismo pagano es condenado; el crucifijo se convierte en

emblema del nuevo ideal, y un arte ménos sensual y plástico, pues que sólo al sentido de la vista se refiere, viene á ser el de los tiempos cristianos por excelencia: la pintura. ¿Qué queda aquí de la apoteósis del hombre? Ya los personajes no aparecen exaltados sobre un pedestal superior á todo el Universo visible, ni viven tampoco en una eterna inmovilidad como en el reposo celeste del empíreo, sino que por el contrario aparecen poseidos de todas las agitaciones de la vida terrestre y rodeados de todos los detalles que determinan mejor la impresion del tiempo y del lugar; ya el hombre no es considerado en abstracto, sino un tal hombre en un particular momento. De esto se sigue que todo lo que contribuye á fijar el carácter individual, como el ropaje, el color y el tono de los objetos, es del dominio de este arte; y la persona divina y humana, despues de haber sido consagrada por el cristianismo, ha fundado entre los modernos el reinado de la pintura.

Además, el cristianismo, si no ha creado, ha revelado al menos el genio de la música, la más espiritual de las artes, pues diríase que llega hasta el alma, como la voz del Dios espíritu, sin el intermedio de los sentidos; de suerte que hasta el protestantismo, que siempre excluyó del templo las demás, ha conservado y cultivado esta última. Ella es tambien la que mejor puede existir sin una creencia formal ó un símbolo fijado por la tradicion, hasta el punto de que su época de perfeccion no es la de la fé;

sino la de la filosofía: Mozart y Beethoven son los contemporáneos de Kant y de Hegel.

Últimamente, en la cima de las artes elévase la poesía, que hasta cierto punto las comprende todas, siendo arquitectura, porque construye y edifica; escultura y pintura, porque pone de relieve y muestra á los ojos del pensamiento el mundo inteligible, y música y armonía sobre todo, puesto que es esta su esencia. En ella termina la escala de la belleza visible, pues querer remontarse más arriba equivale á pedir al arte lo que sólo la moral y la religion pudieran dar. El abismo y el vértigo hállanse únicamente en esta confusion, porque toda poesía que pretende traspasar sus naturales límites, cae en el vacío, y queriendo romper su dogma, húndese en los abismos del delirio. Por eso al desarrollo regular de la poesía griega en Aténas, la ciudad de la belleza, sólo puede seguir un desenvolvimiento extremo y anormal en Alejandría, la ciudad del misticismo.

No sólo la poesía tiene relaciones generales con todas las demás artes; divídese además en vários géneros, cada uno de los cuales ofrece especial analogía con la arquitectura, la escultura ó la pintura. Primero, y bajo la forma más instintiva, muéstrase en la lírica, grito primitivo de la humanidad que se despierta en lo infinito, y canta al Eterno con exclusion del tiempo, al Dios sin la criatura, al sér en sí, más bien que á los séres en particular. Por ella comienza toda civilizacion. Poesía del templo y de la catedral,

única que quiso Platon admitir en su república, aseméjase á la arquitectura religiosa, remedando en sus estrofas columnas sagradas, como si sólo hubiera sido hecha para elevarse en el santuario, donde tiene su más propio lugar y alcanza su más alto valor. Es el poema del órden sacerdotal, de modo que allí donde la teocracia ha faltado, como en Roma, esta poesía del himno ha sido completamente artificial, ó ni áun siquiera ha intentado su aparicion.

La poesía es, en segundo lugar, épica: eleva al hombre sobre el pedestal y casi le adora, considerando á sus personajes bajo el mismo punto de vista que la estatuaria, engrandeciéndoles y exaltándoles. Por eso la mayor parte de las leyes de la una se aplican á la otra; por eso no le basta á la epopeya que sus personajes sean grandes, sino que, ayudada de lo maravilloso, les trasforma en semi-dioses. Como este género de poesía vive sobre todo de recuerdos, nace principalmente en las épocas fecundas en tradiciones de familia, y como el espíritu aristocrático es el que mejor perpetúa estas tradiciones, aliméntase de él preferentemente. Examinemos uno tras otro todos los héroes de la epopeya heróica, y ni uno solo encontraremos que no pertenezca á la casta militar ó noble, segun lo prueban los nombres de Aquíles, Eneas, el Cid, Artus ó Carlo-Magno, ningunode los cuales ha salido de la clase inferior del pueblo. La epopeya heróica es el canto de la clase militar de los índios, de los griegos y del feuda-

lismo cristiano: el poema natural de toda aristocracia.

Es al contrario la dramática la obra de la democracia, con la cual se ha engrandecido donde quiera. Así, el teatro se desarrolla en Grecia, más bien con la democracia de los jónios que con la aristocracia de los Dórios, del mismo modo que entre los modernos no brilla en el seno de la raza feudal, sino con la suprema igualdad de la iglesia. Los misterios nacen desde luego en las catedrales; al contrario, la epopeya de la edad media, compuesta para los barones, fué cantada sobre todo y salmodiada en los castillos. Siempre el drama fué instituido para el pueblo, y por esta razon se le excluia en Oriente, entre los indios, del rango de los libros sagrados, así como, en Occidente, no ha existido el verdadero drama miéntras duraron las instituciones de la edad media, y no llegó á su perfeccion sino despues de la emancipacion de la democracia. Añadamos que si el drama tiene analogía con alguna de las artes arriba indicadas, es evidentemente con la pintura, pues ni la comedia ni la tragedia trasforman sus personajes en semi-dioses, á imitacion de la estatuaria y de la epopeya, ántes bien los dejan con su genio personal, y hasta muchas veces, con su misma fealdad física ó moral. Es pues la pintura un drama mudo, como el poema dramático, es una pintura viva.

Arquitectura, escultura, pintura, música, poesía; hé aquí los grados por donde la fantasía hu-

mana puede remontarse hasta la belleza inmortal: escala de Jacob que, apoyándose por un extremo sobre la tierra, toca con el otro en el cielo, y por la cual se elevan constantemente los sueños del espíritu del hombre. Y áun podemos afirmar que el cuadro no se halla completo, y que en él falta la primera y más importante de todas las artes, que si sólo es tomada en cuenta por las teorías de los modernos, nunca por parte de los antiguos fué olvidada. Este arte supremo no es otro que el de la sabiduría, la justicia y la virtud, ó, para decirlo todo de una vez, el arte de la vida, pues que toda vida humana es al fin una verdadera obra de arte, y cada hombre, al nacer, lleva en su corazon cierto ideal de belleza moral que puede y debe revelar, expresar y realizar lentamente en sus acciones. Ocultaríamos la mitad de nuestro pensamiento si no dijéramos aquí, que en cada criatura mortal se oculta un Fidias, y que es todo hombre un escultor que debe desbastar y pulir su mármol ó su barro hasta hacer salir de la confusa masa de sus groseros instintos una persona inteligente y libre. El justo, esto es, el que arregla sus acciones segun el modelo divino, aquel que sabe, cuando es preciso, desprenderse de su vida mortal, como el escultor desbasta el mármol para revelar la estatua interior, Sócrates bebiendo la cicuta, San Luis sobre su lecho de cenizas, Juana de Arco en medio del combate, Napoleon mismo, no el Napoleon emperador, sino el Napoleon del puente de

Arcole, en una palabra, el héroe y el santo, sea cualquiera el nombre que querais darles; hé aquí el último término y el colmo de la belleza sobre la tierra, hé aquí el poema, el cuadro, la armonía por excelencia: armonía y poema vivientes, en donde la obra y el obrero se hallan íntimamente unidos y confundidos. Más allá de esto no hay nada sino Dios mismo.

LIBRO TERCERO

LAS RELIGIONES INDIAS

I.

La revelacion por la luz. Los Vedas. La religion de los patriarcas.

Siendo la historia de las religiones una como genealogía del Eterno en los límites del tiempo, sería imposible indicar sus comienzos, si esta dificultad no se convirtiese en la de saber cuál es el monumento que contiene la expresion de la más antigua sociedad. Reducida á estos términos, la cuestion está resuelta, pues que en parte alguna, ni en los himnos de los griegos, ni en el Zend-Avesta de los Persas, ni áun en los libros de Moisés, aparecen tan recientes el hombre y la naturaleza como en los Vedas de lindios, cantos os cuya antigüedad elevan los críticos más exigentes á mil cuatrocientos años ántes de Jesucristo, y en los cuales parece revivir la época patriarcal,

que sólo en la Biblia se halla indicada más bien que llena por los nombres y vestigios de las tríbus de Abrahan.

Corresponden estos himnos, en efecto, á aquella edad, á aquel órden moral, á aquella más simple condicion de que nos dan idea las tradiciones: verdaderas primicias del mundo social, en que ni existe cuerpo de nacion, ni estado, ni pueblo, ni gobierno visible, sino tríbus tan sólo y jefes de familia rodeados de sus rebaños y buscando de cima en cima, al través de los Alpes indios, la yerba más nueva, sin otras riquezas que las que pueden trasportar en sus carros; encendiendo el fuego sobre las cumbres por medio del frote de dos ramas secas; incendiando las selvas vírgenes para abrirse un camino ó prepararse una morada; sin cultura, sin propiedad fija, sin templo y sin domicilio; indicando cada estacion por un cántico y una piedra sagrada; entregados ya á la guerra con el fin de ocupar algun sitio á propósito para los pastos, ó defenderse, ó atacar, ó aumentar el rebaño, al que todo se refiere como á fuente de vida, plegarias, industria, poesía y creencias: primeros rayos, en fin, del sol iluminando la primera sociedad balbuciente y suspendida aún de los pechos de la vaca nodriza sobre una cima del Asia; tal es el cuadro que presenta cada uno de aquellos himnos de pastores, que recuerdan el género de vida de los patriarcas errantes con el fuego del sacrificio por las mesetas de la Mesopotamia.

Y por lo mismo que tan primitiva se manifiesta esta condicion, ofrece un mayor interés observar cómo ha brotado la revelacion en este momento inicial del que todos los demás dependen. En esta edad, por otra parte, la antigüedad se manifiesta siempre semejante á sí misma; la humanidad vive en la tribu.

Muchas veces han ensayado los modernos rehacer el himno del hombre primitivo, pero falta averiguar hasta qué punto semejante invencion resulta conforme con la realidad. Buffon especialmente es quien ha intentado con más ahinco hallar en el seno de la naturaleza alguna imágen de aquella cuna, y nadie por cierto ha penetrado más allá en aquellos tiempos sin memoria. Para explicar la primera revelacion del mundo sensible, supone él y describe el primer despertar del primer hombre, cuando sus ojos se abren, y se levanta, y se apróxima á un árbol, y se acerca á su fruto, y oye el ruido de ese fruto que cae, adquiriendo de este modo, uno despues de otro, los sentidos del tacto, del olfato y del oido, hasta que, fatigado bien pronto de esta ciencia precoz, vuelve á caer en el antiguo sueño, imágen de la muerte para la cual ha sido creado. Nada le falta á esta progresion sino el haber sido continuada. El hombre físico ha nacido, es verdad; pero el hombre moral duerme todavía. ¿Quién le abrirá los ojos del alma? ¿Dónde y como cogerá el fruto del espíritu, puesto que ya se ha apoderado del fruto terrestre? ¿De qué modo na-

cerá en él el gusto del cielo y de lo divino? ¿A qué árbol infinito irá á saciarse? Hé aquí donde la tradicion oriental termina el cuadro comenzado por el historiador de la Naturaleza.

El primer pueblo sale de su primer sueño; la eterna noche se disipa; el alba luce sobre el Universo; y por cierto que sólo habiendo visitado las riberas del Oriente, es posible tener una idea de como ella hiere, envuelve, inunda y reviste de luz todas las cosas, pues no son nuestros climas lo más á propósito para representarnos ese cuadro de la luz naciente. Pero si, áun así y no obstante la experiencia del mundo, no hay uno de nosotros todavía capaz de asistir indiferente á ese prodígio de cada dia, á ese instante supremo en que la Naturaleza, sepultada ántes en las sombras, vuelve de súbito á la vida, ¿cuál no debió ser la impresion del primer rayo de la primera aurora sobre el hombre primitivo? Ante aquella luz inmaculada percibe la Creacion tan inmaculada como ella, y el Universo, por vez primera, queda ante él mostrado, desvelado y revelado. ¿Cómo, pues, no habia él de creer aquel rayo precursor y matinal el primer mensajero que le enviaba la invisible luz, el órgano del Creador que llega y penetra hasta su corazon para curar su pena, la figura en fin de la palabra visible, que, desde más allá de todo el horizonte, brota del seno del Eterno? En aquel momento nace la tradicion, el recuerdo de la comunicacion entre el hombre y Dios, el princi-

pio de toda la sociedad oriental, que no descansa en otra cosa en efecto que en la idea de la revelacion del mundo físico y espiritual por la luz.

Tal es la impresion general que dejan los himnos indios, aniversario de la primera mañana del mundo civil. Por grados sentimos despertarse el alba visible excitando y provocando el alba del pensamiento, y convertirse aquel primer despertar á la vista del universo en el fondo y el alma del primer culto. Así, la mayor parte de aquellos cánticos celebran con mil variantes como otros tantos genios precursores, la noche que se borra de la inteligencia ante el alba que comienza á palidecer, el crepúsculo que se colora, las horas luminosas y las inciertas vaguedades, los temblores y las oscilaciones de la aurora, hasta que Dios entero y pleno surge con la mirada devorante del primer sol del Asia. De modo que esta teodicea de la naturaleza comienza á apuntar en un principio, acrécese despues ante la vista, y se dilata y llena, por fin, todo el espacio al compás mismo con que la propia luz se va irradiando.

En un principio atraviesan confusamente las sombras de la noche los dioses vagos é inferiores, los genios de los vientos en las cimas de las montañas, los ciegos maruts, húmedos por las gotas de las lluvias, dejando oir sus mujidos en las tinieblas, al ser conducidos en sus carros tirados por manchadas ciervas. Su marcha es como de hombres embriagados; la tierra tiembla; durante la tormenta oprimen los flancos de

las nubes como tetas de vacas; por todas partes saltan como cabras. Impaciente el hombre por llegar al dia, invócales é invoca á las tempestades, pues que las tempestades del cielo, no de la tierra vienen.

A su soplo enciéndese el hogar con dos ramas frotadas una contra otra, y surge y sonrie y brota el fuego, celeste Agnis, precursor y mensajero de los dioses, purificador y guardian diligente de los sacrificios, padre del rayo, que ha llegado sobre su carro tirado por rojos caballos. Ofrécesele un bosque en sacrificio, y consume en su preparado alimento la cabellera de la tierra, abriendo ancha via á su carro con sus llamas rugientes y tortuosas, remedando con sus voces los mugidos del toro y alejando las aves de rapiña y las bandas de lobos que atraviesan los grandes rios, hasta que al fin desaparece harto, y sin ruido váse alejando, y se retira invisible á la morada de los dioses.

Pero las estrellas se han levantado, el fuego ha despertado en buen hora á los dos gemelos, los asvins, guardianes de los umbrales celestes, desde cuyo carro, más rápido que el pensamiento y que apoya una de sus ruedas en el firmamento y la otra sobre las cimas inhabitadas de la tierra, lanzan por las noches sus flechas al blanco, hasta que, llamados por la plegaria nocturna, descienden de las alturas del cielo y vienen á sentarse en torno del hogar del Pastor sobre la triple estera consagrada. Allí, con el ali-

mento matinal, reciben el dulce brevaje y la ofrenda del himno, y ellos en recompensa hacen germinar la cebada, destilan agua viva bajo las uñas de sus caballos, abren los establos ántes del alba, reunen los rebaños, llenan de blanca leche las tetas de la vaca negra, é impiden que durante la noche se pierda, ó la conducen, si se ha perdido, al fondo de las cavernas.

A los asvins suceden las albas con su carro tirado por vacas rosadas, uncidas sólo por el pensamiento del conductor. Estas auroras siempre bellas son las que han engendrado el mundo por medio de la luz, y las que todo lo adornan, como el guerrero adorna su armadura. Llenas de encanto, suben por el cielo, se elevan y engrandecen; abren sonriendo las puertas de la luz, y dispersan la muchedumbre de los rayos por todas las praderas. Las tinieblas huyen ante ellas, como si fuesen sus cazadoras, y las aves y los cuadrúpedos siguen sus pasos. ¡Levantáos! el espíritu de la vida ha llegado. *¡Exsurgite! vitalis spiritus advenit.* La aurora ha prestado su conciencia á los espíritus, y ha traido las palabras sinceras, descubierto las faltas ocultas, y revelado el mundo como un tesoro escondido.

Las albas eternas desaparecen á su vez, huyen las estrellas como ladrones, y al fin, la luz sin velos, el sol, el dia de Oriente, Indra, que presta forma á cuanto carece de ella, el viajero celeste, el arquero nómada, el de la cabellera de oro, vence á las tinieblas, y las sepulta en su mismo es-

plendor. Remóntase luégo á lo más alto del cielo, precedido del ejército de los rayos increados, de los reyes del aire, de los ángeles indios y de sus caballos de flancos rojos, piés blancos y frente armada de flechas, purificados ya por el rocío. Su alimento consiste en los jugos y primicias de la Naturaleza; las plegarias afluyen á su seno, como las aguas al lago; todo ante él palidece, de modo que en presencia suya no es posible dirigir á ninguno otro cántico de alabanza; en él está la única fuerza y la única sabiduría, y más grande que el cielo y más grande que la tierra, él es quien ha abierto las simas de las montañas, puesto los fundamentos del espacio celeste, creado la luz de las luces, revelado el mundo, glorificado á Dios y consumado la primera revelacion.

Tal es el Jehová de los patriarcas índios, que se destaca del seno de las auroras, como Jehová de enmedio de los Elohim sobre la montaña santa. Su voz resuena en el trueno é impulsa delante de él las nubes como ejércitos. Hasta se cree oir algunas veces el acento de los cánticos de Moisés ó de los más antiguos salmos: «Yo cantaré la victoria de Indra, el que ayer ha empuñado el arco, y ha herido á Ahin, y ha dividido las ondas, y ha deshecho la primera de todas las nubes.» La lluvia, tan preciosa para las tríbus de pastores, es el efecto de su victoria sobre el genio enemigo que envenena la yerba de los pastos. Indra aguza sus saetas, como el toro sus astas, y persigue con las flechas de su aljaba

al Dios devorador y esquilmador, desatando en las cataratas del cielo las mugientes aguas como las vacas en el establo. Asi aparece el Sabaoth índio, debido quizás al espectáculo frecuente de la tormenta sobre las montañas del Asia, asociado á la idea de combate, rodeado de sus falanges celestes y lanzando á torrentes de las nubes desgarradas el demonio de la lluvia de aquel culto de pastores.

La semejanza entre Indra y Jehová proviene sobre todo de la superioridad con que uno y otro aparecen respecto de la creacion. Como el círculo de la rueda del carro contiene los radios, de la misma manera abraza Indra el recinto de aquel universo, extendiéndose más allá del clamor de los hombres, más allá de los rios, más allá de los montes, más allá de toda criatura. Él ha hecho la tierra como imágen de su poder; él envuelve con su inmensidad el aire, el éter y el cielo; él únicamente es quien ha creado las cosas que fuera de él existen. Vemos, pues, cuán poco difiere este lenguaje del de la Biblia. Y es que en estos primitivos orígenes se revela la unidad del Dios de los patriarcas, y no parece sino que vemos confundirse en el principio de la historia, en el esplendor del hogar de Abrahan, los cultos que más tarde se han dividido y separado, como la palabra humana. Siéntese en esos himnos, con la sencillez grosera de la vida de pastores, la frescura del rocío del primer dia del mundo; ántes que por ninguna criatura humana hubiera sido

hollado, ni secado por las horas y los pensamientos abrasadores, respirándose en ellos el aire poderoso de las cimas de la tierra. Una sublimidad natural se comunica á todo y todo lo engrandece, de tal modo que no parece posible que aspiraciones semejantes nacieran en tierras llanas y bajas. La rareza de los objetos, su magnificencia, su monotonía misma, la inmensidad del horizonte, una perspectiva maravillosa, la tormenta, el sol levante, el fuego, los rebaños dispersos por las vastas praderas en los confines de las regiones templadas, el silencio, ó la ausencia más bien, de la sociedad civil; todo reproduce la impresion de las primeras baladas de los primitivos pastores ó Armellis en las pendientes de los Alpes indios, donde la sociedad, la lengua y la poesía parecen todavía como amamantadas con leche. En medio de ese espectáculo, el pensamiento que más nos hiere, y que con mayor insistencia acude á nosotros, es el de la comunion del género humano en el seno de la luz indefectible, y las tríbus nómadas no parecen sostener entre sí otra sociedad que esta impresion comun de la misma aurora que á todas comunica en un mismo instante la misma luz interior. Esa aurora representa tambien el lazo entre los vivos y los muertos: «Los que han visto la aurora de ayer, murieron; nosotros la vemos hoy: morirán tambien los que han de verla mañana. Así, los pueblos, las familias apartadas, y las generaciones, se sentian vivir con una vida comun, alimen-

tada por un mismo rayo. La misma alba, la misma alma, la misma humanidad: tal fué la primera alianza. Añadamos que la lengua de aquellos himnos, mezcla de claridad y de dulzura como el sol sobre el rocío, parece la lengua humedecida de la aurora, y lo que acaba de confirmar el sentimiento de la comunion de todos los hombres en aquel primer culto, es la facilidad de reconocer en el fondo de esta lengua patriarcal los términos principales de nuestras lenguas modernas, como otras tantas perlas en el fondo de un mar trasparente.

Pero la sublimidad de Indra no excluye por otra parte los hábitos de la vida de los pastores. Así, á la magnificencia de aquella teología de la Naturaleza, se junta la liturgia de un pueblo infante todavía, y aquel mismo Dios, á quien algunos rasgos han colocado al lado del de la Bíblia, se halla aún envuelto en el pesebre entre las mantillas de los pastores, regocijándose en el fondo del corazon humano, como la vaca en las praderas. Es más, cuando más grande quiere aparecer, no es el rey, soberano de los pueblos, sino un Dios patriarcal todavía, padre de la familia y de la tribu. Sufre hambre y sed, una sed eterna en su cielo abrasador, y se le tiene propicio principalmente con la promesa de un abundante licor. Convídale el pastor familiarmente á su ofrenda diaria de leche, manteca y miel, y él se sienta cerca del hogar, miéntras que sus alados caballos son llevados al abrevadero, á ménos que

el rocío de las noches hayan apagado ya algun tanto su sed, y los torrentes, los rios y los lagos ofrecídole una libacíon en la copa del mundo, ó á menos tambien que él mismo con sus ardientes lábios haya chupado y exprimido las húmedas ramas de los bosques; aún cuando cada vez más ínsaciable, no deja por eso de apurar los brevajes conservados en los vasos, como si solo hubiese hecho el mundo para alimento suyo. La idea del cielo abrasado, de aquel Dios eternamente insaciable en los desiertos del firmamento, unida á la del hambre natural en aquellas tribus, siempre inquietas y preocupadas en buscar su alimento, á la manera de las aves de rapiña; hé aquí la primera causa de la libacion de la ofrenda y del sacrificio, donde no parece descubrirse ningun fundamento místico, al menos por lo que respecta á aquella edad. En su própia inmortalidad, ellos mismos no tenian otro deseo que el alimento del Dios.

A aquellos festines dados por los patriarcas al primer Dios, síguense, en efecto, muy pronto oraciones interesadas, en que le piden todo cuanto conviene á su vida de pastores, como la salud del cuerpo, armas, domicilio (recordemos que son nómadas), alimento seguro, lluvia, una fuente, yerba alta en hermosa pradera, caminos fáciles en sus emigraciones, caballos ligeros, vacas ricas en leche, abrigo contra las bestias feroces, remedio contra la primera herida del alma, que devora su presa como el lobo al tímido ciervo, á ve-

ces un pensamiento santo ó una meditacion fecunda, y últimamente, volviendo en seguida á su primer tema, la prosperidad de la tríbu, la salud de los carneros, de las ovejas, de los hombres, de las mujeres, de las vacas y una larga vida sobre todo. «Déjanos gozar toda nuestra vida;» hé aquí el grito de aquellos primeros hombres, que nunca se saciaban de vivir. «No la cortes á lo mejor, pues que despues de haber causado la vejez de nuestros cuerpos, tú, oh señor, nos has dado hijos que nos alimenten.» Este deseo de una larga vida constituye tambien uno de los rasgos que asimilan los patriarcas indios á los hebreos. El mundo civil comienza por una asamblea de ancianos, del mismo modo que la tierra, nueva todavia, aparece ya cargada de encinas centenarias. ¿Dónde está en todo esto el ascetismo y el espíritu de expiacion y sacrificio que ha de llegar á ser más tarde el principio religioso del Oriente en general y de la India en particular?

Aunque al parecer pertenecen todos esos himnos á una misma antigüedad, creemos, no obstante, distinguir en ellos señales de muy diversas edades, y esperamos que el mismo espíritu crítico que Ewald ha aplicado en nuestros dias á los Salmos, sea tambien más tarde aplicado á los Vedas. Y desde luego en aquellas religiones agrestes vemos ya apuntar las religiones sábias que han de sucederles; dioses apénas esbozados, dinastias sagradas que acaban de brotar en el cáliz de las flores, fantasmas de lo infinito, primeros

gérmenes de la teogonía india y hasta una trinidad naciente, revelada en las tres cabezas de Indra, y tambien en las tres ruedas del carro de los Asvins, en los tres sitios que en el hogar tienen reservados, en sus tres altares que corresponden á los tres mundos, en sus tres visitas nocturnas y diurnas y en las tres veces que rocian con miel el sacrificio. Obsérvase tambien que el hombre, acabado de nacer y sin saber buscar todavía su alimento, pide ya y suplica el alimento de su alma, confundiendo y mezclando incesantemente, en medio de aquella semi-luz y crepúsculo de su inteligencia, la materia y el espíritu, y dejando volar sus pensamientos en pos de la felicidad esperada, como los polluelos van hácia el nido. Unidad de Dios, politeismo, panteismo, todo se halla contenido á la vez en aquel primer culto, del mismo modo que el niño, al abrir sus ojos, sólo ve al pronto un solo ser que los comprende todos. Y hé aquí porqué aquellos cantos de pastores nómadas han sido luego el libro sagrado por excelencia, el principio de la litúrgia y de la civilizacion india, representando respecto de esta sociedad, cuya alma encierran, lo que los cánticos de Moisés y Dévora respecto de la sociedad hebráica. Tradicion, ley, costumbres, instituciones, todo descansa en ellos, de modo que á pesar de la sencillez que allí presenta la vida, cada época va desviándoles de su natural sentido para sacar una significacion cada vez más espiritual y mística, hasta hacerles aparecer como conteniendo

la ciencia suprema, ó como la obra laboriosa y metafísica del sacerdocio, segun más de un escritor de Occidente les considera. Así es, por ejemplo, como tal canto de pastor de la Biblia, hecho para suplicar una fuente ó la lluvia, transformado luego por la teología de la edad media, ha venido á ser nada ménos que el emblema espiritual de la nueva alianza. El pastor ha sido sustituido por el doctor,

Si el culto de los Vedas ofrece notables semejanzas con el de los hebreos, es casi identico al de los persas, presentando la misma imágen de un Dios luchador y guerrero, para quien la Creacion es como el fruto de la victoria; la misma luz que inunda la cuna de todos los pueblos, el mismo hogar sagrado, los mismos himnos, hasta los mismos nombres y palabras litúrgicas, que son frecuentemente idénticas en los Vedas y en el Zend-Avesta. Y aun debemos añadir que la actividad, la energia y el génio nómada y guerrero de estos primeros dioses índios, si se les compara sobre todo con los que les sucedieron, muestran asimismo elocuentemente que son los dioses de un pueblo montaraz, pastor y guerrero á un tiempo. Solo á intérvalos, á la manera del pesado soplo del aire de las llanuras, déjase sentir algun acento lánguido y enervante entre los agrestes acentos de sus cánticos. «Séannos suaves los vientos; muestrense llenos de dulzura la noche, el crepúsculo, el cielo, el aire, el rey de las plantas, el sol y los reba-

ños!» Pero este tono es realmente tan nuevo, que solo un cambio de lugar pudo producir tales cambios en los instintos. Los pastores, los *Armellis* indios, descienden en efecto de sus altas mesetas hácia los hondos valles. A Indra va á suceder Brahma. El primero, luchando siempre y siempre en actividad, era el Dios de los pastores nómadas que respiraban la poderosa vida de las montañas; el segundo es el Dios de un pueblo establecido en el fondo de los valles, y al que convidan al placer los suaves perfumes de los núfares brotados en las orillas de los golfos de Golconda y de Bengala.

Resulta, pues, mostrado en cuanto queda expuesto, que la primera revelacion del Oriente, de esa tierra del sol, se resume en la idea de la luz. El primer rayo que rasgó las nubes despertó á la humanidad, barro recien amasado en el caos del mundo civil. Aquella luz tán clara, aquel resplandor luminoso consagra y corona en un mismo instante todas las altas cumbres, de modo que, cuando el fondo de los valles yace aun en la sombra, ya ella ha revelado la tierra por las cimas, la sociedad por los dioses, la India por el Himalaya, la Judea por el Sinaí, la Pérsia por el Taurus, la Jonia por el Ida, la Grecia por el Olimpo. La misma aurora conmoviendo á la vez como un Memnon sonoro, á todos los pueblos nacientes, brota á un tiempo y surge del seno inflamado de Ormuzd, de Osiris y de Apolo, y por todas partes la tierra amorosa responde á la primer mirada del

cielo, sembrando el rocio de los himnos. A los cánticos de las tribus de Abrahan, exhalados bajo el cielo azul de la Caldea, únense las plegarias de los indios y de los persas, mientras que á lo lejos, allá en el Occidente, los alegres sonidos de las flautas de la Grecia, acompañando los himnos de Homero, responden, entre el primer murmullo de los bosques, á los ahullidos de los lobos y á los rugidos de los leones. Una misma revelacion se exhala para todos los pueblos del seno de las Auroras inmutables en el cielo inmutable del Asia. El sol es el ojo de Mithra en los Vedas, el ojo de Ormuzd en el Zend-Avesta, el ojo de Júpiter en los Orficos y en Sófocles, y en todas partes es el héroe, el arquero que lanza sus tiros al blanco. Los dioses fraternizan en la cuna, ó más bien, es un mismo Dios el que á todos se manifiesta, sobre las altas cumbres, en la zarza ardiendo. Los Elohim de los hebreos, los príncipes del cielo de la Caldea, los querubines que con la espada de fuego guardan los umbrales del eterno azul, los ángeles radiantes de los persas, distinguense apenas de la familia de los albas indios, de esos reyes del aire que traen con el himno matinal las puras contemplaciones. Indra y Jehová habitan asimismo, más allá de toda inmensidad, la misma morada, y es la luz suvestidura, su mensagera, su mansion, su palabra, hasta su mismo ser, de modo que uno y otro se confunden, hácia los confines del eter, por encima de la muchedumbre de los patriarcas desvanecidos y proster-

nados, en el seno de una misma unidad, en el mismo torrente increado de esplendor y de vida.

¡Perfume del mundo naciente, rocío aún no violado, primicias de los dias nuevos, montaña santa, de donde los santos himnos emanan! ¿Dónde estais? ¿Qué camino conduce hasta vosotros? ¡Blancura incorruptible, alba sagrada, luz de las luces!, yó os llamo, como nuestros padres os llamaban. Ellos contemplaron vuestro brillo; yo sólo veré vuestra sombra! ¡Levántate en mi corazon, Aurora divina!; ¡apresúrate!: las horas pasan; la muerte se aproxima; la inmensa noche me rodea.

II.

El génesis indio. La revelacion del infinito por el Oceano.

Siglos oscuros pasaron; el Dios naciente ha envejecido; el primer culto va á desaparecer. Llamado todos los dias por los antiguos himnos, el sol, fiel hierofanta, ha conducido sin cesar las procesiones de los astros nómadas por los caminos del éter, y sin embargo, todo ha cambiado de aspecto. La vida patriarcal desaparece, y cansados al fin de andar errantes, detiénense los pueblos en la morada que han elegido. Ya no hay pastores sin domicilio, vagando á través de interminables praderas, sino reinos formados por la unidad de creencias, reyes consagrados en estos Estados

fijos, Nemrods indios que conquistaron la tierra para entregársela á los sacerdotes; solitarios y ascetas que, (¡quién lo creeria!) en el fondo de los bosques aún conmovidos por el ruido del carro de los vientos, muéstranse ya enojados de la figura de aquel mundo, apenas vislumbrado, y retirados por tanto en el fondo de aquellas Tebaidas primitivas; anacoretas, hijos del caos, que parecen contemplar su último trabajo; el sacrificio del caballo de las razas guerreras, en vez del sacrificio completamente pastoril de la leche, la manteca y la miel; poco despues, y casi sin transicion, el sacrificio místico del hombre interior por el sacerdocio; el Dios de los pastores, en fin, eclipsado, absorbido y reemplazado por el Dios de los sacerdotes, sacrificador y víctima á un mismo tiempo: tal es la revolucion que acaba de consumarse. ¿Qué cambios la han preparado? Preciso es hacer constar, ántes de entrar en esta cuestion, que si bien los monumentos que acerca de ella existen son auténticos, los orígenes son casi un misterio, porque el genio del Oriente, ya por el deseo de rodearlos de prestigio, ya por impotencia real de distinguir épocas en un pasado demasiado uniforme, gusta siempre de atribuir igual antiguedad á todos los cambios religiosos. Así es que los Vedas comprenden bajo el mismo título la época de los patriarcas y la de los teólogos, del mismo modo que la Biblia confunde en el Pentateuco las tradiciones de Moisés con las de los Levitas.

Despues del asombro causado por la creacion, era natural que naciese la necesidad de explicarla. Entónces el sistema reemplaza al himno, el precepto á la plegaria, y el culto del pastor es expresado, interpretado y transfigurado por el sacerdote, convirtiéndose lo que era instinto y poesía, en el uno, en reflexion y doctrina, en el otro. El hombre, ese sofista supremo, disgustado ya de la sencilla ingenuidad de sus padres y pensando que tan simples creencias no bastaban á llenar su ambicion, comienza á enojarse de su pasado, y ya que de él no puede renegar, lo trasforma. Su afan consiste entónces en refinar y pulir el nombre y la naturaleza del Dios de los patriarcas, convirtiendo el hambre y la sed que atormentaban al pastor, en sed del espíritu y hambre de la inteligencia, y el alimento grosero, de que tan ávido se mostraba, en el fruto de las buenas obras. Para conciliar sus creencias de ayer con su nueva ciencia, extiende incesantemente el sentido natural por medio del sentido místico, deja de sentir para meditar, y gracias al don de una nativa sutileza, comienza á encadenar la vida humana, eliminando contradicciones y sustituyendo la letra por el espíritu. Hé aquí el orígen de la doctrina incomunicable de todos los sacerdocios.

Al ver cómo en las religiones sucede á los dioses hambrientos de la época precedente el dogma del ascetismo, y cómo la tierra se divide entre ermitaños, ascetas y cenobitas, que buscan inac-

cesibles retiros para mejor desprenderse de la naturaleza misma, no parece sino que el hombre, al entrar en el mundo, espantado del don de la vida, la rechaza, y aspira á huir más allá del caos, para concentrarse y engolfarse en el espíritu increado, abriendo, apénas nacido, un mundo de abstracciones y sumergiéndose, como un Aquiles niño, en las aguas de una Stigia espiritual. Y es tal y tan extremada desde la cuna esta metafísica y sutileza, que no habria modo de prestarle fé, si por una parte no excluyesen toda duda los monumentos escritos, y no presentasen por otra un carácter semejante casi todas las sociedades en sus orígenes; pues precisamente las primeras cuestiones que la humanidad se propuso, fueron las más grandes y difíciles, las que todavía hoy producen más ruido en el mundo. ¿De dónde ha salido este universo, que nos ha precedido un dia? ¿Por dónde ha empezado la creacion? ¿De dónde procede? ¿A donde va? ¿Quién ha hecho la luz? ¿Quién ha hecho la noche? Estupor, asombro, inextinguible curiosidad, que, casi en los mismos términos, se encuentran en el principio de los Vedas de la India, del Zend-Avesta de los Medos, de los Eddas, de los Escandinavos. El hombre, sacado de la nada, se vuelve, mira hácia atrás, y ve sobre la faz de la naturaleza desierta la huella de un Dios desaparecido; espectáculo ante el cual se agita, y se turba, y siéntese arrastrado á buscar á aquel sér en lo invisible.

Pero si las dos epocas de aquellos primeros cultos se distinguen tan claramente como el instinto y la reflexion, las encontramos tambien indicadas en la India por rasgos especiales. Los lugares han variado; una escena nueva se abre para un Dios nuevo; desaparecieron ya las estepas y sitios elevados, donde el agua demasiado escasa, faltaba casi siempre á los rebaños; donde el descubrimiento de una fuente ó la posesion de una cisterna, constituian un suceso digno de ser celebrado por los himnos, y donde una sed abrasadora atormentaba sin cesar al pastor y al Dios. En su lugar la imagen eterna de las olas extiéndese por todas partes, anunciando evidentemente un cambio de morada, y que el pueblo de los patriarcas ha descendido de los montes. El mar inmenso dilátase por vez primera ante la mirada del hombre, que bebe con ojos ávidos el espacio sin límites, y á la revelacion por la luz en las altas cimas se añade ahora la revelacion de lo infinito por el Océano en las orillas de los golfos. El mar primítivo aun no profanado por el remo; un desierto viviente, ni jamas mancillado ni nunca recorrido por viagero alguno; un cielo terrestre que se confunde más allá del horizonte con el eter incorruptible; un Ser incomensurable, cuyo aliento gigantesco sucesivamente murmura, calla, vuela, se inquieta, se calma, adormécese y parece crear todo género de sueños: ¡qué misterio tan nuevo! ¡qué mensagero tan extraño del Creador! ¡qué fuente tan inagotable de formas, signos y emble-

mas divinos! ¿Cómo esta inmensidad perezosa, compuesta de cielo y tierra, mitad dormida y mitan despierta, sobre sí misma recostada, siempre antigua, siempre renovada, y cuya forma no es sino ilusion, vaguedad, olas, espuma, burbujas de agua, no habia de ser revelacion de una figura nueva de lo infinito? El nuevo Dios nace, en efecto, de su seno, y todas las armonías de Brahma no son otra cosa sino las armonías mismas del Océano, hasta el punto de que él mismo se apellida el primogénito de las aguas, donde flota desde toda la eternidad sobre el caliz húmedo de un lotus, siendo sus ojos semejantes á la ninfa. Alma y perfume del Océano, vuela su palabra, exhalada desde enmedio del mar sin orillas, como vuela la brisa, y es recogida al principio por tres solitarios hijos de las aguas, mientras que su pensamiento se balancea sobre las olas eternamente pacíficas, como una ilusion flotante ó eterna sirena, y el huevo del mundo sobrenada como el nido de un invisíble alcyon. Estas armonías se nos presentan más notables aun si las comparamos con las del culto anterior; pues en la primera revelacion, el infinito brotaba y resplandecía rápido como el rayo de la aurora y activo, diligente é instantáneo como el espíritu de la luz, mientras que en la segunda el húmedo Dios de las olas tiene, por decirlo así, el natural indolente del océano de Golconda, y muy lejos de sentirse devorado por la sed de Indra, bástase á sí mismo, siempre colmado, siempre harto, principio de

todo y mezclado con todo, *como la sal con el agua marina.*

Este carácter tan original acaba de mostrarse y desarrollarse en el cuadro de la creacion, que nace de un sueño de lo infinito al murmurar de las eternas olas. Levántanse entónces los pensamientos de esa grande alma del oceano inteligible, ruedan y se enlazan unos con otros, miéntras el espíritu de las aguas, sín actividad ni voluntad, desfallecido por una languidez infinita, quédase medio despierto, abre sus dulces ojos de lotus á la luz, y en esta primera mirada lanzada sobre sí mismo, produce todos los tipos del universo visible, hasta que, hundido de nuevo en profundo sueño, vuelve á desfallecer, y el universo se deshace y cae otra vez en la nada. Hé aquí cómo el gran cenobita, el padre de los espíritus, por una contemplacion íntima, á la manera de un sacerdote en su ermita, y en medio de abluciones produce de dentro afuera el mundo de los cuerpos en los espacios del alma. ¡Cuán diferente del Dios de la Biblia, sacando la creacion de la nada, como un emir en el desierto llama á su servidor en la entrada de su tienda! Nada hay en efecto del *fiat lux* en el génisis indio, y Jehová, que tanta semejanza tiene con Indra, el Dios espontáno de la luz, no presenta con Brahma la más lejana; pues el genio indio tiende sobre todo á mostrar la meditacion del Solitario de los mundos ántes de haber producido su obra. Esta conversacion del infinito consigo mismo,

monólogo del espíritu en el abismo increado, palabra de la inteligencia pura en medio del silencio del no ser, abre aquel génesis de cenobitas, que se anticipa un dia al Génises de Moisés, y en el cual asistimos á las deliberaciones del autor de las cosas, y creemos oir la última vibracion de la eternidad en los umbrales del tiempo, eco de la voz que ha precedido al mundo.

«En el principío no había sér ni no sér, ni cielo ni tierra; nadie se hallaba contenido en la felicidad de nadie; no existian ni el agua profunda ni el abismo; tampoco existia la muerte, ni existia la inmortalidad. Pero Él vivia sin respirar, solo consigo mismo.»

Esta soledad infinita es seguida de una infinita tristeza y como de la primera pasion del Eterno, que se interroga á sí propio: «¿Quién soy yo?» Nadie empero le responde, y entónces apodérase de él un horror sublime al verse solo y perdido, sin compañero, más allá de los límites de toda vida en el abismo del éter.

»Mirando en torno suyo, nada vió el espíritu más que á si mismo; tuvo miedo; por esto el hombre tiene hoy miedo, cuando se halla solo. Entonces pensó: nada existe fuera de mí; ¿porqué temo...? y aquel terror alejóse de él; pero no sintió ninguna alegría; por esto el hombre está triste cuando está solo.»

Al terror sucede el deseo. El gran Solitario, el asceta por excelencia, anhela otra existencia que la suya propia, y aquel deseo, apenas nacido, se convíerte en el gérmen de las cosas. El Dios se

hace hombre bajo la figura del mundo, el sol es su mirada, los vientos su soplo, los rayos su cabellera, la tierra sus piés, los santos libros abiertos su palabra. Primera encarnacion.

De este modo llena con su sér el no sér, y para colmar su propia soledad, recorre todos los grados de la existencia, desde lo infinitamente grande hasta lo infinitamente pequeño. Siempre deseando, siempre sustrayéndose á sus propias exigencias, forma con su propia sustancia cada par de criaturas, desde el elefante hasta las hormigas y los más pequeños insectos, y cuanto más hondo cae, más se esfuerza en levantarse, en encontrarse, en rehacerse otra vez, todo entero, en la unidad del espíritu increado. Primera idea de la caida original. Pero, para producirse en el mundo visible, él ha debido además dividirse y limitarse. Aquel Océano sin límites se ha dado á sí mismo orillas; aquel corcel celeste se ha puesto un freno; aquella alma sin partes se ha partido entre las diversas formas de criaturas, como los miembros de la vaca consagrada sobre el altar de los pastores; y de aquí la idea de que el mundo es un sacrificio permanente del Eterno. El infinito sufre en los límites de lo finito; el Espíritu tiene su pasion en los lazos del cuerpo; el Primitivo de los séres ofrécese á sí mismo en diaria oblacion. Primera forma del sacrificio místico, en la que es Dios á la vez el sacrificador y la víctima.

Réstanos ahora ver cómo ese Espíritu, principio de todo, explica la muerte del mismo mo-

do que ha explicado la vida. Más allá y en frente del Dios creador hay otro Dios que destruye cuanto el primero hace, y que ha guardado, del culto de los patriarcas y guerreros, el sentimiento del hambre y de la sed. Armado de dientes formidables, este Saturno indio aliméntase de sí mismo y devora cuando produce. Por él las hojas se secan, la juventud se torna en vejez, los rios son tragados por el mar, el año agotado acaba su carrera en el otoño; y de tal manera lo destruye todo que, si quedase entregado á sus propios instintos, muy pronto el mundo sería aniquilado. Mas surge entonces del mismo infinito una tercera persona, y ésta constituye el Dios reparador y mediador, que se trasforma incesantemente para restablecerlo todo, á medida que el Dios de la muerte se trasforma tambien para todo aniquilarlo. Resultan, pues, tres formas de la existencia universal, creacion, destruccion y renacimiento, representadas por tres personas del mismo sér: en la India, por Brahma, Siva y Vichnou; en el Egipto por Osiris, Tifón y Orus; en Persia por Ormuzd, Ahimanes y Mithra; en Occidente por Urano, Saturno y Júpiter: tres dinastías soberanas, que son en todas partes emblemas de la misma naturaleza eternamente antigua, eternamente muriendo, eternamente renaciendo. Primera forma de la trinidad. Hé aquí el trípode sobre que descansan todas las religiones de la antigüedad. Esta division se repite tambien entre los modernos, creando Jehová el mundo de los

sentidos, aboliéndole Cristo y restaurándole, ya explicado, el Espíritu!

Encarnacion, caida, sacrificio de Dios, trinidad; tales son en efecto los vestigios de aquel cristianismo primitivo, que conservados en rasgos admirables en el antíguo culto de la India, se encuentran por todas partes en el corazon del Asia. Por donde se confirma cuanto antes hemos dicho y anticipado, es á saber, que el Evangelio no fué solo profetizado por la Biblia, sino que se encuentra tambien anunciado, preparado y figurado en el Antiguo Testamento, tanto de los hebreos como de la humanidad entera. De este modo se halla envuelto en el primitivo gérmen, sembrado en lossurcos del abismo, el árbol espiritual que hoy da sombra al mundo. Para nosotros la vida religiosa, como la vida orgánica, se dilata en una sucesion indefinida de formas, que se contienen, engendran y anuncian unas á otras. Más allá del sacrificio del Evangelio, se percibe otro sacrificio; más allá del Calvario de Judea, un calvario más lejano; más allá de los profetas de la antigua Alianza, otros profetas más antiguos, y más allá, en los últimos confines de la tradicion, los patriarcas ya colmados de dias, que reciben sobre el primer Thabor el primer Testamento del Eterno.

En resúmen, el rasgo dominante y casi exclusivo de esta primera filosofía religiosa es el sentimiento del Sér, uno, soberano é inalienable, del que todo emana, y que está constituido por tres

personas divinas, ya reunidas ó separadas; inmensa afirmacion de la vida universal, que por ningun otro pueblo fué nunca tan solemnemente proclamada. Esta conciencia profunda del Sér en sí, del absoluto é infinito, es la primera piedra en la fundacion de la sociedad civil, siendo por tanto otra vez resuelta aqui la cuestion de saber por donde debe comenzar la historia de las religiones. En el orígen de las revoluciones humanas, la India es quien mejor que nadie realizó lo que pudiéramos llamar *declaracion de los derechos* del Sér, indicando de este modo su verdadera funcion en la historia; pues que todos los dogmas no vienen á ser sino una consecuencia de aquel primer *credo* de la humanidad en la vida infinita. No conocemos culto alguno en la antigüedad, que no se halle implícitamente contenido en esta profesion de fé que hace Dios ante sí mismo:

«Nada es más grande que yó. Como las perlas están suspendidas de los collares, así están los séres pendientes de mí. Yo soy la luz en el sol, la oracion en los labios sagrados, el perfume en las flores, el brillo en la luz, la vida en todas las cosas, y la eterna simiente dél universo. Soy el espíritu de la creacion, su principio, su medio y su fin. Entre las especies soy la más noble: entre los astros soy el sol; entre los elementos, el fuego; entre los montes, el Himalaya; entre las aguas ,el Océano; entre los rios, el Ganges; entre las serpientes, la eterna serpiente que se anuda alrede-

dor del mundo; entre los caballos, el que ha nacido de la espuma del mar; entre los conductores de carros, el que conduce los coros celestes; entre las palabras, la palabra divina.»

Este Yó divino, esta sociedad de lo infinito consigo mismo, es evidentemente el fundamento y raiz de toda vida, de toda historia, de toda religion, de toda sociedad particular; esa conciencia del eterno es verdaderamente la plenitud de la duracion, más allá de la cual no es posible pasar sin caer en el vacío. Y como esta unidad suprema lo absorbe todo, la pluralidad de dioses, que duermen mezclados y confundidos en el seno misterioso de la grande alma, no existe todavía; pues el hombre, suspendido sobre el Océano del Sér, no ha visto aún surgir del fondo de las olas aquel pueblo de fantasmas, sirenas y avatars. La Venus india no ha nacido todavia de la espuma de las olas del golfo de Bengala: solo el espíritu ha rozado hasta ahora su superficie. ¿Cómo aquel abismo de idealidad será poblado con las formas de la mitología? ¿Cómo de la unidad nacerá el politeismo? ¿Cómo el eterno Solitario adquirirá por cortejo la turba radiante de las divinidades corporales que van á llenar muy pronto la imaginacion de la India? ¿Dónde están al presente aquellos dioses infantes, que nacidos de vírgenes y adornados de turbantes y pedrerías, ván á despertarse bajo las alas de pájaros estremecidos al primer soplo de la mañana? Hé aqui una nueva época en el Génesis de las reli-

giones. El inmenso lecho de las aguas, que encerraba en su caliz la primera alma de las cosas, se ha abierto y extendido al sol de los patriarcas, y sus semillas, dispersadas por los vientos, han hecho germinar dioses por todas partes. La oleada del Sér se precipita desde su fuente; la vida se divide; la abstraccion se personifica; el pasado comienza á acumularse, y puede ya ser narrado. Ya es tiempo, en efecto, de reemplazar el himno por la narracion, los Vedas por las epopeyas, el Orfeo de la India por su Homero.

III.

La religion india en sus relaciones con la poesía épica.

Una de las funciones vitales de la sociedad consiste en ir descubriendo, unas en pos de otras, las ríquezas del pasado, á medida que va ampliando y perfeccionando su desarrollo. Un mismo siglo no ha visto reaparecer á la vez todos los esplendores de la antiguedad, antorchas que sólo sucesivamente y por grados han ido encendiéndose. Desde el momento en que la edad media debe salir de su noche, comienza ya Virgilio á despertarse con el genio latino, convirtiéndose en el institutor de la Italia moderna y en guia del Dante que abre las puertas del porvenir. Más tarde, cuando esta fuerza se debilita y el siglo desfallecido tiene necesidad de un segundo impulso, es Homero

quien, viniendo de Constantinopla y rodeado del cortejo de los oradores y poetas griegos, sale del olvido, acaba de disipar ante su soplo la edad media y crea el renacimiento. Tambien los grandes hombres modernos oscurécense á veces al dia siguiente de su aparicion, y quedan como si nunca hubiesen existido; pero su accion é influjo, suspendidos un momento, vuelven á renacer bien pronto más poderosos: tal fué Shakspeare que, olvidado completamente por el siglo XVII, viene á resucitar en nuestros dias, provocando con su resurreccion la resurreccion de Alemania. Pueden, pues, todos esos hombres ser considerados como luminosos mensageros, que de tarde en tarde vienen á iniciar la aurora de las grandes jornadas del mundo intelectual. Hoy Europa está cansada,—confiésalo ella misma.—hasta tal punto que, si recorremos la Alemania, Inglaterra ó Francia, encontraremos por todas partes alentando y viviendo bajo una misma sombra, aunque con apariencias diversas, los espíritus todos, atentos, no al presente, sino á la esperanza de una cosa que no saben como nombrar. Virgilio, Homero, Dante y Shakspeare no bastan ya á alimentarlos, necesitando, segun ellos mismos dicen, nuevas fuentes de agua viva para humedecernos y refrescarnos en nuestro desierto moral. Mas hé aquí que de súbito brota de la roca una ola de inspiracion, aún no aprovechada por generacion alguna; hé aquí que son pronunciados multitud de nombres ignorados hasta entónces;

hé aquí que quedan descubiertas nuevas lenguas y religiones perdidas y dioses ignorados. Una poesía desconocida, la poesía india, comienza á revelarse, y más allá del Homero griego muéstrase un Homero indio en la extremidad de los tiempos, pues que los críticos más moderados colocan su nacimiento mil años ántes de Jesucristo. Volvámonos, pues, hácia aquel lado, y veamos lo que puede ser una Odísea y una Iliada en las orillas del Ganges. Mas, ¿qué es lo que nosotros podemos tener de comun con aquel genio, á quien el tiempo y el espacio han puesto tan léjos de nuestra existencia? ¿Qué debemos esperar de él para el porvenir? ¿Qué bien ó qué mal nos augura? Virgilio y Homero prestaron parte de su vida al siglo de Leon X y de Luis XIV; ¿qué siglo nacerá al soplo de este Homero del golfo de Golconda?

La India, como la Grecia, posee dos epopeyas principales, y bajo los títulos de *Ramayama* y *Mahabharata* tiene tambien su Iliada y su Odisea. Y por cierto que si la extension de las obras constituyese su importancia, ninguna como la literatura india, cuyo más insignificante poema no baja de treinta mil versos, tendria derecho á ocupar el primer puesto. En 1800 fué ya publicada la tercera parte del Ramayana en Sérampor, pero el buque que traia uno de los fragmentos de esta preciosa carga, naufragó en el trayecto de las Indias á Europa, de modo que solo pudieron llegar á Inglaterra los tomos primero y tercero. Wilhelm Schlegel, persuadido

sin duda de que la cuestion literaria de nuestro tiempo estriba en el renacimiento Oriental, ha emprendido desde hace algunos años una edicion completa de las dos epopeyas; pero esta publicacion no se halla aun terminada, de suerte que en el estado actual de la crítica esas grandes masas poéticas permanecen todavía en gran parte desconocidas, como colosos de Tebas sepultados hasta la cabeza en las arenas y de los cuales solo las diademas se perciben. Sin embargo, los fragmentos descubiertos bastan para que podamos determinar el género y carácter del conjunto, del mismo modo que los naturalistas recomponen, con la parte de un animal perdido, el todo vivo de donde ha sido separada.

La forma de estas composiciones excluye la idea de un análisis literal. Si tuviéramos que indicar aquí el carácter del poema de Ariosto, seria vano que intentásemos seguir, uno á uno, todos los pasos de aquel génio caprichoso, pues no bien penetráramos en aquel laberinto encantado, perderíamos el hilo conductor, que muchas veces hasta al mismo poeta se escapa, Pues bien, la marcha vagabunda de Ariosto es un camino derecho y clásico en comparacion con la del poeta indio, de modo que si penetrásemos al azar en esa inmensa selva vírgen, siguiendo á la aventura todos los senderos al alcance de nuestros ojos, bien pronto quedaríamos perdidos y sin esperanza. No hay mejor manera de explicar la exhuberancia de tales poemas que comparán-

dola á la de aquel árbol indio cuyas ramas, al inclinarse y llegar hasta la tierra, se arraigan, dividen y bifurcan por todas partes, y brotan nuevos retoños, los cuales á suvez se convierten en árboles que, ramificándose de nuevo y germinando y reproduciéndose, se multiplican asi donde quiera y forman una selva que no es, por decirlo así, más que una sola planta, de donde se exhalan todas las armonías de un mismo continente; frescos perfumes, murmullos y exfoliaciones de la naturaleza de los Trópicos. ¿Dónde se hallan el gérmen y las ramas y el tronco de ese árbol infinito? Pues así cada incidente en aquellas epopeyas tiende á convertirse en un nuevo poema. Si queremos, pues, no perdernos en aquella inmensidad, habremos de imitar á los europeos cuando pretenden establecerse en el seno de las selvas vírgenes de las Grandes-Indias, los cuales procuran trazar, al través de ellas, grandes vías rectas, que van á parar á puntos de antemano conocidos y señalados. Siguiendo este procedimiento, establecerémos várias divisiones en el examen de esas epopeyas, aun inmaculadas como las sábanas y bosques en que solo el condor y la boa han habitado, y de este modo irémos estudiando las relaciones de tal poesía con su autor, con la religion nacional, con la naturaleza asiática, con las instituciones civiles y con la historia de las Indias en general.

Mas ante todo, debemos conocer cuál ha sido la condicion del poeta mismo. Su nombre es Val-

miki, y no pasará seguramente nuestro siglo sin que quede inscrito al lado de los de Homero, Dante y Shakspeare; por ser de los que pertenecen á esa raza de hombres que resumen toda una civilizacion. ¿Cuál fué su vida? ¿Cómo llegó á componer su obra? Son estas cuestiones de hecho resueltas desde la aparicion del Ramayana, epopeya que, como la del Dante, pone en escena desde el principio la persona misma del poeta. Retirado á la sombra de una selva sagrada, prepárase desde los primeros versos por una larga purificacion á recibir la inspiracion divina. Todo en él anuncia á un hombre de la casta de los sacerdotes, que purifica su espíritu para hacerlo digno de producir el poema nacional de los indios: su santuario es el fondo de los valles; hace sus albuciones en las aguas divinas del Tomosa; sus discípulos le llevan hasta la orilla del rio las religiosas vestiduras, y cuando sale del agua, hállase dispuesto su espíritu sín mancha á reproducir fielmente las imágenes imperecederas que en el quieran imprimir los Dioses. ¿Quién no advierte el sentido profundo oculto en este princípio? ¿Dónde está el hombre que no tiene necesidad de una ablucion interior ántes de comenzar su tarea? ¿Dónde aquel que no se haya bañado en las olas de los dolores humanos ántes de recibir, segun la expresion oriental, la segunda vida, la vida de la inspiracion? ¿Dónde el filósofo ó el artista que no haya, al ménos una vez, lavado el polvo de sus sueños en las orillas de lagos inmaculados y re-

frescado su frente en el abismo insondable? Todo poeta, ántes de comenzar su obra, recójese un momento en el secreto de los bosques ó en el secreto de su corazon: Byron, en el mar de las Cycladas, léjos de los ruidos de Inglaterra; Chateaubriand, en los bosques de la América del Norte; Camoens, en la soledad del Oceano; Milton, en la soledad de las tinieblas; Dante, en la soledad más oscura aun del destierro. Los pintores de la edad media, más poetas áun que pintores, arrodillábanse ántes de tomar los pinceles, y comenzaban por adorar en sí mismos la imágen que iban á representar. En suma, nádie entra en el reino de la poesía, de la filosofía y de la razon sin pasar ántes por alguna prueba; y esta es la idea que se halla escrita con rasgos indelebles sobre el umbral de la epopeya india.

La escena que sigue acaba de dar á este comienzo todo su valor. Apénas el poeta indio se encuentra preparado por la plegaria y la maceracion, no bien ha llegado al estado de santidad, el Dios supremo, Brahma, desciende de las alturas del cielo y le visita en su choza de follaje. Al punto le reconoce Valmiki á través de su apariencia mortal; prostérnase para adorarle, y luego, presentándole un sitial hecho de madera de sándalo, le invoca, despues de haberle lavado los piés, por la salvacion eterna. Ordénale entónces el Dios cantar á Rama, el héroe de la casta guerrera: «Acaba, le dice, el poema divino de Rama, que el Ramayana será repetido por boca

de los hombres tanto tiempo como los montes se apoyen sobre sus bases y los rios prosigan su curso, y tanto como el Ramayana dure, serán tu asilo mis mundos infinitos.»

¿Qué habia de ser una obra de tal modo impuesta por la religion, sino es un acto del culto, una epopeya sacerdotal? Tal es en efecto su carácter. Mezcla del profeta y del guerrero, tiene algo del Corán y de la Iliada, y así, el atributo particular de la civilizacion india consiste precisamente en este poema épico, nacido de la inspiracion de la casta sacerdotal, cosa que falta completamente á las civilizaciones griega, romana y moderna. En la Iliada, la epopeya más cercana á aquella antigüedad, el principio de la inspiracion es muy distinto; pues Homero se halla completamente emancipado del espíritu sacerdotal, siendo más bien un anciano que vaga libremente de ciudad en ciudad, que un sacerdote ligado á un santuario. «Canta, oh diosa, la cólera de Aquiles;» hé aquí sus primeras palabras. Aquí se vé que él es quien manda y se impone á su Dios, quien le aguijonea y quien reina en su obra; lo cual muestra que el arte griego ha conquistado ya plena independencia. El poeta dispone á voluntad de los sucesos y de las tradiciones, y los cambia á su placer; estanle sometidos los cielos mismos que adorna á capricho con su fantasía, y siempre ortodoxo, con tal que sea bella su obra, encierran ya sus creencias un escepticismo prematuro. En la epopeya india, al contrario, se halla el poeta sometido á

la esclavitud de Dios, que le visita y prescribe su obra como un ritual litúrgico. Prosterna aquel su faz en la tierra al comenzar su poema, y por eso mismo el caracter del génio oriental se halla representado en aquel primer diálogo de Valmiki y de Brahma, del poeta y de Dios, en donde casi desaparecen poeta, artista y poema, quedando solo un Dios, un sacerdote, un santuario, una ceremonia solemne, la ofrenda de la palabra armoniosa; porque estas epopeyas se hallan colocadas en el rango de los libros sagrados, siendo para los indios lo que el Coran para los mahometanos y el Evangelio para los cristianos, Préstanse sobre sus libros abiertos los juramentos en los actos de la vida civil y politica; carácter sagrado que no puede ser con más fuerza expresado que en los versos siguientes: «El que leyere la narracion de las acciones de Rama, perdonado quedará en todos sus pecados y exento de toda desgracia en la persona de sus hijos y nietos. ¡Bienaventurados los que, habiendo oido el Ramayana, le comprendieron hasta el fin! ¡Bienaventurados tambien los que solo hasta la mitad le leyeron! El dá la sabiduría al sacerdote, al noble una nobleza nueva, la riqueza al comerciante y hasta, si por casualidad un esclavo le oyese leer, queda tambien emancipado y ennoblecido.»

Y no pensemos que, luego que Valmiki hubo de este modo recibido la órden del cielo, se lanza de plano en medio de los acontecimientos de un

poema. El genio de Oriente no procede con esta impaciencia; y ántes que la accion comience, preciso es asistir aún á una de las escenas que mejor pintan la naturaleza contemplativa del Homero indio. Turbado por la inspiracion que se aproxima, abrumado con el fardo de su pensamiento, siéntase el poeta al pié de un árbol secular, donde sueña en las virtudes, en la belleza y en la nobleza de su héroe. Esta meditacion es el asunto de su primer canto, y de este modo contemplamos anticipadamente cómo se desarrolla en el fondo de su pensamiento el plan entero del poema que, segun dice el poeta, percibe en su espíritu tan claramente como el fruto del dátil en la palma de la mano, midiendo así lentamente en su inteligencia la extension de aquella obra poética, *Océano maravilloso, lleno de todas las perlas de los Vedas*. Esta escena, que sigue á la de la aparicion del Dios, dá al comienzo del Ramayana un carácter de contemplacion y de éxtasis, que corresponde perfectamente á lo que sabemos de la religion y costumbres del pueblo indio; pues bien podemos asegurar que no hay momento más bello en toda obra humana que aquél en que el autor la vé con los ojos de su pensamiento, en el fondo de su fantasía, mucho más perfecta seguramente que saldrá luego de sus manos. ¡Cuán léjos está Homero de semejante idea! Muestrase, por el contrario, tan impaciente como el genio occidental que representa, y desde las primeras palabras se precipita sobre su asunto, como un águi-

la del Olimpo que se abate sobre un rebaño; mientras Valmiki se cierne en las más altas nubes ántes de descender á la realizacion de su designio, y contempla largo tiempo el ideal de los sucesos y de las cosas que más tarde ha dé describir: creacion interior de figuras que ningun ojo ha de ver, y de armonías que ningun oido mortal escuchará; génesis de formas impalpables, de bellezas inauditas, de cimas inaccesibles, de perfumes no respirados, de luz, de estrofas y voces, de que el poema solo será el eco ó la vaga sombra. Admiramos nosotros en las obras de los poetas y escultores los personajes y figuras que han creado; ¡qué sucedería, sí pudiésemos entrever tales imágenes y séres morales, no ya como fueron imperfectamente realizados por instrumentos incompletos, el cincel, la paleta ó las lenguas humanas, sino en el propio sér y pura idealidad con que ¡aparecieron en el espíritu de sus autores! No hay artista alguno que no sienta sincero dolor al comparar la obra que ha soñado con la que ha ejecutado. La diferencia entre el modelo interior y su realizacion, es precisamente el asunto que sirve de preámbulo al Ramayana. Y, ¿quién no se siente conmovido ante la grandeza de aquellas ideas colocadas á la manera de una avenida de esfinges inteligentes en la entrada del monumento?

Penetrando así en la intimidad del poeta del Ganges, asistimos ya al nacimiento de sus pensamientos, fantasmas divinos apénas vestidos

con la palabra. Falta ahora saber cómo su obra, en aquellos tiempos lejanos y desde el fondo de aquella soledad, pudo ser extendida y conservada en la memoria de los hombres. Ya en otra parte (1) mostramos de qué modo renovó en nuestros dias una cuestion parecida la crítica acerca de Homero. Pero ¿quién creeria que al presente casi toda la luz nos viene de las orillas mismas del Ganges? Fácil es convencerse de ello. Valmiki, en efecto, cuenta para acabar su confesíon, de qué modo ha sido llevada de boca en boca su obra, y causa honda maravilla el saber por su relato cómo existian en las penínsulas de uno y otro lado del Ganges instituciones poéticas perfectamente análogas á las de la Grecia heróica y la Europa feudal, tales como rapsodas, que cantan los fragmentos del poema nacional, y ministriles remunerados por el auditorio, como los de la edad media. No podemos ménos de citar aquí textualmente esta parte del Ramayana, que señala puntos de comparacion tan evidentes entre sociedades, que, por otra parte, parecen tan distintas y separadas.

«Acabado ya el poema del Ramayana, Valmiki se pregunta: ¿Quién lo dará á conocer al mundo? En el momento arrójanse á los piés del sabio dos de sus discípulos, habitantes ámbos de una ermita, ámbos á cual más ilustres y de voz melo-

---

(1) *De l' Histoire de la poésie.* Homero.

diosa. Al ver á aquellos ingénuos hombres, díjoles, inclinando su frente:—Aprended el poema revelado; ¡él da la virtud y la riqueza; él está henchido de dulzura, cuando se adapta á las tres medidas del tiempo, y es más dulce acompañado del son de los instrumentos ó cantado por las siete cuerdas de la voz. Arrebata el oido, excita el amor, el heroismo, la angustia ó el terror.— Despues de haber hablado de este modo, el sabio enseñó á los dos jóvenes todo el poema de Rama, y una vez aprendido por ellos de memoria, díjoles aun: — Id ahora á cantar esta historia á las asambleas de los sabios, en medio del concurso de los príncipes y en las reuniones de los buenos;— Aquellos dos jóvenes, retrato exacto del héroe, imágen reflejada de sus perfecciones, eminentes en los libros sagrados y en los misterios de la música, cantaron el poema en presencia de los sabios;y los dioses, bajados del empíreo, y los genios y los príncipes de la serpiente, quedaron arrebatados de asombro y de alegría. En las épocas marcadas, los dos príncipes predilectos volvian á entonar sus cantos; y los sábios se reunian por millares para oirles, con la vista inmóvil de placer y admiracion, exclamando: ¡Oh que gran poema, imagen fiel de la verdad! Tú nos muestras los antíguos sucesos, como si ante nuestros ojos pasasen. Los que cantan tus estrofas en esa lengua de miel, son dos príncipes de orígen divino. ¡Oh! ¡Cuan puro es ese canto..! ¡Cuan armoniosamente hállanse sus palabras enlazadas y

unidas entre sí por un arte inaudito!.—Regocijados así por sus cantos, un sabio les presentó un vaso lleno de agua consagrada; otro, frutos del bosque; un tercero, ricas vestiduras, ó un cáliz para el sacrificio, ó un sitial de madera de sándalo; otros en fin les deseaban una prosperidad sin límites ó una larga vida.»

He aquí, pues, en las orillas del Ganges á los rapsodas de la Jonia y á los ministriles de la edad media. Pero como el carácter de la teocracia se hallaba tambien impreso en esta institucion, debemos hacer notar que los rapsodas indios no van gozando de lugar en lugar con los festines de sus huéspedes, á la manera de los griegos, sino que se asemejan más bien á los de la edad média, que solo cantaban la epopeya carlovingia en los castillos feudales. Así, el poema de Valmiki repítese ante una asamblea escogida; porque, compuesto por un sacerdote, solo por sacerdotes debia ser oido, hallándose las clases inferiores, los *sudras*, privados del goce de aquella poesía: se les excluia del mundo ideal, como excluidos estaban en cierto modo del mundo político y civil.

El Mahabharata comienza asimismo con un tono no menos piadoso, por una conversacion de religiosos en un monasterio consagrado al Dios Brahma, en que los solitarios ruegan á uno de sus compañeros que les cuente su historia, y cediendo éste á sus instancias, describe toda una epopeya en los intérvalos de los sacrificios, sien-

do de este modo cantada la Iliada oriental en la celda de una ermita,

El asunto de ambos poemas es una guerra religiosa, y en uno y otro el héroe vá á los conventos á socorrer á los sacerdotes y solitarios, cuyos altares y monasterios son amenazados por una raza enemiga: recuerdo de las luchas de dos pueblos y dos religiones, de cuyo caos social salió la organizacion de las castas del alta Asia. La epopeya es, pues, aqui el comentario de la legislacion, y la tradicion poética ocupa el lugar de la historia, refiriéndose á esta fase del asunto, como otras tantas ramas al tronco, multitud de escenas que pintan, bajo sus diversos aspectos, la sociedad asiática, el rey en su palacio, el brahman en su ermita, el héroe en su litera embalsamada, las ceremonias del culto, la pira de los funerales, los sacerdotes en sus carros ligeros como el pensamiento, los ejércitos precedidos de rebaños de elefantes cebados, las bayaderas en sus danzas, los bosques resonando con el eco de los himnos y de las oraciones litúrgicas, las ciudades semejantes á lagos fecundos en perlas, las soledades, los rios, los mares, todo el cuadro en fin de la naturaleza de las Grandes-Indias, tal como hoy aun aparece á pesar de las revoluciones de los tiempos. Y no es posible dejar de notar cierto extraño parecido entre el principio de esta civilizacion y el de la civilizacion católica, parecido que se manifiesta en una porcion de instituciones idénticas, tales como un

ideal comun, el ascetismo, una especie de caballería, cartujas paganas, anacoretas ocupados en la maceracion, peregrinos religiosos, y hasta una trinidad divina en el dogma. ¿Nó parece en efecto semejante sociedad la imágen anticipada de la sociedad feudal, representada en los poemas caballerescos de *Artus* y de la *Tabla redonda?* La analogía sería completa á no ser por esta única diferencia, á saber: el panteismo en Oriente, Dios confundido con la Creacion, por una parte; por otra, en Occidente, la personalidad de Dios distinta del Universo. Hé aquí el abismo que divide estos dos mundos, abismo más profundo que el Océano que los separa.

Si despues de esta ojeada general indagamos las relaciones de la epopeya india con la religion, no tardaremos en descubrir un hecho tan extraordinario que ninguna otra literatura lo presenta semejante. ¿No es extraño que todos los héroes de esos poemas sean dioses encarnados que han consentido revestir las formas y los dolores de la humanidad? Nada, sin embargo, es más verdadero; y aún debemos añadir que en nada se parecen estas divinidades á aquellas de Homero, que sólo del hombre tomaban la belleza y sensualidad, reservándose en medio de esa transformacion la felicidad inalterable del Olimpo. No, la figura humana no es una simple máscara en los dioses indios, es una encarnacion en el sentido más real y, por así decirlo, más cristiano. El Dios hecho hom-

bre sufre, gime, llora, combate y acepta todas las condiciones de la vida humana, hasta la muerte misma, para redimir el universo de su caida; y Rama no es otra cosa que el Dios Vichnou, que ha consentido pasar por hijo de un antiguo rey y recorrer todos los incidentes y aventuras de la vida terrestre. Esto que es manifiesto en el héroe principal del poema, sucede tambien respecto de otros personajes, en los que, si los estudiamos y comparamos, no podremos ménos de reconocer cierta divinidad ó verbo hecho hombre, desde el grado más elevado hasta el más ínfimo de la clase social. No es difícil en aquellos reyes que reinan veinte mil años, ó en aquellos ascetas que viven en la abstinencia y maceracion siglos y siglos, reconocer la máscara y encontrar el Sér supremo encarnado en el sacerdote, el guerrero ó el monarca; pero si por acaso vemos pasar á un mendigo con su parasol y su urna medio rota, solicitando las limosnas de los sudras, no debemos fiarnos demasiado en aquella aparente degradacion, porque bajo la figura de ese mendigo puede bien hallarse oculto el dios Siva, que espía de este modo no se sabe qué falta, cometida en el orígen de la eternidad. Esta epopeya, que asi oculta en cada personaje una divínidad, merece, mejor que la del Dante, el titulo de *Divina Comedia*.

No porque los Dioses vivan encarnados en la figura de los héroes, dejan al mismo tiempo de mostrarse en los cielos, donde se retiran á sus

dominios particulares, ó se reunen en asambleas sobre la cima del monte Merou. Es este el Olimpo indio, imágen anticipada de la Grecia y del Egipto, donde viven los antepasados de las divinidades occidentales: Maya, la reina de la ilusion, cubierta con el velo que más tarde se extenderá sobre la Isis del Nilo; Crichna, el Dios del sol, arrastrado por los caballos que un dia debia regir Apolo; Siva, blandiendo el tridente que habia de legar Neptuno; la Aurora con su carro tirado por pintados loros; la diosa Prithivi rodeada de panteras que luego aprisionará Cibeles; y por encima de todos, Brahma, que por collar lleva la cadena de los séres, que ha de rocojer Júpiter. Hé aquí el lazo que une estas emanaciones del Himalaya con las formas del arte de Fidias.

«Surgió del fuego del sacrificio un sér sobrenatural, de esplendor incomparable, poderoso, heróico, marcado con el signo de los augures, vestido de ornamentos divinos, alto como la cima de las montañas, formidable como el tigre, con espaldas y flancos de leon, radiante como la llama del sol, cubiertas las manos de anillos, rodeado el cuello de un collar de veintisiete perlas, parecidos los dientes al rey de los astros, y que tenia abrazado, como á esposa muy amada, un ancho vaso de oro incrustado de plata y lleno de la ambrosía de los Dioses. Este sér exclamó:—Yo soy una emanacion de Brahma, descendido á la tierra. Dicho esto, se hizo invisible, y en aquel

instante las moradas de las mujeres irradiaron de gozo, como cuando el aire brilla con los rayos de la luna otoñal.»

Podemos concluir de las reflexiones precedentes el hecho de que dios, presente en todas partes, puede encarnarse á la vez en muchos héroes, ó en una familia, ó en toda una raza de hombres. Conversa consigo mismo, se busca, se persigue, se interroga y se responde, sin dejar apenas lugar á la humanidad para obrar y desenvolverse. Los dioses se hacen hombres, y los santos, ascetas y héroes se convierten de virtud en virtud en dioses. Ninguno permanece en una condicion y forma precisa; todo se agita en el seno de una misma persona infinita, del Sér eterno, que eternamente se trasforma en toda criatura, en brizna de yerba, en onda de rio, en príncipe de las serpientes, en rey de los hombres. De esta suerte el héroe de la epopeya es tambien el héroe del panteismo. En la poesía homérica los dioses y los hombres se dividen la accion, siendo tan diversos sus destinos que no es posible confundirlos nunca. El cielo y la tierra se equilibran, por decirlo así, siendo ésta una de las causas que producen la serenidad de la poesía griega. En la otra extremidad de la antigüedad, entre los romanos, los dioses casi han desaparecido ó sólo han conservado la máscara, de modo que, en Virgilio, el lugar de la fé y de la religion está reemplazado por combinaciones puramente humanas; defecto opuesto al de la poesía india, la cual, en la embriaguez de sí

misma, es un acto de fé, más que una obra de arte. La India es la poesía; la Grecia es el poeta.

Pero no solo trazan aquellos monumentos la historia de las creencias, sino que pintan además muy al vivo la naturaleza física y el clima del alta Asia. A medida que el héroe viaja al través de las selvas primitivas, interroga á su guia sobre la historia y el nacimiente de las montañas, de los rios, ocupando la pintura del orígen de las cosas tanto espacio como la narracion de las acciones. Aquí es donde han de buscarse aquellas nativas imágenes colosales, que tienen algo del niño y del gigante y que son la primera geología de la humanidad: los cuatro monstruosos elefantes que en los cuatro puntos cardinales sostienen el mundo; la isla de Ceilan apoyada en el fondo del mar sobre la concha de una tortuga inmóvil; la serpiente que, enlazándose á los flancos de la montaña, las arranca de cuajo. Cada selva, cada flor, tiene su hístoria, y á la genealogía de las tríbus y de los pueblos se une la de los diamantes, perlas y lirios. Y es que la creacion no está aún descrita y acabada, y continuándose al través de los versos del poema, constituye en sus épocas sucesivas parte de las escenas del Ramayana. Nuevas organizaciones terrestres le prestan al surgir nuevos episodios, y el mundo físico, que parece brotar incesantemente al soplo del poeta, engrandécese al mismo tiempo que el mundo ideal,

como un héroe verdadero. El nacimiento del Ganges bajo este punto de vista es uno de los más famosos fragmentos de la obra de Valmiki:

«En aquel tiempo la tierra era mansion de tórtolas y aves celestes; los sabios vieron la caida del Ganges desde las alturas del ether hasta el fondo de los valles. Los dioses mismos, llenos de sorpresa, llegaron en sus carros tirados por caballos y elefantes, para asistir á la llegada maravillosa del Ganges (1). Iluminado el aire por su presencia y por el explendor de sus ornamentos, brilló con el resplandor de cien soles, al paso que las escamas de las culebras de agua y de los cocodrilos fosforescian á la luz. A través del blanco vapor de las aguas, quebradas en mil choques, pareció la luz velada bajo brumas otoñales, como bajo las alas de una bandada de cisnes revoloteando en el abismo; aquí el agua se precipitaba en torrentes, allá se adormecia magestuosamente en su lecho, más léjos desbordábase por todos partes, ó se sumergia en las cavernas y volvia á brotar mugiendo. Caida primero á la frente de Dios y deslizándose de su cabellera de nieve á la tierra, prodigábase esta ola sin agotarse. Y los sabios, que habitaban sus orillas, pensando: este es el rocío de la frente de Dios, sumergiéronse en él de repente. Y todas las criaturas vieron con júbi-

---

(1) En el original el *Ganges* es femenino.

lo la llegada del agua celeste, y todas se purificaron en las corrientes del Ganges.»

«Y el rey de los hombres, señalando el camino á la corriente, lanzóse sobre su carro resplandeciente, mientras que el Ganges precipitábase tras de él; los dioses, los sábios, los génios con el príncipe de las serpientes, con el rey de las águilas y el de los buitres, siguiendo las ruedas de su carro, alcanzaron el Ganges, soberano de los rios, purificador de toda mancha.»

El génio oriental aparece aquí tan desbordado como el rio. Aquel rey que sobre su carro de oro muestra el camino á las sagradas ondas, aquellas criaturas que le rodean y representan el Universo llamado á tal espectáculo, aquella asamblea de serpientes y cocodrilos, aquella multitud de dioses arrastrados por elefantes, representan al Homero índio en toda su pompa habitual. Y es de notar en este punto que la poesía griega, cuando hace intervenir en la accion alguna potencia de la Naturaleza, la presenta generalmente en figura humana y forma completamente artística. Así es que en tal pasage hubiera introducido, en vez del rio, á un anciano volcando su urna de oro, que arrojaria á torrentes las olas inagotables. Pero entre los índios el hombre no ha impuesto aún su figura á los objetos que diviniza, y por eso el Ganges no deja de conservar, al sér hijo de las montañas, su forma natural, y aunque posee un pensamiento, una voluntad y un alma, carece por completo de fisonomía.

Las relaciones de los héroes con todo el régimen animal constituyen tambien uno de los rasgos más originales de la epopeya india. No solo lloran los caballos de Rama, como los caballos de Aquiles, sino que el hombre en general vive en íntima alianza con la sociedad de los animales. El sábio rey de los búitres, el valeroso gefe de los monos, el prudente príncipe de las serpientes, alíanse por medio de tratados con el rey de los hombres, dando á entender que la humanidad no dominaba aún de un modo absoluto á la sierva naturaleza: momento que se halla indicado en la Biblia, cuando los hombres conversaban familiarmente con los animales. Distínguense sobre todo entre los aliados del héroe Rama, dos personages, Sigravo y Hanumann, príncipes de los hombres de los bosques, reyes de la creacion animal, de voz de trueno y altos como la más alta montaña, los cuales estipulan una especie de contrato á nombre de todas las criaturas inferiores: «Aproximáronse, dice el poeta, á la orilla del mar, y abrieron el Occéano con la punta de sus flechas, mostrando de este modo que todo el Océano es esclavo de Rama.» Primer acto de vasallage del Universo físico, y pleito-homenage de la Naturaleza muda á la humanidad, su soberana.

Y la verdad es que cuando vemos en estos poemas surgir ante nosotros esas formas colosales de la creacion animal, no parece sino que aquel mundo perdido tiene cierta analogía con el mun-

do encontrado por Cuvier en nuestros dias, y que la escena sucede en medio de los mamuhts, de los paleotheriums, de los megatheriums y de las demás gigantescas criaturas, cuyas osamentas está hoy reuniendo la ciencia, de suerte que, á la vez que las huellas de la vejetacion del mundo naciente han sido conservadas en las hojas de los esquistos, como en un libro cerrado por el criador mismo, aparecen tambien como eternizadas bajo otra forma en las imágenes y pinturas de aquellas composiciones épicas. El efecto que esta poesía nos produce es llevar nuestra imaginacion más allá de todos los tiempos conocidos hasta las épocas en que la geneología sustituye á la historia; hasta tal punto es verdad que la más alta poesía y la más profunda ciencia, léjos de excluirse, se atraen, explican, alimentan y confirman la una por la otra.

Si queremos pasar desde el exámen de la religion y de la naturaleza al cuadro de la vida civil y doméstica, debemos entrar en la ciudad por excelencia, en Uyodhya, fundada por Munoo, rey de los hombres. Una descripcion, que resumimos aquí, abre las puertas de esta ciudad antediluviana que parece la superposicion de Nínive, Gomorha y Babilonia:

«En las orillas del rio se levantaba la ilustre ciudad construida por el rey de los hombres, vasta ciudad cuyo circuito no bajaba de doce jornadas de viaje; sus casas se elevaban hasta las nubes. Regada por aguas manantiales, adornada de bos-

quecillos y jardines, rodeábala una muralla infranqueable; oíanse por todas partes los acordes de los instrumentos de música y el ruido de las armas; circulaban por doquier a bayaderas, elefantes y caballos; vísitábanla mercaderes y mensajeros de todas las regiones, y retemblaba en fin sin cesar con el estruendo del carro de los Dioses. Los muros del recinto, formados de diversas especies de pedrerías, parecidos á una mina de diamantes, la rodeaban como un collar, y los techos resonaban con los sones del tamboril, de la flauta y del arpa. Nadie en aquella ciudad vivia ménos de mil años. Veíanse entre los ecos repetidos de las oraciones sagradas, banquetes y reuniones de hombres felices. Perfumada con el incienso, con las guirnaldas, con las flores y objetos del sacrificio que embriagaban el corazon, estaba guardada por héroes, iguales en fuerza á los elefantes que sostienen el universo como una torre, por guereros que la protegian, como las serpientes de tres cabezes protegen las fuentes del Ganges. El fuego de los sacrificios era conservado por un pueblo de sacerdotes, que subyugaban volutariamente sus espíritus y deseos.

Tal era la Troya india, en donde el canto piadoso de los Vedas cubria el estruendo de las armas. Mezcla de placer y de ascetismo, era más bien un templo de dioses que una ciudad de hombres, carácter conforme con el genio de la epopeya, que se movia al rededor de sus murallas. Hemos visto á Mycenas, á Argos y á Thyrinto, la

ciudad de Hércules, y podemos afirmar que estas ciudades divinas no fueron nunca, en comparacion con la morada real ó imaginaria del Hércules indío, mas que verdaderas aldeas.

En esta mansion del ascetismo, multitud de extrangeras dinastías de reyes, cada una de las cuales contaba siglos y siglos, sucédense lentamente y llenan con austeridades inexorables esta vacía eternidad. Arrodillados, inmóviles, elevadas las manos hácia el cielo, diríase que son imágenes de siglos de plegarias y contemplaciones, y reinados de éxtasis que pasan como un sueño: así resume cada pueblo sus recuerdos en la persona de gefes ó reyes imaginarios, hechos á su propia imágen y semejanza. Entre los hebreos, los patriarcas son emires dotados de una especie de inmortalidad terrestre; en Italia abrese como un ancho surco la historia de Roma por Evandro, cultivador y pastor; en la India, los primeros reyes son figuras ascéticas que, despues de haber evocado desde el fondo de los bosques por muda contemplacion las primeras formas de la sociedad cívil, conservan sus imperios por el solo poder de la meditacion; y es una de las grandezas de esta poesía el hacer depender del recogimiento de un espíritu las revoluciones del mundo, no debiendo por esto mismo maravillarnos de que, despues de aquellos éxtasis seculares, no quede apenas espacio para la accion, ni se encuentre el fuego de la Iliada en aquellas epopeyas de la soledad.

Por encima del rey está el sacerdote. Vive éste retirado, ya como un anacoreta en su ermita en el fondo de un bosque sagrado, ya en la celda de un monasterio parecido á los del catolicismo, y en toda ocasion importante vá el rey á visitarle, se prosterna á sus piés y le pide consejo. Al soplo de sus lábios agítanse los mares, detiénense los vientos, conmuévense las extremidades del Universo, y hasta el sol mismo se eclipsa ante el explendor de su espíritu. Toda la naturaleza parece como asombrada de sus austeridades, y hasta los propios dioses sienten temor ante el sacerdote, que por la virtud se eleva y sobrepone á ellos mismos. Las criaturas todas esclaman:—¡Oh Brahma! si este sábio continúa sus maceraciones, nada es capaz de impedir que la humanidad no se vuelva atea!—Nunca el cristianismo en sus más atrevidas leyendas, llegó á atribuir tal poder á sus ermitaños, como la India á sus Brahmanes. Atraviesan este mundo acabando su oracion; el fuego de su cólera es parecido al de los sacrificios; reinan como soberanos tanto en el poema como en la naturaleza y en la ciudad.

El héroe sobre todo les está ciegamente sometido. Instruido por el sacerdote en los libros sagrados, es su discípulo y su instrumento, recordando más bien que el Aquiles griego, el piadoso Eneas, pues tiene ménos de la casta guerrera que de la sacerdotal. Sus espaldas son de leon, y sus ojos del color de la flor del lotus. Por su palidez parécese al lirio de las aguas, y su aliento es

embalsamado como el aliento de una ninfa. Antes de comenzar el combate, cumple sus devociones matinales, preparándose á las batallas por la abstinencia, y vuelto de la pelea, refrigera aún su alma con la fuerza de las santas austeridades, y hasta muchas veces cúbrese con el cilicio de los religiosos. Dulzura, uncion, obediencia, escrúpulo, tales son las virtudes del héroe sacerdotal, que, en medio de los guerreros, semeja el fuego del sacrificio rodeado por los sacerdotes. Todos sus deberes están resumidos en estas palabras que Rama oye de su padre en el momento en que por primera vez va á abandonarle:

«¡Oh hijo mio! sé humilde y cortés; obedece á los brahmanes consagrados al estudio de los Vedas; recibe su instruccion como el néctar de la inmortalidad. Los brahmanes son grandes; poseen la fuente de la prosperidad y de la dicha. Ellos han sido enviados como dioses terrestres entre los hombres para asegurar la existencia del mundo; son los guardianes de los Vedas y de las leyes inmutables de la virtud; poseen, en fin, la ciencia de los arqueros. Estate siempre á caballo, ó en un carro, ó en un elefante; instruyete en el arte de gobernar; envíame sabios mensajeros. Habiendo hablado de este modo, el rey de los hombres añadió todavía:—«Vé, hijo mio.»—Y sus ojos se llenaron del lágrimas, y su palabra fué ahogada por sus sollozos.

Buscad un ideal semejante en el héroe, y no lo encontrareis seguramente bajo las tiendas de

Aquiles ni de Ayax, siendo necesario atravesar toda la antigüedad clásica, y penetrar en el corazon del Cristianismo. Las relaciones del guerrero y del sacerdote indio son precisamente iguales á las del piadoso caballero y el ermitaño en los romances de la Tabla redonda. Perceval le Gallois, Lancerote del lago y Tristan, siguen el mismo género de vida que Rama, Bharata y los demás héroes de raza india. Como estos últimos, persiguen aquellos un ideal de perfeccion moral bajo el símbolo del Santo Graal, y una eterna maceracion aflije á unos y otros, sin otra diferencia que el caballero errante en las tristes selvas de los Ardenes se arma, más contra las seducciones de su corazon, que contra los encantamientos de la naturaleza exterior. ¡Quién hubiese creido que la epopeya del feudalismo cristiano tenía su análoga en el valle del Ganges, y que era necesario ir á buscar al golfo de Bengala los antecedentes de la caballería fantástica de la Bretaña encantada de Merlin! Este parecido entre los personajes se encuentra tambien en la accion del poema, pues no podia ménos un mismo género de vida de producir epopeyas análogas.

Desde el principio suplica el rey á los dioses en su ciudad gigantesca, que le concedan sucesion, y la Divinidad suprema en efecto desciende á la tierra y se encarna en las personas de cuatro hijos del monarca, héroes-Dioses que crecen ya y se hacen hombres antes del fin de primer libro. Intruidos muy pronto en los Vedas, viene el gran sacer-

dote ó demandar su auxilio contra el rey de los infieles. Vacila el padre al principio en entregar á sus hijos á los peligros de la guerra, y quiere él mismo partir en su lugar, pero, dominado al fin por la autoridad del sacerdocio, ejecuta sus órdenes. Rama entónces y su hermano reciben armas encantadas, entre las cuales se halla un arco que ni los reyes ni los dioses son capaces de manejar, y así armados, llévaseles en presencia de los príncipes y de una asamblea del pueblo. Es interesante observar, cómo esta situacion completamente homérica ha sido tratada por el poeta indio.

«El virtuoso Brahman dirigiéndose entónces con júbilo á Rama, le dice:—Oh tú, cuyo brazo es poderoso, toma este arco divino, incomparable, ensaya tu naciente fuerza.» A estas palabras del sabio, Rama respondió:—«Yo atirantaré este arco celeste, y lanzando la flecha al blanco, mostraré mi fuerza.»—Bien está, replicaron el rey y el sacerdote. Entónces Rama, ante la absorta multitud que le miraba, cogió rápidamente el arco con una sola mano, y sonriendo se preparó á disparar una flecha; pero por la fuerza de Rama el arco se rompió por el medio. El sordo ruido semejó al del hundimiento de una montaña, ó al rugido de la boa sobre las cimas de los montes Sukra. Aterrados todos por el ruido, cayeron en tierra, excepto el sacerdote, el rey y los dos descendientes de la raza de los Rughous.»

Es imposible no recordar ante este pasaje el arco de Ulises, y salva la hipérbole del final, se

le tomaria por una página de Homero caida en el Indus de la caja embalsamada de Alejandro.

Despues de una série de combates, en los que interviene siempre el sacerdocio, el glorioso Rama es desterrado al fondo de una selva por órden de su padre, á quien han engañado con falsas sospechas; pero este anciano rey no tarda en arrepentirse de su injusticia, constituyendo una de las partes más bellas del poema el episodio en que este monarca de barba secular se entrega á un dolor sin límites. Entónces esta figura, hasta entónces impasible y muda, despiértase al sentimiento de la vida real por el de la desesperacion, y aquel rey, que debia creerse inmortal, se siente desfallecer á la primera impresion del dolor. Es demasiado grande esta escena, para que dejemos de citar algunos de sus rasgos. Muestra el poeta al principio el cambio que se operó en aquella ciudad, que él mismo habia pintado como la mansion de eterna felicidad. Desde que se ve privada de su héroe, queda semejante al mar que cae en el silencio, cuando los vientos dejan de soplar, ó á un altar despojado despues de concluido el sacrificio. Despues traslada la escena á lo interior del palacio:

«Obligado á oir la queja de la madre de Rama, llenóse el rey de angustia, y traspasado al fin por el aguijon de los remordimientos y cerrando sus ojos, cayó desvanecido sobre su lecho. Recobrado despues de algun tiempo el sentido, y viendo á la reina cerca de él, dirigióle estas palabras:—¡Oh

reína, yo te suplico que olvides mi proceder; por el amor de tu hijo, no añadas el veneno á mis profundas heridas. Mi corazon está ulcerado, y tus palabras son para mí tan terribles como los estallidos del trueno. Tú conoces las pasiones del hombre; yo te conjuro en mi agonía; no me agobies más ya que me ves herido y abrumado por los dioses.—Al oir la reina estas palabras y gemidos, reprimió su dolor, y juntas las manos, la cabeza prosternada á los piés del rey, respondióle:—¡Oh rey de los hombres! perdóname; privada de la reflexion en el colmo de mi desgracia, dije lo que jamás habia de haber pronunciado. Aquella á quien su esposo, semejante á los dioses, suplica con las manos juntas, está perdida en esta vida y en la otra si no accede á sus súplicas. ¿Qué dije yo en mi amargura? El sufrimiento destruye la inteligencia; el dolor destruye la memoria y acaba la paciencia; no hay enemigo más terrible que el dolor. La herida causada por un tizon ardiente ó por un arma mortífera, puede ser curada; pero la tristeza ¡oh rey! que viene del alma, es incurable, y hasta los sabios mismos, los que eran dulces, pacientes é instruidos en los hábitos de la virtud, cayeron debajo del gusano de tierra, cuando en su corazon entró la desesperacion. Los dias trascurridos desde la partida de mi hijo, son siglos para mí; mi dolor se acrece como las aguas del Ganges cuando la estacion fria ha pasado.—Miéntras la reina terminaba estas palabras, el dia declinó y el sol se puso.»

«Pero el rey, agobiado de dolor, respondió:— ¡Felices los que volverán á ver el rostro de Rama, semejante á la pálida luna de otoño ó al nenufar en flor! ¡Felices los que le verán volver de las selvas, semejante á la estrella en su curso celeste! En cuantoá mí, ¡oh reina! mi corazon está roto, el dolor ha consumido mi aliento, y mi vida es semejante á la orilla arrastrada por las ondas de un rio.»

Hé aquí cómo esta poesía sabe tambien expresar dolores humanos, olvidando los sistemas y las abstracciones del culto, y haciéndonos ver, á través de la diferencia de tiempos y lugares, al hombre semejante á nosotros. Esta queja puede sin duda añadirse á las quejas inmortales de la poesía accidental, y aquel viejo rey, sacado del olvido, puede ir á engrosar el coro lamentable de los ancianos consagrados por el dolor, Priamo, Ossian, el padre del Cid, el rey Lear. El monarca indio faltaba en esta fúnebre asamblea.

Despues de la muerte del rey, reune Bharata un ejército para ir en busca de su hermano y ofrecerle el imperio; ejército compuesto de un millon de infantes, cien mil caballos y nueve mil elefantes caparazonados. Con esta multitud entra en el fondo de las selvas, atraviesa el Ganges y va á pedir consejo á un brahman retirado en la soledad, el cual en su choza de hojas, da asilo y alimento milagrósamente á aquella inmensa reunion de hombres, levantándose á su palabra una infinidad de palacios en el desierto. Este encantamiento

del universo por la oracion del sacerdote está lleno de solemnidad. Mientras él se halla engolfado en la meditacion, todos los séres celestiales descienden de sus altas moradas; un concierto de invisibles instrumentos elévase en torno; todos los árboles se trasforman en enanos y bayaderas, que llegan por sí mismos á ofrecer sus frutos; rios de ambrosía corren por el valle, y sus horillas son arenas de esmeraldas y de zafiros. Todo el ejército exclama: —«Este es el cielo.» Pero á un signo del Brahman aquellas maravillas desaparecen como un sueño. Esta invencion maravillosa, en que la imaginacion Oriental se desplega con toda libertad, parece ser el modelo de los encantamientos de Merlin. La naturaleza y la humanidad se manifiestan aquí como embriagadas la una por la otra.

¿Qué hace entretanto Rama, el héroe del poema? Sumido en la contemplacion de las selvas, de las montañas y de los rios, pasa sus dias en un vago encantamiento. Esto no se observa en los poemas de Homero, donde los hombres no se detienen en la contemplacion de las bellezas del universo, ávidos de accion y movimiento, y llenos de emociones guerreras. Todos creen hoy que esta especie de enternecimiento que el hombre siente en presencia de la naturaleza, es un sentimiento completamente moderno, y hasta muchos piensan que sus primeros rasgos se encuentran en Francia únicamente en las obras de J. J. Rousseau y de Bernardino de Saint-Pierre; sin embargo, hé aquí en un poema del alta Asia, de tres

mil años lo ménos de antigüedad, á un héroe cuyas impresiones, fantasías y lenguaje son completamente semejantes á los de Saint-Preux en las rocas de Meilleraie, á los de Rousseau en la isla de Bienne, á los de Werther en los bosques de Alemania, y á los de Pablo y Virginia en la isla de Francia. Hasta dudo si en los escritores que acabamos de nombrar, la intimidad del hombre y de la naturaleza fué nunca expresada en rasgos tan vivos como en el pasaje siguiente del Ramayana:

«Despues de haber habitado largo tiempo las selvas, Dusha-Rutha, semejante á los dioses, seducido por la gracia de aquellas colinas, mostraba en este momento á su esposa muy amada las lejanas cumbres, y le hablaba de esta manera:—¡Oh amada mia! ni la pérdida de mi reino, ni la ausencia de mis amigos aflige mi ánimo, cuando contemplo la frente sublime de esas montañas. Mira esa cima que visitan los pájaros y en que los metales abundan: sus picos se elevan hasta los cielos. Los flancos de aquel rey de las montañas parecen unas veces venas de plata; otras, resplandores del brillo de los diamantes, y otras, en fin, faldas cubiertas de flores de la asclepia gigantesca. Aquellas otras montañas, enlazadas por nudos de escolopendras, parecen talladas en cristales. El bananero, el baobab y el datilero extienden á ellos su sombra. Parejas de pájaros se persiguen sobre los bordes de las rocas. Mira aquellos nidos embalsamados, donde se abrigan los polluelos de

la tórtola. La montaña con sus cascadas sus fuentes y manantiales, sus murmullos y sus extremecimientos, parece un elefante embriagado con los frutos salvajes. (1) Y ¿quién es capaz de permanecer insensible á esas suaves brisas, que como un soplo se elevan del fondo de las cañadas, henchidas de perfumes? ¡Cuán hermoso sería pasar aquí toda mi vida contigo; la pena no me afligiria! En medio de estas flores y de estos frutos siento despertarse en mí todos mis sueños. Los sabios que me han precedido han confesado que la soledad en el fondo de las selvas, es para los reyes tan dulce como la ambrosía. ¿Ves las plantas floridas de la reina de los valles, brillar de noche como la llama de una ofrenda? ¿Ves aquí y allá esos nidos de delicias, formados por los tallos del lotus, y recubiertos de hojas del blanco nenufar!..... Habiendo hablado de este modo, descendió Rama de lo alto de las rocas, y mostró á su esposa Sita el dulce rio del Ganges; y dirigiéndose de nuevo el príncipe de ojos de lotus á la hija del rey, que parecia la luna salida de la sombra de las selvas, le dice:—Mira este rio amoroso con sus islas frecuentadas por los cisnes, y cuyas orillas umbrosas remedan la gruta del Dios de las riquezas. Aquí es donde

---

(1) Recuérdense los *osos embriagados con uvas*, que tanto ha censurado la crítica en *Atala*. Valmiki confirma aquí elocuentemente á M. de Chateaubriand, quien en 1796 no pudo haber conocido el *Ramayana*.

los solitarios se deslizan sobre el blando césped, se bañan en la estacion sagrada, y con sus manos levantadas entonan himnos al sol. Entónces los árboles y sus ramas agitadas por los vientos, sacuden sus flores y sus hojas en uno y otro lado del rio, y la montaña parece gemir y estremecerse hasta en sus cimientos. Mira ¡oh amada mia! inclinarse bajo la brisa las corolas de las flores: escucha las notas cadenciosas del ruiseñor oculto en la sombra, y repite sus acentos prolongados. Si, yo quiero mejor contemplar contigo esas cimas azuladas que residir en un palacio..... Así es como Rama, el jefe de la raza de los Rughous, conversaba con su esposa en las orillas del rio, y atravesando la montaña, aparecia á sus ojos como embellecido por un hechizo.»

Podria este pasaje ser comparado al cuadro de los amores de Adan y de Eva en el *Paraiso perdido*, y tambien á los ensueños fantásticos de Tristan y de Iseult en los antiguos poetas feudales, sobre todo en la redaccion alemana de Gottfried de Strasburgo; pues hay en ellos expresiones que parecen tomadas al vivo del *Werther*, de la *Atala* y del *Genio del Cristianismo*. Una sola cosa distingue esta antigua poesía asiática de la poesía moderna del Occidente, y es que el amor humano está en aquella como envuelto en el amor de la naturaleza. Sita, la compañera del héroe, sólo representa, en el seno de la soledad, uno de los ornamentos del espectáculo de la Creacion; no es ella la que pres-

ta allí el alma y la vida; no es, como Julia, Atala y Virginia, el pensamiento y el perfume oculto de todas las cosas; es únicamente una flor más en la selva sagrada. Por otra parte, así que el héroe logra arrancarse á la impresion de la naturaleza, la combate con sus austeridades; pues el Werther indio vive envuelto en un cilicio, y esta voluptuosidad mezclada de ascetismo bajo aquel cielo de los trópicos, es precisamente lo que hace de Rama el representante fiel del genio de las razas indias. Vestido Rama con el hábito del peregrino, reusa el imperio, y se retira en cierto modo del poema para vivir en la contemplacion de las olas, de los bosques y de las montañas, del mismo modo que el pueblo indio se ha retirado de la Historia y del mundo real, á fin de vivir engolfado en la contemplacion vaga y soñadora de la naturaleza. Tambien él, como Rama reusó el imperio del Asia que le ofrecia su diadema, y en vez de entregarse al génio de la accion y de las conquistas, como todos los pueblos vecinos, quiso mejor embriagarse en éxtasis, en perfumes y en silencio en el fondo de sus inmaculadas selvas. Más de una vez y siempre en vano lo ha provocado la historia á salir de sus valles, pero él ha continuado viviendo con su ninfa encantadora, negándose á abandonar sus pacíficas umbrías, y aunque el mundo entero ha pasado ante sus ojos, y todas las razas humanas hánle visitado sucesivamente, nunca ni por nada quiso salir de su éxtasis.

El ascetismo ha sido el principio de la poesía de la India y del Occidente en la edad media, como fué tambien en estas dos sociedades un principio de civilizacion; porque la humanidad, en su nacimiento, cogida por todas partes en los lazos de la naturaleza exterior, no pudo romperlos, sino negándolos. Fué este un esfuerzo necesario de la libertad moral para resistir la tiranía del universo entero. Hé aquí la razon porque los héroes del alta Asia son, en medio de sus valles encantados y de todos los atractivos de los sentidos, ascetas que combaten interiormente contra el despotismo del mundo exterior. En su alma coloca con razon la epopeya sus batallas más maravillosas; ellos son los que fundan realmente, con el reinado íntimo del alma y de la libertad moral, el del género humano, cerrando, como los padres de la Tebaica en los tiempos de las seducciones del imperio romano, sus ojos y sus oidos á todo brillo y á todo ruido del mundo sensible, y guardando, conservando y alimentando en sí mismos la conciencia de la humanidad, amenazada al nacer de verse ahogada bajo los hechizos de una sensualidad exuberante. Ni ¿qué otra cosa significan las maceraciones prodigiosas de aquel pueblo de sacerdotes en el jardin del Asia, sino una protesta del pensamiento para restablecer el equilibrio entre la materia y el espíritu? Este es el primer combate del cual han de depender todos los demás, y que ha de decidir si el hombre en lo sucesivo será

el señor ó el esclavo de la naturaleza. Tal es la cuestion puesta en el orígen de toda sociedad; y por esto cuanto más poderosa es la naturaleza, más lo es tambien la reaccion contra ella del hombre, principio por el cual se explica el ascetismo de los brahmanes en su país encantado, el de los pitagóricos en la Magna-Grecia y el de la Italia y España en la edad media. Los santos, que en el orígen de la civilizacion cristiana combatieron los instintos de la naturaleza pagana como la hydra y el Python, son los Hércules y los Teseos de la humanidad moderna.

Todo en nuestros dias ha cambiado. El ascetismo ya no es un principio reinante de civilizacion y de poesía, porque la humanidad ha cobrado fuerzas en la lucha, teniendo de hoy más su independencia asegurada sobre el universo; porque muy léjos de tener nada que temer de la tiranía del mundo exterior, lo está constantemente domando y plegando á sus múltiples caprichos; porque el pensamiento tuerce ya el curso de los rios y terraplena los valles; porque la materia huye vencida y desaparece ante el yugo del espíritu; porque el hombre ya no tiene nada que aprender de la sabiduría de la serpiente, ni de las aves de los aruspices; porque, en fin, se desvaneció ya el temor de poder ser vencido y cautivado por la naturaleza. El gran duelo ha terminado en favor suyo, y ¿por qué negarlo? hoy es el hombre el que encadena á su carro la naturaleza.

No parece, por otra parte, sino que la sociedad

india nunca supo ser jóven, segun lo que abundan en su primer poema las reflexiones, combinaciones y cálculos filosóficos, con los que además se mezclan sentimientos, que han debido nacer en épocas demasiado apartadas entre sí. La Iliada y la Odysea, marcadas con todos los carácteres de un pueblo naciente, simplicidad, ingenuidad é ignorancia de las cosas metafísicas, debieron surgir casi espontáneamente y ya formadas de la frente de la sociedad griega; miéntras que la epopeya de Valmiki resume ya el genio de un pueblo que ha atravesado por todas las fases y agotado todas las doctrinas de la vida social: cosmogonía, génesis, tradiciones de la infancia del mundo, que atestiguan sobre todo la infancia de la inteligencia humana; recuerdos de una lucha de dos razas primitivas, monumentos de la formacion del pueblo indio, sentimientos de melancolía y enternecimiento, fantasías é inventivas de una sociedad ya harta de sí misma, escuelas de filosofía, escepticismo, ironía, sectas metafísicas, reinado de los lógicos, señales de una religion y de una civilizacion en decadencia; todo esto amontonado, mezclado, ordenado en una misma obra, como las producciones de las diversas épocas de la naturaleza superpuestas en los flancos de una misma montaña, desde la roca primitiva y la vegetacion antediluviana conservada bajo las capas profundas y léjos de la luz en hojas de pizarra, hasta la flor nueva que acaba de libar en el rocío el insecto nacido de la mañana. Por esto, aplican-

do á esos poemas la teoría que hemos rechazado para Homero, creeríamos sin dificultad que son obra, no de un hombre, sino de diversas generaciones que en ellos sucesivamente han acumulado sus pensamientos. No de otra manera puede explicarse aquel pasar bruscamente de la época del caos á la de la metafísica, de los hombres de las selvas á las escuelas de los sofistas; el encontrarse en su cuna misma el libro de su vejez, pareciendo que sin infancia ha nacido en la eternidad.

Mas ¿quereis saber lo que puede ser el excepticismo antediluviano de que acabamos de hablar? Grande será vuestro asombro al notar cuán parecido es al de nuestros tiempos:

«Dirigióse entónces á Rama, para probarle, el rey de los lógicos, y le dijo:—«¡Oh Rama! que la inteligencia de un asceta como tú no descienda al nivel de las imaginaciones vulgares! los libros sagrados fueron compuestos por hombres diestros para engañar á los demás é inducirles á hacer donativos. Hé aquí toda su doctrina: ofreced sacrificios, consumíos en las austeridades religiosas, en el ayuno y en la maceracion; llevad dones al sacerdocio.... ¡Oh rey! ¿nó abrirás alguna vez los ojos? Lo que es susceptible de tocarse y gustarse con los sentidos, es lo único digno de tus deseos. Todos los reyes tus predecesores han caido bajo la férrea mano de la muerte. Nadie sabe lo que de ellos ha sido ni á donde fueron; se cree verles en todas partes donde se desea que estén; sin em-

bargo, el Universo está hundido en la incertidumbre. Nada hay seguro en este mundo, y el mismo mundo ¿dónde está?

Al oir estos sentimientos ateos, Rama, semejante á un elefante furioso, respondió:—Nó, no me desviaré de los mandatos de mi padre, como el caballo domado no abandona el carro, ó como la sumisa esposa no se aparta de su esposo. No me quebrantan más tus palabras que quebranta la montaña el choque del huracan.»

Vemos, pues, que el escepticismo bajo la vejetacion de los trópicos no habla un lenguaje diferente que bajo la pluma de Voltaire. El asombro y la cólera de aquel jóven elefante furioso herido por la eterna serpiente, es el único rasgo que nos revela una sociedad antigua. La India en efecto no estaba aún familiarizada con la duda, y por eso se revuelve violentamente contra el aguijon. Pero el veneno de todos modos ha penetrado en el corazon de su poesía, y ya no podrá arrojarle: ¡extraño comienzo para un pueblo esa mezcla de la blasfemia con el himno aún vibrante de la Creacion, y ese escepticismo surgiendo del propio caos! Este episodio es el libro de Job de la Biblia india.

Mas si es verdad que la fuerza viril consiste principalmente en contenerse, limitarse y dominarse á sí mismo, no cabe duda que una secreta divinidad se oculta bajo la potencia monstruosa de los poetas del Ganges, y este es el signo evidente de su infancia. Como aquellos jóvenes

elefantes embriagados cuya imágen les es tan familiar, atraviesan gozándose, en sus asuntos, las impenetrables selvas y la creacion entera, y sin embargo una enredadera basta para turbarles y detenerles. Más bien que poseerlos, hállanse poseidos por sus propios asuntos, y errantes á través de la inmensidad, siempre les queda vez para añadir un episodio más al epísodio que precede; pues no existe razon alguna fundada en la naturaleza de las cosas que pueda poner término á sus composiciones, cuyo desenlace sólo en la eternidad es posible. Con respecto á su estilo, podemos decir que es igual á la accion misma, tan rico en rubíes, topacios y pedrerías, tan exuberante en vegetacion como las faldas sagradas del Himalaya; punto en que se diferencian esencialmente de nuestros poemas de la edad media, en los cuales la expresion indigente sigue á la accion á duras penas, así como el siervo seguia difícilmente á pié á su señor, ginete en un caballo caparazonado. Acostumbrados á la semi luz de nuestros países, quedamos desvanecidos fácilmente ante aquellos tesoros prodigados de la palabra oriental; pero si es verdad que el arte debe ser tan sólo una imitacion de la naturaleza, aquel estilo llena entónces todas las condiciones de la perfeccion, pues que es evidentemente el reflejo del lujo de la creacion bajo el cielo del alta Asia. Solo le falta la eleccion hecha por el hombre entre los vários objetos que la naturaleza le ofrece, y en este sentido no es raro encontrar en

aquellos poemas y respecto de un solo objeto hasta cincuenta comparaciones acumuladas, que interceptan verdaderamente el camino con aque fardo de imágenes. El hombr se halla aquí como destronado por la naturaleza, y su pensamiento borrado ó eclipsado por los rayos de aquel sol demasiado potente, de aquel ojo de Brahma que devora cuanto contempla. No deja por eso dicha expresion de mostrarse algunas veces sencilla, desnuda y rápida: entónces semejante contraste llama poderosamente nuestra atencion; pues errantes durante mucho tiempo al través de una selva inhabitada, sin oir en sus profundidades otres murmullos que los de la naturaleza viviente, parece que fantasmas sin voz y reptiles alados vuelan confusamente por entre las ramas que gimen y horror crece, cuando súbito descubrimos pasos eu aquella soledad, y á poca distancia se alzó un grito, ¡el grito de un hombre semejante á nosotros.!

Y aquí volvemos á encontrar la cuestion ya indicada al principio, la de saber qué puesto ha de ocupar la poesía india en la historia del arte, si eclipsará ó no en los ánimos la poesía homérica, ó si podrá reemplazarla algun dia. Pero nosotros entendemos que ningun monumento, ninguna obra del espíritu, por humilde que sea, puede sustituir á otra ni ser por ella sustituida, siendo harto pueril la crítica que consistiese en despreciar la Grecia por el Asia ó el Asia por la Grecia. A Dios gracias hay vez suficiente en la natura,

leza y en la inteligencia del hombre para todos los poemas del pasado como para todos los del porvenir. Pero lo que sí ha cambíado es la perspectiva de la historia, pues no parece sino que el genio helénico se acerca á nosotros á medida que vamos viendo elevarse en lontananza el genio indio sobre el horizonte, por más que, muy léjos de destronar al viejo Homero, lo que harán aquellos monumentos, recien revelados, es destacarle más y darle mayor brillo por su riqueza, su arte, su sencillez y su habilidad instintiva. La India pondrá aún más de relieve á la Grecia; el Himalaya servirá como de marco al Olimpo. En opinion del último siglo era el autor de la Iliada únicamente una especie de discípulo ciego de la naturaleza, no siendo cosa rara el que se le conceptuase semi-oriental; pero desde que se le ha podido comparar con su hermano del Ganges, la precision de su dibujo y la firmeza de sus formas han quedado para todos más claras y manifiestas, entrando á formar más estrechamente parte de la familia de los genios de Occidente, ó apareciendo al ménos como mediador soberano entre éste y el Oriente: coloso de Rodas que sienta sus plantas en las dos orillas.

Si tratamos de investigar ahora, cuál podrá ser la influencia directa de este renacimiento oriental, no tiene duda que por algun concepto ha de entrar en las concepciones del porvenir; pues toda una sociedad no sale del sepulcro y vuelve á la vida sin influir de algun modo sobre las imaginaciones humanas. Cierto que el genio

indio no será nunca tomado por modelo, dado que su carácter consiste precisamente en no consentir ni regla fija, ni ley irrevocable; pero sin ser un código literario, es evidente que viene á engrosar la tradicion universal. Siempre que los modernos se han encontrado ante una nueva obra griega, para emprender á su vez otra semejante, se han visto luchando con una cosa perfecta, que apénas dejaba nada que añadir ni que quitar, reconociéndose por todos, que no podia existir la mano que rehiciese el mármol esculturado en Atenas; mas por el contrario, la poesía de la India es una mina de Golconda en que el oro, los metales preciosos y las pedrerías se hallan muchas veces mezclados con elementos aún toscos, y de esas masas confusas podrá el Occidente aprovechar sin duda alguna (ya lo está haciendo), nó formas, pero sí colores, tradiciones é imágenes que animará con su vida; un metal nuevo, en fin, para llenar el molde de su pensamiento.

Porque el espíritu del hombre está hoy presente en toda la redondez de la tierra, sin que basten á sus sueños las cunas de la Troada y del Latium, y, para expresar sa pensamiento tal como ha sido agrandado por el Cristianismo, no sobra ya ninguna de las formas, voces, acordes y perfumes que el globo puede producir en sus variados climas. Ha pasado el tiempo en que, aislándose la industria en las fronteras de cada Estado, se limitaba el comercio de las cosas é ideas á un cambio difícil en el seno de un mismo reino. Ahora las

producciones de todos los países hánse juntado en la gran asamblea de la sociedad moderna; y por eso, cuando la materia se ve así trasportada y cambiada de zona á zona, seria locura pretender que el pensamiento únicamente permaneciese estancado en un punto del espacio, y que la poesía viviese y muriese sin contacto, sobre el terreno mismo en que nació. Ya no existen siervos del terruño en la vida real; no puede haberlos tampoco en el mundo ideal, y es de justicia, que cuando el cuerpo se há emancipado, sea el espíritu á su modo habitante de toda la tierra y contemporáneo de todo el pasado.

No, no temamos aparecer infatuados, atribuyéndonos por pátria el globo entero y atreviéndonos audazmente á abrazar en su conjunto, de Levante á Poniente y del uno al otro polo, todo este grano de arena en el infinito, que, si parecia ilimitado en la antigüedad, era por ser desconocido, pero que despues de haber sido medido puede ser justamente apreciado. Ni de hoy más será necesario, para franquearle en un momento, pretender habitar en el Olimpo, pues que en la vida más oscura, el más encadenado corazon puede atravesarlo mas pronto en alas del Cristianismo, que en otros tiempos lo hacian los dioses de Homero.

IV.

El panteismo indio en sus relaciones con la institucion de la familia y de las castas.

Una sociedad hecha enteramente á imagen del panteismo aparece ante el Occidente como un monstruo en la organizacion civil, que se creeria imposible á no haber existido. Porque, ¿qué puede hacer un hombre, ó un pueblo, rodeado y envuelto donde quiera por una divinidad que toca con sus manos, que vé con sus ojos, que oye, siente y gusta en todas las cosas? Es evidente que bajo el peso de esta idea no tiene más recurso que permanecer inmóvil, pues ni á matar un insecto (1) ha de atreverse, acordándose de que Dios está oculto bajo lo efímero. Ni ¿á qué obrar? ¿porqué cambiar? Su única actividad solo puede consistir en abstenerse, porque si hasta él mismo no es otra cosa que el Eterno encarnado en la sociedad humana, no hay para que luchar, ni combatir, ni sustituir una voluntad privada y tumultuosa á la del sér soberano que vive en el corazon del Estado. Lejos, pues, de soñar en imponerse al resto del mundo, ni en traspasar sus fronteras, apenas esta sociedad se resolverá á defenderse, dejándose

---

(1) «Matar un insecto, un gusano ó un pájaro, es una falta que mancha.»—(*Lois de Manou.* lib. II. st. 10

conquistar aunque no se dejará comprender. Y en efecto, la India, subyugada en un principio por Ciro, es luego arrancada á los persas por Alejandro, á los sucesores de Alejandro por los partos, á los partos por los tártaros, á los tártaros por los mahometanos y á los mahometanos por los cristianos: materia paciente en las manos de su dios, y cuya condicion natural consiste en no pertenecerse nunca.

Una segunda consecuencia que depende de la primera, es que ningun nombre, ninguna gran personalidad surge con brillo en el pasado de este pueblo, en que la familia es absorbida por su gefe, el gefe por la casta y la casta por Dios, perdiéndose y abismándose todo en aquella inmensidad. El mismo Alejandro no pudo dejar la menor huella de sí en aquel Océano humano. Así es que, cuando llegamos á familiarizarnos con tan extraño sistema, parécenos entrar evidentemente en el reino de la eternidad, en que ni dia, ni noche, ni tarde, ni mañana, ni cambio, ni sucesion existen. Lo que permite distinguir, por otra parte, los diversos períodos de la historia no es precisamente las revoluciones de las épocas, sínó la variedad é importancia de los indivíduos en que aquellos cambios se personifican. Imagínese un pueblo, en el cual la personalidad desaparece por completo ante el Estado, y es evidente que allí no podrán distinguirse á la distancia de algunos siglos ni los indivíduos ni aún las generaciones; la rueda del tiempo no estará indi-

cada por ninguna huella ni aún por las de los sepulcros; y própiamente hablando, no quedará otra cosa que la idea de las castas, que, siendo hoy la misma que ayer y el último siglo y así sucesivamente, remontándose hasta lo infinito, no marcará tampoco punto alguno en la historia de semejante pueblo, ni más ni menos que los bananeros de sus valles ó las olas del Océano Pacífico. Sociedad sin indivíduos, vive y respira, más sin poder moverse, y es al hombre moderno lo que el reino vegetal al reino animal, ó la criptógama al gusano de tierra.

Si en Occidente fuesen abolidos todos los recuerdos de la antigúedad pagana, de modo que únicamente quedase el cuadro de las instituciones de la edad media, aún así nos veriámos forzados, ante el espectáculo de una sociedad dividida en señores y en siervos, en nobles y en vasallos, á suponer guerras, invasiones y revoluciones, de donde lentamente hubiera ido saliendo el mundo moderno, y sin conocer los nombres de Atenas ni de Roma, presentiriamos por todas partes sus huellas y sus restos. Aplicado este supuesto á la sociedad india, resulta perfectamente comprobado; pues, si aquel pueblo carece de historia, su constitucion en cambio lleva marcadas las huellas de todas las revoluciones anteriores, y sus leyes encierran por completo todo su pasado.

El caracter dominante de esta primera constitucion de la humanidad oriental consiste en

haber sido instituida por Dios mismo (1). La ley es de institucion divina, y ha sído revelada como la del Sinaí, si no precisamente sobre la cima de la montaña estremecida y en medio de relámpagos y truenos, en el silencio de una contemplacion ascética y cayendo pausadamente de los lábios medio adormecidos del Eterno; porque la religion india conserva en el génesis de la humanidad la misma dulzura indolente que en el génesis del mundo material. Aproxímanse unos ancianos á un anacoreta que vive engolfado en la meditacion, y á nombre de la humanidad recien nacida, conjúranle á que les enseñe la ley y el modo de constituir la sociedad. Cede el eremita á sus plegarias, y les revela los mandamientos del Sér supremo, despues de lo cual les declara que él mismo es aquel Sér supremo encarnado en la figura del sábio Manou; por donde resulta que el dios de la India es al mismo tiempo su Moisés. Pues bien, en este panteismo, tan candidamente inscrito en la ley, adviértense ya los rasgos principales de la sociedad oriental.

Y en efecto, con solo fijarnos en las apariencias, llama desde luego la atencion la mansedumbre de aquellas tablas de la ley india. Todos los séres animados é inanimados, emparentados los unos con los otros, son en ella respetados como otros tantos miembros de la gran familia de Dios. La vida de un ave, la de un antílope ó un caballo,

---

(1) Lois de Manou, lib. I.

son estimadas segun el rango que estos séres ocupan en la gerarquía universal; hollar el cesped, ó arrancar las ramas de los bosques, constituye un sacrilegio, que es preciso expiar por el ayuno, pues las cosas tienen un derecho independiente de las personas. Por otra parte, las mugeres están protejidas con el mismo título que las flores del camino, las enredaderas, las gacelas de las selvas, el rocío de la mañana y todas las cosas espléndidas de la creacion. Su condicion se halla, si no eficazmente ennoblecida, adornada, festejada por la ley, que hace de sus gracias una obligacion civil: «Sean, dice, los nombres de las mugeres agradables, dulces, armoniosos, hechos para la imaginacion, de buen augurio, terminados en largas vocales y semejantes á palabras de bendicion.» Poseen, pues, en cierto modo un derecho poético, siquiera su existencia en realidad esté degradada por la poligamia. Porque, si en Occidente la union de Cristo y de su Iglesia, una é indivisible, es la figura espiritual y el principio del matrimonio cristiano, en Oriente, al contrario, constituyen esta figura y principio religioso del matrimonio oriental la union múltiple del dios y de la naturaleza y los desposorios innumerables, y todos legítimos, de Brahma. Así, el indio puede desposarse con todas las castas regeneradas de que el Estado se compone, del mismo modo que Dios se ha desposado con todas las formas animales, vegetales ó inorgánicas de que la gerarquía del universo está constituida. Tal es el

fundamento sagrado de la poligamia, que no es mas que el principio del panteismo aplicado á la institucion de la familia. Y esto hasta tal punto que, si proseguimos las consecuencias de esta idea, nos encontraremos con que la superioridad absoluta de dios en su matrimonio con la naturaleza, que solo apariencia, ficcion y nada significa, es la imágen mas fiel de aquella triste familia oriental, en la cual el gefe absorbe en sí todos los derechos y aun toda la existencia, pues que la madre y los hijos, (1) primeros esclavos suyos, no representan ante él verdaderamente sino la nada.

Por punto general puede decirse que el Oriente, en la institucion ya divina ó ya humana de la familia, solo ha conocido, celebrado é inaugurado el reino del Padre, que es el únicamente considerado para todo, lo mismo en el cielo que en la tierra. El Jehovah de la antigüa alianza, sin descendencia y sin compañero, forma toda su familia, pues que, hallándose el hijo absorbido aún y como confundido en su explendor, aparece como el único dispensador y poseedor del patrimonio celeste. Este es tambien el carácter del padre en la familia humana de la antigüedad, de modo que, gozando él solo de la plenitud de la vida social, bien puede decirse que ni tiene mu-

---

(1) La esposa, el hijo y el esclavo nada poseen por sí mismos; todo lo que adquieren es propiedad de aquel de quien dependen. (*Lois de Manou*, lib. VIII. st. 416.)

geres, ni hijos, sino esclavos únicamente postrados ante su señor. Por eso, en el sentido mas estricto del derecho, pudiera afirmarse que el hijo del hombre viene al mundo con el hijo de Dios en el pesebre de Belen, completándose la familia en la tierra cuando en el cielo, y siendo inviolablemente consagradas en el mundo la persona de la muger y la del hijo, cuando las del Hijo divino y del Espíritu se sientan en los cielos á la diestra del Dios Padre. La casa del hombre llega así á su plenitud al mismo tiempo que la casa del Eterno.

La verdadera familia, por otra parte, en Asia es la casta, que constituye el rasgo característico del derecho oriental. Nadie puede salir de aquella en que ha nacido y que tiene sus ritos y virtudes especiales, (1) lo cual supone, en el mismo Estado, varias sociedades establecidas y asentadas las unas sobre las otras. ¿De dónde pudo nacer un tan maravilloso acuerdo entre la debilidad y la fuerza? ¿Cómo, en aquel primer monumento de la desigualdad de condiciones, se han superpuesto los hombres naturalmente unos sobre otros, como las capas de una arcilla inerte? ¿Cómo los que ocupaban la extremidad inferior de la escala han aceptado el pesado fardo? ¿Cómo el hijo ha heredado desde el principio sin murmurar la esclavitud del padre? ¿Porqué aquel sello de servidumbre im-

---

(1) *Lois de Manou,* lib. II, st. 235.

preso sobre los unos, y tal marca de dominio inalienable coronando á los otros? Solo un principio por todos aceptado pudo prestar su sancion á un órden de cosas tan extraordinario, y este principio es precisamente el que pretendemos investigar.

Cuando los escritores del siglo XVIII intentaban inquirir las causas primitivas y el orígen de la desigualdad social, fijábanse únicamente en la usurpacion por la violencia. Segun ellos la fuerza material lo ha hecho todo. Pero hé aquí que, por el contrario, un monumento auténtico del antiguo derecho nos dice que el hombre se sometió desde el principio ante su Dios, ocupando por tanto el sacerdote la cima de esta primera organizacion: derecho divino del pensamiento, proclamado en la primera constitucion del género humano.

Por bajo de la clase de los sacerdotes viene la de les guerreros, esto es, un pueblo todavía armado en medio de la sociedad, y que continúa amenazando con la espada á las clases inferiores. Aquí el hecho de la conquista no puede estar mas claramente indicado: segunda causa de desigualdad social, que en parte debia aún ocultarse á los publicistas del último siglo, los cuales, demasiado léjos de acontecimientos de este género, no podian deducir de ellos su teoría: al contrario de los hombres de nuestros dias, que, por la razon opuesta, parecen harto dispuestos á ver en la sola asurpacion de las razas el principio de las desigualdades sociales.

¿Qué significa, en efecto, la conquista? Nosotros la hemos visto, en el principio de este siglo, desencadenarse bajo formas orientales: interroguémosla pues. Supongamos un pueblo dueño de sí mismo y que posee un territorio que se há apropiado, con el cual no forma mas que un cuerpo. Las leyes que le rigen, han nacido á la vez de la naturaleza de su génio y de la del pais mismo, y sin entrar á examinar ahora, porque no importa al caso, si tales leyes son buenas ó malas, liberales ó tiránicas, nos basta con consignar que tiene sus instituciones, su gobierno y, si se quiere, sus tiranos que le son propios. Hasta ahora todo marcha bien, porque, al fin, tal como es, desempeña su papel en el mundo, siendo al menos una unidad en el número de los pueblos. Pero de repente sobreviene un nuevo acontecímiento. Un pueblo extrangero, con otra lengua, otra sangre y perteneciendo á otra raza, viene á llamar con sus armas á las fronterras. ¿Porqué ante nueva semejante apodérase de todos los hombres profundo entusiasmo? ¿Porqué las mujeres mismas envian con la frente serena, á esas fronteras, á sus hermanos, á sus hijos, á sus prendas mas queridas? ¿Es por ventura únicamente para cubrirse con sus cuerpos? ¿Es acaso tan solo el temor de la muerte el que impulsa á todos aquellos hombres al combate? No, en ese acuerdo expontáneo hay algo mas que eso; hay un presentimiento lejano, en el que el cuidado del porvenir se subleva en aquel instante en el fondo

de los corazones. Prosigamos. El pueblo opone su pecho á los invasores; pero es vencido, quedando decidida en una de aquellas jornadas la suerte de los Estados. ¡*La batalla ha sido perdida*! ¿Porque un gemido de muerte, imposible de describir y comprender á quien no lo haya sentido, se apodera de cuántos han sobrevivido? ¿Porqué lloran aquellos hombres de hierro? ¿Son lágrimas de temor? ¿Creeis que con la batalla perdida, todo se ha reducido á dejar en el campo vidas mortales? ¿Creeis que la consecuencia se detendrá en el saco de las ciudades y la depredacion de los campos? Ah! Los campos reverdecen mas bellos, las piedras por sí mismas vuelven á elevarse, y los muertos resucitan en la persona de sus hijos y descendientes. Ninguno de estos males es irreparable; el verdadedero mal consiste, para ese pueblo, en que ya no es sino la figura de un pueblo; en que, desposeido de sí mismo, ha venido á ser la propiedad, el mueble, la cosa de otro; en que ha perdido, en fin, su ley, su derecho, su vida social, su persona moral y su rango en el género humano. Si aún vagan sombras en la plaza pública, el Estado ha muerto, la ciudad ha desaparecido, y en su lugar, sólo un sepulcro queda.

Pero los pueblos en Occídente resucitan siempre de sus tumbas, y aunque vencidos, no son nunca absorbidos, y aunque invadidos, nunca tampoco borrados de entre el género humano. En Oriente, al contrario, no existe la palabra *Renacimien-*

to, de modo que, una vez quebrado el resorte social, no se recompone jamás. Un pueblo vencído es un pueblo muerto, qué permanece eternamente inmóvil bajo las rodillas del amo, miéntras el vencedor se asienta sobre el cadáver de la nacion prisionera, y la decapita socialmente. Hé aquí la casta formada. En vez de un Estado, sólo queda un rebaño de hombres cautivos en los trabajos mercenarios, los cuales, al perder tambien el instinto mismo de la vida social, caen en degradacion y abatimiento tan profundos, que llegan hasta olvidar si algun dia se han pertenecido á sí mismos; y la degradacion pesa no sólo sobre sus hijos, sino sobre los hijos de sus hijos y sobre toda su posteridad. Con la inteligencia se altera tambien el idioma, y lentamente aquellos fantasmas de pueblos, sin pensamientos, sin recuerdos y sin esperanza, se convierten por decirlo así, en mudos, dejando su lengua muerta en herencia á los dioses. Encadenados los unos con los otros, no pueden sin embargo aliarse legítimamente, y no existiendo el matrimonio entre ellos, descienden más cada dia en sus sucesores, de suerte que léjos de aprovecharse al ménos de la inmovilidad en que todo lo demás vive, vénse arrastrados en progreso contínuo á la decadencia y la muerte social. Tal es el derecho público del Oriente. La India, la Persia y el Egipto, hallanse asentados sobre pueblos vencidos y aplastados, cariátidas vivientes, que nunca arrojan de sí el pesado fardo.

Afirmar, pues, que la institucion de las castas ha nacido de la conquista, es alejar la cuestion en vez de resolverla, si no se müestra al mismo tiempo como dicha conquista, que ha pesado sobre toda la tierra, solo en Asia ha producido sus plenas consecuencias. Y por la misma razon es necesario mostrar otro tanto respecto del derecho divino, siendo preciso de todos modos, ya nos fijemos en uno ú otro sistema, ó en los dos á la vez, explicar por un principio peculiar del Oriente una organizacion que tan solo en él encontramos.

Más, si la poligamia no es otra cosa que el panteismo aplicado á la familia, la casta es el panteismo aplicado al Estado. La sociedad oriental, formada á imagen de su dios, se compone como él, de miembros subordinados los unos á los otros. La primera casta, la de los sacerdotes, ha nacido de su boca; (1) la segunda, de sus brazos; la tercera, de sus muslos; la última, de negra tez, de sus piés (2). Como al encarnarse en el mundo físico habia caido en las formas más ínfimas de la naturaleza, era preciso que, por analogía, se encontrase una escala, un abismo de degradaciones contínuas en la génesis social. En una palabra, las partes del Estado hállanse eterna é inmutablemente encadenadas entre sí, como los miembros visibles de

---

(1) *Lois de Manou*, lib. I, st. 31.

(2) *Bhágavata Purána*. ed. Burnouf, p. 105.

la divinidad misma; y pues que la familia divina se compone de tres personas extrañas la una á la otra, de tres dioses enemigos, por así decirlo, ha de haber tambien tres partes (1) principales y separadas en la familia del género humano: el sacerdócio en la cima; luego, las clases militares, de donde salen los reyes; por último, los comerciantes, ocupando el ínfimo rango en esta organizacion, los límites mismos de la muerte religiosa y civil. Por bajo de estas clases existen todavia las de los trabajadores y artesanos, que, viviendo en lucha perpétua con la misma naturaleza, cuyas fuerzas corrigen, reprimen y doman, existen por esto mismo en un estado permanente de desobediencia y rebelion religiosa; porque la industria, en efecto, cuyo fin no consiste en otra cosa que en apoderarse de la materia y modificarla, no puede menos de ser considerada como impía en una sociedad que descansa sobre la adoracion de las fuerzas del Universo viviente. Forma de esclavitud de la peor especie, pues que el trabajador no puede existir sin trabajar, ni trabajar sin pecar, ni pecar sin ser lanzado fuera de la ley civil. Y el labrar la tierra, por ejemplo, ¿nó es desgarrar el seno de la diosa? (2) Descua-

---

(1) *Lois de Manou* lib. I. st. 49.

(2) Algunas personas aprueban la agricultura, pero este género de vida es condenado por los sabios, porque la madera armada de hierro cortante desgarra la tierra y los animales que contiene» (*Lois de Manou* lib. X. st. (42.)

jar las selvas, no equivale á arrancar su verde cabellera? (1) Dedúcese tambien de estas premisas que la doctrina religiosa, parte del mismo Dios, no puede ser comunicada sino á las castas puras, de manera que, para recibir dicha enseñanza, es ya preciso poseer la santidad, hallándose cerrados eternamente los libros divinos para todos aquellos que no disfruten de ella: (2) círculo maldito que enagena de Dios á todos los que ya no le poseen por derecho de nacimiento. Y es que para arrancar por completo la esperanza de la tierra, era necesario poner en interdicto el cielo mismo.

Es, pues, claro y evidente que la organizacion de las castas se funda en el principio mismo de las religiones orientales: ideas tan fatalmente encadenadas que habia de ser preciso, para reformar las desigualdades sociales, reformar la naturaleza misma del dios, proclamando su indivisibilidad absoluta. Modificar las leyes de la familia valía tanto como destruir el dogma; cambiar el dogma era cambiar la familia, pues que no consistiendo las religiones antíguas sino en el desmembramiento constante de la divinidad primitiva, habian de producir, como consecuen-

---

(1) «Por cortar árboles con frutos, céspedes, enredaderas, plantas trepadoras, plantas rastreras floridas, se repetirán cien oraciones del *Rig-Veda*.» (*Lois de Manou*, lib. II, st. 142.)

(2) *Lois de Manou*, lib. II, st. 36.

cia, un desmembramiento completamente análogo en el órden civil. En un principio, en la época patriarcal de los Vedas, la sociedad es una como el Dios, sin que pueda percibirse en aquellos orígenes el menor rastro de desigualdad. Más tarde el Estado se divide, las castas se multiplican á la vez que los miembros de la unidad soberana, y cuando, en fin, los dioses inferiores hormiguean por todas partes, cuando el mismo Sér parece enagenarse y disolverse en el cielo, veo en la tierra enagenadas del Estado casi tantas castas como industrias y familias.

Una contraprueba de cuanto acabamos de afirmar es, que allí donde el panteismo ha reinado en la ley, ha sido la casta el fundamento del órden social, así como donde faltó aquel principio, nunca pudo establecerse. Tal atestigua la China, más notablemente aún los Hebreos, los cuales, si es que la anulacion de una raza fuese motivo suficiente para consagrar la decadencia social, hubieran sido, antes que nadie, convertidos en casta, puesto que sufrieron todas las cautividades posibles, la del Egipto, la de la Caldea, la de la Pérsia, apareciendo donde quiera encadenados y flagelados por los guerreros y los sacerdocios del Asia. Y á pesar de todo, si su cuerpo pudo ser reducido á esclavitud, no lo fué nunca su espíritu: prodigio incomparable en la historia de este pueblo, que como su Dios permanece uno, indivisible é insumiso, sin que fuera absorbido en el órden civil por ninguna de las so-

ciedades que le vencieron, por no haber permitido nunca que su culto, en el órden religioso, fuese complemento de otro alguno. Así salvó con la de Jehová, su propia personalidad é individualidad. Todo el peso del Oriente no bastó á aplastarle, encerrado en esta coraza divina, con la que resistió hasta la esclavitud. Asi mismo, cuando se encontró dueño de sus destinos, nunca en su seno, salvo la tribu de los Levitas, instituyó desigualdad alguna social, tan en uso entonces por todas partes, manifestando antes bien una igualdad sublime en su organizacion social, que solo á Jehová tenia por término de comparacion. El Eterno, por una parte, el pueblo hebreo, por otra; hé aquí los dos poderes políticos de la gran constitucion de Judea. ¿No dejó Saul el arado para subir al trono? ¿Nó fué David pastor? ¿Nó salen frecuentemente los profetas de la última clase del pueblo? ¿Nó pertenecía Amós á la condicion más miserable, condicion que en cualquier otro punto del Asia era tenida en menos que la de un vil gusano? Igualdad de todos los miembros de la ciudad temporal ante el rey de los cielos, he aquí la constitucion de donde habia de surgir la religion universal. Ni ¿cómo Cristo podria haber salido del seno de las castas de la India, de la Pérsia y del Egipto? El Dios de la igualdad no podia nacer sino en medio de las tribus y de las familias de la Palestina, ya niveladas bajo la ley del Altísimo, extendiendo á toda la tierra lo que solo era una realidad para el pueblo hebreo. Por él cada

hombre vino á ser habitante de la gran Sion.

Tambien en Occidente se manifiestan algunos resíduos de castas, mientras el panteismo es el alma de las religiones griegas. Pero un cambio inmenso sobrevino: la casta sacerdotal se desvaneció con el derecho divino; ya el hombre, dueño de sí mismo, no piensa más que en domar la naturaleza, sin que tema hundir el arado en el pecho de Cibeles; la agricultura y la industria hállanse al fin redimidas de todo anatema. Es más, los dioses olímpicos forman muy pronto una sola familia nacida del mismo padre soberano y con valor igual en todos sus miembros, y este sistema religioso, reflejado en el Estado, produce desde luego, con el sentimiento de paternidad, la *phrátria*, (1) es decir, la confraternidad ó familia política, base de la democrácia griega. El hombre entonces, fuera siempre de sí mismo, llega al gran dia en que se instala en la plaza pública como el Dios sobre la cima de los montes, y los doce olímpicos de Homero, sentados sobre la cumbre y discutiendo á la faz del Universo los decretos de la política celeste, vienen á constituir el primer areópago y sociedad divina, segun cuyo plan habia de formarse la sociedad politica, que tambien tendria en Pericles su Júpiter.

---

(1) V. Platner, *Beitrœge zur kenntniss des attischen Rechts*, c. VI;—Gans, *das Erbrecht*, t. I. p. 327.

Los dioses italianos y romanos viven, al contrario de los griegos, aislados de la vida universal. No reinan sobre las cimas inhabitadas en medio de la naturaleza solitaria; consiste su originalidad nativa en aparecer como penates cautivos en el interior de la ciudad ó de la casa. Divididos en grupos legítimos, estos esposos celestes que nunca se separan, que *nacen* y *mueren juntos*, (1) sin divorcio, son la consagracion más completa del matrimonio indisoluble en la antígua sociedad romana. Cada familia tiene en el ínterior de la casa sus ritos (2), su sacerdocio, su culto personal, su Júpiter guardian (3) que, auxiliado por el perro, vela en el umbral del domicilio, de modo que las divinidades incomunicables han venido á ser una especie de blason ó armadura celeste suspendida del hogar de una sociedad aristocrática; y como el pobre lo mismo que el rico, tiene su Olímpo oculto bajo su techo, el culto privado será el primer fundamento del derecho privado. Ennoblecido á sus propios ojos por sus domésticos lares, nunca el plebeyo romano caerá en la infima condicion del sudra de la India. En tanto que estos humildes genios

---

(1) Varro, *de Ling. lat.*, IV, 17.—Arnobe, *Adv, gentes*, III, 105.

(2) Ut cum aruspex praecipit ut suo quisque ritu sacrificium faciat. (Varro, *de Ling. lat.*, VI, 79.)

(3) Júpiter Custos.

coronados de romero y violetas, (1) sonrien en su hogar, siente el plebeyo que él es algo en el mundo de los espíritus, y se agita, se eleva, lucha en el recinto de las leyes sin rebelarse ni resignarse. Únicamente comenzará á desesperar (2) de la justicia social, cuando Catilina le advierta que se han acabado para él los lares familiares: porque nó los dioses de mármol, sino los pequeños dioses de arcilla son los que guardaban en Roma la dignidad humana. Toscos pero inmortales penates, sentados junto al átrio del pobre, mantenian eternamente vivos é imprescriptibles los derechos de la personalidad é impedian el establecimiento de las castas, asistiendo con su poder, con su simpatía y su fidelidad probada al desheredado. que, cuando penetraba en su hogar, desesperado por los desprecios del senado, recobraba á la vista del patrono de sus padres el sentimiento de su derecho. Toda la omnipotencia del patricio iba á estrellarse contra aquellas humildes divinidades, y como nunca pudo quebrantar este *genio* del indivíduo y de la familia, fuéle igualmente imposible volver á la organizacion oriental. El plebeyo, por otra parte, solo necesitaba para triunfar, hallar un punto de apoyo en el mundo divino, y como pudo encontrarlo, fué esto suficiente pa-

---

(1) Hic nostrum placabo Jovem laribus que paternis
Thura dabo, atque omnes violae jactabo colores,
(Juvénal, sat, XII, v, 89,)

(2) Nobis larem familiarem nusquam ullum esse. (Saluste. *Catil*, c. XX.)

ra producir toda una revolucion. Desde este instante, léjos de hacer invencible la usurpacio del poder militar y sacerdotal á la aristocracia, conviértese más bien en principio de su debilidad. El órden de los patricios no habla ya desde tan alto como el sacerdocio indio, sus discusiones no se realizan ya en los cielos, y viéndose impulsado á ampararse del altar como de una tribuna, síguele hasta allí la democracia ya capacitada para ello, hasta que termina por invadirlo todo. Aun lo que sobrevive de aquel órden de civilizacion, lo que constituye su esencia inmortal, es este altar, esta religion privada, traducida en la lengua de las leyes y del derecho romano, que no representa otra cosa que la ciencia acumulada de los penates y lares domésticos.

Pero nace Cristo, y el mundo vuelve á caer, al parecer, en la organizacion oriental, que con tanto trabajo habian logrado romper las sociedades griega y romana. Si sólo en las apariencias nos fijamos, todo nos parecerá análogo en la gerarquía del Oriente y en la de la edad media. La clerecía católica, que llena el Occidente en el siglo X, es la casta de los brahmanes; los señores, sometidos siempre al sacerdocio y siempre opresores de las clases conquistadas, representan sin duda la clase militar de la India, el Egipto y la Persia; los habítantes de las ciudades, que han logrado la concesion de un fuero, recuerdan la clase de los comerciantes en las

leyes de Manú; el siervo, en fin, colocado por bajo de toda escala social, en nada difiere del sudra. Y para que la igualdad sea mas completa, debemos añadir que todas estas desigualdades aparecen tanto mas irremediables, cuanto que estan en cierto modo consagradas por el dogma de la predestinacion. Para nosotros toda la edad media arranca del único dogma de la desigualdad del amor divino, y el pequeño número de elegidos, que consterna el corazon humano (1) forma una especie de oligarquia celestial, sancion del feudalismo terrestre. La gracia, dada sin mérito (2) ni deméríto, trae consigo el reinado del bienestar en la tierra como en el cielo; pues un Dios que tenia preferencias y mostraba predilecciones gratuitas, debia hacer callar facilmente el grito quejumbroso de la debílidad esclavizada. Ni era natural que hombres desiguales ante la Divinidad, pensasen en quejarse por aparecer desiguales ante el Estado. La providencia cristiana, pues, muestra haber conservado como un resto de los celos del destino de la antigua alianza; el Dios de san Agustin aparece aun como el Dios del privilegio; el mundo ha sido vuelto á la antigua servidumbre. ¿Será esto verdad? Nó; vemos, por el con-

---

(1) Fénelon, *De la prédestination et de la grace*, p. 336.

(2) Debetur merces bonis operibus si fiant; sed gratia quae non debetur, praecedit ut fiant. (Concile d'Orange.—Bossuet, *His. des Variations*, p. 214.)

trario, que la igualdad y la reconciliacion de las castas surge por todas partes en esta época, pues el órden sacerdotal, que un dia representó la division y fraccionamiento de los hombres, vá ahora á reunirlos á todos. En Oriente la posesion absoluta de Dios era patrimonio exclusivo de la casta sacerdotal, inasequible hasta para los mismos reyes; tradicion que la iglesia conservaba de un modo completamente carnal, trasmitiendo la sucesion del templo de padres á hijos, al paso que la clerecía de la edad media se hallaba siempre abierta, como la doctrina misma, á todas las clases, haciendo así posible que en su seno y despues de seculares luchas, se reconciliasen el brahman y el pária. Donde quiera existia entónces la desigualdad; solo en el claustro, el rey merovingio ó carlovingio venia á ser el igual, y aun el inferior, del siervo de la gleba; el Franco y el Romano, el vencedor y el vencído, quedaban unidos en la fraternidad del monasterio. *Hermanos, morir habemos*: hé aquí el lazo comun de todas las castas, de todos los restos y las desigualdades del pasado. Clase sacerdotal, militar y comerciante, eupátridas, patricios, plebeyos, sudras, emancipados, proletarios, siervos, manosmuertas, esclavos públicos y privados, de la gleba ó personales, toda suerte en fin de desigualdad de condiciones, bajo cualquier nombre y forma que se hayan mostrado ó expresado en la historia, vá á perderse y desvanecerse en el sacerdocio moderno, como los dioses grandes y pe-

queños, de la tierra y del agua, de la llanura ó la montaña, van á perderse en la suprema unidad del Dios cristiano. Acaba la gerarquía en el cielo, y deja tambien, por tanto, de ser consagrada en la tierra; la igualdad, que reina entre las personas de la familia celeste, establécese asímismo en la familia civil; de la unidad de Dios nace, en fin, la conciencia de la unidad del género humano.

Añadamos, para terminar, una palabra. Todos en verdad pueden entrar en el sacerdocio católico y gozar en él de una cierta igualdad, y por esto precisamente, la casta instituida por Gregorio VII marca un progreso sobre la de los Brahmanes ó Egipcios. Más no por eso semejante sistema deja de ser una casta, de la que nadie puede salir; pues, una vez deposado el hombre con la Iglesia, queda muerto para el hogar, no es ni puede ser esposo ni padre, y hasta cierto punto, está como separado del resto de las familias humanas. Por esta razon el principio de las castas sobrevive, aunque bajo forma distinta, en todas las sociedades sometidas á la iglesia romana, y más tarde hemos de ver como los pueblos, aprisionados en aquel resto de organizacion pagana, luchan en vano por entrar en laplena posesion dé las libertades modernas. En estas sociedades no podia haber libertad verdadera, duradera y lógica sino para el hombre de la casta, esto es, para el sacerdote (1).

---

(1) No se encuentra límite á esta libertad sino

Todos los demás nunca tuvieron más que su sombra.

V.

El drama indio en sus relaciones con la religion.

El verdadero instante de la aparicion del drama, para los pueblos como para los indivíduos, es aquel en que, discutiendo por vez primera sus creencias, luchan en el seno del Dios de sus padres entre la fé y la duda. Solo al aceptar esta ruda batalla, es cuando se convierte el hombre en un verdadero personage trágico; pues mientras obedece pasivamente á aquellas inspiraciones, conserva aún su unidad, y con ella la paz interior, así como opuestamente, cuando la rebelion se ha consumado, cuando la incertidumbre es completa, cuando el escepticismo, en fin, triunfa de todo, el vacío producido entonces en el corazon no deja tampoco espacio para el combate, y en medio de la indiferencia desaparece tambien el drama. El vigor y florecimiento de éste corresponde á aquella época intermedia en que el alma, medio rebelada en el seno aun de la fé, esforzándose á un mismo tiempo en abandonarla y en recobrarla, y di-

---

saliendo del espíritu de casta para pensar ú obrar en espíritu lego; pero entonces no es el sacerdote, sino el lego el que queda quebrantado.

vidida así entre estos dos contrarios impulsos, se interroga, se analiza y multiplica, dándose á sí misma en espectáculo y alimento. En tal instante el hombre se duplica verdaderamente; el abismo se abre bajo sus plantas; el himno se rompe en su boca, y de las querellas intestinas del corazon humano nacen los diálogos terribles de la escena. Explícanse de este modo sin dificultad dos fenómenos, aun no bien atendidos, á saber, que solo los pueblos que poseen una filosofía, son tambien los que poseen el drama, y que estas dos manifestaciones florecen siempre simultáneamente. Sofocles es contemporáneo de Sócrates; Shakspeare de Bacon; Corneille de Descartes; Schiller de Kant. Esta ley, que prueba como la tragedia nace á la vez en el corazon y en la cabeza de los pueblos, es más palmaria que en parte alguna en el Oriente, donde el drama indio altera la religion hasta un punto inconcebible por las libertades reunidas del arte y la filosofía, viéndose en él el sacerdocio eclipsado por la monarquía, pintado el rey como el Señor supremo á quien los sacerdotes cortesanos pagan el diezmo, y, lo que constituye el rasgo más caracterísco, reducidos casi síempre los brahmanes á desempeñar el papel de bufon en la obra. ¡Cuan profunda revolucion envuelta en esta sola palabra! Hay más distancia desde esta época á la época de los Vedas, que del siglo de Luis XIV al de Gregorio VII.

Pero ante todo surge aquí la cuestion de de-

terminar qué género de drama podia conciliarse con el panteismo Oriental, puesto que, si en él era Dios cuanto los sentidos veian, tocaban ú oian, parece contradictorio suponer una querella, un diálogo de este Dios consigo mismo, siguiéndose de aquí á primera vista que el panteismo, tomado al pié de la letra, excluye toda idea de drama. Ni ¿qué tragedia podia desarrollarse en el seno de aquel Dios donde quiera presente, en quien todo se mueve y respira, y que constituye por sí solo el único personage del mundo? Y aunque los dioses hayan querido encarnarse y revestirse de todas las pasiones y miserias de la humanidad, ¿cómo el hombre habia de interesarse en las peripecias de un drama que se desenvuelve y desenlaza como un sueño? Sin duda que la consecuencia del sistema Oriental parece ser en este punto un eterno monólogo del eterno Solitario. Pasan los siglos, decrece la corriente, la creacion se desvanece y el drama queda terminado. El universo no es sinó una decoracion de teatro, un espectáculo imaginario que se dá á sí mismo el Sér supremo, en dónde la naturaleza aparece como una inmensa hechicera, que evoca constantemente ante nuestros ojos imágenes sin realidad, é impulsa y retira sucesivamente las estaciones, la luz y la vida: única tragedia posible en semejante religion.

Las mismas formas de la escena india se derivan de este principio, porque no siendo mensurables ni el tiempo ni el espacio en el teatro del pan-

teismo, es evidente que aquella no podia ser encerrada por límite alguno ni circunscrita por ningun horizonte. El universo entero constituye la unidad de lugar, y el tiempo infinito la unidad de tiempo, de modo que la comedia divina comenzada en la tierra habra de terminarse en el cielo, y en una misma obra puede ofrecerse un doble drama entre hombres y entre dioses, cuyos personages, por otra parte, mas bien que representar caractéres vigorosos, de esos que en pos de sí dejan profunda huella, atravesarán la escena como fantasmas de poesía que apénas tocan con sus piés el suelo. La mansedumbre de la ley religiosa se extiende tambien al teatro, borrando de la escena toda huella sangrienta; no será permitido hacer en ella morir á los héroes, exigiéndose siempre un desenlace feliz. Cuando el drama parece hallarse mas complicado en el enredo de sus personages y mas profundamente engolfado en la accion, lánzanse aquellos sobre el carro de los Dioses, y arrastrados al seno de la eterna paz, escapan al dominio de la realidad y del dolor.

Basta esto para mostrar que ninguna analogía tiene el teatro indio con el de la antigüedad griega, al paso que presenta un sorprendente parecido de formas con el drama de Caleron y de Shakspeare. Analogías tanto más dignas de admiracion, cuanto que en uno y otro vemos igualmente amalgamado lo serio y lo cómico, la exaltada poesía con la ironía más sutil. Así, los reyes,

que aún conservan el lenguaje heroico de la antigua epopeya, en donde el monarca indio aparece como el rey de la imaginacion, del heroismo y de la poesía, conversan con su bufón, que representa en cierto modo el rey del buen sentido, de la trivialidad y de la prosa. Hasta podría decirse que éste simboliza el genio anticipado del Occidente, segun se dá prisa á burlarse, como pudiera hoy hacerlo un excéptico, de la exaltacion y el énfasis del genio oriental. En una pieza famosa (1) aparece el rey describiendo con rasgos magníficos que recuerdan el cantar de los cantares, á su muy amada. Entónces el bufón del rey que representa el papel de la razon vulgar, interrúmpele con este sarcasmo:

«Señor, el viento del mediodia viene ante vos con sumision perfectamente cortesana

El Rey.—Él es, cuando juguetea con los botones perfumados de las plantas del madhaví y se balancea en torno de las flores del jazmin con el sosegado soplo y dulce enervamiento del amor, la imágen de cuanto en mi corazon está pasando.

El Bufon.—La única semejanza que entre vosotros puedo descubrir, es vuestra constancia, tan imperturbable en uno como en otro.»

Hay ocasiones (2) en que hasta los dioses mis-

---

(1) *Vicrama et Ourvasi.*

(2) *Vicrama et Ourvasi.* Véase tambien el personage de Metreya en el *Mritchtchakati.*

mos se ven heridos por un rasgo de punzante sátira digna de Aristófanes.

«*El Rey.*—Salud á tí, astro nocturno, cuyos pálidos rayos coronan magestuosamente la diadema de Mahadeva.

El Bufon.—Basta, señor; vuestro abuelo, el Dios del cielo (sin el que nosotros los brahmanes no podríamos nada,) os ordena sentaros, á fin de que él mismo pueda tambien descansar.»

¿No es este, en efecto, el diálogo eterno entre la exaltacion y el buen sentido, entre la poesía y la prosa, entre Sócrates y su discípulo en *las Nubes*, entre Don Quijote y su escudero? No ha vivido, pues, el Oriente eternamente embriagado de sí mismo en medio de la contemplacion y el éxtasis, sino que tambien ha conocido la ironía, tal como los modernos creen haberla iuventado, tal como la divinizó Aristófanes. Entre el perfume de aquella poesía, que se exhala como de una flor encantada, sentimos á veces la espina oculta entre el musgo y el rocío.

El teatro indio no nació, como el griego, de la oda: su accion no se vé interrumpida por ditirambos, y la inspiracion lírica, en vez de hallarse exclusivamente relegada á los coros, se desborda por todo el drama, aunque mas ordinariamente y con mayor naturalidad hállase concentrada en algunos monólogos, verdaderos signos que por su pintoresca prodigalidad recuerdan los coros del Œdipo en Coloma. En uno de los actos del Sacuntala, abre la escena un jóven sacerdote con esta

descripcion de las maravillas de una noche oriental:

»El brahman, vuelto de su peregrinacion, me envia á observar las horas de la noche. Por una parte la luna se sepulta en su lecho otoñal, que inflama la púrpura de las flores de la noche; por otra, el sol comienza su carrera, sentado detrás de Aruna, conductor de su carro. Su brillo, ya se eleven ó desciendan, es siempre igual, y el hómbre como ellos debería permanecer tambien igual, en la prosperidad como en el infortunio. Ahora la luna ha desaparecido; la flor de las noches ha cesado de brillar; no deja tras de sí mas que el recuerdo de su perfume; inclina su cabeza cual la jóven desposada, que se siente traspasada de dolor por la ausencia de su esposo. Irradia la alborada, y con su púrpura tiñe de rubio color las gotas del rocío sobre las ramas del jujubier. Sacude el pavo real sus alas, y se dirige hacia las cabañas de los solitarios rodeadas del sagrado cesped. Hé allí al antílope, que se lanza desde el lugar de las ofrendas, y desplega sus graciosos miembros. ¡Cómo la luna, caida del cielo, lanza sus pálidos rayos! Ya toca con sus piés la frente de las montañas y, disipando la vil turba de las sombras, desciende al palacio del Dios. Así los grandes de la tierra se elevan tras inmensos esfuerzos hasta la cumbre de la ambicion, y así en pocos instantes se ven en el abismo precipitados.»

Tales son los cantos que, como columnas de diamante, son las únicas cesuras del drama indio.

Por otra parte, este teatro no es más que una perpétua apoteósis del amor, única pasion que en aquella tierra del Asia vive, siendo digno de notar que el genio indio es tambien por este lado más afine con el nuestro que el teatro griego, en el que tal sentimiento es casi desconocido. No obstante, el panteismo presta á las pasiones más intimas un carácter completamente peculiar á la India, segun el cual la naturaleza viene á ser siempre el emblema é imágen de la persona amada, que se halla, por decirlo así, oculta bajo todas las formas del mundo, perpétuo mediador en las confidencias y las quejas de los héroes. Hé aquí como un jóven se expresa en el apogeo de su desesperacion. (1):

«Yó veo la belleza de mi amiga en estos botones de las flores; encuentro sus ojos en los de la gacela; el bejuco balanceado por los vientos tiene su misma gracia. Ahora ha muerto, y todos sus encantos han sido dispersados en el desierto.»

De modo que, así como en la edad média la Beatriz del poeta se confundia en el corazon del Dante con el ideal de la teología católica, así la Beatriz india acaba por confundirse con la eterna amante, la naturaleza inmensa, Maya, la reina de las quimeras. La bruma que pasa es la túnica flotante de la amiga; la oleada, coronada de espuma, su frente virginal; las ondulaciones de las olas, su

---

(1) *Malati et Madhava.*

marcha incierta, y aquella locura del amante (1) que persigue, abraza y codicia el objeto de su pasion en el musgo amarillento del desierto, en la mirada del rayo solar, en la rápida oleada que oculta el fan tasma adorado, es una fuente de patético que solo á la poesía india puede pertenecer. Y no solo el amor, así representado, es completamente distinto del amor griego ó romano, sino que además se manifiesta siempre esencialmente religioso, confundiendo la persona amada con el ideal del culto ó, más bien, con el infinito visible. En el seno de aquel grande abismo de amor, en que se halla el hombre como sumergido, no es dado á este distínguir su propio ídolo del ídolo, universal y esto es lo qne causa su vértigo; porque la naturaleza entera, palpítante y amorosa, viene ella misma á alimertar y exaltar en él, por medio de todas sus criaturas, la pasion que le agita, siendo como la confidente y hermana mayor que escucha sus quejas y lleva sus mensages sobre las nubes. Llúvias de flores caen desde lo alto de los cielos; las jóvenes Apsaras protegen desde la cima del Himalaya las almas enamoradas, y de tal modo todo cuanto respira se halla asociado en esta misma accion, que no se diria sino que el destino de todos los séres flota suspendido de los lábios de dos criaturas humanas.

Todavía existe en el drama indio otra fuente

---

(1) Este es el asunto de las dos obras citadas más arriba: *Vicrama et Ourvasi, Malati et Madhava.*

de patético nacida del mismo orígen, y es la emocion producida por el amor del hombre, no para con sus semejantes, sino para con la naturaleza viviente. Esta rivalidad, estos celos mudos de las cosas que disputan al hombre su amor al hombre, constituye, sinó precisamente el asunto, la gracia principal al menos del drama de Sacuntala. Prepárase la doncella á abandonar ya el asilo de su infancia, para unirse con su amante que es el rey del país; las ninfas de los bosques preparan sus guirnaldas para la celestial desposada; parte ésta por fin y se aleja de la selva natal. Prodúcese entonces una escena, que no sabemos como nombrar, en la que la naturaleza muerta juega uno de los papeles principales: escena que parece encerrar las más melodiosas brisas del golfo de Bengala.

El Brahman.—«!Oh árboles populosos, sagradas selvas, en donde las divinidades habitan! Sacuntala os abandona para ir al palacio de su esposo: ella, que no despegaba sus lábios hasta que vosotros os habiais abrevado; ella, que por amor á vosotros, jamás arrancó uno solo de vuestros ramos para adornar sus cabellos; ella, que no tenía otra alegría que la de veros cargados de flores!

Coro de voces invisibles—¡Acompáñela la dicha en su camino! ¡lléven los aires hasta ella el polvo perfumado de las flores! ¡refresquen sus piés límpidas fuentes sombreadas de llotus, y protéjánla contra los rayos del sol las ramas de los bosques!

Una compañera de Sacuntala.—¿Qué voces

son estas? ¿Son por ventura las de la tórtola que desea un viage feliz á Sacuntala? ¿Son acaso las ninfas de las aguas que, imitando su armonioso arrullo, cantan la vida de los piadosos habitantes de las selvas?

SACUNTALA.—El pensamiento de tornar á ver á mi esposo me arrastra y me encanta, y sin embargo siento que mis fuerzas me abandonan en el instante de separarme de este bosque, asilo de mi juventud.

UNA DONCELLA.—¡Escucha! ¡escucha! La selva gime al aproximarse la hora de la separacion; la gacela reusa la yerba cogida para ella; los pavos reales no aletean en las praderas; las plantas en los bosques dejan caer al suelo sus amarillentas hojas, consumidos ya su perfume y su belleza.

SACUNTALA.—¡Oh padre mio! dejadme hablar todavía un momento con esta flor del madhavi, que yó llamaba mi hermana y cuyos pétalos rubios brillan como una llama en los bosques.

EL BRAHMAN.— Hija mia, conozco bien tu amor á esta planta.

SACUNTALA.—¡Oh tú, la más bella de las plantas, recibe mis abrazos, y ojalá que al enlazarme tus yedras me vuelvan mis caricias! Desde este dia, y á pesar de la ausencia, mi alma estará siempre contigo. ¡Oh padre mio, cuida esta planta como cuidarias de mí misma!

EL BRAHMAN.—Yo desposaré tu planta querida con su prometida el árbol del amra, que es_

tiende sus perfumes en torno de ella. Ten valor, hija mia, y prosigue tu viage.

SACUNTALA.—¡Ah! ¿quién ha cogido la falda de mi túnica, reteniéndome todavía?

EL BRAHMAN.—Es el cabritillo, sobre cuyos lábios tantas veces aplicaste el bálsamo sagrado, cuando eran heridos por los aguijones penetrantes del cesped; á quien tantas veces alimentaste, dándole con tus propias manos granos de syamaka; y que no quiere abandonar las huellas de su bienhechora.

SACUNTALA.—¿Porqué tu, dulce criatura, lloras por mí que voy á abandonar nuestro comun asílo? Del mismo modo que yó he cuidado de tí (porque tu, apénas naciste, perdiste á tu madre) cuidará de tí ahora y te alimentará el que me ha servido de padre. Retírate, véte; es necesario separarnos. (*Abraza á su padre.*) Y ¿como podré yo ahora crecer en extrangero suelo, arrancada del seno de mi padre, como el jóven árbol de tamala del suelo de los montes Himalaya?»

No, no es posible encontrar en parte alguna este grito de las cosas, este diálogo del hombre y la naturaleza muda. En los dramas indios, aún imbuidos en el panteismo de los Vedas, los bosques, las flores, los senderos, no son solo objetos inanimados, antes bien poseen alma, voz, palabra, y en medio de ellos aparece Sacuntala como la reina de las flores. Algunos versos de Homero, algunos acentos de Filoctetes al abandonar su gruta, recuerdan entre los griegos un senti-

miento parecido. Mas ¡cuán ménos vivo, ménos íntimo y arraigado! Para que el hombre llegue á ponerse hasta aquel extremo en inteligencia con la naturaleza, es necesario que pase toda su vida en los mismos lugares, teniendo así tiempo de echar raices en el punto mismo en que nació; y por eso el pueblo indio que nunca abandonó sus valles, pudo alimentar mas que otro alguno esta simpatía nativa por el suelo. Allí cada indivíduo vegeta inmovil con su casta en el lugar en que ha comenzado á respirar, y la sociedad y la familia, siempre inmutables, son como una especie de vegetacíon moral, participando el hombre en cierto modo de los instintos de la planta. No hay, pues, que extrañar que, al ser arrancado del suelo nativo, resuenen donde quier sus quejas en la poesía india. En los pueblos modernos, por el contrario, no hay hombre que no haya abandonado con harta frecuencia su asilo natal, para que los lazos de parentesco entre él y la naturaleza, hayan tenido tiempo de formarse. Su corazon ha vagado constantemente de objeto en objeto sin poder arraigarse en parte alguna, y la naturaleza no se queja ya bajo nuestros pasos cuando de ella nos separamos, pues todos nosotros, errantes, léjos del techo de nuestros padres, nos hemos hecho mas ó menos cosmopolitas, sin que puedan ya retenernos la tierna yedra que rodeó nuestros primeros pasos. Nuestra tumba debe ignorar casi siempre nuestra cuna.

Aunque el teatro indio cuenta con gran

número de obras de diversos géneros, políticos, metafísicos, ó satíricos, es, no obstante, Sacuntala el que mas fielmente y bajo las mas nobles formas reproduce su carácter. El personage principal, en efecto, del teatro indio, el que debia representar mejor el carácter del país, no pudo ser una especie de Agamenon, cargado ya con todo el fardo de la historia; ni un Hamlet, ni un Fausto, engolfados ambos en la melancolía tenebrosa de la edad media; ni tampoco un héroe, arrastrado á la conquista de otra Ilion; ni un doctor, en fin, meditando sobre los tiempos pasados y la vejez del mundo. Habia de ser mas bien una doncella olvidada en el fondo de una selva primitiva, y cuyos instintos no son otros que los de las flores que han perfumado su cuna. Los sacerdotes en el fondo de las selvas vírgenes la instruyen en el culto de la naturaleza; su morada es la choza de un brahman; sus tareas consisten en regar el cesped de los sacrificios; su dulzura y su gracia son las de las gacelas que con su mano alimenta; la sombra del tamala es su lecho, donde lánguidamente reposa, léjos de los ruidos del mundo. ¿No estan resumidos aquí, una vez mas, todo el carácter y la historia de la raza india? Añadamos que, á pesar de la poligamia que vive en el fondo de aquellas costumbres, los sentimientos que animan esta obra tienen una dulzura casi cristiana, de que ningun ejemplo nos ofrece el politeismo griego ó romano, apareciendo mas bien como engendrados en el espíritu mismo del evangelio, lle-

vado por no sabemos que aquilon misterioso hasta el fondo de las sábanas indias. Por eso Sacuntala parece como una hermana perdida de aquel gran coro de mugeres cristianas creado por los poetas: Francisca de Rímini, Julieta, Atala. Tiene sobre todo sorprendente parecido con Virginia, lo que no es tanto de extrañar, pues un mismo clima debió prestar á ambas el mismo aire. Imaginaos la prometida de Pablo abandonada poco despues de su nacimiento, y que hubiese conservado siempre el sello del bautismo en la ermita de los brahmanes.

Sin embargo, preciso es confesar que el drama en Oriente apenas se halla mas que esbozado. La tragedia no es aun verdaderamente séria, porque el hombre, fiel al Dios de sus mayores, no se vé todavía entregado del todo á las torturas del espíritu, y como únicamente goza aun de una apariencia de libertad, solo una apariencia de lucha representa. Su corazon, léjos de estar verdaderamente dividido y enagenado de sí mismo, siéntese por el contrario completamente seguro en las manos de Dios, sin que pueda el huracan apoderarse de él, que juega con el dolor, como Sacuntala con el aguijon de la amorosa abeja. La tierra, en paz con el cielo, exhala por todas sus voces el himno, el cántico, la armonía, pero no la tragedia, que únicamente aparecerá en la inteligencia y en el corazon del hombre con el génio del exámen, con la rebelion interior, con la duda y la

curiosidad del amor ya satisfecho. Para encontrar todo esto es preciso ir á Grecia.

VI

La filosofía en sus relaciones con la rellgion.—El Budhismo

Despues de haber observado cómo la revelacion de los Vedas fué trasformada por la epopeya y ridiculizada por el drama, réstanos examinar brevemente las escuelas de metafísica en sus relaciones con el culto y la fé nacional. Pocas palabras bastarán para mostrar qué giro toma una filosofía para corregir, destruir y áun recomponer una religion.

La fé india, con todo el aparato de una ciencia metódica, acabó por helarse bajo sus propias interpretaciones, como el genio griego bajo la erudicion de Alejandría. Sin embargo, la imaginacion oriental iluminó todavía con vivísimo brillo los problémas en que se hallaba engolfada, hasta sus últimos instantes, que se prolongaron hasta muy entrada la edad media, pudiendo decirse que la poesia, huérfana de poetas, se precipitó en su hoguera.

No consiste la originalidad de la filosofía del Ganges en la invencion del silogismo ó de las ca-

tegorías de Aristóteles (1). Para nosotros se halla resumida toda en esta cuestion, latente en el fondo de todos los sistemas: ¿cómo puede el hombre llegar á convertirse en Dios? Exceso de ambicion espiritual unido á otro exceso de humildad, es lo que caracteriza el pensamiento indio. Porque al mismo tiempo que el hombre, despertado bajo el árbol de la ciencia, pretende, como en la Biblia, ser no sólo igual á Dios, sino Dios mismo, siente turbada esta arrogancia por un sentimiento contrario, y confiesa que le es necesario, para deificarse, renunciar primero á la conciencia de sí mismo; de suerte que no llega á adorarse sino despues de haberse anulado, no consumándose su transfiguracion en Dios, sino cuando nada queda del hombre. Despojarse de todos los lazos de este universo, distinguirse de la naturaleza (2) para librarse mejor de la metempsícoris, cerrarse la vuelta al mundo de las cosas finitas, lanzarse en el dominio de lo inmutable más allá de la region de los sentidos, y allí perderse, desvanecerse, extasiarse y abismarse para siempre en eterno quietismo; tal es el fin del sabio.

---

(1) *Mémoire sur le Nyaya*, por M. Barthélemy Saint-Hilaire. p. 286

(1) «El alma debe ser conocida, dice un pasaje de los Vedas, debe ser distinguida de la naturaleza; de esta manera no vuelve á caer.» Celebrooke. *On the philosophy of the Indus*, p. 237.—Abel Rémusat, *Mélanges asiatiques*, IV, p. 353.

Por la contemplacion pasiva del Sér llega á convertirse en Brahma; de donde sigue que cuanto ménos conciencia tiene de sus movimientos internos, más cerca está de su apoteósis, y que si el sueño (1) es la imágen fiel de la vida absoluta, sola la muerte es su comienzo. El naciente orgullo de la filosofía orien tal se oculta aquí bajo el exceso del desinterés y la santa indiferencia. El Asia es la que ha pronunciado ántes que nadie la frase célebre de Catalina de Génova: *Nada de mí encuentro en mí; no hay más yó que Dios mismo.* Y es que la humanidad, para coronarse, comienza por renegar de sí misma, como el alma *deificada* (2) de los místicos de la edad media; lo contrario precisa mente del panteismo moderno, en el que la humanida d pretende manifiestamente absorber en sí y usurpar el puesto de la divinidad infinita.

Claro es que, siendo tal el espíritu general de la filosofía india, no en la antigüedad griega, sino en el mundo cristiano, es donde hemos de hallar algo parecido, además de que solo en este mundo, como en el Ganges, ha vivido la razon humana sujeta á un cuerpo de sagradas escrituras. En estas dos civilizaciones el duelo entre la fé y la razon ha tenido bajo muchos aspectos las mismas alterna-

---

(1) «Cuando el hombre duerme posée el ser.» (*Sancara* p. 182)

(1) Theología Germánica, Fenelon, *Maximes des saitns.* XXXV.

tivas. La filosofía india, en un principio, es ortodoxa, enemiga del razonamiento, no se apoya mas que en la autoridad de la revelacion de Brahma, (1) no reconoce otras verdades qne las contenidas en los Vedas interpretados por los santos, que pueden llamarse los Padres de la Iglesia india. Viene luego otra época, en que la filosofía, entrando en la edad de la escolástica, comienza á estimarse en algo. Todavía admite el fondo de los dogmas revelados, hasta pretende confirmarlos; pero la verdad es que los desnaturaliza explicándolos á su manera. Bien pronto todos aquellos dioses encarnados que poblaban el universo, aquellos dioses niños bautizados en océanos de leche y adornados de brazaletes y plumas de pavo real, aquellas vírgenes inmaculadas, madres de cristos profanos, que bajaban por pudor la cabeza en las epopeyas, se transforman, al soplo del Descartes indio, en abstracciones, en categorías, en facultades morales (2). La trinidad material y viva de Indra, el de las tres cabezas, y la trinidad mas profunda de Brahma, fundada en la idea del Ser en sí, de su Verbo creador que pasea sobre las aguas y de la grande alma de las cosas, conviértense,

---

(1) Podemos conocer á Brahma por la tradicion de la doctrina, no por el raciocinio. (*Sancara*, p. 106). —Se conoce á Brahma por la autoridad de los santos libros. (Id.. 109).

(2) Le Sankhya.

sutilizando mas aún (1), en pura abstraccion metafísica, que solo tiene valor en las escuélas. Llega por fin la última época. Armada la filosofía con todos los procedimientos de la duda, rebélase contra el dogma, pulveriza la tradicion, puebla de estériles átomos el mundo, y empeñada en destruirlo todo, se devora á sí misma. La India entra entonces en su siglo diez y ocho; tiene sus Helvetius, sus enciclopedistas, y en el umbral de sus pagodas se funda la teoría de la nada absoluta.

¿Quién no creeria, al llegar á este último término, que todo ha concluido para la sociedad india, y que el principio mismo de su vida ha sido agotado en su fuente? Nada de esto; llegamos, por el contrario, á un renacimiento; y aquí es donde más brilla el génio propio del Oriente. En el momento en que la duda parece haber llegado á su último límite, la fé renace de la muerte espiritual. Una religion nueva, oculta en las cenizas, surge de aquel mar de abstracciones, y el Oriente, que parecia agotado, encuéntrase aún tan lleno de Dios, que el escepticismo da por resultado engendrar el nuevo testamento de la India.

El pirronismo del Asia no es, en efecto, como el de Occidente. En medio de sus más terribles sacudimientos, el cielo permanece poblado; la duda misma tiene sus ídolos; el ateismo, sus dioses. El

---

(1) Colebrooke, *On the philosophy*, p. 242.

escéptico del Asia deja á estos su plena omnipotencia sobre la naturaleza y el tiempo; dispútales solo la eterna duracion (1), y cuando la filosofía, de exámen en exámen, de duda en duda, desciende hasta la idea del vacío, este abismo, en que el europeo se para desalentado, significa solo para el Oriental el tránsito á un sistema de creencias mas depuradas. La nada, traspasada por decirlo así por la abstraccion, se torna en una nada fecunda, que encerrando la negacion de todo lo creado, esto es, de toda vida, forma y límite particular, solo deja subsistir lo absoluto emancipado de toda alianza con el tiempo y el espacio: dios del vacío que, fuera de la luz y de las tinieblas, mora mas allá del mundo, sin ninguna relacion con él, en los límites mismos del pensamiento, en esa region sútil en que el espíritu del hombre se desvanece, falto de aire que respirar. Nunca el cristianismo, ni en el corazon mismo de la edad média, lanzó contra la materia un anatema tan absoluto. El mundo visible es para el Oriental no solo frágil y enfermo, sinó mas aun, una impostura; por eso quiere arrancar al universo la máscara con que se cubre.

En esta época, que es la edad heróica de la fisosofía, el espirítu humano combate verdaderamente desnudo, y para resistir mejor á la materia, comienza por colocarse victorioso en los últimos confines del ideal, en cuya extremidad, como

(1) Colebrooke. p. 252.

en los antípodas á la vez de la naturaleza y de la tradicion, vuelve á encontrar una nueva fé, un nuevo cielo, un nuevo Dios, y de los últimos esfuerzos de la filosofía para arruinarlo todo, surge la revelacion de Budha, que aun hoy cuenta más creyentes que el cristianismo y el islamismo. Cansado el hombre un dia de creer en todo, acaba por negarlo todo, y por este camino opuesto, pero recorrido hasta el fin, encuentra el mismo infinito del que no puede desembarazarse; solo que, como habia especulado sobre el sér, ahora, por ódio á lo real, especula sobre la nada que hincha, engrandece, multiplica, extiende y ahonda; y en este colmo de la nada, en este fondo del vacío, descubre una nueva inmensidad: tan cierto es que negar es todavía creer. En la religion de Brahma, aspiraba á percibir, encarnar, á su Dios en todas las cosas; en la de Budha aspira, por el contrario, á distinguirlo, á eliminarlo todo, enemigo de lo real, cansado de lo ideal y adorador de lo imposible.

Es evidente que el espiritualismo, así exaltado, no podia de ningun modo acomodarse con las creencias nativas del panteismo popular de los Vedas, á pesar de la interpretacion que los sacerdotes habian procurado darle. ¿Qué habia de comun entre aquel Indra patriarcal, tal como lo hemos descrito, ávido siempre del néctar divino, y Budha, este Dios sutil, tan insaciable de espiritualidad, de privaciones y sacrificios, que llega hasta sumergirse en el vacío para purificarse mejor de

las manchas de la luz y de la vida? No podia ménos de rechazar éste, como una profanacion, la letra demasiado grosera de los libros canónicos, provocando contra él por esto mismo el odio reunido del pueblo y de los brahmanes. Su doctrina, fundada sobre la revelacion de la nada, se prestaba á la acusacion de ateismo, tanto más cuanto que la relacion del Brahmanismo al Budhismo es la de la afirmacion absoluta á la negacion absoluta, rechazándose mútuamente con la misma violencia que dos electricidades contrarias. En esta lucha, la doctrina que dejaba de apoyarse en la fé popular, debia necesariamente ser vencida por la otra. Ni ¿cómo el Budhismo, que renegaba del Antiguo Testamento de la India, habia de permanecer en las orillas del Ganges, cuando el propio Cristianismo, y eso que vino á confirmar la ley de Moisés, no pudo arraigar en la Judea?

Si los monumentos conocidos fuesen más numerosos, sería cosa de entregarnos aquí á la contemplacion del espectáculo de una metafísica, que popularizándose, se convierte en una religion. Porque no se encuentra en la historia de los cultos un segundo y tan sorprendente ejemplo de la manera como un sistema filosóflco desciende hasta la imaginacion de los pueblos, para tomar allí cuerpo y figura, hasta que cambiando de nombre se llama leyenda. ¿Quién creeria que imperios tan groseros ó tan vastos, como una parte de la China, Ceilan, Java y el Thibet, descansen sobre aquella metafísica sutíl, si no viese cómo este

sér impersonal, este absoluto impalpable, este Budha, este gran cristo del vacío, se encarna hasta en el seno de la vírgen mogola, bajo su tienda abandonada en medio del vacío eterno de las estepas? Apénas nacido, este hijo de la nada se separa de su madre, que llora desolada por no poder á lo ménos tocarlo; sin pisar el suelo, huye; sale de la tienda, y sobre un elefante azul desaparece, toca y atraviesa los últimos límites del horizonte, y se lanza en las es tepas celestes, donde nada existe. Desde allí, eternamente invisible é impasible, domina los cielos mogoles, que rigen por delegacion suya dioses mortales con alas de aves de rapiña. Esperando una providencia, habitan todos entre montones de piedras, que agrupan misteriosamente, en la extremidad de los desiertos, los adivinos y peregrinos; y los cielos del Thíbet, eternamente vacíos, pesan á lo léjos sobre imperios tan vacíos como su divinidad.

Investigando ahora las consecuencias sociales de este nuevo dogma, hallamos desde luego que el Budhismo es, bajo cierto aspecto, el opuesto del panteismo, puesto que su Dios, léjos de estar mezclado con el universo, vive, por decirlo así, ausente de todo lo criado. En la trinidad de los brahmanes constituian las tres personas una especie de politeismo, y tres dioses, ó más bien, tres religiones, de orígen diverso y enemigas entre sí, eternizaban la idea de la diferencia esencial de las castas en el Estado. En la nueva religion, al con-

trario, sólo el primer miembro de la triada de Budha tiene valor real, lo que destruye al vivo la raíz misma del politeismo; y esta unidad de Dios, así proclamada en el dogma, produce como consecuencia inmediata la idea de la unidad del género humano y de la abolicion de las castas, conscuencia que dedujo el Budhismo con audacia y lógica propias más bien del Occidente. El mismo Cristianismo, con su caridad tan pura, no ha proclamado más irrevocablemente la igualdad de todos los hombres. El genio oriental hace tocar esta verdad con la mano. «La distincion de las razas, dice uno de estos *abolicionistas* del alta Asia, se halla indicada por la de la organizacion; así, el pié del elefante es distinto del pié del caballo; el del tigre, de el del toro, pero nunca oí decir que el pié de un sudra difiriese del de un brahman. Del mismo modo, si nos fijamos en las aves, se distinguen, el águila, el alcón, la tórtola, el loro por la pluma, el vuelo, el color y el pico; más los sacerdotes, los guerreros, los trabajadores, los artesanos, son completamente semejantes por la carne, la piel, la figura y los huesos. Todos los hombres, parecidos por dentro y por fuera, no son, en verdad, más que una sola casta.» Sin cambiar apénas las palabras, este mismo razonamiento pone Shakspeare en boca del judio de la edad media.

Tal es la teoría. Pero, ¿qué podia salir en realidad de este espiritualismo nacido del último esfuerzo del hombre para dudar, sino es una moral

negativa y una sociedad ocupada constantemente en destruirse á sí propia? Y en efecto, exigiendo el dogma la abolicion de toda personalidad privada ó colectiva, esta creencia conduce desde luego á la reprobacion de las ideas de nacion, pueblo, estado, gobierno, que deben desaparecer y sepultarse en medio de las costumbres cenobíticas; por esto el monasterio es la verdadera ciudad del budismo. El creyente sincero no tiene más pátria que el convento, y como todo lo que recuerda un derecho individual es contrario al espíritu de esta religion, síguese todavía que el Budhista no puede poseer propiedad alguna, perteneciendo, por su índole própia, á las órdenes mendicantes. Por otra parte, si toda alianza es falsa, excepto la hecha con lo invisible, se condena el matrimonio; de modo que en esta exageracion del idealismo, en que las reformas traspasan su fin hasta el punto de hacerse imposibles, la poligamia se corrige por el celibato, la propiedad por la limosna, con el grave mal, empero, de que la consecuencia rigorosa del dogma se resuelve en la extincion absoluta de la humanidad y de la naturaleza.

Maravilla tambien observar como un mismo temperamento espiritual, al través de todas las diferencias de tiempos y lugares, produce en el catolicismo de la edad média y en el budhismo del alta Asia instituciones, costumbres y detalles tan perfectamente semejantes, que no parece sinó que el Oriente y el Occidente se han mútuamente pla-

giado. Las leyendas de los budhistas de Ceilan como las crónicas de los monasterios de Citeaux y de Saint-Gall, no contienen otra cosa que fundaciones de conventos de hombres y mujeres, misiones á pueblos extrangeros, peregrinaciones, bendiciones de reliquias, indulgencias, predicaciones y concilios ecuménicos para convertir los cismas, extirpar las heregías y mantener la ortodoxia. Así mismo, el monumento arquitectónico más inspirado en la religion budhista es como un relicario colosal, templo sin acceso, cerrado al mundo visible, arquitectura impenetrable, que amontona rocas, levanta y cierra pirámides para guardar y ocultar á todas las miradas un paño de la túnica ó una sortija de la cabellera del Dios encarnado, como San Juan de Letran guarda en Roma los restos de la Cruz del Calvario. ¿Añadiremos aun que en la cima de esta organizacion monástica se encuentra un verdadero papado, aunque con la notable diferencia de que el gefe gerárquico no es el vicario de Dios, sino Dios mismo, siempre presente y siempre encarnado en medio de su pueblo, cuya historia se convierte de este modo en un Evangelio eterno? El Cristo de los mogoles y de los thibetanos vive, muere y renace en una série de encarnaciones proclamadas por el cónclave asiático, y desde las elevadas mesetas del Thibet dirige el alto Oriente, como desde el balcon de San Pedro dirige el Papa á Roma y al mundo. En Occidente la más alta ambicion de un sacerdote consiste en poder llamarse

un dia Gregorio VII ó Sisto V, pero la ambicion del sacerdote oriental tiene miras mas elevadas, aspira á convertirse por medio de la santidad en Dios mismo (Budha,) sentado silenciosamente en la cima de los montes sobre el trono espiritual del Asia.

Esto aparte, si la sociedad índia ha vivido, es porque ha tenido la conciencia profunda del Sér, aun despues de haber atravesado por el escepticismo. Pero esta idea, por grande que sea, sustancia y principio de todas las demás, no le basta al hombre; la individualidad, la moral, la conciencia, la actividad, la libertad, dónde las encontrará? No en el genio indio, puesto que, segun el Budhismo como segun el Brahmanismo, la inaccion, el sueño eterno en el seno de la eterna sustancia; hé aquí el bien, la puerta de salvacion, la virtud suprema. Es necesario que el género humano escape á este prodigioso hechizamiento; es necesario que este primer sueño acabe, que el trabajo comience, que la humanidad, como Sacuntala, tenga el valor de abandonar el asilo de su infancia, para marchar en busca del porvenir, su real prometida.

VII.

Las religiones de la China.—La revelacion por la escritura.

La civilizacion de los brahmanes, que lleva el génio del extremo Oriente á los últimos límites

del ideal, tiene cerca de sí como contrapeso la civilizacion de los mandarines, que la ata y encadena á un puro realismo; de donde parece que el espiritualismo y el materialismo, repartidos por partes iguales entre la India y la China, mantienen entre sí perfecto equilibrio. Suspendida la balanza del alta Asia entre esos dos mundos, queda perfectamente inmóvil.

El imperio del Centro tiene, como la India, sus libros sagrados, *tan inmutables como las estrellas fijas*; pero la revelacion se manifiesta aquí en una forma extraordinaria, que indica desdé luego que este pueblo debe vivir sin relacion con el género humano. Mientras los profetas del resto del Asia espian desde la cima de los montes la primera aurora, Fo-hi, el revelador de los Chinos, nace de una vírgen que lo ha concebido caminando solitariamente sobre las huellas de Dios; su aureola es el arco íris; desciende á las tierras bajas, primero á las orillas del rio Amarillo. Allí encuentra, pegada al cieno del caos, una tortuga monstruosa, cuya concha, color de cielo, lleva los caractéres misteriosos, impresos desde el principio del mundo por la eterna sabiduria. Esta tortuga inmóvil es el emblema del imperio del porvenir; los signos, los geroglíficos vivos, son las tablas de la ley del pueblo chino, su decálogo escrito por la mano del Creador sobre el vestido de la primera criatura. El primer legislador compara con estas figuras las formas generales del universo, las grandes líneas trazadas en el

libro de los cielos por las séries de estrellas, en la tierra por las sinuosidades de los rios y las asperezas de los montes, y segun este modelo traza los primeros rudimentos de las letras. Esta concepcion gigantesca de la escritura, formada á imágen y semejanza de la creacion; este milagro de un arte que participa de la mágia por su misma índole, pasó á ser el fundamento de la sociedad, puesto que es el prodigio que esa sociedad admira, despreciando todos los demás. El dios, en una palabra, que se revela á los Indios por la luz; á los Persas, por la luz y por la palabra; á los Griegos, por la lira, revélase á los Chinos por el prodigio de la escritura.

Sus trazos divinos se reducen en sus elementos á dos líneas, imágenes de los dos principios que constituyen el mundo. La primera, continua,——es la imágen del cielo, de la luz, de la eternidad, de la afirmacion, de lo infinito; la segunda, cortada, interrumpida,——es la imágen de la tierra, del tiempo, de la contradiccion, de las tinieblas, de lo finito; y de la combinacion de estas dos líneas, como de la combinacion del cielo y de la tierra, de la sombra y de la luz, nacen todos los demás signos, de los cuales los principales designan el agua sin límites, el éther, el viento, el fuego, la montaña, el trueno. Así el cielo y la tierra, el infinito y lo finito, figurados por lineas, vienen á ser el A. B. C. del primer hombre, á quíen ordinariamente se nos pinta ocupado en la invencion de la escritura, representando los objetos mas ínfimos

segun que el azar se los va presentando, siendo realmente lo primero que trata de pintar, lo incomensurable. Dios conduce su mano impidiéndole extraviarse sobre la página aún en blanco, y desde la primera leccion que del institutor supremo recibe, copia ya el recíen-nacido la línea del firmamento, y toma al universo todo por modelo de su alfabeto. Estas letras maravillosas, trazadas en presencia del maestro, son los tipos de una infinidad de relaciones, de verdades, que la meditacion descubre, porque esta tabla revelada debe permanecer presente siempre en el pensamiento del sábio y servirle de texto. Cada signo es una parábola visible, que manifiesta su mas profundo sentido á los que con recogimiento lo contemplan, y todos estos tipos reunidos constituyen la representacion, el génesis figurado de cuantos hechos se producen en el órden físico y espiritual: herencia de la sabiduría increada, sentencias y proverbios de los patriarcas, política del caos grabada en caracteres antediluvianos, sustancia, en fin, del Y-king, el primer libro religioso del que todos los demás emanan, que contiene el principio de las cosas visibles é invisibles. Aplicándose incesantemente los pueblos á comentar estas tablas del Dios, sacan de edad en edad nuevas significaciones, y la línea trazada por el Eterno, es interpretada á traves de las generaciones, primero por el rey de los patriarcas, despues por los emperadores y doctores, hasta que, por fin, el doctor supremo, Confucio, viene á acabar por la filosofía los es-

fuerzos acumulados de la tradicion. El fin del legislador consiste en construir todo el órden civil segun el plan de esta geometria revelada, tanto mas cuanto que los mismos signos son, como los números de Pitágoras, los arquetipos del mundo físico y del mundo inteligible: lo cual muestra que aquella sociedad ya se habia elevado instintivamente en las lenguas hasta la idea de la unidad en el universo. Tal caracter, que representa el cielo descansando sobre el mar conmovido, significa al mismo tiempo la imágen del hombre valeroso que debe descansar sin conmoverse sobre las ruinas. La conjuncion de las dos líneas, que figuran la armonía de la tierra y de las aguas, equivale á la imágen de la buena política, que está fundada en la union de los dos imperios. La separacion de la línea del cielo y la del lago indica, al contrario, cual debe ser la clasificacion gradual en una sociedad bien ordenada, al paso que el signo del fuego en la cima del cielo representa, á la vez, una de las leyes de la naturaleza y el símbolo ofrecido, como ejemplo digno de imitarse, al príncipe, que, con el brillo de sus virtudes, debe llenar todo el universo. Por donde se vé que la conciencia, segun el espíritu de esta institucion, es un libro interior, y el chino debe tener por regla la imitacion del signo revelado, como el cristiano la imitacion de la cruz. Sociedad y religion fundadas, no en la idolatría de la naturaleza, sinó en la supersticion de la letra, porque no debemos olvidar que cada una de estas

letras tiene una virtud y génio propios, siendo la una, por la disposicion graduada de los trazos, imágen de la modestia; la otra, por la rigidez de las formas, símbolo de la perseverancia. Las artes de la industria han nacido igualmente de la imitacion de las figuras sagradas, como la trama de la tela ó la malla de los hilos, por ejemplo, que fueron inventadas segun el modelo del carácter *li*. Y no solo se halla figurada en esta revelacion geométrica toda la ciencia actual, sino que, combinando así mismo unos con otros estos emblemas segun todas las permutaciones posibles, descubre el sábio la ciencia de todos los futuros contingentes. El profeta del rio Amarillo es un nigromántico, que lee el porvenir de los mundos en las líneas que por donde quiera se le ofrecen, ya en las fibras de las plantas sagradas, ó en las huellas de las aves, ó en el lodo de las riberas; dado que el universo entero, mares, lagos, nubes y montañas, no es para él otra cosa que el gran libro de los destinos ingeniosamente escrito y pintado por el eterno escritor.

De esta extraña concepcion de la revelacion se desprende que la creacion de la escritura cautivó mucho más al pueblo chino que el mismo génesis del mundo físico; y una vez admitida esta idea, si la figura de las letras ha sido en efecto señalada por el mismo Dios, cada rudimento tiene en sí autoridad absoluta, y entónces la sociedad entera no puede ni debe ser en sus ritos, códigos, ceremonias y combinaciones más que la traduc-

cion ó aplicacion víva de esa geometría eterna. Tal es el principio sobre el que se funda ese extraño Estado que parece colocado fuera de las leyes de la humanidad, pero que se explica por sí mismo, comparándolo con el dogma que lo creó. Lo que las cuerdas de la lira de Orfeo serán para los griegos, lo son para los chinos los caractéres de la escritura. Añadid una cuerda á la lira ó una letra al alfabeto, y tendreis una revolucion en las creencías y en el Estado. Ahora bien, si la fuente primitiva de la autoridad víve latente en los repliegues de la escritura, el signo de la eleccion divina ha de manifestarse forzosamente por la mayor profundidad en comprender y explicar los misterios de los himnos; por virtud de este principio se forma en seguida una sociedad de escribas y letrados, donde la gerarquía civil se regula por el grado que cada uno puede alcanzar en la interpretacion de los tipos revelados, lo cual supone y engendra un gobierno fundado, no en la teocracia ni en la nobleza de la sangre, ni en los derechos de la propiedad ó de la riqueza, ni en la soberanía de la multitud, sino en la inteligencia tan sólo de la letra de los libros canónicos. La desigualdad de condiciones nace de la desigualdad de luces adquiridas; el poder político se mide por la ciencia, y hé aquí un pueblo de eruditos que, de exámen en exámen, se distribuye en bachilleres, licenciados y doctores, como otros se dividen en proletarios, plebeyos y patricios. De aquí, el que una de las recompensas prometi-

das por el cielo á los hombres virtuosos es la seguridad de que sus descendientes obtendrán el grado de doctores hasta la tercera generacion; de aquí el respeto á todo carácter escrito en una sociedad, que parece ocupada tan sólo en escribir, llegando á pensar algunos que el alma de los muertos sobrevive en sus escritos. El sabio escribe por la tarde el resúmen de sus buenas acciones, y las quema en su hogar para que lleguen más seguramente á conocimiento de los cielos; el mártir escribe al morir con su misma sangre; los espíritus y los genios escriben eternamente, desde las alturas del éter, la crónica de los mundos. En la tierra el monarca escribe el prefacio de las obras principales, cuya tipografía corrigen los príncipes, y un escriba no se separa noche y dia del soberano para apuntar cada una de sus acciones y palabras, porque por una nueva consecuencia de la institucion primitiva, la historia es, no una obra, indivitual, sino una verdadera magistratura nacional, y los anales por excelencia se llaman *cuadrigas*, como si llevárán consigo toda la vida del imperio. Añadamos que la verdadera originalidad de lo filosofía china consiste en la manera ingeniosa con que ha sabido subordinar á las formas geométricas de la revelacion los movimientos más libres de la conciencia humana, de modo que, así como Mallebranche acomodaba su filosofía á los versículos del Evangelio, Confucio calcó la suya sobre las figuras de los caractéres sagrados.

Con todo esto es facil concebir que la natura-

leza, en un pueblo en que la representacion del universo cautiva más los espíritus que el universo mismo, habia de descender á un rango secundario, siendo más bien que adorada, observada: el templo se transforma en observatorio. El hombre pone su obra en el lugar de la de Dios, y se aparta del universo; y no pudiendo penetrar en el arte, se extravia en el artificio. Aquella fuente de pensamientos religiosos, alimentada en la India por el espectáculo de la Naturaleza y la necesidad de resistirla, ciérrase forzósamente para la China, pueblo infante, que, doblando prematuramente la cabeza ante la página en que deletrea el alfabeto soberano, llega á olvidar la bóveda celeste y aún el resto del género humano. Agotada súbitamente la vida y falta de un lazo con lo infinito que la renueve, esta sociedad, fundada en el régimen de la familia patriarcal petrificada y estereotipada en cierto modo, es la más jóven y la más vieja á la vez que podemos figurarnos: imágen de esos mamíferos antediluvianos cuya forma ha eternizado la naturaleza en el momento en que les arrancaba la vida. El rasgo distintivo de este pueblo en la historia consiste en haber representado desde la cuna el deismo, ó mejor dicho, el racionalismo del Oriente. Su Dios, sin figura, sin voz, gran emperador de la nada, es el cielo supremo, mansion del vacío, pero de un vacío sin profundidad, sin amor, sin ódio. Tiene unidad; pero si es cierto que esto basta segun los principios antes sentados para producir como consecuencia la

igualdad originaria de todos los hombres, y el chino en efecto no tiene castas, ni esclavitud, esceptuando el extrangero, ni hasta cierto punto poligamia en la familia; en cambio este Dios no tiene vida, ni personalidad, ni alma. En medio de tantos discursos, advertencias, consejos como los libros canónicos ponen en boca de reyes, ministros y sábios, nunca él habla, ni obra, ni aparece; sin preferencia, sin inclinacion por nadie, su imparcialidad es la de la muerte. Nada hay tan parecido al culto de los enciclopedistas, ó mas bien á la fiesta del Sér supremo inaugurada por un pueblo erudito al salir del caos, como este cielo augusto, impasible, insondable, cuya comunicacion con la tierra interrumpen los emperadores siempre que quieren; lugar comun, ficcion política colocada á la cabeza de la constitucion social. Si quereis medir lo que puede hacer la tierra sin el cielo, la vida sin la inmortalidad, el hombre sin Dios, estudiad la China. Este Dios, tan extenuado desde su orígen, no da materia para ninguna reforma, ni siquiera para la heregía: lo que era en el principio lo es al fin de los tiempos. Incapaz de progreso ni de decadencia, explica la sorprendente contradiccion que se advierte en la historia de esta civilizacion, fecunda como ninguna en cambios de gobierno, pero esteril en esos cambios, que producen en otras partes la creencia y la duda; porque la religion nunca se altera ni renueva, porque el mundo nunca pasa del escepticismo á la fé, y ambos se extinguen en una eterna indiferencia. Pró-

piamente hablando, el corazon del Estado nunca se ha conmovido; sobre un Dios petrificado se ha modelado una sociedad petrificada. Con rapidez desusada vemos sucederse las familias reinantes, volcándose unas sobre otras hasta veintidos dinastías, sin que tales cambios en las personas influyan lo más mínimo en las cosas, condiciones ó costumbres. Diríase que estas revoluciones, que se agitan sin ideas en la superficie de las cosas, se realizan en la nada; y como consecuencia de estas reflexiones se llega al extraño, pero incontestable resultado, de que el pueblo que más frecuentemente ha cambiado de gobierno y de señores, es el que ha quedado más inmutable en su constitucion primitiva.

¿Quién duda que si en el Occidente el principio religioso se extenuase por sí mismo, veríamos á los pueblos agitarse. no indiferentemente sino convulsivamente, en la desesperacion, elevando y destronando príncipes, cambiando, renovando con cualquier pretexto el nombre de sus gefes, las formas de la autoridad, sin acertar á imprimir el menor movimiento, ninguna mejora eficaz al principio social; rueda de Ixion condenada á girar eternamente en el vacío?

Esto sentado, puesto que los cambios de dinastías no provienen de ningun cambio de principios, era natural que los chinos procurasen explicárselos por la mágia, que en un pueblo infante no es mas que la deificacion del capricho. Cada dinastía reina por el poder de un elemento; unas, por

la virtud del fuego; otras, por la del agua, la madera, la tierra ó el metal; y las revoluciones de estos elementos señalan las épocas de la naturaleza y de la humanidad. Los gobiernos se elevan y se desploman segun los augurios de la tortuga. Los adivinos calculan el horóscopo del imperio por las constelaciones del cielo ó por las fibras de los simples de la tierra, por aquel presentimiento que la historia civil obedece á la misma ley que los globos celestes y la brizna de yerba; de este modo su filosofía de la historia es una gran nigromancia, en la que dinastías, emperadores, generaciones, pueblos, todo está oficialmente exorcisado por el libro canónico de los destinos.

Por lo demás, la sociedad china ha cuidado de retratarse en un monumento más extraño que cuantos acabamos de citar. Más de seis siglos antes de la era cristiana, dispusieron los emperadores que en todos sus dominios fuesen recogidos, á la manera de tributo, los cantos populares, con el objeto de aprehender al vivo el pensamiento del imperio en los labios de los hombres, antes que fuese modificado por la reflexion ó el arte. Sin duda en estos cantos sorprendidos en boca de los soldados, de los labradores, de los mercenarios, se encontrarán con toda ingenuidad las creencias nativas que faltan en las clases de los letrados; porque si se exceptua alguna que otra frase dirigida casi furtivamente al espíritu ó genio que representa el patrono de la familia, se observa, no sin admiracion, que el deismo es en la China tan popular

como la mitología del panteismo en la antigüedad oriental. En vez del cielo poblado del Himalaya, figúrese, en la imaginacion del pueblo, un cielo desolado por el viento de las estepas de la Mongolia; algun que otro génio inferior sostenido ó degradado por el emperador, que á voluntad los evoca ó destituye; unos cuantos grupos de Djinns que se reunen para partir en el momento en que caen las dinastías; tal cual exclamacion al cielo azul, *cœli cærulei*, en instantes de melancolía y desaliento, muy pronto reprimida por una reflexion escéptica; una oracion al vacío; el afan de encontrar la flor del olvido, buscando elementos simples para el encantamiento de la tortuga; por otra parte, en medio de los más íntimos sentimientos, la ausencia de toda esperanza, de todo vestijio de un Dios que vea y sondee los corazones. El que sufre, quéjase solitario, sin que jamás se reunan en un centro comun estos cantos de tristeza, que se elevan de la muchedumbre de indivíduos de todas condiciones, desde el mendigo hasta el emperador. «Yó soy como la morera despojada de sus ramas: yo sufro: pero ¿quién se inquieta? ¿quién lo sabe?» *¿Quis novit?* Semejante confesion de la soledad interior se reproduce en todas formas, y bien puede decirse que ninguna poesía atestigua como esta el aislamiento de la criatura privada de Dios. Parece sentirse cómo el hombre, demasiado encadenado á la tierra, se esfuerza por elevarse á los cielos. El artesano en su trabajo, el soldado en su torre, el eunuco en su palacio, el obrero al pié de

la gran muralla, el labrador sembrando maiz, todos envidian á la cigüeña, á la grulla, á las bandas de ocas salvages, que cruzan libremente el éter. «Hé aquí á los cuervos de las montañas, que hienden el aire con sus alas inmóviles; parece que descansan volando; y yó, yo soy roido por los cuidados. ¿Qué he hecho yó contra el cielo? ¿Qué crímen he cometido?» Así el hombre, cautivo de la sociedad, lanza aquí y allá su grito de angustia en medio del imperio, como el ave hambrienta que cruza el desierto de Cobi; pero este grito, no encontrando eco en el cielo ni en la tierra, espira en sus lábios sin elevarse hasta la plegaria, sin descender hasta la blasfemia. Otras veces es la voz de un desgraciado que se eleva, como un gemido fúnebre, no se sabe de donde, contra un emperador ó una dinastía condenada, y esta voz que interroga á los cielos, no tiene jamás respuesta. *Cœlum augustum, ¡cuantus est splendor tuus! ¡ecquid te nostri non capit miseratio!* Imagínense, si es posible, los salmos hebreos sin Jehová: quedaria en la desgracia un gemido, un sollozo; en la alegria, una exclamacion, un suspiro. Este es tambien el último esfuerzo de la poesía china que, privada de alas sagradas, cae al suelo así que intenta elevarse. El hombre llama; Dios calla; el silencio es eterno.

Conformidad, complicidad de la religion, la poesía y la filosofía, en el temor de traspasar la mediania en el ideal, el justo medio en lo infinito. Estos cantos de la muchedumbre, comentados

por Confucio, forman parte de los libros litúrgicos, donde el instinto del artesano y la reflexion del pensador se ven maravillosamente acordados para dejar á Dios el menor espacio posible en los sentimíentos, ideas y empresas del hombre. El Chi-King es el ritual de un pueblo de espíritus fuertes.

Cuanto mayor era el vacío en la revelacion de los chinos, menos podria evitarse que las creencias de pueblos extrangeros afluyesen allí tarde ó temprano. El culto de la razon provocaba por reaccion natural el misticismo, y el hombre, sediento de fé, no podia menos de llamar en su auxilio las mas exaltadas doctrinas que en torno suyo se agitaban. Lao-Tséu, por una parte, propaga á orillas del rio Amarillo las teorías ascéticas del Ganges, y transformándose insensiblemente la filosofía en leyenda, el doctor, infante encarnado en el seno de la vírgen azul, pasa á ser el Cristo del extremo Oriente; el Budhismo, por otra, expulsado por los brahmanes, encuentra refugio en la indiferencia de la China en materia de religion. Ninguno de estos cultos, sin embargo, dió á la sociedad china la forma que le es propia; pues cuando aparecieron, ya el Estado se hallaba para siempre modelado sobre el dogma de los letrados. El racionalismo, hé aquí la religion oficial; la fé positiva, hé aquí la heregía, y donde habia un espíritu firme, allí estaba el pontífice.

Llegados á este punto es ya fácil resolver todas las demás cuestiones, que acerca de este pueblo

se ofrecen. ¿Porqué los chinos han vivido aislados del resto de los pueblos? Porque no es la gran muralla la que les separa del mundo, sino la organizacion de su sociedad fuera de Dios, esto es, fuera de la alianza del género humano. Privados de una religion positiva, carecian del órgano esencial que puede ligar con un lazo espiritual á los pueblos entre sí, y era natural que fuesen los últimos á entrar en la gran comunion del mundo social. Todas las civilizaciones han comenzado á penetrarse y unirse por el cambio mútuo de sus creencias; cuanto mas llena de Dios ha estado una sociedad, mas ha servido de alimento á las demás; pero si suponemos un pueblo en el que la religion esté reducida á una sombra, tampoco será mas que sombra el parentesco, la solidaridad, la asociacion entre este Estado y la familia universal; y si llegásemos á admitir una sociedad visiblemente atea, pronto veríamos que sería absolutamente imposible hacerla entrar en comunion con las demás. El Asia, en sus dos extremidades, tiene por satélites la Judea y la China, dos pueblos igualmente aislados, ó mejor dicho, salidos fuera de la órbita del género humano. Pero bajo estas analogías aparentes, ¡cuántas diferencias efectivas! La sociedad de los Hebreos está llena de Jehovah, Dios de vída, que desde las cumbres del Líbano abraza las riberas del mundo habitado: Grecia, Italia, las Galias, España, que un dia han de confundirse en la alianza de Abraham. Al contrario, el estéril Chang-ti de la China, vuelta la es-

BIBLIOTECA DE CASTILLA Y LEON

palda al porvenir, contempla los mares estériles de la Oceanía, é impotente para asociar nada, apénas ve surgir á lo léjos, de en medio de las olas, algunas islas esparcidas, como la concha de la tortuga marina sobre la cual inscribe sus enigmas.

Perdida así en la extremidad del universo, un dia se descubre mas allá del Océano una sociedad cuyo principio es la igualdad de todos sus miembros, con la única preeminencia del saber y la sola aristocracia del mérito personal. Todo en ella está exactamente medido, calculado y pesado segun las leyes de la naturaleza humana, y el buen sentido es su único ídolo. Pero en el momento mismo en que la admiracion del Occidente iba á estallar para sus antípodas bajo la fé de tales maravillas, examinado mas de cerca el fenómeno, se halla que aquella obra maestra no puede moverse, ni respirar ní vivir, que aquel exceso de sabiduría sirve solo para crear un sublime autómata. ¿Cómo esto? Porque el hombre está privado de un ideal superior á si mismo. La sociedad hebráica ha gravitado hácia Jehovah; la sociedad griega, hácia Júpiter; el mundo cristiano, hácia Cristo, y este esfuerzo de la tierra hácia el cielo es precisamente el que encierra todo el secreto de la vida social. Pero el hombre en la sociedad china, teniendo solo por fin el hombre mismo, encuentra su fin en su punto de partida, y queda ahogado en los límites de la humanidad. Por demasiado cómoda, hace la virtud imposible; no hallándose hecho para los términos médios, tiende cada vez á descender

mas; pierde la tierra, al renunciar al cielo; se queda en el vacio, al negar la vida absoluta. En esta sociedad enana todo se halla truncado. A la moral le falta heroismo; al rey, la musa régia; á los versos, la poesía: á la filosofía, la metafísica; á la vida. la inmortalidad; porque Dios no está en la cumbre del todo. Se carece del peligro, careciendo de grandeza; el escepticismo se evita, evitando la creencia; por no tener un Queronea, se renuncia á un Salamina. Gentes, direis, dignas de eterna envidia, con cinco mil años de vida! Cierto; pero dudamos que durante esos millares de años hayan realmente vivido un solo dia.

De este modo la extrema Asia, bajo el hechizamiento de sus mágicos, háse detenido desde sus primeros pasos en el recinto de la sociedad civil, rechazando el porvenir léjos de sí como un don funesto. La humanidad, deslumbrada ante el explendor de la creacion, cierra los ojos y se aisla del mundo real. Apénas ha vislumbrado el universo, se apresura á abandonarlo. Los hombres se hallan hartos del tiempo, y sin embargo, apénas pueden recordar otra cosa que su antiguo sueño en el seno del Eterno.

Cristos precursores, Budha, Fó-hi, Lao-tseu, nacen de vírgenes desconocidas en los Bethleems del alta Asia. La naturaleza, madre inmaculada, los alimenta con su leche, los mece en el seno de los sosegados océanos, y el murmude las selvas impenetrables es el cántico de la

Madona de este cristianismo primitivo.

No se sabe qué escríbas divinos escriben sobre la corteza de los bambús los evangelios del caos. A la revelacion de las cosas sucede la revelacion de los libros; los pueblos se reparten sus páginas, las deletrean, y el Asia en sus dos extremidades proclama el mismo dogma. Los mares de la Oceanía balbucean la palabra que más tarde resonara en el lago de Tiberiades; la flor de la Judea tiene sus raíces en los edenes del alto Oriente; todo se encuentra en germen en la profecía pagana, excepto la cruz del Gólgota.

¿Dónde buscaros, eden, paraiso, edad de oro si no estais en nosotros mismos? Voces secretas nos llaman, unas hácia el pasado, otras hácia el porvenir. ?A cuáles seguir? Hemos logrado contemplar nuestra cuna aún conmovida por el eco de los himnos de los primeros hombres. ¿Pretendeis que volvamos á ella?

Si este lamento fuese un dia escuchado, si el alma pudiese en efecto volver á su punto de partida ¡cuán cambiada encontraria su antigua morada! Pisaria las flores del Eden, y no sentiria sus perfumes; se recostaría en las sombras, y no hallaria frescura: inclinaríase hácia las fuentes, y no se reconoceria; probaria el fruto de la vida, y no se veria satisfécha. Todo le pareceria vacío, porque ausente el huesped celestial que entónces le servia de compañero, faltaria el milagro latente en cada cosa. ¡Qué le enseñarian las voces de los océanos, ocupada como está en atender á sus rumores

interiores? El sol de los patriarcas no disiparia las sombras de su noche, y sobre la cima de los montes contemplaria en vano elevarse el sol más brillante. El tédio, el disgusto roedor y la desesperacion se apoderarian de ella, en vez de las esperadas felicidades; pues no habria para ella más horrible suplicio que el buscarse á sí misma en los senderos del paraiso y no poder encontrarse. En medio, entónces, de la naturaleza muda llegaria á exclamar:—Partamos de aquí cuanto antes.—Nó, nunca estos tristes lugares, estas estepas desiertas, estas riberas taciturnas, pudieron ser el Eden en que se me apareció el Dios de los primeros dias.

LIBRO IV.

LAS RELIGIONES DEL ASIA OCCIDENTAL Y DEL EGIPTO.

REVELACION POR LA PALABRA Y POR LA VIDA ORGANICA.

I.

La religion de los persas.

Los viajeros modernos han encontrado por fin aquellas maravillosas ruinas de Persépolis, aquellas mil columnas que *los espíritus levantaron* en medio del desierto, y en cuyos despojos, perístilos y mágicos pórticos, se ve mezclada la gravedad egipcia con un arte precursor del genio griego. Una parte estaba cubierta de inscripciones en forma de conos ó picos de lanza, y como su clave se habia perdido, os habrian parecido fórmulas de evocacion para hacer surgir todos los dias estas maravillas en el país de la mágia. Lo que realza todo esto no es tanto la grandeza, la magestad colosal de la arquitectura, como las esculturas talladas en la roca viva de las montañas; porque en

estos bajo-relieves se encuentra, con el cuadro de las ceremonias religiosas de los persas, el de sus instituciones civiles y políticas; allí se ve á todo el pueblo, distribuido segun las provincias del imperio, desfilar ante su primer maestro Djemschid, que descansa sobre el trono y la peana de que nos habla la Escritura. Magos. labradores, arqueros, artesanos, llevan en sus manos las insignias de su condicion; el carro de las emigraciones se mueve sobre sus ruedas, sin faltar la campanilla, que ya no suena en el cuello de los camellos del Iran. No se encuentra aquí aquella inmovilidad de los reinos de Brahma y de Budha, eternamente sentados en las esculturas del Ganges; al contrario, todo se agita, el pueblo está de pié, la sociedad se ha levantado, y marcha; hé aquí la primera *procesion* del género humano delante del nuevo dios. Ni debemos echar en olvido los animales emblemáticos que, dispersos en un vasto horizonte, han aparecido tantas veces en las visiones de los profetas de la cautividad, y que allí, en lo alto de los monumentos ó bajo los pórticos, en la entrada del desierto, se agitan, embisten, baten sus alas en torno de aquel imperio naciente, como invitándole á partir: caballos caparazonados, que hieren con su casco el capitel de las columnas; centauros de luenga barba; esfinges con cabezas de patriarcas; unicornios, carneros de la Escritura, que aun hoy señalan con su cabeza el Occidente, el mediodia, *el aquilon y el país de la gloria*; toros cargados de diademas; querubines de los Medos: leo-

pardos con fáuces de águila; dragones sentados sobre el trono, de vuelo rápido, voz de trueno, chasquidos de alas, *parecidos al ruido de un combate*. Todos estos monstruos mitrados parecen reinar por derecho divino sobre la naturaleza viviente.

En estas esculturas revive la figura del imperio de los medos y de los persas; ayuntamiento de dos sociedades, constitucion refinada y bárbara, la cabeza deun mago sobre el cuerpo de un toro. Cuanto más inmóvil parece el extremo Oriente, tanto más se agitan en su cuna estos pueblos zendos, con los cuales comienza verdaderamente el movimiento de la historia, lanzándose la humanidad á esa inquietud que nunca ha de acabar. Un vago instinto les impulsa á conquistar cuanto les rodea; sienten necesidad de imponer su fé, sus símbolos, sus dioses; quieren ser los apóstoles del mundo. Descendidos de las alturas de la Bactriana, estos pueblos se precipitan, baja la cabeza, como ariesgados caballeros, contra la raza de Sem, contra Babilonia, la Caldea, el imperio de Asiria, que entregados á la industria, pronto serán su presa. El imperio persa no descansará ínterin no lo haya subyugado todo, desde el Indus hasta el Halys. Un poco más tarde, Cambises le agregará el Egipto, pero el Asia es ya muy estrecha para la mision de estos creyentes; una vez sometido el Oriente, les es preciso apoderarse de Europa, no por una invasion furtiva ó por una colonia que va á ocultar su orígen en cualquier ribera desierta,

sino por una verdadera emigracion del Oriente al Occidente. Sin duda Grecia no espera más que la llegada del gran rey para encorvarse bajo sus pasos; la educación de la Europa se verificará bajo el yugo del Asia; así lo han prometido los magos. Despues de haber azotado el Helesponto, sólo nos queda oir su quejido en Salamina.

¡Así aparece en la historia esta raza! lánzase y salta en el pasado, como los leones coronados contra el unicornio de los bajo-relieves de Tchelminar. Los griegos nos han dado á conocer sus acciones; pero, y sus pensamientos ¿quién los explica? ¿dónde los encontraremos? ¿Qué doctrinas llevaban aquellos apóstoles á Maraton, Salamina, Platea y Mycala? ¿Quién nos dice si nos hemos de regocijar ó apesadumbrar por sus victorias? Qué corazones palpitan bajo sus corazas? ¿qué tradicion les alimenta? ¿qué Dios les guia?

Si á los monumentos de Persépolis juntamos el libro sagrado que les sirve de comentario, el Zend-Avesta, hallarémos desde luego las mismas doctrinas que en los más antiguos vedas. Los Asvins, Soma, Mitra, Aryaman, todos los genios de la aurora que hemos visto aparecer con la revelacion de los patriarcas indios, reaparecen aquí con más precision, iluminados, acabados por el dia en su plena carrera. Los espíritus de la aurora han llegado á su medio dia, á cuya nueva luz cambian de forma y de naturaleza, sin cambiar de nombre. Basta el más ligero paralelo entre estos dos pueblos gemelos, los indios y los persas, para re-

conocer que han balbuceado durante mucho tiempo la misma lengua en la misma cuna, sólo que los segundos han permanecido más fieles á la tradicion ingénua del primer culto, sin transformarlo por el arte ni por la filosofía; más bien eternizándolo, por decirlo así, en un idioma lapidario, el zendo, especio de esbozo, lengua de Cíclopes, que el tiempo no ha podido ni pulir ni corromper. Por eso el Zend-Avesta no es otra cosa que la revelacion de los patriarcas del alto Oriente reducidapor los magos á un sistema de litúrgia; por eso la Persia, como la Judea, carece de poesía y de metafísica, sólo posee una religion.

Su génesis es el de un pueblo nómada, cuyos territorios nacen por decirlo así bajo sus plantas á medida que va emigrando. Salido de sitios elevadísimos, en que el invierno dura diez meses, desciende á regiones más cálidas con su conductor Djemschid á la cabeza, y pronuncia en medio del mundo todavía mudo la palabra santa, á cuyo eco germina la yerba bajo la roca y los animales encuentran sustento. Ayudado de ángeles persas, de los Izeds, prepara la tierra para morada del hombre, y rey de una raza guerrera, traza anticipadamente en el globo los límites de los imperios con la punta de un puñal de oro. Tal es la primera jornada de los pueblos zendos.

Lo que Moisés es á Abraham, Zoroastro lo es á Djemschid. El pueblo ha abandonado las rudas cumbres del alta Asia, donde tuvo con los indios su primer morada, pero todavia no ha llegado al

pais en que ha de fijarse; pues bien, en las cimas de la Bactriana, antes de descender á Persépolis, recibe su enseñanza, como el pueblo hebreo en el desierto antes de pisar el país de Canaan. En los últimos confines del horizonte elévase la montaña santa, el Sinaí del Zend-Avesta; sobre su cima, que de siglo en siglo se acrece, habitan los astros; con el alba salen radiantes del fondo de los antros; en sus flancos de oro germina el árbol de la vida; óyese mugir á su sombra al eterno toro de los pueblos pastores; de lo alto de las rocas se precipita, como un caballo jadeante, Arduisur, fuente de la inmortalidad, y la revelacion misma parece brotar, como el agua de la roca, con impetuosidad, de las profundidades de la montaña, cuando en medio de aquella naturaleza profética, llega Zoroastro, el profeta, á pedir la enseñanza, la fé y la ley. El rayo no estalla sobre este Oreb, antes bien todo allí respira familiaridad. Un diálogo que tiene por único testigo la fuente, madre de los óceanos, comienza entre Díos y el profeta: este pregunta; Dios responde, y esta celestial amistad entre el Creador y su criatura, esta confidencia hecha al hombre por su autor, constituye uno de los primeros caracteres de la revelacion persa.

Consiste el segundo caracter en la vehemente necesidad de alabar y celebrar la creacion entera. En estos himnos, que no son otra cosa sino evocaciones, llama el hombre, unos en pos de otros, todos los objetos de la naturaleza, para que rue-

guen en su nombre; quiere mezclar su voz á la del Universo; celebra sobre todo á los recien-nacidos, festeja la juventud de las cosas, compañera de la pureza. «Invoco, dice, al primero de los cielos, á la primera de las fuentes, al primero de los rayos, de los dias, de las olas, al primogénito de los espíritus.» Si pregunta, cual es la poesía más pura, una voz desde lo alto le responde: «Es la que se refiere al orígen de las cosas.» Los recien nacidos, en una palabra, son sus santos é intercesores, lo que demuestra más y más que aquel culto es, en todos sus detalles, la fiesta y el aniversario de la creacion. Cercano aun al comienzo de las cosas, respeta el hombre la naturaleza material que ninguna mancha ha profanado todavía; rey recientemente llegado, no se atreve aun á envanecerse con su soberanía, no sabiendo si este mundo será su señor ó su esclavo. El sentimiento de la dignidad de aquellos elementos apenas salidos de las manos de su autor, la faz inmaculada, la castidad virginal del universo viviente, todo se le impone por la imagen de un explendor primitivo, por la huella que el Creador ha dejado en su obra; por esto, en su humildad, proclama á la naturaleza más noble, bella y santa que él, cree que le espanta con su propia impureza cuando ve, al acercarse, temblar el agua, el árbol, el fuego del hogar. De ahí aquellas extraordinarias prohibiciones de turbar los rios con el ruido de las ramas, de bañarse en sus riberas, de aproximar su oliento á la llama: complacencia, amor del con-

quistador, antes de hollar bajo su carro esta tierra candorosa.

«¿Qué habia en un principio? se pregunta el profeta inclinado sobre la fuente del Bordj.—Habia la luz y la palabra increadas» responde la voz de lo alto. De modo que en este Génesis, el «Fiat lux» no ha tenido comienzo, la creacion perezosa ha brotado cuando el dia díligente lucia ya en su mediodía; en una palabra, el Dios de los pastores indios se nos muestra distinto del universo, mas matinal que el universo, revelándose eternamente en la primera aurora. Su culto es ya refinado, porque no se contenta con la llama de los bosques entregados al sacrificio, quiere alimentarse de los perfumes y de las maderas del sándalo, purificadas por los magos. Y por lo que hace á la palabra, ningun pueblo ha sentido mejor, ha exaltado mas este prodigio. ¿No habeis admirado nunca este poder que, como un ser real, extiende fuera de vosotros el amor, el odio, la vida? Tan veloz como la luz, brota del hogar interior, sin que nadie pueda detenerla ni recogerla cuando ha lanzado su rayo; pero descendiendo hasta las tinieblas del corazon, ilumina el alma de un pueblo, como la aurora un continente, y hasta despues del incendio, las palabras extinguidas guardan la chispa oculta en la ceniza, y para hacerla arder, basta el soplo de un espíritu que llegue hasta ella, volviéndose á encender sobre los lábios del profeta los carbones de los serafines.

La palabra es la luz de la humanidad, como la

luz es la palabra de la naturaleza: y siendo así, ¿porqué admirarnos de que los pueblos las hayan identificado, de que, á la vista del doble milagro que en su seno llevaban, se convirtieran en sus adoradores! No solo debió parecerles la palabra el prodigio del mundo moral, sino tambien del mundo físico. Pues qué, ¿no presta la tierra, noche y dia, atento oido al lenguaje de los cielos? ¿No escucha la naturaleza entera una voz oculta? ¿No parece recoger desde la aurora un discurso divino, que va creciendo durante el dia, y cuya última palabra espira entre los interrumpidos silencios de la tarde? ¿No responden los sonoros montes con la voz del eco, gritando, gimiendo, balbuceando en el fondo de los antros, como el hombre en el fondo de su pecho? Solo el desierto es mudo, el silencio eterno es su principal atributo; por esto es el imperio del que *habita en la muerte*, mientras todas las criaturas vivientes repiten cada una en su lenguage, en su ritmo particular, la palabra luminosa que existia antes de todas las cosas. Habla la selva con el gemido de sus ramas, habla la fuente con sus ondas murmurantes, habla el fuego con las purpúreas lenguas de su llama, respondiendo de este modo, en la liturgia, á las oraciones de los magos: «Sed felices y para siempre satisfechos ¡que los rebaños de bueyes se multipliquen! que los jóvenes se ¡reunan en muchedumbre! ¡que vuestros deseos se cumplan! esto es lo que pido para vosotros en cambio de las secas ramas que me traeis piadosamente.» Si el

universo es un verbo, un hosanna pronunciado por el órgano de las cosas, ¿no se sigue que la palabra es el principio, el alma de la creacion? Desde la eternidad, Dios llama en alta voz todos los dias, todas las horas, á todas las cosas, á la vez que exorcisa la noche, la sombra, la muerte. Recibir un nombre es recibir el sér, y el mundo surgió por el poder de la evocacion. Pronunciada por el Altísimo esta palabra de vida, que es al mismo tiempo luz y claridad, brota, circula á través del infinito, y de esfera en esfera, de boca en boca, de eco en eco, es repetida por todos los arcángeles del cielo y de la tierra, Amschapands, Izeds, Ferners, y en el grado mas ínfimo de la gerarquía de los seres, la repiten aún á media voz los espíritus de las flores, los de los sordos metales, los de las piedras preciosas. Sosten y esencia del mundo, si dejara de pronunciarse, se quebraria la creacion entera. Por esto el pueblo persa, asociándose á la naturaleza, repite incesantemente en su liturgia el verbo sagrado por boca del sacerdote; llama los séres á media noche; los despierta, cual centinela, para que no se duerman en la muerte, y todas las mañanas los saluda de nuevo, los alimenta, los vuelve á invocar con alguna palabra para el trabajo del dia. Esto explica tambien porque el Zend-A vesta se compone en gran parte de fórmulas de evocacion, ecos de aquellas que rompieron el silencio de la nada; y no solo el hombre debe unir su voz á la aclamacion de los mundos, sino gustar tambien la palabra sagrada haciéndola su

alimento y su bebida, comulgar con el universo entero bebiendo el jugo místico del árbol de la vida en el vaso de Djemschid, que figura la copa del mundo, y comiendo la carne divina, el pan de Ormuzd, en las mesas litúrgicas .Hé aquí el principio de la Cena y Eucaristía paganas, en el fondo de todo el ritual persa.

Si á este dogma se mezcla el génio de un pueblo guerrero, resultará un Dios con la espada en la mano. El reino de la palabra y de la luz increadas tendrá entonces por señor al que rige el órden de los cíelos, al maestro de toda sabiduría, al artista de toda belleza, á Ormuzd. Pero á la luz se opondrá un ejército de mudas tinieblas, que tendran por rey á Ahriman, envuelto en el crímen, y el universo será el espectáculo de un eterno combate. Todo es lucha, conjuracion, exorcismo, porque las criaturas, divididas entre los dos imperios, sostienen, cada una á su modo, la causa de su Dios. Hasta el estío lucha contra el invierno. Al Dios bueno y radiante pertenecen el unicornio, el águila, que combaten por él; al Dios malo obedecen las manadas de lobos y chacales, las sordas legiones de serpientes, escorpiones y bestias impuras. El gavilan, de vista penetrante, eleva su vuelo al apuntar el alba, y aguza su pico para el combate de Echem; el caballo blanco se hiergue y hiere con su pié al Impuro. En el cielo mismo, las estrellas se ordenan como en dos hordas enemigas, y en la cima del firmamento, el ave soberana, de ico y garras de oro, *mas veloz que el que solo*

hace el bien, y cuyo pecho descansa sobre los astros propicios, cubre con sus alas el imperio de Irán, é inclinando aquí y allá su cabeza, deja caer sobre los reinos los gérmenes de la vida. El perro sagrado del pastor vela durante la noche en las extremidades del universo en el umbral de la creacion, y guarda los mundos como guardaria un rebaño, aterrando con sus gruñidos formidables al eterno enemigo. En una palabra, la luz asedia por todas partes con sus rayos el imperio de las sombras. En el fondo del desierto de Cobi, viven las manadas de dragones, de centáuros con cuerpos de toro, de culebras de dos piés, que soplan el simoun y llevan el combate hasta mas allá del universo habitado. La misma lucha encarnizada se desencadena en el corazon del hombre, y se extiende mas allá de los límites que el ojo mortal puede alcanzar; porque cada objeto de la naturaleza tiene su ángel custodio. Un alma luminosa fulgura en las venas de los metales y diamantes; la mas insignificante flor tiene su espíritu que por ella vela; hasta el puñal tiene el suyo; en una palabra, el ideal de cada ser es una persona que flota por encima del mundo real, criaturas completamente espirituales, que como los ángeles de los hebreos, armados de espadas y corazas, se persiguen, se chocan y se exorcisan en el mundo invisible. Los Dews con su cuerpo de bronce, los Darwands con repliegues de serpiente, combaten en aquellas regiones supremas contra los blancos Ferouers, los Izeds, los Amschapands con

cuatro alas de oro, resonando el choque de sus armaduras en el mundo de las ideas.

En esta batalla, ¿por qué causa debe el hombre decidirse? Sin duda por la luz. Hé aquí el fundamento del derecho público, de la moral, de la industria de los persas. Ved como de este dogma va á nacer toda su historia. El fin del Estado, de la ciudad, del régimen político, es hacer triunfar el reino de la luz sobre el de las tinieblas; de donde resulta que el ascetismo de la India es reemplazado por el espíritu de conquista. ¿Nó es fácil explicarnos ahora el orígen de aquel encarnizamiento del imperio medo-persa contra el Africa? ¿No eran aquellos tristes pueblos atezados de la tierra de Egipto, aquella raza negra que los persas, verdaderos puritanos del paganismo encontraron en la etiopía, los hijos favoritos de las tinieblas, la generacion impura de Ahriman? Tampoco reconocen otra causa las expediciones de Jerges y Dario, verdaderas cruzadas paganas contra el Occidente, en donde las frias tierras, las heladas riberas del Danubio y la Tracia privada de los rayos del sol de Oriente, representaban una region entregada por completo al enemigo de la luz, y contra el cual era preciso tomar la defensa del puro y brillante Ormuzd, medio vencido allí por el rey de la noche. De aquí la necesidad religiosa de apoderarse de la Europa, y el ódio inveterado de la Pérsia contra la Grecia, reina del Occidente. Leed en Herodoto la narracion de aquella gran cruzada, y no encontrareis ningun fundamento

sério para ella; pero consultad el dogma religioso, y vereis surgir de él toda su historia.

Un lazo más visible existia aun entre el dogma y el Estado, hasta el punto de que tanto el gobierno de la tierra como las costumbres públicas se hallaban establecidas segun el plano de la institucion de los cielos. Habia en estos siete Arcángeles Amschapands alrededor del rey de la luz, y habia tambien en la tierra siete sátrapas alrededor del monarca, siete castas en la nacion y siete murallas alrededor de la ciudad santa. Lo que se echa de menos en la Ciropedia de Jenofonte es precisamente el no haber visto que la educacion del príncipe se regulaba conforme al ideal de Dios: el menor de sus súbditos debia preparar, como él, en su corazon la salida, el reino de Ormuzd. Todo persa era un soldado del buen Dios, vigilante siempre consigo mismo en las tentaciones del enemigo interior; pues era indispensable que su vida apareciese inmaculada como la llama del hogar, siedo su porvenir, su esperanza, llegar á convertirse en luz. Vivir bien ¿qué otra cosa era que purificarse? Y este principio de la moral privada extendiéndose á la administracion de la naturaleza, establecia las mas severas obligaciones hácia las cosas como hácia las personas, lo que hace entrar tambien el comercio y la industria en el recinto del dogma. Cultivar la vid, esa hija del sol, extirpar las plantas venenosas ó parásitas, volver al redil el animal estraviado,

ayudar á la tierra á engendrar todo género de formas y mantenerse en su pureza nativa, librar los rios de los obstáculos que embarazan su curso, proteger las fuentes contra la impureza de las bestias salvages, reanimar por el cultivo los campos esterilizados al soplo de Ahriman, abrir á las ondas del mar puertos en que puedan abrigarse contra los golpes del eterno enemigo: todas estas ocupaciones no eran simplemente mercenarias, sino verdaderas obras piadosas que ocupaban un lugar en la liturgia universal; porque sirviendo para adornar el templo de la creacion, el trabajo era el primero de los ritos. Para combatir la cizaña sembrada por los Dyvs, habia el labrador heredado el puñal sagrado de Djemschid. Sin decir una palabra más, puede advertirse como sobre aquella base se establecia el acuerdo tan deseado en nuestros dias entre la religion y la industria.

¿Creeis, por otra parte, que el fondo de estas ideas no haya adquirido valor duradero, que nacidas al azar cerca de las fuentes de nafta de la Bactriana, solo pertenezcan á la Pérsia y hayan de morir con ella? Parécenos, al contrario, que no tenemos hoy ningunas tan vivas y eficaces en la tradicion del género humano. En efecto, conozco un libro que empieza con estas palabras: «En el principio la palabra existia solo en Dios, la vida solo en la palabra, y la luz era la vida.» ¿Quién habla así? ¿Es por ventura el Zend-Avesta de Zoroastro? Nó, es el Evangelio de San Juan, y

por cierto que, sin investigar en qué fuente haya el apostol recogido el dogma fundamental del Oriente, nos basta hoy saber que las visiones de los antíguos pueblos reaparecieron purificadas y divinizadas en el nuevo culto. Y si aun seguimos examinando el asunto, veremos que los oscuros presentimientos del paganismo fueron confirmados por el Evangelio. Esta luz del Irán es solo tinieblas, esta palabra de vida pronunciada por el antíguo mundo es solo un balbuceo, pero una y otra se convertirán mañana en la doctrina y la predicacion del cristianismo.

La lucha, en efecto, entre las dos divinidades es flagrante, pero ¿será eterna? ¿á nadie pertenecerá la victoria? ¿siempre estará la balanza suspendida entre lo puro y lo impuro, entre la luz y la sombra? ¿No, vendrá el mediador, por fin, nombre que conviene á Mithra, la tercera persona de la trinidad persa, que investido de una doble naturaleza, acabará por iluminar, este Dios místico, hermafrodita, al Dios de las tinieblas con su explendor interno, convirtiendolo á la luz, y Ahriman, purificado y arrepentido, se reconciliará al fin con Ormuzd, uniéndose con él para hacer en comun una ofrenda al eterno. El infierno ya redimido canta el Avesta; la resurreccion de los muertos y el renacimiento del universo cierran esta gran batalla; la muchedumbre de las almas que pasaron el puente Tchinevad, guardado por el perro sagrado, son al fin revestidas de oro. El mal era sólo una sombra que

flotaba en la superficie de las cosas, y acaba por ceder el campo al dominio absoluto del bien; consistiendo principalmente la originalidad de tales creencias, por una parte, en que el Satanás persa es tambien redimido de su caida, y por otra, en que la resurreccion de la materia domina aún la del espíritu. Léjos de aparecer maldita, abandona la tierra su mortaja, renovándose y purificándose con Ahiriman en la copa del mundo, en que se agitan, hirviendo, los metales encendidos, dejando allí la muerte, la vejez y la impureza, y surgiendo de aquel crisol más pura y virginal que en su primitiva cuna. Un océano de luz la rodea y, cual isla sagrada, báñase en los explendores de la luz inteligible. Este Dios Mithra, el de los ojos de oro, el *cultivador del desierto*, el hijo de la palabra, el que pone término á la escena de las revoluciones religiosas de la Persia y cierra un Antiguo Testamento, aparece como el purificador de la naturaleza y redentor de la creacion, y siendo el último de los dioses del Oriente, es tambien el más grande, el más lleno de espiritualismo, el más próximo á la tradicion cristiana. Y esto explica suficientemente por qué el mundo permanece durante algun tiempo incierto y vacilante entre su culto y el de Jesus. Uno y otro tenian los mismos nombres y poseian iguales atributos: sol de verdad y de inteligencia!, nuevo sol! Celébrábanse sus fiestas en el mismo dia; la natividad del uno en el pesebre correspondia á la salida del otro del antro oscuro del monte sagrado, y ámbos venian á cum-

plir el Antiguo Testamento del Asia. Mithra transfiguraba la ley de Zoroastro; Cristo, la ley de Moisés. Nunca se vió sobre la tierra mayor incertidumbre, ni rivalidad mejor sostenida hasta el fin. El mundo se decídió por último en contra de la Persia. Dos veces habia ésta intentado ser el apóstol del mundo: en Oriente se encontró con el Dios de la Biblia; en Occidente con el Dios del Evangelio.

Pero, aunque vencida, ha dejado por todas partes sus huellas en el culto triunfante: su Ormuzd, que flota como Elohim sobre la naturaleza entera sin estar en ella encarnado; sus arcángeles armados con lanzas de oro, y que con sus escudos cubren al mundo: su Ahiman, que excepto la eternidad del castigo, presenta todos los caractéres de Satanás; la resurreccion de la materia, la imágen del árbol de la vida en el paraiso del mundo naciente, el bautismo en el agua sagrada, cuantos rasgos comunes á la Biblia y al Zend-Avesta! ¿Y no son tambien los dragones convertidos del desierto semejantes á los querubines en presencia del toro; los animales coronados de Persépolis, parecidos á los animales simbólicos de los evangelistas que los han reducido y domado por el milagro del cristianismo? ¿Y no representan, en fin, los reyes magos, que perciben á lo léjos la estrella del Evangelio y van á prosternarse ante el Dios recien nacido, no figuran de la manera más ingénua aquel instinto, aquel presentimiento cristiano y latente en cada uno de los símbolos del paganismo

del Irán? La mirra y el incienso que llevaban humeantes del hogar de Agnis, de Indra y de Ormuzd, se queman hoy todavia en el hogar del Dios de Bethleem.

Divinizar el principio del combate basta para conquistar al mundo, pero es demasiado poco para convertirlo. Faltábale á esta doctrina la unidad que la tierra esperaba; pues aunque sobre el combate de Ormuzd y de Ahriman existia el sér en sí, *Aquerene*, el Eterno, oculto entre las nubes del dogma, invisible, impasible é incomunicable, esta idea, esta unidad misteriosa, desaparecia por decirlo así entre el tumulto del universo en lucha consigo mismo. Hacian demasiado ruido las criaturas para que el Creador pudiese hacer llegar su voz hasta ellas, y por eso, miéntras el combate dura, aquel Dios soberano, espectador solitario retirado en las alturas del dogma, como Jerges sobre la montaña en Salamina, habia de desaparecer necesariamente de las cosas y de los espíritus. La Persia, debia tambien perecer por virtud de la lucha misma que habia instituido; porque aquellos dos eternos combatientes, Ormuzd y Ahriman, se destruirán mutuamente ántes de que sus innumerables defensores puedan parar sus golpes. Las bestias salvajes son los únicos que quedan entre sus adoradores; el dia de la reconciliacion no ha amanecido; la naturaleza, léjos de haber sido restaurada, ha sido desfigurada por la cólera del hombre. El mudo desierto ha extendido el silencio de los muer-

tos hasta las mismas ciudades santas, donde ántes resonaba la palabra. ¿Qué se ha hecho del ideal que sobre todas las cosas flotaba? Mithra, solo, eternamente solo, sin mensagero y desposeido, recorre los cielos del Irán sin poder reanimar nuevamente el imperio de las almas, y Alejandro, los partos y los mahometanos han arrojado al viento, unos en pos de otros, los restos de las cenizas del fuego sagrado. Así es como acabaron las promesas hechas á los magos, quíenes, aunque dispersos y arrojados de su propio país, han llevado hasta la India el culto de sus mayores, y señalan aún en el siglo diez y nueve las horas con las mismas oraciones que Ciro dirigia al sol levante á la cabeza del imperio de los persas. La aurora naciente llega todos los dias con las manos vacías, y léjos de desesperar ellos del redentor, ofrecen constantemente al Oriente el mismo milagro que los Judios al Occidente. Y hé aquí en los dos polos del mundo, expulsados del género humano, á los medos y á los hebreos, los señores y los cautivos de Babilonia, los que reían y los que lloraban bajo los sauces, los magos y los profetas, los convidados y los flagelados de Baltasar, igualmente inmortales, igualmente miserables, igualmente obstinados en resistir, los unos á Cristo, los otros á Mahoma, sin que la enemistad de toda la tierra sea poderosa á reunir dos causas tan formalmente semejantes, que solo difieren en Dios.

¡Cuanta pena causa el ver desaparecer una re-

ligion! Es porque ella constituye en rigor la parte inmortal de los imperios, el alma de las civilizaciones, que les sobrevive en una idea, en un dogma, ó menos aún quizás, en un rito ó una imágen que se añade á la profesion de fé del género humano. Causa maravilla el observar hasta qué punto el Zend-Avesta de la Bactrina se encuentra mezclado en la poesía Mahometana del Ispahan. El Oriente en la edad media sutiliza con su pasado como el Occidente con el suyo. Citaremos un ejemplo tomado de uno de los líricos persas del siglo XVII de la hegira, poeta que se halla separado de Zoroastro por muchos millares de años y por dos religíones que nada absolutamente han dejado en pié de las creencias anteriores, pero en el cual, á pesar de todo, no podemos menos de reconocer desde las primeras palabras el culto antigüo de la luz depurado por el misticismo del Islam:

«Míentras el sol no ha dejado ver su cabeza luminosa, una sola de sus miradas basta para entreabrir el seno del tulipan. Su espada radiante extiende por todas partes la sangre de la aurora. Oh amigo, eleva tus miradas hacia el cielo, y apaga tu sed en el vaso rebosante de la inmortalidad. Yo exclamé con los ojos apagados por el sueño terrestre: Aún es de noche. Mientras dura el crepúsculo no se sabe, si el dia declina ó si el dia adelanta. Contemplemos, pues, anticipadamente el sol inmutable de las almas, cuyo brillo resplandece en la figura del sábio.»

El poeta no busca ya en la naturaleza la fuente increada de la vida y de la palabra, porque en sí mismo la encuentra. Ahora bien; ¿no es esta precisamente la diferencia esencial existente entre el Oriente antiguo y el Oriente moderno, entre el Zend-Avesta y el Coran?

II.

La religion del Egipto.—La revelacion por la vida orgánica.

Hay pueblos que nunca, al parecer, han tenido infancia, y de los cuales se creeria que fueron formados ya adultos y maduros. Otros son ya viejos al nacer. Lo cierto es que todos ellos tienen siempre la misma edad que sus creencias. Así, al través del Oriente se ven avanzar de civilizacion en civilizacion, como por otros tantos grados marcados por el hierofanta, procesiones de dioses cada vez menos nativos y mas reflexivos, mas sabios, tristes segun que de sus cunas se van alejando; caracteres que comunican á las edades en que viven y á los pueblos en que son adoptados. De este modo llegan por fin á la sociedad egipcia, y allí se detienen inmóviles, como llegados al término de la iniciacion Oriental. Hijos de la aurora, despues de haber cruzado por el espíritu del hombre, acaban por inclinarse á las tinieblas y rodearse del misterio. Un paso mas, y tocarán en los límites del sofisma.

Pero ¿qué es lo que puede significar la civilizacion del Egipto, sino una mezcla del génio del Africa y del Asia, un istmo levantado en el mundo civil entre dos continentes? Como su esfinge, posee doble naturaleza, con la cabeza pensativa del extremo Oriente y el cuerpo poderoso de los leones de la Líbia; pues bebe incesantemente en el corazon de la Abysinia y de la Etiopía la vida y los ritos de los trópicos. Allí se encuentra, con el más antíguo templo, el primer vestigio primitivo de aquella sociedad, que sale, como el Nilo, de los montes desconocidos del Africa, despertándose al ruido de las cataratas. Una casta sacerdotal lleva en sus arenas el principio de la vida moral, y de este primer establecimiento en Meroe, arrancan ya colonias de sacerdotes y peregrinaciones sagradas, que, siguiendo el curso del rio, descienden primero á Tebas, despues á Memfis y últimamente al Delta, en cada uno de cuyos sitios elevan santuarios que se convierten en lugares de asilo, comenzando toda ciudad por un templo. En torno de estos santuarios reúnense las tribus del desierto. Estas poblaciones acrecen, como otros tantos afluentes, la ola de las generaciones indígenas: nubios, abisinios, etiopes, árabes nómadas, todos de origen y color diversos, rojos, blancos, negros, cobrizos y atezados. Esto explica desde luego la permanencia de las castas en todas las épocas de esta historia. Durante mucho tiempo las ciudades sin lazos recíprocos forman otros tan-

tos oasis sociales á la entrada del desierto. En este momento de debilidad es cuando el Egipto se vé sorprendido por la invasion de los pueblos pastores, que amenazan rechazarle hasta la Tebaida; mas estos conquistadores son domados. Constituyese su unidad nacional con la de un dios comun, sobre el cual se regula su génio, y acaban por tomar insensiblemente las costumbres y por aceptar los destinos y el alma misma del gran rio, hasta el punto de sentir deslizarse su vida con el agua desde la Etiopia hasta el mar. Siempre de acuerdo con él, como él una vez llega á desbordarse sobre el mundo en tiempo de Sesostris; pero muy presto vuelve de nuevo á su cauce para nunca más abandonarle. Ocho siglos antes de Jesucristo habíase ya secado.

Aunque no haya sido posible descubrir los himnos de los sacerdotes ni los poemas de Isis, es lo cierto que el velo que encubria el genio del Egipto se ha descorrido en nuestros dias, al mismo tiempo que el de la India y la Persia. Mas la Biblia de los Faraones no fué nunca escrita en hojas de palmera, y no parece ¡sino que el continente del Africa, no representado en el mundo por ningun idioma consagrado, y verdaderamente mudo comparado con los otros, no pueda elevarse en parte alguna al milagro de la tradicion por la palabra. ¿Quién oyó jamás hablar de una Iliada africana? Es lo cierto, que despues de haber producido dos civilizaciones, como la egipcia y la cartaginesa, ni un solo monumento perenne dejó en parte

alguna de una lengua articulada. El silencio, como si le hubiese sido negado el poder de desarrollar libremente la palabra humana, es allí el fundamento de la religion. Á sus dioses cinocéfalos les falta el órgano del lenguaje; su Biblia está formada de piedras, y los caractéres del Antiguo Testamento del África no son otra cosa que obeliscos, pirámides, necrópolis, hipogeos y templos revestidos de letras de granito que, como el libro de Hermes, de cabeza de gavilan, se extienden desde la Nubia hasta el Delta.

Penetremos en uno de estos templos, pues que allí es donde exíste el espíritu que ha dado vida á aquel pueblo. Largas avenidas de esfinges con la frente de carnero preceden á la muchedumbre divina; dos obeliscos contienen la dedicatoria y marcan con su sombra el camino del sol Osiris. Salvemos el perístilo, en donde se halla tallada la gran puerta que se abre sobre un corredor adornado de pilares, contra los cuales se apoyan algunos colosos. Los capiteles de las columnas están formados con hojas de palmera sobre la arena humedecida por las lágrimas de Isis; los acres perfumes del desierto se exhalan de aquellos cálices de piedra; vense algunas flores de nenúfar, cuyo gérmen está oculto en el rio sagrado. Más allá de esta vegetacion de granito, elévase un nuevo perístilo y un nuevo pilar, que conduce á un recinto semejante al primero. Despues, en fin, de estas moradas en que se encuentran marcados los progresos de la iniciacion, apercí-

bese ya el santuario. Separado de la ciudad por calles infranqueables, todo nos dice, que esta es la habitacion de una casta que nada tiene de comun con el resto de la nacion más que sns dioses. La luz apénas penetra alli por raras aberturas, y á su dudosa claridadse ve grabada la leyenda del Dios, para cuyas magníficas palabras parece formada esta arquitectura. «Yo soy todo lo que es, todo lo que ha sido y todo lo que será; no ha habido mortal que haya sabido levantar el velo que me cubre. El fruto que llevo es el sol.» Estas inscripciones prestan otras veces voz al monumento mismo gritando las piedras en sus diálogos. Hé aquí lo que dice al Faraon de Tébas la conductriz del mundo: «Te hemos dado el Egipto, la tierra nutriz.» Y, el dios responde: «Nosotros deseamos que estas piedras sean tan duraderas como el firmamento.» ¿Qué encontramos despues de esto, cuando llegamos al fondo del santuario y tocamos el pensamiento mismo del edificio? Colosos sentados, con cabezas de leones, de gavilanes y carneros, y acá y allá mómias de cuadrúpedos, de aves y de serpientes. ¿Qué significa, pues, semejante santuario, tan perfectamente acabado, sino el antro en que la naturaleza misma esboza, conserva y fabrica eternamente los tipos de toda la creacion animal?

Y en efecto, lo que distingue al Egipto del Asia es el haber buscado sobre todo la revelacion en el milagro de la vida orgánica. El culto del animal; he aquí el signo de la raza de Cam, el ri-

to del Africa. Ni la luz, ni la palabra podian enseñarle su creencia; una y otra son demasiado sútiles para ella, y su génio inferior tenia que ir á buscar sus rasgos divinos, no en un prodigio social, sino en el corazon del leon y el gavilan; ¡litúrgia de la inteligencia esclava! ¡primera sancion del *Código negro!* Postrándose el hombre ante el animal, consagra su servidumbre, y en lo que está de su parte hace del Africa la tierra madre de la esclavitud: porque, además de estos simulacros, existían en el recinto de los templos verdaderos dioses vivos, cocodrilos adornados con pendientes en las orejas y con braceletes de oro; leones cubiertos de bordados tapices y ante los cuales humeaba el incienso; perros que ahullaban en las procesiones; serpientes alimentadas en los santuarios. ¿Y no vemos en nuestros mismos dias á los africanos, desde la Libia hasta el Senegál, adorar los principales animales de sus desiertos? Hijas de esta raza, las tríbus que insensiblemente formaron las castas inferiores del Egípto, llevaron consigo unas en pos de otras á sus dioses, que ahullaban, rugian, graznaban y á los que habian conocido en la soledad; y cuando estuvieron reunidas, el sacerdocio, que las constituyó en sociedad regular, adoptó todas aquellas divinidades de orígen africano. Más tarde este culto fué elevado por la civilizacion que, sin renegar del instinto popular, lo levantó hasta el ideal de donde nació la esfinge. Al formarle, el Asia puso la corona de la inteligencia sobre la frente del Africa.

Todo era amor, terror, adoracion de la vida en todas las cosas, ardor, potencia, embriaguez de la bestia salvage, en aquel instante mismo en que la naturaleza de los trópicos rugía en torno de la sociedad naciente, en que el alma carnal del Africa penetraba toda en la civilizacion de los Faraones, en que el fermento de los desiertos desconocidos hervia en el corazon de las ciudades, y en que el eco de la pátria de los monstruos estallaba por la voz de Osiris! Seria necesario, para explicar el principio de estos ritos, descubrir el cuadro de la vida orgánica en la época en que comenzaron, porque hoy estamos más bien acostumbrados á hollar con nuestros piés la raza de los animales; hoy estan domados, subyugados, encadenados, cuando entonces eran los señores, que no habian sentido ni el freno ni el agijon, que poseian aún su libertad, su fuerza y su fiereza pristinas. ¡Qué maravilla para el hombre nuevo! La vida germina y hormiguea bajo sus pasos. En el seno de una naturaleza violenta, que engendra y crea con furor, hállase sumergido, por decirlo así, en un prodigio perpétuo, y no puede dar un paso sin tropezar con un milagro. Todo se agita, murmura y fermenta, desde la flor acuática, que germina en el misterio, hasta el escarabajo, que parece una flor viviente. Donde quiera que vuelve sus ojos, descubre mil seres sin padres conocidos, ni predecesores; polvo sagrado que se fecunda á sí mismo. Pero al fin encuentra en la soledad un ser más poderoso que él, una inteligencia pue preve y conoce lo que él

ignora, una serpiente, un águila, un gavilan, que reinan sin rivales en una gran porcion del desierto y cuyos movimientos y costumbres son tan regulares como los de los astros mismos. Son además mudos, lo cual aumenta el misterio, porque no puede preguntarles. Piensa que poseen una ciencia secreta; porque presienten el cambio de las estaciones, y siguen con toda seguridad en sus emigraciones caminos nunca trazados. Ya rugen, y como si su voz fuese la de la naturaleza misma, todo calla en torno de ellos; ya quedan inmóviles como los geroglíficos vivientes de la creacion, cuyos secretos solo ellos poseen. ¡Cuantas profecías pendientes de sus pasos! El más ínfimo sabe por lo regular tanto como el más grande. ¿Y acaso el humilde escarabajo, al vestirse con su túnica de oro, no indica la vuelta de la estacion fecunda? ¿Nó marcha el ibis como un hierofanta delante de las ondas del Nilo mostrándolas el camino? ¿No es el terrible cinocéfalo, imitador del hombre, errante lejos de las ciudades y cuya cabellera semeja la de las mómias, el primogénito de la primera noche? Por otra parte, cuando el hombre llega á la tierra desnudo, hállala yá ocupada por soberanos legítimos, que le disputan el trono del mundo, pues de generacion en generacion el leon ha venido siendo el rey del desierto, el cocodrilo de los rios, el águila del cielo. ¿Qué viene á hacer este pretendiente de la víspera, dónde tiene sus títulos? Sin duda que el esclavo encorvado bajo su trabajo envidió

más de una vez las alas del pájaro ó los piés del caballo del desierto, para sustraerse á su servidumbre hereditaria, y cuando al levantar su cabeza hacia las pirámides, obra de sus manos, veia al gavilan de la Núbia descender cual soberano sobre su cima como á su natural morada no estaria lejos de mirarle como el mensagero viviente de la inteligencia alada que flotaba sobre su cabeza. Olvidemos por un instante nuestra civilizacion y el cristianismo, y podremos adivinar hasta qué punto el prodigio permanente de la naturaleza viva en medio de la naturaleza muerta, debió sorprender, maravillar y trasportar al hombre *desnudo aún de cuerpo y espíritu*, ante la presencia de ciertos animales, que él juzgaba dioses ó reyes de los demás. ¿Y aun en médio mismo del último siglo, no encontramos un gran hombre, Buffon, que por la fuerza del génio, supo hallar en el fondo de su sér algo de estas impresiones del hombre naciente? ¿Nó ha prestado por ventura cierta magestad sorprendente, una especie de realeza, en sus descripciones del leon, del águila, del elefante, á estos grandes representantes de la naturaleza animal? ¿Nó se vé el hombre frecuentemente sobrepujado y como destronado en estas pinturas por aquellos reyes de la soledad, que parecen los únicos libres é independientes en medio del servilismo de la sociedad civil?

Figurémonos, no al hombre de génio auxiliado con la experiencia de todo el pasado, sino al

hombre perdido en el desierto de la naturaleza, en el orígen mismo de la creacion, y advertiremos que no puede contentarse tan solo con el lenguaje poético, sino que tiene necesidad de atribuir un no se qué dé sagrado á aquellos soberanos de la creacion animal. La serpiente misteriosa se deslizará, como el rio sagrado, al través del gran valle, ó replegándose sobre sí misma, formará el anillo eterno; el carnero de Júpiter Ammon guiará el rebaño de las criaturas, y tendrá consagradas en el cielo como en la tierra constelaciones vivientes; las ciudades del leon, del chacal, del cocodrilo, se extenderán hasta los umbrales de la Nubia, y todo el génio de la indómita Africa fermentará y mugirá en el seno de su Isis. Porque comprendemos que el hombre haya podido adorar al animal, pero no nos parece tan claro que haya nunca adorado al hombre: ídolo por ídolo, cuando quiso rebajarse, prefirió divinizar al carnero ó al escarabajo, mejor que al gran rey de Pérsia, del Egipto ó de la India.

Tal es el elemento indígena del culto del Egipto: ritual del esclavo, por el que aquella sociedad lleva el estigma del Africa. Pero el sacerdocio egipcio, que construia los templos y emancipaba este continente, no podia contentarse con aquellas liturgias del desierto, y añadióles un sentido profundo, coronando con un sistema dogmático aquellas creencias populares. La génesis egipcia tantas veces comparada con la hebráica, difiere de

esta sobre todo en que cada jornada responde á una encarnacion particular, constituyendo así tantas dinastías divinas como épocas en la creacion. Júpiter Ammon, el ser no revelado y eternamente insondable, el carnero azul de color de cielo, aparece el primero; despues viene su esposa misteriosa, Athor, la *Señora de la Nubia*, que tege eternamente su velo de tinieblas, la madre que tiene en su regazo, que alimenta con su leche al Dios infante, manifestado, revelado, encarnado en la figura del mundo naciente, y con el que se completa la familia eterna. Esta primitiva trinidad, encarnándose una y otra vez bajo diversos nombres en el universo real, se muestra en todo el valle del Nilo, habitando todos sus templos y constituyendo así el principio comun del dogma egipcio en medio de todas las variedades de las creencias locales. Como en una monstruosa Bethleem, hállase en todos los santuarios esta misma familia: el padre bajo los nombres diversos de Ammon, Osiris, Knef; la esposa, la nutriz, la madre, con los de Mouth, Isis, Neith; y el Dios naciente, el verbo encarnado de esta teología africana, con los de Orus, Khons, Malouli, el niño sagrado que aún tiene el dedo en la boca. En torno de la monstruosa familia gira siempre su enemigo Tifon, el Satanás egipcio, el espíritu de la muerte, aquel cuyo soplo emponzoñado oscurece la luz y envenena las aguas santas. Añadese á esto que el dogma comun á todo el Oriente es vaciado aquí en

el molde del valle de Egipto, pues era natural que el Dios encarnase para los egipcios bajo la doble figura del sol y del rio, en cuyas aguas se mira, aguas misteriosas que traen y retiran la vida; Mesías esperado todos los años en el Antiguo Testamento de este mundo conmovido. Llega, y su esposa la tierra se cubre de flores y de frutos; se retira, y todo muere. ¿De dónde salen sus ondas luminosas? Nadie lo sabe; nadie ha visto la misteriosa fuente, y quizá broten de los pechos mismos de la tenebrosa Athor. Pero su vuelta está fijada por períodos inmutables, y no es preciso mas para atribuirle en este sentido una sabiduría, una bondad y una virtud soberanas. Y si el salvage de América cree oir la voz del gran Espíritu en la voz de las cataratas de Niágara, ¿cómo no habia de creer tambien oirla el pueblo egipcio en la de aquel rio que se desliza al través de la sombra de las columnas y de los eternos obeliscos, sembrados como otras tantas plantas sagradas á lo largo de sus riberas? Teología y poesía nacidas junto á las ondas, el sol y el rio, el cielo y el agua, el firmamento y la tierra, parecen mirarse en ellas y confundirse en todos y cada uno de sus emblemas. El cielo aparece como un rio luminoso, como un Nilo etéreo, que desliza sus ondas en las cataratas del firmamento; los astros navegan en barquillas de oro remolcadas por los génios de la Nubia; Hermes-Piloto sondea el abismo y guia el timon del bajel del universo, dirigiéndole al través de los

escollos, mientras las almas de los reyes corren á su encuentro desde las dos pendientes del abismo.

Naturalmente, el Dios ha de reproducir en su vida todas las vicisitudes del sol y del rio, de modo que cada año renace, crece rápidamente, y acaba por estallar y desbordar en los espíritus hasta el momento en que, despues de haberse manifestado en todo su poder, comienza á ocultarse bajo la arena. Pero es el caso que al paso que el rio se retira, palidece tambien el sol, y hasta la naturaleza entera, por misterioso dolor herida, se cubre de duelo, apareciendo tanto más desolada en su corto invierno cuanto más expléndida se muestra en aquellos climas del mediodia. Todo huye ó muere; desaparece el ave sagrada; el escarabajo mismo se hace invisible. Y es que el Dios está herido, se muere en todas las cosas, dejando su sangre de circular en las venas de las plantas secas y marchitas. Desaparecen los murmullos, los enjambres y el movimiento de la vida; desaparece aquella embriaguez sagrada que momentos ántes penetraba en toda la tierra, Ni ¿cómo dejar de reconocer en esta languidez, sobre la faz del mundo extendida, la palidez del Dios moribundo? Sin duda Tifón, el Dios del mal, ha secado con su soplo la fuente viva de la luz, y como todo se hallaba fundado en el prodigio permanente de la vida orgánica, la fé misma estaba amenazada cuan-

do este milagro, esta revelacion ,disminuia y desaparecia. Inmensa y furiosa queja elevábase del seno de aquel pueblo privado por un momento de su fiesta favorita, y el Egipto entero, á imitacion de su Dios, postrábase en su valle como en su tumba. Golpeábanse el pecho los sacerdotes; lastimosas peregrinaciones iban de ciudad en ciudad; por todas partes no se oian sino voces que gritaban: ¡El Dios hamuerto! ¿Y qué significa todo esto, sino que el hombre, adorador exclusivo de la naturaleza, llenábase de terror al verla extremecerse y morir? Sentia que su ídolo se le escapaba, y no sabia á quien quejarse, quedándole solo celebrar la agonía y pasion de aquella divinidad espirante que convertia el universo entero en un Gólgota; y esto es lo que mejor muestra la profundidad de las creencias egipcias. Esta sociedad habia celebrado, como todas, el aniversario de la creacion, pero mejor y más claramente que ninguna habia visto deslizarse como agua corriente la figura de aquel mundo brotado de la urna de Osiris. Por eso tambien elegia como los monumentos más propios para representarle los monumentos de la muerte; pues las pirámides, además de estar hechas verdaderamente para el desierto, conformes en un todo con él, desnudas como él y como él vacías, sin salidas, sin esculturas, sin inscripciones y sin imágenes de vida, no podian haber sido otra cosa en su orígen sino sepulcros de los dioses.

Finalmente, de esta misma instabilidad del Dios sacó el Egipto en parte su grandeza y origi-

nalidad; pues el hombre supo aprovecharse de ella para reconocer su valor y su puesto en el sol: comenzó á estimarse en algo en esos momentos de sorpresa, en esos desfallecimientos del Eterno. Así, en vez de dejarse absorber como en la India por su ídolo, trató frecuentemente de rivalizar con él, y la virtud del Egipto consiste precisamente en haber sabido acomodar el sentimiento naciente de la personalidad con el panteismo del resto del Oriente. Hasta en la arquitectura se manifiesta semejante alianza. Así, los Faraones elevan ante los templos sus colosos, y se sientan tranquilamente para toda la eternidad en medio de la trinidad oculta en el santuario, inscribiendo sus nombres, sin temer que fuesen eclipsados en el árbol sagrado del palacio del sol. Así tambien, los recuerdos de la vida política, las batallas y los triunfos del hombre tienen lugar propio en la casa de los dioses, como sí por la primera vez se ensayasen en realizar su apoteosis; á todo lo cual debe añadirse la idea de la religion de los muertos, que es la confirmacion evidente de aquella apoteosis. ¡Cuántos esfuerzos para prolongar la duracion del ser hechos por aquellas naciones embalsamadas! Apenas llegaban al trono los Faraones, comenzaban á hacerse tallar anticipadamente su sepulcro por las manos de todo un pueblo, de modo que el reinado de aquellos grandes sepultureros puede medirse exactamente por la profundidad de sus tumbas. Esto, que hacian los reyes, era á su vez imitado hasta por los mas

ínfimos artesanos. Pero ¿porqué esta manía de tantas generaciones? ¿Cómo explicar aquel afan de grabar, esculpir y pintar en colores inmortales al rededor de la momia todos los detalles de los recuerdos domésticos, si no viendo en esta ocupacion un esfuerzo inmenso para salvar y aislar la vida privada en medio de la vida universal? Los demás pueblos, quemando sus despojos ó entregándolos á la voracidad de los vientos ó á las aves de rapiña, dejaban exhalar y confundirse en el gran todo el espírítu de sus indivíduos, pero el egipcio queria conservar á toda costa su cuerpo, mansion de su alma, cómo un vestigio de la individualidad en el reino de la muerte, que debia renacer con sus diosos. Él lo sabia, y por eso anticipadamente construía para la eternidad. Si el templo se arruina, vuelve á levantarlo sobre la misma área y segun idéntico modelo para abrigar á las generaciones resucitadas, pues que todas las momias, tanto de hombre como de serpiente, leon ó ibis, han de reunirse un dia en el Josafat del paganismo. El Dios Atmou pesa indívidualmente, contra una pluma en un platillo de bronce, todas las almas, para evitar mejor la confusion. Si son muy ligeras, son arrojadas á los antros infernales cuyas huellas, primera forma de las visiones del Dante y Miguel Angel, han conservado las esculturas de Tebas; pero, si su peso es justo, son enviadas á bañarse en el Nilo celeste y á coger los frutos del árbol de la vita; é imitando con sus misteriosas emigraciones las del sol du-

rante las tinieblas, atraviesan guiadas por Hermes el laberinto de las formas, hasta venir á resucitar con el sol eterno en la inmaculada aurora de Ammon.

Si no es posible hallar en estas religiones, ni la metafísica de la India, ni la magnificencia de la Persia, es lo cierto que el Egipto aventaja á estos dos pueblos por el instinto precoz de la individualidad, que constituye su capital progreso sobre el resto del Asia y que hace de él con la Judea, bajo el punto de vista moral, el Occidente del Oriente. Este principio de fé en la personalidad humana es el que le conservó siempre igual y aún superior á sus conquistadores, ninguno de los cuales pudo variar en lo más mínimo su culto, siendo él, al contrario, quien les impuso sus dogmas. Solo al cristianismo cedieron estos, sólo esta religion pudo descomponer aquella civilizacion de granito; porque el sentimiento profundo de la instabilidad del mundo visible, el culto de la muerte, la pasion de Osiris ¡sobre el calvario africano, las léyendas escritas por Hermes en el árbol de la vida, habian preparado á aquel pueblo, más que á otro alguno del mundo, á recibir la nueva de la vida espiritual y de la inmortalidad cristiana. Ya desde su orígen celebraba el Egipto todos los años la pasion de la naturaleza encerrada en el sepulcro del desierto, luégo tambien su natividad y su resurreccion en las pascuas paganas. Ni ¿cómo no habria tenido un éco la voz del ángel de la re-

surreccion en aquel inmenso reino de la muerte, en que tantas generaciones indestructibles habian sido depositadas en espectativa del más leve signo para renacer? ¿Cómo aquella trinidad palpitante, que cada templo encerraba, no habia de conmoverse y convertirse muy pronto en la trinidad invisible del nuevo culto? Así á la primera nueva de Cristo, la negra madona de Tebas, destetando su horrible criatura, tiende sus pechos al niño de Bethlem; el gavilan del templo de Nubia con sus alas desplegadas, símbolo carnívoro del Espíritu Santo del Africa, se transforma en la paloma de Judea, y el sacerdocio egipcio, que hasta entonces se habia conservado incólume contra los demás cultos, cede ahora sin defenderse, se retira y desaparece de tal suerte, que hoy es casi imposible hallar el menor rastro de sus últimos instantes. En su lugar surgen súbitamente los solitarios cristianos de la Tebaida; las tumbas de las dinastías tebanas, las necrópolis, las arruinadas ciudades de Rhamsés, se pueblan de ermitaños, anacoretas, cenobitas, que con sus pensamientos purifican el valle de los ídolos, convierten los lobos, las ibis, las serpientes y abren la ciega pupila de los leoncillos. Antonio del desierto, Pablo de Tebas, Atanasio, aparecen en el umbral de los templos, como si al acercarse ellos toda una civilizacion se hubiera desvanecido. ¿Y hemos de maravillarnos si en aquella morada los espíritus de estos hombres son asaltados de terribles visiones, si conversan con los centauros, si atroces combates se libran

en sus grandes almas, cuando en torno suyo surgen aún en los bajos-relieves de los templos desposeidos, los dioses con cara de lobos y de leones, y en todo el valle encuentran sus miradas las insignias vivas, los mensageros, los triunfos de la naturaleza enervante de los trópicos? En estas luchas interiores es donde acaba de morir la religion egipcia. Pasan algunos años, y pronto no quedan más que los santuarios perdidos en los océanos de arena; los centauros aterrados muestran, al desaparecer, con su mano el camino de sus grutas abandonadas á unos hombres saludados con el nombre de santos, porque, despreciando los símbolos de la materia domada, conquistaron para siempre la corona del espíritu. El Egipto antíguo ha muerto; el Egipto moderno comienza. Al templo ha sucedido el monasterio.

Se acusa á estos solitarios de haber dado la señal de la disolucion social al apartarse del mundo; yo advierto, por el contrario, que nada estaba menos tranquilo ni más poblado que su soledad, pues que tenian en todas partes por compañero al infinito. La idea que les llevaba á los lugares más salvages no era un espíritu de destruccion, sino más bien el deseo de volver á encontrar, en lugar de una sociedad muerta, el tipo de toda sociedad viva, de toda alianza, en una comunion renovada con Dios. Reanudaban con él el contrato social que acababa de romperse. Mientras la ciudad humana se desplomaba, recibian ellos en la contemplacion de la ciudad eterna el espíritu

de las leyes que debia reedificar las abatidas murallas; hasta puede decirse con exactitud que en aquel tiempo el génio del aislamiento estaba en la plaza pública, y el principio de la sociedad, en la ermita. El alma del mundo civil soplaba desde el fondo de las soledades; lo que me inclina á pensar que el comienzo de toda sociedad se señala siempre por un recogimiento parecido del hombre, que vá á buscar su ley en el libro del desierto. Moisés en el Sinaí, Zoroastro sobre el Bordj, Manou en la orilla del Ganges, Orfeo en la Tracia, ¿son por ventura otra cosa que los anacoretas del mundo naciente, como Antonio, Pablo, Atanasio, son los anacoretas del mundo renovado?

III.

El principio religioso en Babilonia y en Fenicia.— El sentimiento de lo infinito en el amor pagano.

Desde la primera aurora que los pastores del alta Asia invocaban en sus himnos del Rig-Veda, todo, hasta los mismos cielos, ha cambiado; y sin embargo, aquel mismo culto aparece ahora en medio de la Caldea, sin otras diferencias que las propias de un pueblo ya civil y educado por la experiencia. Babilonia ha heredado la religion de los pastores del alta Asia. En este intérvalo, lo que era inspiracion ha pasado á ser ciencia, obser-

vacion, cálculo. Ya no se atrae á los astros nacientes con la promesa de una ofrenda de leche, pero se les levantan grandes templos en medio de ciudades construidas segun el plan de la ciudad celeste. En la cima de estos templos, formados de torres superpuestas, dispónese para el sueño, de los sacerdotes, en vez de toscas esteras, un lecho de oro, y durante las evocaciones van á terminar allí, sobre la púrpura, sus sueños en las constelaciones. Los astros caprichosos, que se elevaban y descendian en sus carros al compás de los himnos, quedan sujetos en adelante á una marcha regular. Su rumbo está señalado, y en vez de vivir solitarios, forman ya una sociedad brillante que tiene su gerarquía, sus sátrapas, su déspota. Combínaseles, se les apareja entre sí, formando constelaciones vivientes, ídolos luminosos, que derraman el bien y el mal en la tierra. A medida que el hombre, cansado de emigraciones, se ha fijado en un domicilio, ha hecho entrar tambien las estrellas en sus moradas sagradas. Las doce casas del Zodiaco se abren para recibir los doce dioses, y á sus umbrales van á beber en las fuentes de la vía láctea los animales celestes. La serpiente, el pez, el perro, el escorpion, hallan su primer asilo en el puro cielo del Asia. Intérpretes de la luz invisible, los planetas errantes muestran el porvenir, mientras que debajo de ellos están las treinta estrellas *consejeras*, cada una de las cuales tiene su color, su voluntad, su génio. Más allá de los astros de los vivos habitan los astros frios, que

únicamente los muertos pueden contemplar; y para regir este reino celeste surge de nuevo, con el nombre de Bel, el sol Indra-Aries, conductor de rebaños. El hombre no pide ya solo á los astros indulgentes la yerba de cada dia para la vaca ó el caballo; otros cuidados le asedian; el dia de mañana empieza á inquietarle; deja el cántico por la astrología.

Vemos por todos estos rasgos que el culto de Babilonia no es más que un rito particular del culto de la luz primitiva; sólo que, representándola encarnada en la figura de los astros, encerrándola en la órbita de los cuerpos visibles, consagraba la adoracion de las imágenes en los templos; lo cual formaba un contraste notable con el genio tan espiritual del Zend-Avesta, verdadero protestantismo en el seno de la gran iglesia pagana; de donde nacieron las guerras de religion entre la Asiria y la Persia. A esto debe añadirse que en el espíritu de los patriarcas de la India y del Asia, los dioses nutridos con leche no tenian sino pensamientos infantiles. Despertarse durante la noche para calentarse en el hogar de los pastores, aguijonear las ciervas uncidas á sus carros, hartarse con las ofrendas de miel, constituia su felicidad suprema, sin que, por otra parte, existiese entre ellos ningun lazo, comercio ni sentimiento comun. No estaban aún señalados la diferencia y los instintos de los sexos, miéntras que al encontrar ahora este mismo culto en la Caldea, diríase que, en el intérvalo, los dioses

niños habian llegado con la misma naturaleza á la edad de la pubertad. El deseo ha nacido, se ha desarrollado en el seno del Señor, cualquiera que sea su nombre, Bel, Baal ó Adonai, y la tierra, insinuándose el amor divino en el mundo, háse despojado de su túnica de inocencia. Al mismo tiempo, el universo que en los primeros Vedas no tenia, por decirlo así, ninguna expresion distinta, anímase, y se llena de pensamientos ardientes. Las estrellas que, al eco de los himnos, se levantaban sin deseos, lanzan ahora rayos inteligentes sobre la faz de las cosas, y en vez de la antígua noche, adormecida bajo los helados fulgores de los gemelos ó los Asvins, la noche amorosa implora ahora las caricias del dia. La tibia aurora del Rig-Veda, sin perfume, sin alma, háse trocado en una vírgen nubil, que codicia á su eterno amante; su seno se hincha con la curva de las nubes y las montañas; de su cintura desnuda caen las mieses maduras. ¿Qué más? La infancia del mundo ha pasado, y la ardiente juventud se anuncia por el grito de voluptuosidad que se escapa de Babilonia. En ardientes ritos, donde se ostentan los misterios de la generacion y la maternidad, la gran cortesana de los mundos, la naturaleza desplegada, celebra sus desposorios con el señor sol. Sentada sobre un leon de pelos erizados, con una diadema de torres sobre su cabeza, y en el cuello pedrerías que brillan con la luz de las estrellas, precipítase aquí y allá, sembrando por todas partes en la madurez de la vida la cruel vo-

luptuosidad que la devora. Llevada por las caravanas, su camino se abre por el comercio. En la extremidad de todas las grandes vías de comunicacion elévase su templo, de modo que todos los senderos parecen conducir á ella. Donde quiera que se establece una indústria, se encuentra á la enamorada con el inmortal amante: Mylita y Thammuz en Babilonia; Astarté y Adonis en Fenicia y Cartago; Cibeles y Attis en Frigia; siempre el mismo par, el matrimonio del cielo y de la tierra, la fiesta de la concepcion de la madre de todas las cosas al acercarse el verano; siempre el mismo duelo, los mismos trances para el sol, perdido y devorado por el diente de los inviernos y vuelto á encontrar en la primavera; siempre el Dios muerto, sepultado en el sepulcro, y resucitado de su Calvario en las páscuas desenfrenadas. El mismo comercio suntuario de los babilonios, extendiendo por todas partes las pedrerías, las perlas del golfo Pérsico, los perfumes é inciensos de Arabia, los tapices de la Caldea, *más dulces que el sueño*, era una especie de rito religioso que adornaba el seno de la tierra. ¿Qué hacian los fenicios cuando desplegaban de ribera en ribera la púrpura de Tyro? Embellecian el manto de la gran madre de las montañas, y las industriosas ciudades, Tyro, Sidon, Cartago, Smyrna, al borde de la mar sentadas, eran otras tantas *esclavas* constantemente ocupadas en adornar, restaurar y bordar los pliegues de la túnica de la desposada, que ocultaba, en la nube, su frente cargada de almenas;

de suerte que, bajo muchos aspectos, las artes industriales no eran más que una consecuencia del culto. Por otra parte, en Babilonia, en el corazon mismo del Oriente, fué donde aquella diosa satisfizo sin cesar sus insaciables ardores, abrazando en su vasto regazo todas las sociedades del Asia Occidental. A todas comunicó el mismo espíritu; enlazó á la Caldea, la Fenicia, la Frigia, la Lidia, el Canaan, pudiendo decirse que las consumió con sus abrazos, hasta que nó quedó de ellas más que sus nombres.

Representada así la divinidad en su aspecto femenino, era natural que emancipase bajo muchos aspectos la condicion de las mujeres. Mientras en todas partes hilaban oscuramente en el fondo de los gineceos, gozaban aquí de horrible libertad bajo el manto de la diosa. En los mismos lugares donde el mahometismo las há privado en cierto modo de la vida civil, aparecian sobre sus tronos Semíramis, Dido, Stratonice, Athalia, Artemisa, Cleópatra, como la imágen triunfante de la eterna Astarté. Coro de Ménades reales que, heridas por punzante aguijon, prosiguen la carrera desenfrenada de la Madona del panteismo.

No otra cosa hacía tan fácil la pendiente á la idolatría en la Judea. Estoy persuadido de que Salomon y los reyes de Israel y de Samaria, al asociar á Jehová la Venus oriental, creian completar, consumar en él la divinidad, más bíen que destruirla; afeminaban su culto, no renegaban de él; le llevaban á su templo su compañera,

la esperada esposa. Era una alianza ofrecida á Jehová para salir de la eterna viudez; con tanto más motivo cuanto que la diosa fenicia hablaba la misma lengua que él, era luz como él; que descendiente de la Caldea, tenia su mismo origen; que en medio del ejército de los cielos, parecia bajo muchos aspectos, el reflejo del antigno astro de Jacob, y que así todo explicaba, consagraba á los ojos de los sentidos sus desposorios. Pero el Dios de Jose rechazó obstinadamente á la celeste Putifár; porque no debia de tener otra esposa que la iglesia mística de la edad média.

Hé aquí como, despues de haberse agotado todos los sentimientos de la infancia, terror, respeto, admiracion, entrégase ahora el hombre á un amor delirante por lo infinito bajo la forma de la naturaleza No es posible negarlo. Esto no es ya una creencia nutrida de leche y miel, sino la bebida de Fedro; son las señales del deseo desencadenado por la *vírgen loca*, que en todas las cosas vive y respira. Con frecuencia se cansa el hombre de no abrazar mas que los frios miembros de la diosa de oro ó plata en el fondo del santuario; quisiera poseer la diosa misma palpitante en su carne mortal. Con la mirada extraviada, presa del vértigo, precipítase fuera del templo, cuya estrechez le ahoga; recorre los sitios salvages, donde forma coros de Corybantes, Curetas y Dáctilos, que de retiro en retiro buscan la grande abuela de las montañas, eternamente madre, eternamente vírgen. Al son de los tambores y de la flauta frigia,

corre al fondo de las cavernas, con una antorcha ardiendo en la mano, para ver si está allí la Diosa dormida. Embriagado en todas partes con sus emanaciones, respira de cerca sus perfumes en la cabellera de los bosques sagrados, y cree sentir bajo las flores las palpitaciones del seno de la Matrona de las selvas. Elévase sobre las cimas, desciende al fondo de los golfos. gritando: ¡Evohe! ¡Evohe!; luego, cuando el suspiro de los océanos le responde, á la voluptuosidad se mezcla la desesperacion de no poder tocar aquel infinito engañoso. Agota la copa de la orgía; su sed se acrece aún; desgárrase con sus manos, y sellando su cuerpo con terribles estigmas, sigue siempre á la gran Madona amorosa que siempre se oculta allá en el horizonte sobre su carro tirado por rugientes leones. Percibe sobre el rocío encendido las huellas de las ruedas; apr oxímase; se obstina, hasta que, jadeante, extraviado, no sabiendo ya á que lado volverse para abrazar á la amante, la vé un dia subir á los purísimos cielos de la Siria bajo la figura de la Vírgen inmaculada del Cristianismo; porque era preciso que el hombre hubiese recorrido con su antorcha todo el recinto de la materia y de los cuerpos, antes de consentir en buscar definitivamente su dicha, mas allá del universo visible, en un amor mas insaciable que el amor de las Ménades.

LIBRO QUINTO.

LA RELIGION HEBRÁICA.

I.

Jehová.—La revelacion por el désierto.

Hemos venido siguiendo hasta el presente, bajo la máscara monstruosa del paganismo, el espíritu de la tradicion universal; abramos ahora el libro que encierra cuanto de vital hay en todos los del Asia, que los reune todos, y todos á la vez los contradice, consagrándolos y aboliendolos á un mismo tiempo. En esto consiste, bajo el punto de vista humano, el milagro mas visiblemente escrito en cada página de la Biblia. Por un lado, recoge lo mas puro de la sustancia del Oriente, por otro, señala el fin de su reinado. Corónalo y lo maldice á un tiempo, y como, sobre todo, lo compendia, hállase penetrado de la idea viviente de

Dios, que bebe en cada una de las fuentes santas del naciente mundo.

De medio siglo acá, el texto del Antiguo Testamento ha sido examinado mas que nunca. Alemania se encargó de esta tarea. El espíritu del hombre quiere, al fin, ver claro en el libro de Dios. Vuelve á tomarlo; pesa ahora cada sílaba; se empeña en este juego dé azar: nunca se dió tan rudo asalto á la letra. ¿Y qué resulta de aquí? Si solo las apariencias se consultan, todo queda irrevocablemente trastornado por los descubrimientos de la crítica, no pudiendo menos de confesarlo la misma ortodoxía; pero si despues de esta primera ilusion se examinan los resultados, se los encuentra mezclados con tantas conjeturas é hipótesis, que se desespera de poder fundar nada sobre esta base. ¿Está perfectamente demostrado que solo los cánticos del Pentateuco datan del tiempo de Moisés, que la narracion entera de los cinco primeros libros de la Biblia es la obra sucesiva y anónima del sacerdocio; que, por otra parte, en vez de un cuerpo de tradiciones, no contienen mas que alegorias, fábulas morales, una Iliada simbólica? ¿Es cierto que la historia no comienza á apuntar sino con el libro de los Jueces y el personage Samuel; que el Génesis, formado de dos monumentos de diverso orígen, es posterior al tiempo de la cautividad; que la mayor parte de los salmos nada tienen que ver con David; que la mitad de Isaias, todo el libro de Josué, los de Daniel, Esther, Esdras, Nehemias, Job, Ruth y los prover-

bios son apócrifos? Sustituyendo en todas partes las personas con la accion vaga del tiempo, aboliendo todo nombre particular, ¿se ha consíderado bastante que este sistema, que se aplica tan fácilmente á los pueblos en los cuales el hombre desaparece en la casta, está en contradiccion casi perpétua con el génio de todos los demás? No son dinastías hereditarías las que componen su pasado, sino indivíduos, figuras indestructibles. Para arrancar á Moisés de la historia, ¿por qué no se comienza arrancando de ella al mismo pueblo hebreo?

¿Qué importa, por otra parte, que se disputen á Moisés unos cuantos reglamentos y narraciones, que sin duda alguna no le pertenecen, si se le concede la plena posesion de la idea de Jehová, que es en lo que consiste verdaderamente el milagro de su vida? ¿De qué sirve hacer comenzar la teocracia despues de la destruccion de Jerusalen, sino se le niegan sus doctrinas? Que estas provengan de Egipto ó de Babilonia ¿son acaso por esto menos extraordinarias? Arreglad, cambiad á vuestro gusto la cronología de los monumentos hebráicos, no podreis negar que un mismo génio reina en todos, y en este génio estriba toda la dificultad. Aléjesele con el pensamiento hasta los últimos confines de la antigüedad ó aproxímesele á nosotros, envejézcasele ó rejuvenézcasele, la razon humana no logra desembarazárse de él, transportándolo así de siglo en siglo á todos los puntos de la duracion. Al fin, es necesario entrar en dis-

cusion con él; en cualquier punto que lo encontremos, es casi igualmente peligroso.

En todo lo que precede, las religiones del Oriente, hijas unas de otras, forman una misma Iglesia. El culto de la palabra y de la luz brotó del primer himno; en este hogar se encendió el genio del Asia, y este genio penetró hasta en el corazon del Africa. Unidos entre sí, viviendo de la misma vida, estos cultos descansan, como sobre un trípode, sobre el dogma de la Trinidad. Por aquí comienza la dificultad: donde está el lazo que une á la Judea con esta Iglesia universal del Oriente profano? ¿Cómo ordenar al pueblo judío en esta vasta unidad? ¿A qué sociedad referirlo preferentemente? ¿A la de Egipto, como tantas veces se ha intentado? Pero ¿donde está la sucesíon, el encadenamiento, del sacerdocio de Mémfis al de Jerusalen, de Hérmes á Moisés, de Osiris á Jehová? No los busquemos aquí, porque no los encontraremos. Del mismo modo que en la naturaleza tropezamos frecuentemente en la escala de los séres orgánicos con un intérvalo, hiato, que no se puede llenar, así entre Osiris y Jehová no hay sólo progreso de formas, marcha ascendente, sucesion regular, sino una gran revolucion. ¿Diremos que Adonai, Eloha, no es otra cosa que la sucesiva evolucion del Baal de Babilonia, del Adonis de Fenicia, del Hércules de Tyro? Ménos aún. Engrandézcase cuanto se quiera por una progresion continúa el genio de estos dioses, no llegarán nunca, por ninguna série,

á la idea de Jehová. Corregid, embelleced, perfeccionad cuanto querais á Baal ó Astarté, nunca podreis obtener de los dioses de Canaan el Dios de Moisés. ¿Por qué esto? Porque encarnados en el universo, forman un todo con él; la tierra es sus piés, el cielo su cabeza, las estrellas su vista, miéntras que la natureleza no es siquiera un vestido para Jehová, quien á su placer puede rehacerla, destruirla. Los vientos no son su soplo, sino sus enviados; las estrellas no son sus miradas, sino sus esclavas; el mundo no es su imágen, ní su eco, ni su alimento, ni su luz, ni su palabra. ¿Qué es pues? Nada delante de él.

Para hallar una alianza sólida á Jehová, es necesario retroceder hasta el principio de los cultos del alta Asia, hasta aquella divinidad primera, misteriosa, impenetrable, fuente de todas las demas, el Brahma de los Indios, el Zerván-Akerene de los Persas, *el que es por sí mismo* padre de los dioses, aún ántes de tener ninguna posteridad. Con este eterno ancíano, sin esposa, sin hijos, sin compañero, sin familia, es con quien Jehová está verdaderamente emparentado. Pero en los otros cultos apenas si este gran solitario se muestra; se cansa muy pronto de su soledad; se encarna en seguida; decae y desaparece bajo la figura del mundo, agotando su divinidad al comunicarla á todas las cosas; mientras que Jehová la acumula por decirlo así, en sí mismo, sin prestarla á nadie. La misma Trinidad, que constituye el fondo de

todos los demás cultos, hállase como velada y oscurecida en el suyo.

En el explendor de la primera aurora, en la religion de la luz increada, es donde su alianza resplandece claramente con Indra y Ormuzd sobre todo, que flotan, como él, sobre la creacion, sin estar en ella encerrados. Hasta parece nacido en la luz, puesto que por ella empieza á revelarse á Abrahan en el hachon de fuego, á Isaac en la hoguera, á Moisés en la zarza ardiendo y en el relámpago de donde irradia la ley; al pueblo en la columna luminosa que precede á su marcha; á Salomon y Elias en la llama que devora el holocausto. Su faz luminosa se levanta por grados desde el centro del Asia sobre las altas cimas, hasta que más y más perceptible con el tiempo, creciendo, elevándose de siglo en siglo con su pueblo, acaba por sentarse, vestido de lino, delante de Miqueas, Isaias, Ecequiel, sobre su trono resplandeciente, parecido al de David. Si fué peligrosa para él la rivalidad de Baal y de Astarté, es por que siendo dioses encarnados en la luz corporal, tenian con el principio espiritual de su culto una analogía exterior, confirmada por los ornamentos del templo. Las palmas extendidas sobre los capiteles, las granadas, los lírios cincelados por los obreros de Tyro, ¿nó eran tomados al templo del sol? Los siete brazos del candelabro ¿nó recuerdan los siete planetas ardiendo? El mar de bronce, en que los doce toros del templo se abrevan, ¿no es el año eterno de que se ali-

mentan los doce meses? Porque á medida que Dios crece, se asimila para purificarlo en su hogar, tódo lo que de sagrado encuentra en el Oriente; sin temor de mancharse, roba, llenos de doctrinas extrangeras, los vasos sagrados del Egipto, la Persia y la Caldea. Por el Génesis salido de la noche, se enlaza al Egipto; por la tradicion del diluvio y de Babel, á los Cal deos; por la de los ángeles, el Eden y Satanás, á los Medos y Persas. Los Amschapands del Zend-Avesta le dan sombra con sus alas desde la cautividad de Babilonia; la muchedumbre de ángeles luminosos del Irán le acompañan en el destierro sobre sus carros y caballos de fuego: hasta los animales sagrados, los dragones de los magos, reaparecen en su culto bajo la figura de querubines con cabezas de toro y alas de diez codos. Trasformando cuanto toca, nunca aparecen mejor que en estos raptos divinos su originalidad y personalidad.

!Notad, en efecto, qué infranqueable barrera levanta en torno suyo; cómo á la vez que se une á todo, se separa de todo! No olvidemos tampoco que no se revela como Indra en medio de la naturaleza tropical, donde todo provoca á la idolatría, á la pluralidad de formas; ni como Ormuzd sobre los montes de la Bactriana, cerca de las fuentes inflamadas de donde brota el culto del hogar; ni como Osiris ó Bel en las orillas del Nilo ó del Eufrates, donde cada onda parece ocultar una divinidad murmurante. ¿En donde, pues, se ha aparecido? ¿Donde toma en cierto modo su forma? En el

desierto, esto es, en un lugar de donde la naturaleza está ausente, donde el mundo se detiene, donde nada hay que pueda entrar en rivalidad con él, donde nadie habita mas que él, donde su sombra es su único compañero. Como Cristo en la desnudez de Belen, así se revela en la desnudez del Horeb, pátria natural del Dios celoso. Por todas partes en el horizonte, la naturaleza desolada, sacrificada, el universo desaparecido, ni un rio, ni una fuente que adorar, ni bosques, ni metales con que construir imágenes, ni siquiera una voz, excepto la del rayo; pero en todas partes la faz de Jehová, única resplandeciente en el vacío de la inmensidad, el Espíritu sólo de pié en medio de su invisible templo. Y la raza de hombres que ha de alimentar esta revelacion en su corazon, ¿donde ha nacido? En el desierto. ¿Qué son los patriarcas que la recibieron? Arabes del desierto. ¿Qué es Moísés que la renovó? Un pastor del desierto. ¿Dónde recibieron las tríbus su educacion de cuarenta años?En medio de las piedras de la Arabia: allí graba este pueblo en su corazon de piedra la enseñanza del desierto. Siempre el desierto en el horizonte cuando pronunciais el nombre de Jehová, que parece su genio, su eterno habitante. Notad que la naturaleza habia sido por tanto tiempo adorada, que cuando se quiso destronarla, fué necesario arrojar á los pueblos lejos de ella, para encerrarles en el sepulcro del mundo. Tal es la razon de esta retirada extraordinaria del pueblo hebreo entre las arenas del extravio. La

humanidad se recoge en medio del silencio del universo, el milagro del Dios-espíritu se consuma en su corazon. En vano la crítica incurre en numerosas contradicciones para afirmar que la emigracion del Egipto es solo una ficcion moral, una alegoría sin fundamento alguno: yo encuentro en caractéres indelebles el desierto impreso en la ínstitucion y hasta en el temperamento de este Dios, en su magestad, en su inmensidad, en su desnudez. Los ásperos surcos de estos valles de hisopo, las escorias de estas rocas destruidas, las amenazas de esta tierra de cólera que jamás ha sonreido, refiéjanse en su cara. El terror es su ley; su vista da la muerte. Todos los otros poseen santuarios, templos; sólo él vive errante, sin morada, trasportando todos los dias su tienda, sin detenerse en parte alguna para no tomar la figura de ningun lugar. No es el Dios de la montaña, ni el del valle: es nómada como el espíritu que habita en todas partes en un mismo instante. Sólo muchos siglos despues de su revelacion, cuando su imágen perfeccionada y redondeada en las inteligencias no puede ya ser velada por la imágen del mundo, consiente en penetrar en un templo. Fíjase entónces en la Judea, como el grano de vida que, llevado por el huracan, cae al fin en un suelo fértil. Se arraiga; y en lugar de las hordas errantes, sin progreso, sin mañana, hé aquí el reino de Judá que empieza á germinar. Y cuando este reino habrá desaparecido, el mundo querrá todavia seguir el carro de Jehová, y volverá

á las mismas soledades. Cristo, ántes de revelarse, sigue por espacio de cuarenta dias las huellas de su padre sobre la arena inmaculada; más tarde, el paganismo se reconcilia con él en el fondo de las Thebaidas; en fin, cuando Mahoma quiere atraer el Oriente al culto de lo invisible, ¿de donde sale? De la Arabia petrea, porque una vez más hay en el mundo dos figuras visibles de la eternidad, el Océano y el Desierto, los cuales han dejado impresa su huella, cada uno á su modo, en el genio de las religiones. El uno se agita, se conmueve, se encoleriza, se apacigua al mismo tiempo, borrando cada dia su huella: caprichoso, tumultuoso, de su seno debian surgir los dioses inconstantes de la India y de la Grecia. El otro, sin voz, sin sucesion, sin forma aparente, no puede revelar más que el Dios-espíritu, inmutable, inexorable, incorruptible como él.

II.

Los Profetas

Los dragones que guardaban el tesoro de los desiertos, estaban aislados de toda la naturaleza viva, y era necesario de la propia manera, para conservar el oro puro de la tradicion, la doctrina de la unidad de Dios, un pueblo que viviese sin alianzas con el género humano; dado que en los momentos de tregua, en las mezclas de las razas, era cuando se verificaban los concubinatos entre

los cultos, y aumentaban las divisiones intestinas del politeismo. Seguros los jefes de los hebreos de que no habia alianza posible entre su religion y las del resto del Oriente, jamás intentaron convertir á nadie; destruyeron, pero no sometieron. Adonde quiera que llegaron, extendieron en torno suyo el desierto; porque este pueblo debia vivir solo en la tierra y en el tiempo, como solo vivia su Dios en el cielo y en la eternidad.

Pero en este aislamiento veíase constantemente oprimido por el gran secreto que solo él en el universo poseía; sabiendo que era el confidente del Eterno, prestaba atento oido á sus mensages invisibles, y sufria todos los encantos de la soledad. Una voz le decia que en su seno llevaba el porvenir, que valia mucho más que su propio destino; y á pesar suyo, este trabajo del porvenir le atormentaba; estaba por ello orgulloso y abrumado á la vez. Siempre sobre el trípode, el tono dominante de su poesía y su culto habia de ser la profecía.

¿Por qué en los indios, persas y egipcios no hemos encontrado videntes? El profeta, sustituyendo al sacerdote, muéstrase aquí claramente por vez primera. En los cultos panteistas no hay más que un eterno presente; las generaciones se confunden entre sí más bien que se suceden. ¿Qué esperar del porvenir en semejantes sociedades? ¿por qué llamarlo ni temerlo? ¿no está encadenado Dios por la fatalidad, el hombre por la casta? ¿Qué esperanza puede haber en medio de

estos lazos que ningun Mesías ha de venir á romper? Solo en Egipto, como perdido en las arenas, hallamos un oráculo, el de Ammon, avaro de palabras, que es necesario provocar. ¿Qué son los adivinos de la Caldea al lado de Daniel? Solo en el seno del pueblo hebreo brilla verdaderamente el genio del porvenir, porque su Dios es libre; puede, quiere, eleva, cambia, destruye, se encoleriza y se apacigua. Lo que ha sido, deja de ser la regla inflexible de lo que será. Con la personalidad divina nace el milagro de la libertad en el mundo, arruínanse las viejas instituciones, desarróllase el tiempo hasta entónces envuelto, ábrese, en fin, el porvenir como un libro cerrado, y en seguida siente el hombre deseo ardiente de hojearlo y devorarlo con la vista.

De aquí la imágen de un pueblo que, rechazando un presente odioso, vive constantemente fuera de sí, en la esperanza de lo imposible. El ministerio de los profetas es una base esencial de su constitucion, que descansa en un doble sacerdocio: el de la tríbu de Leví, hereditario, consagrado á mantener la tradicion, semejante en muchos de sus rasgos al sacerdocio del resto del Oriente; y el de los videntes, sacerdocio libre, personal, espontáneo é independiente de aquella casta. Estos no sacan su autoridad más que de sí mismos; salen frecuentemente de las últimas clases de la muchedumbre; tribunos del pueblo de Dios, tienen por mision estimular al sacerdocio hereditario, siempre dispuesto á encastillarse en las

formas del pasado. Por ellos se esclarece, depura y espiritualiza más y más en las inteligencias la figura de Dios; velan para impedir la confusion entre Jehová y Baal, y derraman incesantemente un alma nueva en los ritos antiguos. Sus palabras estaban primero sugetas al ritmo, y no podian cantarse; más tarde se contentaron con la prosa hablada, pero siempre tuvieron profundo conocimiento de los tiempos en que vivian. Fueron los primeros de la antigüedad en apercibirse de que el viejo Oriente estaba muerto, y celebraron anticipadamente sus funerales. En una época en que los imperios de Egipto y Babilonia estaban aún en pié, cuando nada aparentemente anunciaba su ruina, tuvieron el seguro presentimiento de que aquellas sociedades habian concluido. ¿Dónde aprendian esta ciencia? Era que el Díos de la historia vivia en ellos. En efecto, de la idea de la unidad divina, como desde lo alto de una torre maravillosa, dominaban todo el horizonte de la antigüedad, y veian claramente deplomarse los viejos sistemas religiosos que les rodeaban y caer, con las divinidades antíguas, las sociedades, los imperios, los Estados que hasta entónces habian sostenido. En la historia religiosa leian la historia política y civil; la muerte de los dioses les enseñaba la muerte de los pueblos. Cuando aún no bamboleaba ningun templo, cuando los sacerdotes orientales vivian en la paz más profunda, voces extrañas interrumpen este silencio. *¡Profecía contra Babilonia*! Y en efec-

to, el imperio de los medos, nacido en un rincon, sale súbitamente de su oscuridad, y apénas nombrado, subyuga á Babilonia. *¡Profecía contra el Egipto!* Y en efecto, Ciro sale de la cabaña de los pastores; su sucesor está en la cuna: se levantan, y Cambises hace apalear las osamentas de los Faraones. *¡Profecía contra Damasco y el reino de Efraim!* Y en efecto, estos reinos van á ser cogidos, como nidos de pájaros, por el cazador de la Caldea. Cada palabra de los profetas parece un juicio de Dios, por lo rápido de su cumplimiento. Desde las altas moradas que sus espíritus habítaban, rápidos embajadores de la política sagrada, descubren el plan de la Providencia, cuando todavía estaba oculto para el resto del mundo.

Por otra parte, no se ocupaban solo en los pueblos extrangeros, sino que dirigian especialmente sus miradas sobre la Judea. La época en que aparecieron fué aquella en que se debatia la cuestion de la independencia nacional del pueblo hebreo, desapareciendo cuando esa independencia estaba sin peligro, y cuando ya no tenia porvenir. Cada uno de ellos tiene en este sentido un carácter especial: Isaias es el que mas se eleva, advierte desde léjos, y es el primero en mostrar el peligro por la parte de la Caldea: Jeremias es sorprendido por el acontecimiento, y se resigna al yugo; Ezequiel vuelve á levantarse, la cautividad le subleva; los animales de los cultos de Persépolis y Babilonia lo llevan sobre sus alas, señala el camino de la vuelta, y traza el plan del se-

gundo templo. Pero, á pesar de estas diferencias circunstanciales, todos manifiestan el mismo pensamiento, la misma politica, el mismo temor. Ante el Oriente unido en contra suya, invocan en el cielo la unidad de Dios, en la tierra la unidad de los pueblos, la reunion de las tribus, la fraternidad entre los reinos de Efraim y de David, la unidad de gobierno, ó sea, la alianza del sacerdocio y del trono en el seno de la teocracía. Imponen lo que se llamaria hoy centralizacion por la obediencia de toda la Judea á Jerusalen, y como emblema de esta unidad soberana, no quieren mas que un solo templo, un solo altar, un solo sacrificio sobre lo colina de Sion. Sin embargo, mostrábanse divididos entre dos pensamientos. Cuando miraban á sus pueblos, á aquellas tribus esparcidas al pié de los colosos imperios asirio y persa, no podian menos de temblar, hallando en todas partes tristeza, señales de ruina, lágrimas, grítos, desesperacion; dolor imposible de igualar, pues veian que la Judea, el santuario del porvenir, iba á ser dispersado, y de antemano lloraban por su ruina inevitable. Cuando, al contrario, consideraban la idea divina que el pueblo hebreo llevaba en su seno, sentian, levantando la cabeza hácia Jehová, que poseian, con la verdad, la fuerza invencíble, y no podia ocurrírseles, ni en sus mayores amarguras, que el pueblo que era templo vivo de Dios, estuviese destinado á perecer, puesto que esto habria sido admitir la defeccion del Eterno. Por eso siempre que llegan hasta esta idea, su

desesperacion cesa; lejos de temer, amenazan; levantan al pueblo hebreo del polvo, saludan su triunfo y lo coronan. Esta mezcla de dolor y de alegria, de desesperacion y de júbilo, este sentimiento de todo lo que allí hay mas debil, la Judea, de todo lo que hay mas poderoso, Jehová, este eco, este diálogo de lo infinitamente pequeño y de lo infinitamente grande, hé aquí el drama divino, que solo se encuentra en el génio hebráico.

Se ha preguntado si los profetas tenian idea clara de la inmortalidad del alma. Lo cierto es que tenian fé en la inmortalidad terrestre del pueblo hebreo. Este reino era el vaso que contenia el espíritu del Eterno; podia ser roto por su cólera, pero habia de ser restaurado para su gloria. Y en efecto, cuando el profeta canta los funerales de su pueblo, celebra á renglon seguido su victoria sobre el sepulcro. Y estas ideas no pertenecian solo á los videntes; eran las del pueblo entero, que puede considerarse en el conjunto de su vida como un solo profeta que vive desde Moisés hasta los Macabeos. Hasta en el destierro, bajo el látigo de los arqueros de la Caldea, cuando era llevado atadas las manos á la espalda, iba conducido por un sueño sagrado, del que nada podia despertarle, ni aun el andar con los piés desnudos sobre la arena del desierto. Cuando desciende los tristes grados de la servidumbre, cree subir los grados del trono del mundo; tan cierto es que sola la idea de Jehová lo invistió de una monarquía que nada podia abolir. Esclavo en la

Caldea, siéntese el soberano de la tierra por la potencia de su dogma.

Cuanto no se atenuaria, por otra parte, la importancia de los profetas, no viendo en ellos mas que tribunos del desierto! No destruyen los pueblos, los unos por los otros, la Judea por la Caldea, la Caldea por la Asiria, la Asiria por la Persia, sino para hacer brillar mas el poder de su Dios, único en pié en medio de estas ruinas. Léjos de encerrarse en el estrecho recinto de una ciudad, de una raza de hombres, son, como la tradicion les llama, oradores de Dios que leen el porvenir allí donde se forma, esto es, en Dios mismo. Tal es la altura de su trípode, que abrazan todo el horizonte de la historia, donde cada siglo parece una ola en esta vision del océano de los tiempos; porque no profetizan únicamente una série de accidentes, de sucesos, como los oráculos griegos, sino que anuncian un cambio social, una ciudad, una humanidad nueva. El reino de David es para ellos una edad de oro que extienden á todo el porvenir, viendo anticipadamente, con la restauracion de este reino ideal, la unidad de Dios apoderarse de toda la tierra y redimir el antiguo mundo. En este sentido se ha dicho con razon que en un solo capítulo de Isaias hay mas de una república de Platon. En efecto, ¿no se han cumplido las profecías? ¿No ha triunfado la unidad de los Elohim? ¿No ha sido destronado el Dios de Babilonia por Jehová, esclavo de esta gran ciudad? ¿No ha sucedido á la antígua enemistad la fraterni-

dad de los pueblos? ¿No encerraba implícitamente el Antiguo Testamento, como el boton encierra la flor, el Nuevo? ¿No ha sido renovada la faz de la tierra, y con ella la humanidad misma?¿No trabajan hoy, quizás sin saberlo, todos los hombres en reconstituir, segun el plan divino percibido en su orígen por aquellos profetas inspirados, el imperio de David? Porque todos los pensamientos de Dios, así como sus obras, hállanse envueltos en un primer supremo pensamiento, y los primeros que poseyeron este pensamiento, poseyeron realmente la ciencia de todos los tiempos, de todas las formas del porvenir.

Un hecho extraordinario sucede despues de la vuelta de la cautividad de Babilonia: el poder profético pasa, desaparece en la próspera fortuna. La esclavitud lo exaltaba; el tranquilo vasallaje lo extingue; y ya no reaparecerá más que un momento bajo los macabeos con el peligro de una lucha desesperada. Es que el pueblo hebreo, reconociendo la proteccion del extrangero, plegándose á la soberanía del Asia, se privó del doble aguijon del orgullo y del dolor; porque cuanto más llevadero es su presente, menos siente el trabajo del porvenir. Nunca tuvo el alma de este pueblo tan sublimes oráculos como bajo las cadenas de la Caldea, mientras que la paz, bajo la autoridad consentida de un señor, lo aletargó, y su espíritu resignado dejó de roer sus cadenas. En vez de elevarse, se vé á sus profetas descender hasta el tono didáctico, sucediendo insensiblemente á los

sublimes cánticos de Isaias y Ecequiel, las sentencias y proverbios del Eclesiastes. En este momento todo ha concluido, el pueblo hebreo ya no vive más que de las promesas del pasado; al perder la independencia, ha perdido su trípode.

III.

Principio de la poesía hebráica.—Los salmos.

Al encarnarse en el mundo el Dios supremo de Oriente, desarróllase y crece con él, lo que equivale á decir, que la creacion continúa indefinidamente, y que los libros sagrados no encierran sino un eterno Génesis. Pero al génio hebraico, al contrario, bástanle dos solas páginas para describir la formacion del mundo. Elohim crea el universo por una explósion de su voluntad, é impulsándole en seguida lejos de sí mismo, siéntase aparte de él más allá de todos los cielos. ¿Qué poesía puede surgir de esta idea? No consistirá seguramente en largas narraciones, ni en magestuosas epopeyas, ó en un Ramayana cantado por los levitas, sino en un poema parecido á aquel Dios, rápido é instantáneo como él, y que apenas deja espacio para la narracion por lo perentória que la voluntad divina se muestra en hacerse obedecer.

En donde todo es maravilla, la maravilla desaparece. Cuando el artista del universo es á la vez alma suya, lo sobrenatural se convierte, por decirlo así, en el órden regular de la naturaleza,

pero cuando el creador permanece distinto de su obra, todo cambio parece una intervencion extraordinaria de su voluntad, y nace la idea del prodigio á la vez que la de la libertad divina, encendiendo el entusiasmo, la enagenacion y la accion de gracias. El salmo que resume todos estos sentimientos, es tambien la verdadera poesía del milagro. Bajo su azote hace estremecer las montañas y callar las olas del mar: con sus movimientos líricos, desconcierta los hábitos del espíritu, como el milagro los hábitos de la naturaleza.

¿Y que será si además de esto la lengua de los salmos tiene el carácter y acento especial de Jehová; sí parece salir de su ardiente boca en medio del braséro del desierto; si todo en ella es movimiento, vida y personalidad; si sus atributos son séres y los séres acciones; si las diferencias de sus tiempos se hallan apenas indicadas, tomándose hasta indistintamente unas por otras; si el presente carece completamente de expresion en sus verbos, como un punto indiscernible entre el pasado y el porvenir? ¿No parecerá esta la gramática del Eterno, más bien que la de un pueblo, que privado de la posesion de si mismo y de la conciencia de su presente, siéntese por decirlo asi fuera de los límites precisos de la duracion? No se busquen en semejante lengua las formas de la epopeya y las del drama, porque no existen; pero en vez suya se descubrirá un libro eterno, creciendo al través de las edades, al mismo tiempo

que el libro de la ley se vá insensiblemente desarrollando con el génio y la institucion del sacerdócio. La coleccion de los salmos contiene cantos que pertenecen á casi todas las épocas de la historia de los hebreos, desde Moisés hasta los Macabeos: eco de las generacíones, coro universal de aquel pueblo. Su siglo de oro, sin embargo, por decirlo así, pertenece al reinado de David, cuyos cantos son el modelo segun el cual todos los demás se forman, y esto explica porque la tradicion los refiere indistintamente al mismo autor, siquiera un poco de atencion baste para discernir el tono especial de cada uno. Resplandece en un principio la confianza en el ungido del Señor, y el acento sosegado y magestuoso que revela la armonía entre la monarquía y el sacerdócio; viene luego, desde el siglo VIII, el acento desgarrador que indica la cautividad de Babilonia; despues surge el acento entusiasta de la vuelta de la cautividad, la inspiracion más sencilla del primer templo, el génio más litúrgico del segundo, y así sucesivamente. En este trono de poesía, que se acrece con el tiempo, elévase, sobre todas, la figura de David, llevada en alas de los cánticos de la Judea, sentada al lado de su Dios en la montaña santa y flotando sobre la historia como la personificacion ideal, el *Ferouer* de Israel. De este modo y concurriendo el pensamiento de todas las épocas á engrandecer y á adornar este ideal, conviértese en la imágen de todas las esperanzas y en el símbolo permanente del porvenir, causa

por la cuál nunca deja de aumentarse aquel inmenso coro triunfal de los salmos, tanto en la paz como en la guerra, acreciéndose y resonando cuanto dura la existencia del pueblo hebreo, y apagándose cuando aquella se apaga. Profetas, historiadores, moralistas, todos se refieren á él; y él marca en cierto modo con su ritmo, más ó ménos rápido, los latidos de la vida en la série de las generaciones; unas veces rompe el acorde de sus voces, como si el pueblo descendiera en el abismo por grados sonoros, yendo á perderse á lo lejos entre las arenas ó á morir bajo los llorosos sauces en la cautividad; otras veces solo hace sonar una voz, que gime entre la noche, y pertenece á un rey nuevamente ungido, á un profeta, á un pastor ó á un levita olvidado entre las ruinas, mientras que el reino de Judá parece perdido y el concierto terminado; últimamente, despues de algun tiempo, vuelven á renacer eternamente los cantos de triunfo, y el coro litúrgico estalla de nuevo, surge del polvo el pueblo mudo con todas sus voces, reaparece la imágen del rey ideal más resplandeciente que nunca en medio de los himnos que vuelven á entonarse, abrese la puerta de la ciudad de Dios, y yá no sabemos si asistimos al triunfo del pasado ó al triunfo del porvenir.

En medio de estos sentimientos inspirados por el génio del sacerdocio y del poder real, existen otros que ninguna expresion adecuada pueden hallar en el resto del mundo. Las ocultas esperan-

zas, los pensamientos desolados, las miserias que constituyen el fondo de la vida interior, cúbrense con la magestad de un rey de Judá. La personalidad del hombre se manifiesta al mismo tiempo que la de Dios. Las divinidades de otros pueblos solo con los colosos se comunicaban, como cuando voluntariamente conducian los astros á sus moradas, dejando en cambio perdidos en la noche de los espíritus á los pensamientos privados, sin cuidarse de tales cosas, pues hasta estaba prohibido el invocar en secreto á los Inmortales; pero el Dios hebreo, por el contrario, á pesar de morar tan solo mas allá de todos los mundos, escucha desde su alejamiento las quejas, aun las mas silenciosas y mudas, que brotan del fondo del corazon. Atravesando la inmensidad, préstalas atento oido, é introduce de este modo al hombre en la intimidad de lo infinito, manteniendo con él las relaciones de un gefe de la tríbu patriarcal. Él es el padre; Israel, el hijo: tal es la santa familia del Antiguo Testamento, ruda en verdad, terrible paternidad sin la vírgen y sin la madre, y en la que el castigo no perdona ni al hijo.

Encuéntrase á veces en los salmos como una reminiscencia del Rig-Veda. Soplo del alta Asia, que penetra no se sabe por donde en el alma de la Judea. El primer cántico de los patriarcas, en todas las cimas de la tierra repetido, estalla tambien y en toda su pujanza sobre la colina de Sion. Así el Oriente tiene dos ecos, que desde sus dos extremidades se responden, y cuando el Himalaya

exclama: Indra, contesta el Líbano: Jehová. Por muy lejos que la poesia hebráica se halle de la primitiva rudeza de los cánticos indios, y siquiera indique desde luego una sociedad comparativamente moderna, es lo cierto que en muchos de sus rasgos recuerda la infancia de la tríbu, no habiendo hallado todavía, en resúmen, otro artificio para sus versos que el de repetir dos veces la misma idea, como si hiciese girar su ritmo, como David su onda, antes de lanzar su pensamiento al blanco. Mas si su vestido es rústico, su corazon y su alma son verdaderamente regios y cortados para presidir las danzas en los dias solemnes al rededor del tabernáculo. Pues preciso es reconocer, sin entrar aquí en investigaciones acerca de los salmos que puedan pertenecer especialmente á David, que se ha coronado muy fundadamente con este nombre una poesía que tiene todos los caracteres del pastor y del rey.

IV.

La Filosofia hebráica.—Job.

No todo es alabanza y profecías en la poesía de los hebreos; tambien en ella caben la duda y la blasfemia. Su más acabado monumento parece hecho para destruir todo lo que los demás habian fundado: tal es el poema de Job, sublime desafio arrojado por el hombre contra Dios en medio de su templo. ¿Qué relacion tiene este libro con las

demás Escrituras? ¿Cómo del seno mismo de la fé puede nacer la incredulidad más profética? ¿Significa acaso la inspiracion de un ángel rebelde y oculto en el Santo de los Santos, ó es un juego del espíritu que se divierte desencadenando las fuerzas del abismo? Muchos escritores han preferido, á penetrar en estas contradicciones, atribuirlas un origen extranjero, por más que no hay en el Antiguo Testamento ningun libro que tan profundamente penetre en las raíces de la religion hebráica. Cuánto más parece que se aparta de ella, más íntimamente se une con ella; de suerte que, léjos de pensar en arrancarlo de la Biblia, no podria comprenderse la fé de Moisés sin la blasfemia de Job.

Hasta aquí nos ha sido fácil ver que paz proporcionó á la inteligencia humana la revelacionde la unidad de Dios; fáltanos ver las contradicciones que esta idea traia consigo misma. Era la primera la cuestion del orígen del mal, tanto más difícil cuanto que no existia en los cultos del resto del Oriente. ¿De dónde venia la injusticia, el dolor, en la naturaleza y en el hombre? Ellos respondian: El mal viene de los dioses malos que luchan eternamente contra los dioses buenos. Ahriman combate contra Ormuzd; Tyfon contra Osiris; Siva contra Brahma. De aquí el triunfo de la iniquidad en la sociedad cívil; de aquí los reptiles, los peces, los monstruos, en el mundo organizado. Resuelta así la cuestion, pudo el Oriente dormir tranquilo respecto de este enig-

ma, sin sospechar que pudiera algun dia presentarse de nuevo.

Mas cuando en la Judea fué un dia proclamada la unidad soberana, la lucha cesó en Dios y estalló en el hombre. ¿No veis con este dogma en el cielo, suscitarse contradictoriamente esta discusion en la tierra? Si Dios es único ¿de donde procede el mal? Si es el Señor, ¿por qué la opresion de los buenos? Si pudo formar el mundo á su volunluntad, si tiene en su mano los corazones, ¿por qué el triunfo de los malos? ¿por qué la inocencia perseguída? ¿por qué la injusticia coronada? Lanzado al mundo este enigma, necesariamente el pueblo hebreo habia de buscarle solucion; no pudo ménos al principio de quedarse atónito; más si el libro de Moisés habia presentado el problema, el de Job debia intentar resolverlo. No se diga, pues, que es extraño á las Escrituras, que es caldeo, idúmeo, ó árabe; no, es hebreo. Hállase unido al sistema de la Biblia, como la respuesta está unida á la pregunta: la blasfemía es aqui la demostracion de la fé.

Veamos cómo se entabla la cuestion: no se trata únicamente del libro más poético de las Escrituras, sino de un libro en el que se encuentran bajo formas orientales, todos los argumentos que, en opuestos sentidos, no han cesado de atormentar el espíritu del hombre. Fundado el poema (porque es imposible tomarlo por un libro histórico) en una antígua tradicion, principia en el cielo. Todavia Satanás no se halla irremisible-

mente privado de la presencia de Dios, en cuyos consejos toma parte como uno de sus ángeles familiares, proponiéndole tentar al hombre más justo de la tierra, para ver si su virtud se cambia en blasfemia. Job, que debia de ser la víctima de esta solemne experiencia, es herido de repente por la desgracia. Era un príncipe poderoso, un emir; héle aquí revolcándose en un estercolero. Sin embargo, siempre habia practicado el bien. El sentímiento de la injusticia se subleva en él, y abre un proceso contra Dios. Siendo justo, sufre. ¿Por qué esto? De esta cuestion á la duda no hay más que un paso, sólo que el excepticismo del filósofo oriental no es el de los tiempos modernos; es una duda que dudando de sí misma, se separa con remordimiento de los fundamentos de la acostumbrada fé: incredulidad naciente, mezclada aún con el himno y la adoracion, como una serpiente del desierto oculta en el fondo del tabernáculo. Hanse hallado contradicciones entre los pensamientos de Job, y se ha concluido que tal libro está formado de fragmentos escritos en diversas épocas; pero lo que está fraccionado es el corazon de Job, no su poema. Le espantan sus mismos pensamientos; ántes de ir más adelante en el camino del excepticismo, querria retroceder, pero no puede; se ha metido en un camino sin salida, y lucha consigo mismo. Bajo el acicate de la desesperacion; bajo la mordedura de la injusticia, salta como un leon, ora á la fé, ora á la impiedad. Ruega, adora, reniega, canta, blas-

fema á un mismo tiempo. Su alma, en estas violentas sacudidas, es lanzada léjos de la vieja ley mosáica; arrastrada por una tempestad interior, traspasa á veces hasta el mismo Cristianismo. Nunca tortura moral hizo estallar oráculos semejantes, y lo que los hace más sensibles es que los amigos de Job, encerrados aún en el espíritu de la vieja ley, no comprenden una palabra de los trasportes, de los furores divinos de aquella alma que la desesparacion convierte en profeta; porque no teniendo ellos más inteligencía que la del pasado, son verdaderos fariseos en presencia de este Cristo del Antiguo Testamento. Como toda la cuestion versa acerca de la existencia del mal, comienzan por negarla de una manera absoluta. A esto contesta Job mostrándoles sus plagas, y exclamando que es justo. Pero sus amigos dudan de su inocencia; le suponen, le forjan algun crímen oculto, y lo condenan. Paso tras paso es conducido este hombre por la discusion á ver desaparecer su último apoyo con el sentimiento de su integridad, y desconfiando ya de Dios, del mundo, de sí mismo, la disputa acaba de destruir su última esperanza. Pero en este supremo instante, en esta agonía moral, cuando rueda á lo más profundo del abismo, de repente, no se sabe por qué milagro interior, vislumbra la esperanza de la inmortalidad. Vida eterna, resurreccion, estas palabras, que nunca habian sido pronunciadas, brillan en medio de aquella tempestad moral como un relámpago enmedio de una noche tenebrosa, porque no

es en efecto, más que un relámpago que se desvavanece para presentar más profunda la noche y el abismo que le suceden cuando los amigos, derrotados en toda la línea, refúgianse en una vanidad sublime, haciendo el elogio del universo, del bello órden de los cielos, de las leyes inmutables de las estaciones, ¿Qué tiene que ver todo esto con la cuestion? ¿Qué me importa que los cielos estén bien ordenados, si existe el desórden en el corazon? ¿Qué me importa la calma de los océanos, si la tempestad y los furiosos aquilones se desencadenan en el fondo del alma de este justo? Esto es renunciar á la cuestion, no resolverla: tambien Job se apodera de esta idea. Cansado de dirigirse á hombres cuya razon vacila y retrocede delante de la verdad, quisiera argüir con Dios mismo, y triunfa siempre amargamente, al proferir, con la lógica de la desesperacion, estas palabras que resúmen toda la cuestion. ¿Por qué pues viven los malos y son colmados de riquezas? *¿Quare ergo impii vivunt et confortati divitiis?*

Los amigos son reducidos al silencio, porque Job tiene de su parte los hechos que ellos no pueden negar. En este momento la nube se abre, y un nuevo interlocutor, el Eterno mismo que desciende del cielo, viene á mezclarse en el debate y á defender su causa contra Job. Decimos mal; no es una discusion que continúa, porque el Eterno no se asocia en modo alguno á los amigos que han pretendido defenderle, antes bien renie-

ga de la sabiduría de aquellas almas vulgares, rechazando su vano incienso y su fé muerta. Prefiere la impiedad delirante de Job, porque esta incredulidad aparente está llena del Dios del porvenir, y porque si aquel corazon se desgarra, débese realmente á superabundancia de vida. Sin embargo, se vuelve contra él, y lo aplasta con una palabra. Todos conoceis esta ironía sublime. «¿Donde estabas tú, cuando ponía yó la tierra sobre sus cimientos, cuando decia al mar: de aquí nó pasarás?» Esto ya no es discusion, es la voz del trueno, la poesía del rayo que brota de la nube y pulveriza la razon mortal. Cae de los cielos como llúvia de huracan en medio de relámpagos y estrepitosos truenos. La razon sucumbe, la lógica desaparece bajo apuella ola de magnificencia. Job se calla: es vencido, no por la persuasion, sino por la violencia de lo sublime; sus ojos son deslumbrados más que iluminados por este torrente del eterno esplendor.

¿Diríamos hoy, á cuatro mil años de distancia, que tales respuestas satisfacen la cuestion? De ningun modo; la cortan, pero nó la resuelven. El Eterno se envanece, en efecto, con la sabiduría que ha mostrado en la creacion de la naturaleza exterior, en la organizacion del águila, del caballo, del elefante, pero si Job hubiese podido rehacerse un instante, no habria contestado á este terrible adversario: «¿Porqué, pues, no me has dado las escamas y la coraza de Leviathan contra las heridas y la mordedura del pensamiento?

¿Porqué no me has dado la felicidad del águila en la nube? ¿Porqué no me has dado la independencia y la alegría del caballo en el desierto? Respira los vientos que pasan, es dichoso; y yó, yo hago el bien, y sufro! ¡Ah¡ es que tu has gastado tu sabiduria en esas obras muertas, y ya no has tenido para mi más que el desórden y el caos, que no has podido desenredar y regir en mi corazon. Tu has preparado cuidadosamente el alimento al gavilan, pero te has olvidado del pasto de mi alma; cuanta más nobleza pusiste en esas criaturas de barro, mas parecen profundos mi abatimiento y mi ruina. Tú creaste el explendor de los cielos para insultar mejor mi miseria; tú diste sus coronas á las estrellas para burlarte mejor de mi espíritu.»

¿Donde estará, pues, la solucion á las dificultades traidas al mundo por el mosaismo? En el cristianismo. El drama, en efecto, ha nacido en el corazon, y en el corazon debe desenlazarse. Las objeciones de la antígua ley son insolubles, el desorden del mundo moral, flagrante, en tanto que, para restablecer el equilibrio, no se le oponga el peso de la vida futura. Solo la inmortalidad cristiana puede dar razon de la desigualdad del bien y del mal, en los términos que la planteó el poeta hebreo. Nó, no basta, para que el equilibrio se conserve, que Job adquiera nuevos rebaños de vacas, que en vez de sus hijos, arrebatados antes de nacer, encuentre otros siete; que sus parientes le ofrezcan una pieza de plata ó una joya de oro.

Me es preciso aun que Job tenga la posesion de los cielos del Evangelio, que sus hijos salgan á recibirle en los reinos invisibles, allí donde no hay ya contradicciones, ni males, ni ruinas; necesito no solo algunos años terrestres, sino siglos y siglos para curar sus heridas, que son infinitas. Solo entonces el mal será reparado; la injusticia, corregida; la cuestion resuelta. La tragedia comenzada en la antígua ley, se termina en la nueva; y si he dicho en otra parte que el drama de Prometheo no tenia desenlace posible mas que en el Cristianismo, ¿cómo no lo diria del drama de Job?

Inténtad descubrir en el espíritu de la antígua ley una solucion á estos enigmas, y no lo lograreis; el sentido del poema quedará incompleto en tanto no lo completeis á la luz del evangelio. Porque no sirve decir que tiene por fin enseñar la paciencia en la prueba, pudiendo entonces preguntar: ¿para qué la prueba cuando el mal sufrido es mayor que la recompensa prometida? Lo que constituye la grandeza de este libro es que traspasando la medida del antiguo Testamento, llama, provoca necesariamente cielos nuevos. Su patético procede tambien de aquí, pues se presiente que aquellos gritos desesperados solo en otra sociedad hallarán debida respuesta. En el fondo de aquella blasfemia, palpita y comienza á apuntar el cristianismo, que se busca á sí mismo en la noche del farisaismo. El poeta siéntese estrecho en la antigüedad sagrada, tiende al por-

venir sus manos y no abraza más que la desesperacion, porque la cuestion planteada por Moisés, si Job la discute, solo Cristo puede resolverla.

Otro tanto pudiera decirse de las otras partes de la Biblia. Mientras que las religiones del resto del Oriente forman cada una un sistema definido que se basta á sí mismo, el mosaismo, esto es, la unidad de Dios sin la inmortalidad, no es más que el primer periodo de una religion que espera ser completada por una nueva ley. El Antiguo Testamento está lleno de cuestiones que abandona á las disputas del mundo. Revoluciones en la tierra y en el cielo, igualdad, unidad del género humano, cuestion del bien y del mal; sobre todo esto interroga. Solo el Nuevo responde. En el uno están los vacios, los abismos que espantan la imaginacion; parece que se anda siempre errante en el desierto, siempre sublime, pero sin divisarse nunca la salida. Todo es grande, pero de una grandeza aterradora; y el pensamiento se lanza, se estremece, salta, como si buscase el porvenir. En el otro todo es calma, todo se concluye; el hombre ha encontrado lo que buscaba, la inquietud del espíritu ha desaparecido, el sistema ha quedado concluido; la paz, compañera del órden, respira en todas partes.

En el espíritu del poema de Job es donde busco las señales del tiempo en que fué compuesto. Colócanlo muchos escritores, á cuya cabeza se halla Bossuet, en las mas antiguas épocas, y hasta lo atribuyen al génio de Moisés; á lo cual es facil

oponer que en ninguna historia se manifiesta el excepticismo con la revelacion; que es preciso para conocerlo haber vivido mucho, porque es el principio de la muerte, y por esto se halla siempre mas cerca del sepulcro que de la cuna. ¡Cuántas experiencias desastrosas no supone un excepticismo tan reflexivo, tal sútil como el de Job! ¡Cómo creer que Moises, el primer institutor, fuera al mismo tiempo el primer blasfemo! ¿Habríase apoderado la desesperacion del corazon de los hebreos al salir del mar Rojo, mojados todavía con las aguas del milagro? No, seguramente; esta filosofía pertenece á su edad madura si no á su decadencia; las tristes sombras de la cautividad pesan sobre ella, y á lo sumo puede referirse á los tiempos de Isaias.

Cierto que no es esta la última palabra del excepticismo hebraico. Si han sido menester muchos síglos para descender de Moisés á Job, no se necesitaron tal vez menos para bajar de Job al Eclesiastés. En este último libro, la rebelion ha cesado, la imprecacion se ha extinguido bajo el hielo de la edad. ¡Qué frialdad!; ¡qué amarga renuncia de todo!; ¡qué laxitud! Todo indica la duda irreparable de una vejez extremada. ¿Donde hallar el génio profético? Ni una chispa queda bajo aquella lívida ceniza; es que la vida se agosta con la esperanza. ¡Cuantos vehementes votos extinguidos, cuántas ilusiones frustradas!; el deseo mismo ha desaparecido; nada subsiste sino es el tédio del cielo y de la tierra. Cuando despues de haber re-

corrido, en medio de los prodigios de los profetas, tantas épocas hambrientas del porvenir; despues de haber visto unos en pos de otros, en un camino de milagro, á los patriarcas, á Moisés, á los jueces, á los reyes en busca de la ciudad prometida, todo lo que hay de mas brillante en la naturaleza y en el génio del Oriente, tantos entusiasmos, dolores, triunfos, derrotas, ostracismos tan heróicamente sufridos en la esperanza del reino futuro; cuando despues de haber seguido á este pueblo flagelado hasta el fin de su vida dolorosa, oimos como desenlaze de tantas esperanzas sobre-humanas, salir del templo estas palabras: *Vanidad de vanidades y todo vanidad*; *nada es nuevo bajo el sol*, no parece sino que hemos llegado al consumatum est del Antiguo Testamento, que el tabernáculo se ha roto, que Jehová mismo espira en su cruz, y desaparece sepultado en esta muerte del pensamiento. Desde este instante el Padre, privado del porvenir, comienza su pasion sobre un frio Gólgota. Ya es hora de que el Hijo llegue para recoger su herencia. El Oriente se abandona, languidece; la antigua ley muere: ¿cuando vendrá la nueva?

V.

Continuacion.—Comparacion del excepticismo oriental con el excepticismo occidental.

Los pensamientos desencadenados por Job no se

calman ya. Cada sociedad, de edad en edad, añade un acto á esta tragedia que el espíritu representa consigo mismo. El abismo, apenas cerrado, vuelve á abrirse, y la discusion torna á comenzar; no pudiéndola agotar los interlocutores, los dioses mismos se suceden. Como falsos amigos, los siglos no cesan de despertar la inteligencia humana, bajo su capa de ceniza. El Oriente remite el enigma al Occidente, Job á Prometheo, Prometheo á Hamlet, Hamlet á Fausto. El desenlace se aleja cuando se cree tenerlo entre las manos, y se aplaza hasta la eternidad.

Fué el génio griego el primero que volvió á tropezar con la misma cuestion, que habia debatido el genio hebráico. ¿Como la ha tratado? Por el Prometheo de Esquilo, que en los coros de sus dramas es completamente Oriental, y llega á veces hasta á recordar á Isaias. Prometheo, como el Titan hebreo, ha hecho el bien; ha dado á los hombres la palabra, la justicia, las artes celestes, por esto es castigado por Júpiter, como Job por Jehová. Hé aquí el fondo de semejanza entre los dos poemas; solo que el genio griego conserva hasta en la foma de la tortura el culto de la belleza visible, de que apenas se cuida la desesperacion Oriental. Prometheo no está cubierto de plagas; está artísticamente encadenado por el Dios del fuégo en la cima de un monte sagrado, desde donde es ofrecído en espectáculo á toda la tierra. Amigos van á visitarle en su suplicio: el viejo Oceano, las hijas del mar, de húmedas alas. Mués-

transe conmovidos de piedad, mas sincera, mas humana que la de los tristes amigos del Prometheo de la tierra de Uz; pero sus consejos son casi los mismos. ¿Qué es el Titan para luchar en inteligencia, en sabiduría con los dioses olímpicos?. ¿Qué esperar de esa rebelion interior contra el señor de los cielos? Es preciso someter el espíritu; solo con esta condicion cesará el tormento. Hasta este instante la marcha de los dos dramas es casi idéntica. Veamos ahora en que se separan. Job y Prometheo tienen ambos el sentimiento de su integridad desconocida; pero el uno se detiene en la duda, el otro vá hasta la imprecacion, lleva en sí el espíritu del Occidente, desafia, amenaza, injuria, provoca á los cielos. En el vértigo del dolor, Job es todavía subyugado por el recuerdo de Jehová, y aunque su inteligencia no queda satisfecha, no deja de humillarse ante la magestad suprema. En Grecia, el orgullo humano da un paso mas: ¿Que se le pide á Prometheo para quedar desencadenado de la roca? Un acto de fé hacia las divinidades olímpicas, menos aun, una palabra de elogio, una señal de arrepentimiento. Hermes en persona, el mensagero, va á pedirle que deponga su resistencia. Pero nada, los omnipotentes no obtendrán una palabra de Prometheo. No solo los desafía bajo las garras del buitre, sino que profetiza su caida, los insulta, siendo en vano que los dioses mismos se aparezcan en medio de relámpagos, como el Eterno en la última escena de Job. Los estallidos del rayo lanzados contra el pecho

del Titan no pueden someterle á la resignacion; las tempestades, los aquilones infernales, consternando la faz de la tierra, no logran abatir aquella inteligencia rebelde, que en medio de su ruina persigue aún con sus execraciones á los cielos que envian la iniquidad sobre la tierra. La blasfemia de la poesía hebráica es un acto de fé en comparacion de esta rebelion implacable de la poesía ateniense: ¡ved que camino ha recorrido el hombre en la revolucion religiosa! La duda, en vez de vacilar sobre movible arena, tiene de hoy mas la firmeza de una resolucion irrevocable: el genio griego ha llevado hasta su excepticismo la precision de sus formas. Ni ¿qué es en realidad esta figura de Prometheo sino la imágen del espíritu helénico rechazando definitivamente las dinastías de los dioses orientales? ¡No mas sacerdocio!; ¡ no mas castas!; ¡no mas símbolos con cabezas de serpientes y de ibis? Las religiones de la naturaleza van á caer ante la blasfemia de la filosofía; nada podrá ya subyugar al génio griego, verdadero Titan que solo á sí mismo se somete, y contra el cual no hay buitre posible que le impida exhalar al mundo su alma airada. Cuando Esquilo escribió su poema, no tendria seguramente conciencia exacta de estas ideas, pero ellas se agitaban confusamente en el fondo de su inteligencia, y de esta somi-oscuridad pudo salir aquel coloso de poesía, que, en el umbral de los dos mundos, figura la primera rebelion del espíritu de Europa contra el espíritu de Oriente. Por primera vez el

hombre rechaza el yugo de la naturaleza, vasto ídolo que, con los caractéres del Asia, se muestra mas allá del Cáucaso.

Prosigamos. La historia de la duda religiosa no ha hecho más que comenzar. Los siglos pasan, el cristianismo nace, la sociedad cambia y la cuestion subsiste. Al acabar la edad media, se encuentra entre las ruinas góticas un personage de la familia del Prometheo de Esquilo: el Hamlet de Schakspeare. Sólo el enigma es el mismo; todo lo demás difiere. No hay Cáucaso ni Titan, ni cadenas forjadas por los dioses, sino castillos feudales, una cimitarra católica y el cielo del Norte. Otra vez, por un lado, una religion poderosa; por otro, un hombre que duda, niega y sufre; y de nuevo la maldad triunfante, la iniquidad coronada sobre el trono de Dinamarca, y el abismo que vuelve á abrirse para lanzar la antígua cuestion: ¿por qué, pues, viven los impíos? *¿Quare ergo impii vivunt?* Cual será, ahora, la respuesta? Un frio sarcasmo, peor cien veces que las imprecaciones de Job y de Prometheo. Cierto que el drama ha cambiado mucho, extendiéndose por todo el horizonte de las cosas invisibles, desarrollándose no solo entre inteligencias de la misma naturaleza, sino entre los vivos y los muertos. La conversacion pasa entre Hamlet y el espíritu de su padre. Aquí el excepticismo del corazon provoca el excepticismo del espíritu; esto es tambien lo que lo hace irremediable; y no he visto nada mas profundo que haber hecho depen-

der la duda absoluta de la necesidad de dudar de su madre. Desde el secreto revelado en el cementerio del castillo, todas las creencias han perecido en el alma del jóven príncipe. Si su madre no es mas que una envenenadora, ¿en qué hombre, en qué mujer, en qué sentimiento fiar? ¿En el amor? Pudiera probarlo, pero sería preciso creer en él. No es él quien pregunta á su prometida: ¿sois bella, Orfila? porque no se fia ya del testimonio de sus ojos? Un fantasma errante sobre los escombros de la inteligencia humana: tal es Hamlet. Ha sufrido los mismos tormentos que Job y Prometheo, pero no se ocupa como ellos en su dolor; nada tiene de la violencia antigua; al contrario, siente en su corazon la serpiente, tiene frio. No oculta su desesperacion con los símbolos suntuosos del Oriente ni con las imágenes correctas de la Grecia: su mal es muy profundo; se rie. Frio como el mundo moderno, ¿á qué discutir si ya ha traspasado hasta la esperanza? La punzante ironía habita en su alma. En vez de luchar contra la injusticia soberana, se entrega á la locura, que imita perfectamente porque su razon se halla, en efecto, medio trastornada. Profeta de la impiedad en el seno de la edad media, vislumbra ya todo el excepticismo del porvenir. Reune á Dante y á Voltaire, y para colmo de contradiccion, está su madre que desempeña el antiguo papel de Satanás. Estos contrastes son muy violentos para su intelígencia; pues hay partes en su espíritu completamente sanas, y otras que comienzan á

alterarse. Su razon se divide, se pierde, se busca, se encuentra y vuelve á perderse, viéndose un alma grande dividida entre la razon y la locura naciente, sin saber cuál al fin prevalecerá. ¡Terrible tragedia de que todo hombre puede llegar á ser el héroe! Hamlet se inclina hácia los abismos que habian quedado desconocidos á la antigüedad profana y sagrada; vislumbra más allá de la vida actual, el reino de los muertos. Su razon vacila sobre los bordes; luego el vértigo lo arrastra riéndose, y si su vída no hubiese acabado casualmente en aquel terrible juego, no se le veia otra salida que la caida irreparable, esto es, la muerte de la inteligencia; en lo cual este drama es de un efecto mucho más desesperante que los de Job y Prometheo, pues que en estos al ménos el espíritu del hombre subsiste y sobrevive á todas las ruinas. La naturaleza, tan viva aún para Job, está muerta para Hamlet; el firmamento, la tienda azulada de Jehová, no es más que un *conjunto de vapores pestilenciales*; el género humano no es ya para el Prometheo de la edad media más que la esencia del polvo. *El hombre no me agrada*, dice, *y la mujer tampoco*. Lo que más aterradora hace su caida es que su punto de partida está en las creencias más populares de la sociedad cristiana. Todavía cree en las apariciones, y no cree en la inmortalidad. De la cima de las creencias católicas, como desde lo alto de una torre, se ha arrojado de cabeza en el abismo. Por todos estos rasgos representa, al principio del

mundo moderno, la sociedad de la edad media, todavía jóven en apariencia, aunque ya vieja en el corazon; pues si vive aún en la fé de sus mayores, ya no abraza más que un fantasma del pasado. El ideal de la edad media se rompe con un sarcasmo que repiten todos los pueblos á su manera, por boca de Rabelais, de Ariosto, de Miguel de Cervantes. Pero en Hamlet este sarcasmo es frio como la carcajada de un espectro en una tumba.

¿Hay todavía un paso más que dar en la poesía excéptica? Indudablemente: el preámbulo de Job es tambien el prólogo de Fausto. Satanás en medio de los cielos católicos va á proponer á Dios probar al hombre, que por su inteligencia es el sér que más se aproxima á la verdad suprema. El asunto es tambien casi el mismo; y véase como despues de cuatro mil años, cuando todo habia cambiado, religion, leyes, costumbres, clima, el mismo enigma ha sido tratado por la posía. Fausto no es un patriarca que, como el de la tierra de Uz, toma en la virtud su fuerza; es grande, pero no por la virtud, sino por la inteligencia; no por el corazon, sino por la cabeza; es un doctor, un sabio, como la sociedad moderna. No vive bajo la tienda del idumeo, sino en un laboratorio. Medicina, filosofía, jurisprudencia, teología, todo lo ha abrazado, y sin embargo, encuentra la fatal cuestion que Job había encontrado en el desierto, á la claridad de las estrellas del Asia. Por otra parte, no es solamente la sed de saber lo que le devora; junta á la an-

tigua curiosidad de Adan el orgullo del hombre fundado en una ciencia acumulada por cuatro mil años, y quiere poseer el secreto de las cosas para convertirse en Dios. ¿Qué hará este Job del Occidente? Sus libros están mudos; en su crisol sólo queda un poco de ceniza, en vez de la verdad que esperaba. La ciencia le ha engañado, pues rechazará la ciencia; se confiará á los medios desaprobados por la razon, á las imaginaciones febriles; se entregará á la magia. En una noche solitaria, á la luz de su lámpara que se extingue, evoca al espiritu de los mundos, y el espíritu aparece revestido de una luz soberana. Pero ¡oh miseria y humillacion de la inteligencia humana! Fausto, el doctor sabio por excelencia, el príncipe de las inteligencias, se vé obligado á bajar la cabeza ante un rayo de aquella verdad que él mismo habia evocado, y si sus sentidos mortales no pueden soportar aquel explendor, ni sus oidos percibirlo, ni su corazon contenerlo ¿qué hacer sino librarse de aquellos órganos tan imperfectos? puesto que siente en sí al Dios encadenado y aprisionado en un vaso demasiado estrecho, es necesario libertar á la divinidad interior, esto es, es necesario morir. Llegado á esta conclusion, Fausto, consecuente consigo mismo, toma en sus manos un frasco de veneno formado con los jugos más poderosos de la naturaleza, y saludando á aquel celestial brevaje que, como una mágia superior, debe revelar á su inteligencia el secreto que persigue, aproxima el libertador veneno á

sus labios, y en su trasporte va á apurarlo de una sola vez. Pero ¿por qué se detiene? Acaba de oir en la vecina iglesia el sonido de las castañuelas de Pascuas; el coro de ángeles que celebra á Cristo resucitado, estremece los aires, y estos cantos descienden como rocío en aquella alma sepulcral y la rejuvenen. Fausto renuncia al veneno; pero esta santa impresion no puede ser duradera, porque él no es ya cristiano. Los lazos que ataban á Hamlet á la religion de sus padres, no existen ya para Fausto, solo ligado al cristianismo por el lazo del infierno; no cree ya en Cristo, sólo cree en el Demonio. ¿Qué son todas las blasfemias del pasado comparadas con este grito postrero: ¡Malditas sean las creencias! ¡maldita la esperanza! ¡maldita sobre todo la paciencia! Ciencía, naturaleza, religion, hasta el gusto de la muerte, todo lo ha probado. ¿Qué resta pues? Atravesar las regiones de la muerte por el suicidio del alma y de la conciencia mediante un pacto de ultratumba hecho con el rey del mal, con Satanás mismo. Queda enagenar su razon y su voluntad: los espíritus infernales celebran este último acto de la tragedia. En medio de la ronda de brujos, Fausto bebe hasta la última gota el brevage del infierno. La verdad es que no hay en todo esto otra magia que la de los huracanes que la inteligencia del hombre puede desencadenar por su voluntad; el hechizamiento de la humanidad actual, que, infatuada por su ciencia, se ha hecho fatalista, y en medio de los

tormentos de tantas cuestiones no resueltas, hace de sus lágrimas su apoteósis. El género humano es hoy un gran doctor, que se admira en sus libros, se adora en sus obras y sólo de sí mismo se fia; sin embargo, alguna que otra vez esta pretendida divinidad se turba; descubre vacíos que no puede llenar, y se desconcierta. Llena de una vida febril, aproxima á sus labios, en vez del pomo venenoso, el excepticismo que no puede rechazar ni aceptar, y muy frecuentemente se escapan del corazon del nuevo dios gritos de dolor desordenado en el instante mismo de coronarse por sus manos.

Así, la vida del género humano en sus momentos de prueba, puede resumirse en estas figuras principales: Job, Prometheo, Hamlet, Fausto, emblemas de toda la historia del corazon del hombre en sus luchas con la religion. Fácil es notar que, desde el primero hasta el último de estos libros, no ha cesado de endurecerse más y más el excepticismo. Job pone la cuestion, más luego se arrepiente de su duda; Prometheo se rebela, sin que la eternidad entera pueda someterle; Hamlet ya no discute, ni síquiera cree que hay allí cuestion, tan lejos está de esperar la respuesta; Fausto, para cortar el problema, se diviniza: tales son hasta aquí las varias alternativas de la lucha entre la sabiduría del hombre y la sabiduría de Dios. Más ¿porqué, cualesquiera que sean el dolor y el desorden que esos poemas respiran, les prestamos tan ávida atencion? Es que gustamos de seguir en

el abismo las inteligencias orgullosas que en él se precipitan. Ojalá pudiéramos llamarlas y preguntarles: ¿Qué encontrais, qué oís, qué percibís en esas regiones insondables? Pero estas voces del infierno repiten nuestras cuestiones en un eco eterno; y el eco de estas grandes inteligencias de los profetas, de Esquilo, de Shakspeare, que caen unas sobre otras, solo sirve para hacernos medir la profundidad de los problemas que las han hundido.

No es cierto, por otra parte, que todo excepticismo sea esteril; hay una duda fecunda, como hay un dolor fecundo. El antíguo Testamento, en sus cantos de desesperacion, contenia el Nuevo, y el libro de Job ha tenido por respuesta el Evangelio. El poema de Prometheo encerraba implícitamente el platonismo de los padres griegos, y ha encontrado su solucion en el mundo moderno. ¿Quién sabe qué respuesta reserva el porvenir á los enigmas en nuestros dias propuestos? No nos asustemos de estos abismos que de repente se abren bajo nuestros pasos; á veces salen de ellos resplandores extraños, que no son los del infierno. Ni la creencia ni el excepticismo se hallan agotados, la una y el otro han de engendrar todavia nuevas alegrías y dolores nuevos. Otros Job, otros Prometheo, otros Fausto vendrán, que no cesarán de buscar otros cielos penetrando más y más en las regiones desoladas; porque la duda es tambien instrumento de la verdad y por esto es indestructible con ella.

VI.

La esclavitud en sus relaciones con las religiones orientales.

Antes de abandonar el Oriente, y para recoger la última consecuencia de sus dogmas, llegamos por fin, de grado en grado, á encontrar, lejos aún del dia que luce igual para todos, por debajo de la casta más ínfima que conserva al menos una sombra de asociacion, y más allá de los últimos confines del mundo civil, un hombre sin nombre, sin padres, sin hijos, sin familia, que, eternamente solitario en medio de las multitudes, soporta de rodillas todo el fardo social, como los colosos de piedra que sostienen el friso de los templos. Mudo, no posee ni arte ni poesía ni ley ni derecho, y ni es un hombre ni una cosa, por más que, si desapareciera, ni un solo dia podria subsistir el mundo antíguo, porque, despues de todo, es una nada necesaria, de donde todo parte y á donde todo va á parar en la sociedad pagana. A ninguna ciudad pertenece especialmente, sino que vive en todas las ciudades, y es lazo comun entre el Oriente y el Occidente, hasta el punto de que Persépolis, Atenas y Heliópolis, difiriendo en todo, solo tienen idéntico este elemento: el esclavo. Los imperios y las instituciones cambian, y solo él permanece inalterable, pasando el tiempo, sin

tocarlo, sobre su encorvada cabeza, excluido de los principales ritos de la religion, relegado á la vez lejos de Dios y de la humanidad, y no siéndole posible ni vivir ni morir.

Pero, ¿quien le ha formado este destino? Al asignar Montesquieu, como causa primitiva de la esclavitud, la tiranía y el clima enervante del Oriente, es fácil replicarle que la libertad de los Estados griegos estaba fundada sobre la esclavitud de la misma manera que el despotismo del Asia, y que además el esclavo se encuentra lo mismo en el Norte que en el Mediodia, habiendo existido donde quiera que existieron hombres. Cuando despues de Hobbes, Rousseau busca este orígen en la guerra, de acuerdo con los jurisconsultos de la antigüedad y apoyándose como ellos en una falsa etimología, aun cuando contentándose con el hecho sin remontarse al principio, podríasele siempre preguntar por la sancion de aquella desigualdad, y cómo la sociedad humana pudo durante miles de años aceptarla, sin que ninguna objecion eficaz se elevase ni aún siquiera en teoría contra ella, ya por parte del vencedor, ya por parte del vencido. El filósofo tenia sobre este punto idéntica opinion que el pueblo, y hasta el sofisma, que todo lo atacaba, respetaba únicamente la esclavitud; lo que indica evidentemente que un tan universal asentimiento no podia tan solo ser efecto de un acto de violencia, sino la consagracion indudablemente de un principio; y este principio es el

que nosotros queremos descubrir.

Politeismo sin esclavitud no existe, y este hecho universal indica, sin duda, que entre uno y otro debe de haber alguna relacion. Si de esta primera idea pasamos á un exámen más atento del paganismo, bien pronto nos convenceremos de que en él la servidumbre original se halla con caractéres indelebles escrita. Los pueblos, en efecto, orientales y griegos admitian entre los hombres desigualdades tan nativas y radicales, que si unos eran servidores de otros, se fundaba esto en el mismo derecho divino, lo cual no nos maravillará sabiendo que, como fundamento de esta opinion, admitian dioses esclavos. ¿Cómo, pues, librarse de la servidumbre, si la habian consagrado hasta en el dogma? Levantemos los ojos al cielo del politeismo, y veremos allí de esfera en esfera una gerarquía de divinidades de diversas razas y áun colores, dependientes unas de otras por un eterno vasallaje. A la cabeza de esta organizacion, un Osiris ó un Júpiter Tyrano, semejante á un Faraon ó á un Agamenon terrestre; por debajo de este señor, una oligarquía de grandes dioses felices, sátrapas, patricios inmortales que cumplen su mision respirando el incienso y vaciando su copa de ambrosía; por último, á sus piés un pueblo de demonios inferiores, verdaderos proletarios que se consumen en estériles trabajos léjos de los resplandores del dia. ¿No son por ventura esclavos diligentes aquellos Titanes, que con las esposas en los piés y en las manos viven tris-

temente encerrados en las tinieblas, como en una ergástula del Tártaro; aquellos remeros celestes que remolcan los planetas en sus barquillas de oro; aquellos Cíclopes que en su taller de gigantes forjan noche y dia las ardientes flechas del sol ó el tridente de Neptuno; aquella turba, en fin, de Telchines y Cabires fenicios que pulen perpétuamente los metales y reparan los deterioros del universo? ¿Acaso todos aquellos obreros infatigables, ocultos en el interior de la tierra, en los pliegues de las nubes, en las grutas de los mares, entre los piés del macho cabrío, tras el ojo de las llamas, eternamente inclinados sobre su tarea, sin contento, sin dicha y sin reposo; aquellos genios egipcios con cabezas de aves de rapiña, sosteniendo con sus espaldas la bóveda de los cielos; aquel Prometheo, atado más estrechamente á la roca que el siervo á la gleba, no constituyen una plebe divina, sin más derechos que el dolor sin remedio y el trabajo sin peculio y sin emancipacion?

Juzgad, pues, por la celeste, la ciudad terrestre. Y es lo peor que el sentimiento de la injusticia y de la queja ni áun podia nacer en el corazon del hombre esclavizado. Ni ¿cómo habia él de encontrar inícuo su destino? ¿Acaso no sabía que sus dioses vivian como él agobiados en un trabajo sin salario? ¿Por ventura el viejo Saturno, tambien encadenado, podia gozar ni siquiera un dia de libertad? ¿Cómo esperar, pues, una emancipacion negada á los inmortales! El obrero, en

efecto, no podia ser ménos resignado que el Cíclope, ni el remero del Nilo que el piloto de la nave de Osiris, ni el pastor que el Fauno errante sin abrigo en las selvas. La filosofía misma nada tenía que corregir en una institucion que no podia desaparecer ni modificarse, sin que toda la sociedad se arruinase con ella; porque estos dos sistemas, politeismo y esclavitud, se correspondian y enjendraban tan mútuamente que la antigüedad, al aceptar el primero, se condenaba de hecho y fatalmente á mantener el segundo.

Para remediar, pues, aquel mal era preciso, no ya reformar la sociedad antigua, sinó destruirla y comenzar por borrar la servidumbre en el cielo para borrarla tambien en la tierra, volviendo á Dios su plena independencia y libertad, ó lo que es más aún, su unidad. No bien hayais emancipado al Eterno, vereis al punto realizarse como necesaria consecuencia la emancipacion y la unidad del género humano, porque, si Dios se manifiesta donde quiera igual á sí mismo, el hombre, hecho á su imagen y semejanza, será donde quiera tambien igual al hombre, y no sólo desaparecerá el principio de las castas, sino que la servidumbre misma perderá su sancion. Podrá quizás continuar algun tiempo disfrazada con otros nombres, pero su base está arruinada, y si existe en el cielo una familia santa, no dejará de formarse en la tierra una familia de pueblos.

Segun este principio comienza ya en Oriente una emancipacion progresiva, á medida que se

va alejando del politeismo, y por eso el pueblo que representaba en la antigüedad la doctrina de la unidad de Dios, tenía abolida en teoría la esclavitud, por lo ménos para los de su raza. Segun la ley de Moisés, en efecto, no era lícito privar de la libertad á un hebreo por más tiempo de seis años, lo que equivalia á una verdadera emancipacion; y si este precepto, repetidamente consignado en el Exodo, en el Deuteronomio y en los Profetas, no fué siempre fielmente cumplido, constituia al ménos un ideal que dominaba toda la legislacion, arraigando el espíritu de igualdad en la ley,á despecho del ejemplo que el resto del Oriente ofrecia oponiéndose á que fuese escrupulosamente practicado. Ni ¿dónde hallar una contradiccion tan terminante y admirable con el genio de toda la antigüedad, como la que ofrece el legislador que dice á su pueblo: «Recuerda que has sido esclavo en el país de Egipto, y que el Eterno, tu Dios, te ha libertado.?» Desde este instante el pueblo hebreo se considera como la propiedad de Jehová, y ya no puede ser enajenado á ningun otro posesor.

Si comparamos ahora un momento el Oriente moderno con el Oriente antiguo, notaremos desde luego que el Dios, que era esclusivamente hebreo en el mosaismo, se convierte en el mahometismo en un Dios abstracto, sin pueblo elegido, sin predileccion particular por ninguna raza, y que rompe como un resto de idolatría el espíritu nacional donde vivia cautivo en Judea. A la comunidad de

orígen sustituye la comunidad de la creencia, y despues de haber amasado lentamente su cólera, la derrama sobre toda la faz del Asia, extendiendo su intedicto, no ya solo sobre el país de Canaan, sino sobre todo el Oriente profano. Tan impaciente como se mostraba por comunicarse á todos los pueblos, ántes de encerrarse en el tabernáculo de Judá, muéstrase ahora tambien por recabar la soberanía de la tierra que le ha sido arrancada por el paganismo, y ya que no posee el Verbo para convertir á los Gentiles, convierte la espada en su mediador. La guerra es su apostolado; su ley se revela en el explendor de las batallas; los movimientos de los contrapuestos ejércitos le sirven de figuras y parábolas; sus ceremonias favoritas son los ritos de los combates. ¿Quién no pensaria, que de esta necesidad de la guerra sagrada habia de derivarse una monstruosa desigualdad, ó todo un sistema de castas al ménos, peor que el de la antigüedad? Y sin embargo, la guerra, que se dice ser el principio de la esclavitud, no hace aquí sino abolirla siendo esto hasta tal punto verdad, que la rapidez de la conquista solo se explica por la igualdad civil prometida á todos los convertidos. No existen para el Dios de los ejércitos gerarquías tan poderosamente arraigadas, que él no derribe ante el sacerdocio de la espada. La vieja Asia queda bajo la cimitarra nivelada, y así como nunca se vió unidad religiosa tan absoluta, jamás tampoco hubo en el órden civil menos privilegios de raza ó nacimiento llegando á desaparecer bajo el nivel de Ma-

homa hasta aquel resíduo de casta que Moisés habia mantenido en la tribu de Leví. Y no es esto todo, sinó que el islamismo acaba por conducir á una sociedad afecta á los esclavos, que no contenta con ser regenerada por ellos, llega hasta á resignar entre sus manos la autoridad y el gobierno: ¡extraña aristocracia, que por temor de degradarse, lleva constantemente á sus hijos á las regiones de Circasia! Por espacio de quinientos años se vé de este modo, como un reto lanzado al antíguo mundo en la tierra más acostumbrada á las castas, reinar por derecho divino la dinastía de los esclavos. Allah venga á Jehová, y el Oriente moderno exclama por boca de un creyente: ¡mi lanza es mi nobleza!

LIBRO VI.

LAS RELIGIONES GRIEGAS.

I.

El aspecto de la naturaleza y de las ruinas.

¡Et ego in Arcadia! Tambien yó he buscado á Júpiter en la selva del Liceo; tambien he oido resonar en la Arcadia los caramillos del dios Pan, mientras que el doble mar de Jónia y de Corinto se balanceaba entre la armonía de los cañaverales; las huellas de los pasos de los fáunos hánme conducido por ignorados senderos hasta la entrada del santuario de Figaleo, y he descendido hácia el Alfeo, donde sentia romper bajo mis plantas las conchas de la tortuga con que Hermes construyó la primer lira; tambien he bebido al borde de los precipicios del Taygeto en la copa de las invísibles Ménades, y más de una vez escapóse

de mis lábios pagana oracion al tocar la cima del Ithome. Yó invoco ahora la verdad entre todos aquellos dioses que entonces creí conocer.

Si juzgamos por la impresion ,de los lugares, de los rasgos con que los escritores griegos pintan su pais, se hace evidente que la mayoría se encerró dentro del horizonte de Atenas. Platon, en la introduccion del Fedro, ha reproducido la serenidad radiante que se respira allí en todas las cosas; Sófocles, en el gran coro del Edipo, celebra los ruiseñores de Colona, la sombra de los bosques de olivos, y todas las palabras de aquel himno se refieren tambien á los mismos lugares. Los cantos de los ruiseñores han sobrevivido á los cantos de los hierofantas, pero las gracias régias de la lengua de Sófocles y Platon, extendidas en las armonías del paisage, continúan allí todavía impresas, murmurando el eco de las estrofas del poeta.

Estos caracteres, sin embargo, no son los de toda la Grecia, y los modernos, que bajo la fé de las descripciones gráficas buscan en todas partes aquél aticismo de la naturaleza, quedan desconcertados ante la vista de montañas abruptas y escarpadas riberas, impropias para servir de escena á ninguno de los sueños de la antigüedad: y es que los griegos buscaron en derredor suyo, en su pais, los rasgos que con su génio mejor se compadecian. Todo lo que, en los flancos erizados de la Cybeles ó en las anfractuosidades de la tierra, aparecia ageno á un cierto ti-

po ideal y no sonreia con sonrisa olímpica, fué olvidado como materia irreductible á las condiciones del arte humano.

No existen aquí ya los golfos ni los valles del Oriente, ni en la vegetacion los bananeros y los baobabs del Ganges: el reino de Menelao es al imperio de Sesostrís lo que el laurel á la palmera. Si los poetas han exagerado los rios fuera de toda proporcion cou la realidad, necesario es reconocer, por otra parte, que aquellos arroyos van todos á desembocar en el mar; que cada uno de ellos supone un sistema especial de valles; que cada uno de estos valles es un Estado particular con su constitucion, su dialecto y su Dios; que la humilde fuente, en fin, centro de reunion de una sociedad soberana, pudo bien ser agrandada por la poesía sin alterar por eso la naturaleza de las cosas. ¿Por qué, si Agamenon, gefe de bandas, es el rey de los hombres, no habia de ser Inaco el rey de los rios? Por otra parte, el verdadero rio de la Grecia es el océano, el mar, que circulando é introduciéndose como una diosa de rada en rada y de golfo en golfo, despierta por todas partes, con el espectáculo de lo infinito contenido entre dos riberas de mármol, el sentimiento de órden en la grandeza; lo que explica cómo entre todos los países es Grecia la obra de arte por excelencia. Bajo-relieve suspendido en el taller del Creador, ningun nombre de pueblo fué en sus valles pronunciado, que no sea aún la imágen de la belleza suprema.

Como todo tiene allí su límite preciso, hasta la inmensidad misma, resulta que el hombre, en vez de ser abrumado por las grandezas incomensurables de la creacion, comienza por el contrario á juzgarla, y abarcándola con la mirada, la penetra y domina, aspira á rivalizar con ella, trabaja segun su mismo plan, y hasta llega á corregirla á su manera, disponiendo de la naturaleza como un escultor de un bloque esbozado por un obrero inferior. Al principio las capas paralelas de las rocas calcáreas edificadas por el caos, vienen á ser las primeras bases de las murallas ciclópeas, en la cima de las cuales se reune el primer consejo de los dioses; luégo las curvas de los valles circulan como en gradas de teatro, donde áun ahora, que la escena ha sido juzgada y han desaparecido los personajes, pueden verse asentadas Megalópolis, Argos y Epidaura. En vez de los coros de los poetas trágicos, existe allí el espectáculo de todo el horizonte de las cimas azuladas y de las nubes que pasan, llevando en sus pliegues la gloria de los pueblos. A veces, como yo mismo lo he visto cerca de Epidaura, han crecido bosquecillos de mirto al través de los intersticios de las colinas, los cuales al menor soplo murmuran como una asamblea de espectadores. Pero por encima de aquellos despojos, de aquellos valles, de aquellas llanuras, elévanse sobre todo los templos principales sobre las más altas cimas que les sirven de pedestal, la mayoría de las cuales estaban de este modo indicadas por santuarios, que

á largas distancias se miraban unos á otros á través de las escarpaduras de los valles y los golfos, y á cuyos piés revolviánse las tempestades de la naturaleza y de los hombres, que parecian regir desde lo alto de los cielos inmutables. Las terrazas de las colinas, eternamente purificadas por las fuentes sagradas, formaban otros tantos escalones para subir hasta el recinto, que en vez de estar sepultado como en el Egipto bajo baluartes, provocaba á lo léjos las miradas de las criaturas vivientes. Todo en el horizonte armonizábase con ellos: el azul del cielo, los golfos y las lejanas cimas con sus azulados frisos y pintadas cornisas; la línea horizontal de las montañas, promontorios y mares con la línea de su arquitectura que se prolongaba á lo infinito; y estos monumentos del arte, construidos segun el plan mismo del país, venian en cierto modo á formar parte del edificio de la naturaleza, terminado y coronado por el espíritu y la mano del hombre. Cuando se elevan en las ciudades, muestran aún al desnudo el espíritu democrático de las religiones griegas, porque allí el santuario no tiene nada del aspecto formidable de los de Egipto, y ha sustituido el terror por la gracia. Aquellas salas, aquellos corredores y pilones, que protegian el misterio en el valle del Nilo, desaparecen en Occidente. Tres escalones tan solo le separan aquí de la multitud. El dogma se abre en adelante á la luz del dia. Sin barrera alguna, ¿cómo se sustraerá á la curiosidad del espíritu

ateniense? El templo griego es el de un pueblo que pone sus dioses en la plaza pública, para en todas horas examinarles, interrogarles, juzgarles y destruirles.

Cada region de la Grecia, por otra parte, ha conservado su carácter propio en sus ruinas. Atenas, como la divina Niobe en medio de sus hijas muertas por fechas invisibles, se conserva aún radiante en su miseria, y completamente mutilada, sonrie en los métopas del Paternon. Nada iguala en cambio á la desnudez de Esparta, de quien ya Tucydides habia anunciado que no dejaria sino miserables despojos, en los que seria imposible reconocerla: profecía perfectamente cumplida, pues el área de la ciudad de Licurgo sólo se halla indicada por un suelo hollado y nivelado bajo las plantas de sus luchadores. No supo prepararse, como Atenas, eterno sepulcro; si todas las ciucades griegas la hubiesen imitado, no nos quedaria hoy el menor vestigio de su civilizacion. Pueblo silencioso, ha muerto sin fausto, pues sus únicos monumentos eran la ciudad, la ley y la patria. Muerta Esparta, murió tambien el porvenir de los espartanos, sin que pudieran consolarles de su caida restos ningunos de murallas, esculturas ni bajo-relieves. Todos los monumentos fúnebres, sepulcros, urnas, sarcófagos, reunidos en un mismo lugar, serian ménos elocuentes que el campo en que crece la salvaje yerba del Palæo-Chorio. Esparta ha dejado la vanidad de las ruinas á su

rival, Mesenia, la ciudad de los esclavos, donde un pueblo de siervos y trabajadores ha sembrado abundantemente sus fustes de columnas. yerbas de mármol que áun hoy se rejuvenecen en medio de los sillares.

Las ruinas del politeismo de Italia se han convertido casi todas en monumentos cristianos, no pareciendo sino que hasta las mismas piedras se han arrepentido y piden perdon por la sensualidad romana: el Panteon mismo expía bajo la cruz los pasados explendores del paganismo. Todo, al contrario, se conserva pagano en Grecia, sin que el Dios de San Pablo haya podido convertir los templos al culto nuevo. Así es que las pequeñas iglesias del cristianismo se inclinan oscuramente bajo su sombra, y se hallan ya como envejecidas, mientras que las columnas profanas se hallan aún revestidas de eterna juventud, como si sobre aquella tierra ligera ningun otro culto que el de la belleza visible pudiera arraigarse. Cuando lejos de las ciudades y sobre las desiertas cimas vemos aún en pié, en vez de la cruz, las columnas de los santuarios, nos parece que los antiguos dioses han seguido siendo los legítimos posesores de aquella naturaleza rebelde, y creeríase que al primer rayo del dia iba á reaparecer su cortejo en los bosques de olivos, miéntras que del fondo del mar se eleva un álito de ambrosia como de divinidades hartas de néctar. Y es que la naturaleza ateniense, al contrario de las tristes marismas de la campiña de Roma, apa-

rece aún adornada para los juegos olímpicos. El sol levante dora todavía los capiteles de Nemea; óyese el coro alterado de las cigarras llamando sobre las parvas de la Cella á Júpiter Pluvioso; el himno de los dioses subterráneos se exhala en fin hasta de las bóvedas de las capillas bizantinas, que, formadas de trozos de esculturas paganas, parecen solo á medias convertidas al pensamiento del cristianismo.

II.

Lo divino en la humanidad. Las religiones griegas en sus relaciones con la poesía y las artes.

El Dios del paganismo sólo se ha mostrado aún en la naturaleza, pero el hombre, déspues de haber en cierto modo recorrido en pos de él todos los mundos, se acuerda un dia de buscarle dentro de sí mismo; aquel infinito que descubria en la faz de los desiertos, encuéntralo ahora en la armonía de los rasgos de su rostro, y reconoce en las proporciones de su cuerpo el tipo de la belleza desparramada en el resto de las cosas, como un geroglífico pensante que quiere descifrar su propio misterio. De sus ojos brota fuego más puro que el de las ramas de mirto ofrecidas en sacrificio: el ruido de sus sociedades, multiplicándose, ensordece el ruido de los elementos; en vez, en fin, de anularse á sí propio ante la majestad del universo, exclama entonces con la Pítya, sintiendo su corazon extremecerse: «Aquí, aquí está Dios.»

De esta manera el hombre viene á ser la medida, la regla y el término de todo: primer paso del paganismo hácia la revelacion de Dios hecho hombre.

Para acabar de explicar las religiones orientales por su caida, vamos á inquirir lo que en ella puso el genio de la Grecia. Antes de Homero apénas existia, despues de Alejandro dejó de existir. Más allá de estos límites que la encierran, como un carro en el circo, depende del Asia, pero en este intérvalo, adoptándolo todo para todo cambiarlo, arruina el Oriente por el pensamiento y la espada.

Hemos buscado, sin hallarla en parte alguna, aquella primitiva teología, aquel Orfeo que debió resumir en sus himnos los misterios de los sacerdocios asiáticos, mostrándose más evidentemente las escasas huellas que dejaron, cuanto mayor empeño se pone en descubrirlas. ¿Dónde existen los vestigios de las revoluciones, por que debieron atravesar las creencias orientales antes de tomar la figura de los dioses olímpicos? Mundo sepultado, no es posible ni percibirlo de nuevo ni negarlo. Unicamente podemos concluir que, si los monumentos de las épocas en que la Grécia era el neófito del Oriente desaparecieron tan pronto, es porque repugnaban á la naturaleza de su genio. Es imposible sorprender esta maravillosa nacion en su cuna; cuando se muestra por primera vez, ya su espíritu ha llegado á su plena independencia. Siendo su religion una obra

de arte que se expresa en un relato, no se vé á sus dioses comenzar á balbucear oscuramente en las lenguas de un himno ó Veda helénicos; sino que en el instante en que se revelan, llevan marcada la huella de siglos desconocidos: nacidos ayer, cuentan ya con recuerdos eternos. Precisamente en esta desaparicion de sus fuentes, en este olvido de sus esbozos, consiste la originalidad de la Grecia, hija del canto, que del abismo del pasado surge del todo vestida con su belleza, perfeccionados ya el cuerpo y el alma, formado el temperamento y colmada la memoria, así como su Vénus surge, nubil, del fondo de las aguas. De todos modos, y cualquiera que sea la opinion que respecto de sus relaciones con el Oriente se adopte, no cabe duda de que, más reflexiva, más elevada y más civil en sus orígenes que las sociedades asiáticas, pertenece á una época posterior en el desarrollo lógico del espíritu humano. Entre el Rig-Veda y la Iliada hay el intérvalo de muchas civilizaciones, la diferencia de la infancia á la pubertad.

El nombre de Homero, no sólo representa una gran época del arte, sinó la primera revolucion además, por la que la fé del mundo se transformó en poesía. Fué el primero que se atrevió á poner su mano sobre las divinidades inmutables del pasado; las vació en el molde de la humanidad; las consideró y midió con esta única medida, cambiando y alterando los antiguos dogmas con tanto menos escrúpulo cuanto le importaba me-

nos comprenderlos; levantó el velo de la antigua Isis, y sacó á la luz del dia las figuras misteriosas que apénas se atrevian á saludar con sus nombres los sacerdotes del Oriente. De este modo imbuyó lentamente toda el alma de los pueblos en el seno de los inmortales, y cuando hubo acabado esta obra, se encontró, en vez de los mudos símbolos de la naturaleza primitiva, con un areópago de dioses sociables, civilizados y elocuentes, que discutian entre las nubes la política sagrada. La creencia se transformó en arte, y la antigua religion desapareció; pero la tierra se sintió por un momento libre de un peso inmenso. El temor al misterio se disipó, las divinidades circunscritas á la esfera de la humanidad dejaron de pesar en la imaginacion de los pueblos y derramaron sobre el mundo su ámplia serenidad. De aquí nació la civilizacion griega.

Es, pues, fácil comprender, si tratamos de saber en qué época vivió el hombre más satisfecho sobre la tierra, que fué durante el reinado de esta religion de poetas. Habia renunciado á ahondar las antiguas cuestiones, donde hallando el abismo, colocaba una divinidad que ocultase bajo su púrpura aquellas profundidades. Divinidades indulgentes, próximas siempre á él y como él jóvenes é imprevisoras, hijas del himno, le conducian constantemente en pós de su propio destino, y él bajo sus cuidados se abandonaba y adormecia. ¿Qué necesidad habia de otra cosa, si la tierra se despertaba todas las au-

roras sonriendo? Su alma y sus deseos detuviéronse, pues, allí, concediéndose á sí mismos un instante de tregua. Alimentado así el hombre por el nectar divino, fué tan profunda su serenidad, que apénas si se turbó con la caida de la sociedad griega. Arruinábanse las ciudades, y áun no se inquietaba. Para despertarle de aquel jardin de rosas, fué preciso que el cristianismo viniera á desencadenar en él una ambicion sin límites, haciendo que desde aquel instante mirase con desden la tierra, y hallase indignos de sus deseos los placeres mismos de los soberanos del Olimpo. Aquellas *prodigiosas contradicciones* de que Pascal nos habla, invadieron entónces su corazon. Ni qué son el nectar y la ambrosia para el que tiene sed de vida del espíritu? El valle del Tempé se transformó en un valle de lágrimas, y el hombre por un contrato heróico conquistó lo infinito á costa del infinito dolor.

Reduciendo Homero las creencias del Oriente á las únicas condiciones de la belleza, determinó anticipadamente el carácter y destino de la Grecia, convirtiendo sus poemas en la Biblia ó libro de la ley de los pueblos helénicos, siendo así para los griegos lo que fué Moisés para los hebreos: espectáculo que no ha de repetirse, el de ver ordenarse una sociedad segun el plan de una epopeya como sobre su institucion fundamental. Licurgo, Solon, Pisístrato, hacen entrar sucesivamente la ciudad en aquel plan armonioso; el espíritu de la democracia, antes de realizarse y encarnarse en la plaza

pública de Atenas, habia ya brillado en las discusiones, arengas y deliberaciones de los Olímpicos sentados sobre los muros de los Cíclopes; Alejandro se conduce por el modelo de Aquiles, y Agesilao por el de Agamenon; las leyendas de los héroes, en fin, son á la antigüedad lo que las leyendas de los santos á los tiempos cristianos, ofreciendo los modelos que deben ser imitados en la vida: prueba todo ello de que la Iliada y la Odisea representan un gran ideal, hácia el que tiende la sociedad griega por una aproximacion constante. Cuando creyó haber realizado al fin su poema, se despierta en la ley del Evangelio.

Si no ocurriese otro tanto en la vida particular de cada hombre, admiraríamos sin duda que los más elevados pensamientos de los pueblos se encuentren en sus primeros años. La pura revelacion de la verdad irradia solo en la mañana de la vida, cuando aun no han sido sentidas las necesidades corruptoras. Un ideal de poesía y de verdad, una Iliada, una Odisea interior se realizan entonces en el espíritu del hombre que viene al mundo; glorioso si la sigue, pusilánime y pequeño si de ella reniega. No renegó la Grecia ciertamente de la imagen que le fué revelada; por el contrario, supo convertir el poema en verdad, en realidad la ficcion, el presentimiento en historia, y de acuerdo consigo misma, se condujo desde el principio hasta el fin por el ritmo de la lira del rápsoda, y áun cuando tornase á la barbárie, volveria á Homero.

Despues de la epopeya, nada tanto como la escultura influyó en la revolucion religiosa. Largo tiempo se conservaron las imágenes de los dioses tan simbólicas como en Oriente, y hasta las estátuas de Júpiter con cabeza de carnero llevaban en sí mismas su propia significacion, bastando que estuviesen conformes con el culto de la naturaleza. Pero cuando el arte comenzó y la cabeza del animal fué sustituida por la del hombre, que recabó para siempre ser el representante de Dios, sonó la hora sin duda de una nueva era. Porque tambien la Grecia tuvo su edad média, durante la cual se desbastaron las formas, que más tarde debia elevar á la perfeccion. Pero lo más notable es que el arte griego comenzó de modo completamente diverso al arte cristiano; pues las estátuas de la antigüedad poseen ya cuerpos admirables, cuando sus rostros tienen el aire de una imbecilidad candorosa, al paso que en la estatuaria moderna comienza el arte por producir y perfeccionar la fisonomía, la expresion el pensamiento. Ved los mosáicos de las iglesias bizantinas. ¡Qué formas tan groseras! ¡qué anatomía tan bárbara! Y sin embargo, en todas respira un santo espíritu divino. En una palabra, el arte griego comienza por la imitacion de la naturaleza y el arte cristiano por el ideal, como si en él fuese el alma la que se transformase y construyese su propio cuerpo. El uno vá de fuera á dentro; el otro de dentro á fuera: este acaba primero la cabeza; aquel el cuerpo. Y ¿no señala esta sola dife-

rencia todo el intérvalo entre el paganismo y el cristianismo?

Lo que Homero es á los poetas, Fidias lo es á los escultores. Él lleva al mármol y al bronce la revolucion religiosa, cuyo legislador fué Homero; él hace tocar con las manos las visiones del poeta; él, con la misma libertad que el viejo rapsoda habia usado con los dogmas y las creencias, reconstruye los antíguos tipos de la estatuaria. Reformador á la vez que artista, crea un Olimpo tangible. Y ¡con cuánta más razon, si en nuestros dias se ha acusado á Rafael de haber alterado la tradicion religiosa de la edad média, pudo echársele en cara á Fidias sus atrevidas innovaciones! En la medida de las cosas humanas se nos presenta como un verdadero revelador, tanto más cuanto que supo encarnar en la piedra, sin más inspiracion que la de su propio pensamiento, todos los sentimientos de grandeza y magestad soberana que habian hecho palpitar á su pueblo en el umbral de los templos, enseñando á los griegos á conocer en sus obras la figura y los rasgos de sus divinidades, como si con sus própios ojos las vieran. Hasta aquel intérvalo misterioso, que de ellas les separaba, acabó por desaparecer, y la serenidad natural de su génio fué así para siempre conservada. ¿Qué resta hoy de aquella vision del Eterno en la hoguera ardiente del Olimpo? Los bajo-relieves de los templos de Teseo y del Partenon pueden servir asimismo para los de la Venus de Milo, y si se nos preguntase cual es el

carácter de estas obras descubiertas en nuestro tiempo, responderíamos que una mezcla de la ingenuidad de Homero, de la correccion de Sófocles y de la magestad de Platon; la belleza física llevada á tal extremo que deja de ser sensual; la naturalidad en la sublimidad; un ideal, en fin, que penetrando, no solo las facciones, sinó hasta los menores detalles del cuerpo, envuelve á las divinidades en un santo vapor de incienso. Añadiríamos aun, que allí se ven la grandeza sin esfuerzo, la libertad de la naturaleza misma revelada por la inteligencia, grandes efectos con pequeños recursos, la calma y la gravedad, no la inmovilidad de los cielos olímpicos; la vida amasada con nectar y ambrosía, la paz en fin y la armonía entre la materia y el espíritu, ó, lo que es lo mismo, el reposo del órden soberano: milagro que nos revela que la palabra no es toda la perfeccion, y que es preciso ver con los ojos y tocar con las manos el mármol de aquellas imágenes, que aun deben ser sagradas para nosotros, si sabemos ver en ellas una expresion de la belleza, inmutable como una verdad matemática. No se pregunte, si son paganas ó cristianas; son bellas, son verdaderas y pertenecen al Eterno.

Los dioses de Fidias reunen armoniosamente los rasgos del hombre y la faz inalterable de la naturaleza. La serenidad de los cielos azules, no turbada aun por tempestad alguna, la calma de los occeanos en el primer dia del mundo habita en sus pechos, y no parece sinó que el alma

del universo se irradia al través de sus frentes impasibles, y que sin deseos ni agitaciones persisten interiormente en la meditacion de las leyes inmutables de los seres. Al contrario, desde esta época del arte comienzan á sufrir más y más el yugo de las pasiones y las ideas sociales, hasta que en los últimos tiempos acaba el hombre por invadirlo todo, sin quedar más que Dios. Scopas y Praxiteles suceden á Fidias; cambio marcado por los grupos de Niobe; la calma antígua de los olímpicos es sustituida por un dolor incurable: los lábios que solo la ambrosía y la dulce bebida de la vía láctea conocian, aprenden ahora á gustar los venenos de la tierra. Praxiteles es seguido por Lysipo y la escuela de Rodas; la Niobe por el Hércules Farnesio y el Laocoonte. ¿Quién se atreveria á medir esta estatuaria? Pareceria perfecta, sino conociésemos la que le precede. Y sin embargo, ¡cuán lejos está esta belleza, un tanto teatral en su magnificencia, aún cuando tan admirable, de aquel arte soberano que solo expresaba pensamientos eternos! Hay la misma diferencia que entre Euripides y Sófocles. Poco á poco la Venus austera de los primeros tiempos, que reinaba en su severo imperio por su sola belleza, se transforma en la venus de Médicis, que necesita ya sonreir para encantar al mundo. Las formas son todavía perfectas, pero ¿quién no vé que el sello de la divinidad se vá borrando? Apenas se siente ya el soplo de las cosas sagradas; en vez del amor incorruptible, surgido de la primera espuma de

las olas, existe ahora una vírgen ocupada en alimentar los deseos de las mugeres de Cos ó de Gnido; la Grecia piadosa de Milciades se convierte en una Grecia voluptuosa, que pone en los lábios de su diosa, en vez de los signos del santuario, las canciones de Alcibiades. Alejandro, en fin, haciéndose el Dios, el *Júpiter tonante* de los escultores, imprime al arte su último caracter, y la escultura, descendida para siempre de la region de las antiguas creencias, se pone al servicio de las apotéosis de reyes y emperadores. Tomando al pié de la letra la doctrina de Evhemero, hácese cortesana de los dioses políticos, y la que habia comenzado en el cielo por las figuras de Fidias, uniendo la gravedad de las religiones orientales al sentimiento de la personalidad que brilla en las del Occidente, acaba por la apotéosis del favorito de Adriano.

III

Continuacion.—El drama en sus relaciones con las religiones griegas.

Homero cambió los dioses del Oriente; los poetas líricos y dramáticos cambian los dioses de Homero. Píndaro es al parecer el más pagano de todos, pues adorador del canto y de la palabra métrica, su ídolo es la lira, lo cual explica su popularidad en un pueblo que contaba sus años por sus juegos. La Grecia, dividida en todo, solo

se mostraba unida en el brillo de los juegos olímpicos, poéticos y nemeos, y el poeta que cantaba aquellas jornadas, era verdaderamente sacerdote de la alianza; al celebrar la fiesta del arte, celebraba la fiesta patronal de Grecia. Al pronunciar este nombre, no podemos ménos de echar en olvido cuanto se ha dicho acerca de la desnuda y rápida sencillez de la antigüedad. En aquel espléndido estilo, como en la estatua de Júpiter olímpico, mézclanse el oro y el ébano, y si en medio de la pompa de una ceremonia religiosa y civil nos figuramos la Grecia, vestida con la púrpura de Tiro, tendremos la imágen de Píndaro. Este David helénico anuncia, bajo el punto de vista de sus creencias, el advenimiento de un señor más poderoso que Júpiter; convierte los antiguos dioses de carne en dioses espirituales, y puebla el viejo Olimpo de verdades morales, sentimientos é ideas, que personifica del mismo modo que las antiguas fuerzas de la naturaleza. Los himnos coronados de mirto son ahora los reyes de la lira, que, conmoviendo sobre los goznes sus puertas sonoras, ván á llevar hasta el fondo del santuario el Entusiasmo, la Sabiduria y la Ley, nuevas divinidades sagradas para el poeta.

Esta revolucion es continuada por el drama. Así, en el Edipo, el héroe es más sabio que el sacerdote; logra descifrar con los solos recursos de su razon el enigma, que para aquel permanece impenetrable. Despojado más y más de los rasgos humanos, el Dios personal de Homero recibe vagos atributos metafísicos, y es ya evocado por

las fórmulas de la filosofía: *cualquiera que tu seas, serás siempre la causa suprema.* Otras veces los antiguos ritos del culto de la naturaleza, el panteismo oriental, reaparecen en toda su desnudez, y el Júpiter de Esquilo es el espacio etéreo, la tierra, el cielo y no sabemos qué cosa superior á todo esto. Como, por otra parte ,los atributos son cada vez ménos distintos, sucede con frecuencia que son tomadas las divinidades unas por otras, y esta confusion se convierte tambien en un progreso hácia la unidad futura. No sólo descomponen los poetas trágicos las creencias de la antigüedad, sino que se presentan como poseidos de presentimientos tan divinos, que no podemos menos de considerarles como los profetas paganos del cristianismo. En el drama de las Suplicantes, rechazan las mujeres el yugo del matrimonio oriental, enalteciendo su propia condicion por el sentimiento casi evangélico de su dignidad interior: aurora del cristianismo, que comienza á lucir en la profunda noche de Argos. En cuanto á Sófocles, muestra ya, entera, en su lengua la creciente espiritualidad de la poesía, pudiéndosele comparar con el más puro diseño de un vaso antiguo. Frecuentemente no traza más que un rasgo, pero este rasgo es la línea misma de la belleza, y no podria ser de otro modo sin dejar de ser bello: pureza incorruptible del arte que nos haría gustar algo de la impresion prematura del cristianismo, si el alma de Antígona no mezclase en ella su perfume. ¿Qué no será

cuando el pensamiento ateniense se encuentre con la poesía de los Salmos y el Verbo de San Juan?

Exajeran grandemente los que afirman que los griegos permanecieron siempre ciégamente encorvados bajo el yugo de la fatalidad. El coro, en las tragedias, protesta sin cesar contra la fuerza y contra lo que hoy llamamos la religion del éxito, y el coro, respecto de los sucesos que á su vista se realizan, parece representar la conciencia viva del género humano. En medio de las violencias de la escena, guarda incólumes los derechos de la libertad interior; invoca la cólera del cielo contra el crímen afortunado; remite al malvado coronado al castigo del mañana; anuncia en sus consejos soberanos un segundo desenlace más justo y perfecto que aquel á que asiste; conserva cuidadosamente los últimos rasgos de la justicia eterna, y representa, en fin, la lucha naciente entre la fatalidad y la providencia, entre las que él mismo se halla dividido: lo cual constituye precisamente, por más que haya sido olvidado, la potencia superior del drama griego. El coro, ademas de recibir y expresar los presentimientos y profecías morales del poeta, ejercia, bajo el punto de vista artístico, la funcion delicada de calmar los espíritus, cuando la impresion era demasiado punzante; pues conforme al sentido de sus dichosos dogmas, no querian aquellos hombres que en ninguna circunstancia civil ó política se prolongase el dolor, sin ser al punto embellecido

por la esperanza. Otras veces, cuando la accion se estaba desarrollando y aquellas almas atenienses, tan fáciles de conmoverse, comenzaban á sentirse oprimidas, suspendíase el drama con objeto de dar respiro á aquel pueblo de poetas, y en medio de su angustia levantábanse los cantos armoniosos, como el rocío en el aire, siendo atemperadas por los himnos las nobles lágrimas que arrancaba el diálogo. Así llegaba el drama antiguo descansando y elevándose siempre á su desenlace, y de este modo el dolor contenido, ora desencadenado, ora transformado en piadosos ditirambos, aumentábase con su moderacion misma, como el dolor de la estatua de Niobe. No han podido aclimatarse, á pesar de la notable excepcion de Racine, los coros en el teatro moderno, porque no amamos ya lo suficiente la belleza por sí misma, para soportar el que la accion, suspendiéndose, nos dé tiempo para contemplarla y acostumbrar á ella nuestros espíritus. Lo que sentimos siempre es que no se desarrolle tan rápidamente como quisiéramos, y por eso la escena moderna, precipitándose sin descanso hácia su fin, cambia incesantemente de lugar, de interés y hasta de decoracion, como la sociedad misma. Nada puede suspenderla; una solicitud ardiente la impulsa al desenlace, y el poeta, que á ejemplo de los antiguos quisiera de vez en cuando templarla con un soplo lírico, fatigaríase, luchando contra esa inquietud del mundo, que busca la paz en el cambio y el movimiento.

Largo tiempo engañados por la falsa imitacion de estos modelos, no sabíamos sinó acusar de frialdad á los griegos, al compararles sobre todo con la ardiente sed de emociones de que hoy el mundo se halla poseido. Shakspeare nos hacía olvidar á Sófocles; pero, cuando pudimos considerar más de cerca aquellas obras, nos convencimos claramente de que nada sobrepujó nunca la originalidad, la vida y la gracia de aquel arte excelso, y de que, cuanto más impacientes y anhelantes se muestren las imaginaciones de nuestro tiempo, más les convendria descansar á intérvalos en la meditacion de aquella belleza, que debe su superioridad sobre todas las demas á su serenidad misma.

La tragedia griega acaba por la comedia divina. Aristófanes, el Homero bufon, encierra en su epopeya la parodia de todo el sistema social de la antigüedad, y no parece sino que sobre el frontispicio de un gran templo se levanta la máscara colosal de un sátiro, que, coronada la frente de hiedra, se burla de la creacion entera. Lo que presta á esta figura su verdadero sentido es la consideracion de que en la sociedad oriental, aquella inmensa cuna del género humano qué acabamos de recorrer, no hay nada absolutamente consagrado al arte cómico, siendo tomado todo, cosas, hombres y creencias, por lo serio. El candor del mundo naciente excluye la idea de la ironía. La mofa y la burla suponen ya muchas experiencias anteriores, y el chancearse de las co-

sas y ridiculizarlas indica haber sido engañado muchas veces: el hombre comienza por el llanto, no por la risa. Pero despiértase la Grecia, y la ironía estalla libremente; la humanidad, volviendo atrás su cabeza y contemplando tantos fantasmas ya devanecidos, ilusiones arruinadas, imperios derrocados y falsos dioses despojados de su máscara, lanza una de aquellas carcajadas interminables que Homero atribuia á los olímpicos. Esta hilaridad mezclada de néctar, esta embriaguez de la ambrosía, constituye toda la poesía de Aristófanes.

Existia, en efecto, tan innata malicia en el espíritu griego, que por mucho que ante los dioses se encorvase, no podia ménos de apercibirse de sus ridiculeces, introduciendo de este modo hasta en el templo la duda irónica. Aristófanes creia seguramente en las divinidades paternales de Atenas, puesto que apresuró la muerte de Sócrates acusándole de impiedad; pero inflexible creyente, que no sufria el menor ataque á las viejas doctrinas en discusion seria, poeta fanático, que con mano firme presenta la cicuta al excéptico grave y razonador, cree que todo le espermitido cuando solo del arma del ridículo se sirve. Su espíritu se burla de las divinídades, á quienes ofrece sacrificios; acaba el himno por un epígrama; inventa para sus comedias pequeños dioses burlones que se mofan de los grandes; en vez de las divinidades que la Grecia tomó del Oriente con cabezas de gavilan, de lobo ó de leon,

inventa, una Diana jilguero y una Cibeles avestruz, madre de los dioses y de las diosas; promete á un pajarillo el sacrificio solemne de un mosquito; hace que Prometheo, aquella austera figura hasta entónces tan solemne, se oculte bajo un para-sol, para que el ojo penetrante de Júpiter no le descubra; presenta á Neptuno prometiéndose la herencia de Júpiter y discutiendo anticipadamente los términos del testamento del Señor Soberano; hace que Hércules venda por una comida su derecho divino; y, lo que es más todavia, para coronar toda esta ironía olímpica, mófase hasta de la muerte, del sepulcro y de los abismos poblados por los dioses subterráneos, llegando al extremo de parodiar al infierno. Precisamente una de sus piezas cómicas debe su nombre al coro de las ranas del Tártaro, que en una flamante y burlesca poesía mezclan sus gritos con los sublimes coros de las almas errantes de los iniciados en los misterios de Eleusis, haciéndonos gemir y llorar á un mismo tiempo. A tanto se atrevian Aristófanes y el pueblo ateniense cuando las creencias estaban aún vivas, y sin sospechar siquiera que aquel juego pudiera tener sus peligros. Al salir de la representacion de estas obras, no dejaban de ir á reunirse piadosamente en torno de los templos. El incienso comenzaba de nuevo á quemarse, resonaban los himnos, adquirian las ceremonias toda su gravedad, y la fé surgia, aunque unida al sarcasmo, con una ingenui-

dad maligna, constituyendo tal fenómeno sin duda una de las más vivas originalidades del espíritu griego. Porque si la estatuária católica en la edad media, en el seno de la fé más ferviente, intentó tomarse libertades parecidas, poniendo en las esculturas de las catedrales grotescas figuras que parecen burlarse de todo el edificio, no vemos, sin embargo, que el arte verdaderamente cristiano haya llegado hasta parodiar á Cristo,

Pero la ironía de Aristófanes, y esto hace que la toleremos, era universal. Nada ménos sistemático, en efecto, que aquel espíritu que en alas de la risa se eleva sobre todo lo creado, y lo mismo se mofa de Esparta que de Atenas, de la aristocracia que de la democracia, de Cleon que de Platon, de Esquilo que de Eurípides, sin respetar al mismo Homero, ni tampoco á sí propio, fuera de sus epígramas y burlas. Esta misma universalidad hacía que todos se consolasen, pues la burla se extendia á la naturaleza toda, y por eso la Grecia, á pesar de las punzantes mordeduras del poeta, no podia ménos de hacerse su cómplice, tanto más cuanto que á la postre toda aquella jácara y chocarreria estaba corregida en los coros por la poesía más elevada, heróica y religiosa, llevando de este modo al alma rápidamente desde la caida á la redencion. Despues del diálogo burlesco, oimos entonar himnos entusiastas, que parten del umbral embalsamado de los templos. Ningun otro poeta supo como él reunir en un ar-

te, que parece ser el de la naturaleza misma, lo cómico y lo sublime, la parodia y el ditirambo sagrado, el demonio y el ángel. Imaginaos la oda de Píndaro purificando el genio de Babelais, y tendreis así la medida de la amplitud del poeta, que supo abrazar con sus alas las dos más opuestas regiones de la inteligencia. Despues de él continuó aún la ironía envenenando el seno de la sociedad griega, pero sin mostrar ya entusiasmo. Al fin, en los diálogos de Luciano no queda más que la parte inferior y como las heces de la copa de Aristófanes.

Así es como el paganismo griego, ordinariamente representado como fijo é inmutable en sus formas, mostróse por el contrario siempre móvil y mudable como la Grecia misma. La epopeya, la estatuaria, la poesía lírica, el drama, metamorfosean sucesivamente el antiguo culto de la naturaleza, que, privado de la autoridad del sacerdocio, se halla entregado á todas las fantasías del arte. Algo existe permanente, sin embargo, en medio de tan contínuas variaciones, y ese algo es la belleza infinita, que aquel pueblo busca, ávido, al través de toda su historia, sin renunciar nunca á ella; la persigue de siglo en siglo en la piedra ó en el canto, en el bronce ó en los tesoros de la palabra tornando á perseguirla bajo otra forma, cuando la ha encontrado bajo una cualquiera, y yendo siempre, en todas ellas, del culto de la belleza física al culto de la belleza moral. Unas veces se eleva, otras cae, pero aquel ideal soberano no se ex-

tingue nunca completamente para él. Llega hasta el bien, pero es por el camino de lo bello. En un principio forma sus dioses de modo que agraden á sus miradas, comenzando por adornarles por fuera; despues les enriquece interiormente con sus propios pensamientos; finalmente, destrúyeles por el excepticismo, para contemplar desde más cerca el explendor con que les habia revestido; pero siempre avanza al través de los despojos de las religiones positivas, sin cansarse ni desconcertarse, con los ojos fijos en el ideal. Por eso, cuando un dia San Pablo apareció en el areópago para anunciar, no ya solo la frágil belleza del poeta, del estatuario, del escultor ó del arquitecto, sino la belleza viva y eterna, todos los ojos se volvieron ansiosos hácia él, porque la educacion de la Grecia estaba acabada y podia comprender perfectamente aquel lenguaje. Encontrándose cada país subyugado por una tendencia especial, mientras el Egipto se convertia al Dios flagelado de la Pasion, Grecia volvia sus ojos al brillante Dios del Tabor, quien, realizando el antiguo ideal, aparecia desde luego como el salvador y mesías helénico, que sin necesidad de mármoles ni cimientos, llevaba consigo su estatua y su templo.

IV.

La historia.

Distínguense el drama y la historia en que el uno se desarrolla en los tiempos de calma y la otra en las épocas revolucionarias. Para que el espectáculo de la ficcion sea tomado en serio, es necesario que el mundo real guarde silencio, mientras que, para pasar del sentimiento de la poesía al de los hechos, de la leyenda á la crónica, se necesita por el contrario que el ruido de las cosas conmueva vivamente los espíritus, que el espectáculo de sucesos aún recientes les preste la impresion y la medida de la verdad. Nació en los pueblos cristianos el sentimiento de la realidad, de la emocion de las cruzadas, y en los Griegos, del espectáculo de las guerras médicas; instante solemne en que una sociedad, aún mecida en la cuna por las tradiciones de la epopeya y la mitología, fué atacada por dos millones de hombres. Choque tan violento no pudo menos de despertar con sobresalto los espíritus suspensos de los cantos de Homero. Habíase hasta entónces vivido de vagas tradiciones; sucesos inciertos se resumian en una mitología tambien incierta; la historia política no existía aún, ó, si se quiere, estaba toda asumida en la historia de los dioses; la verdad y la ficcion, aún no distinguidas, usa-

ban un mismo lenguaje, el de los versos. Pero cuando Jerjes llegó á incendiar los templos de Atenas, la historia apareció en toda su desnudez. Habíanse presenciado grandes jornadas, que habian de convertirse en verdaderas épocas. El nombre de los pueblos confederados fué entónces inscrito al pié de la estatua del Júpiter de la alianza; la realidad fué tambien puesta bajo la proteccion del Dios; el verso cedió su puesto á la prosa, la tradicion á la escritura, la mitología á la historia; Homero y Hesiodo tuvieron por sucesores á Heródoto y á Tucídides.

No nos explicamos como haya habido quien no viese en Herodoto sino un Froissard de la Jonia, lo que equivale á encerrar una estatua del Partenon en una casa feudal. Heródoto, en efecto, no narra solo las acciones de los hombres, más tambien los obras de la naturaleza, y esto hace que su historia tenga mas de génesis oriental que de crónica de la edad media. Su curiosidad despiértase ante todo lo que le rodea, y lo mismo traza el curso de los rios que sigue las emigraciones de los pueblos. Lleno de una admiracion candorosa, sale de su país, yendo á tocar con sus propias manos los pueblos y objetos extraños que se mezclan en su narracion, ofreciendo el espectáculo de sociedades nacientes en medio de un mundo tambien naciente. Y no solo contribuye á dar á su obra carácter de epopeya este acuerdo de la naturaleza y de la humanidad, sino tambien la marcha y el plan que sigue, quizá inconsciente-

mente. Así es que, cuando los modernos se envanecen con haber inventado la filosofía de la historia, se olvidan de decir que el desórden de Herodoto cculta un encadenamiento tanto más profundo, cuanto que es en parte independiente del escritor mismo. No se manifiesta éste al principio sino como un viagero ó un peregrino pagano, errante de templo en templo, y si penetra en el seno de las sociedades orientales, es para reconocer allí las tradiciones de su país. Pero aunque piadosísimo, manifiesta pronto tanta curiosidad como religion en el fondo de su espíritu, y aunque de orígen dório, no deja por eso de adornarse con las flores del dialecto y del órden jónico. En todas partes visita á los sacerdotes, pero no contento como ellos solo con orar y adorar, interrógales, y vacilante entre la credulidad y una especie de excepticismo innato, no admite las más de las veces sino una parte de sus relaciones y noticias, que pesa y juzga cuidadosamente. Es el génio de la crítica, que bajo las apariencias del candor más ingénuo, se introduce por vez primera en los santuarios orientales. Hasta los versos mismos de los oráculos, que de vez en cuando mezcla con su prosa, están proclamando una religion política muy parecida á la reforma de Píndaro y Esquilo. Ningun plan, por otra parte, parece regularizar aún su marcha. Durante un buen espacio de tiempo paséanos por la Persia y Babilonia, cuyo fabuloso explendor describe, haciéndonos subir sobre las inmensas murallas

de ladrillo y hasta la cima del templo de Belo. Condúcenos desde allí hasta el valle de Egipto, donde penetramos en el laberinto, y tocamos las pirámides, y medimos aquella civilizacion que alcanzaba ya su decadencia. Pero hasta este instante sólo hemos seguido á un viajero caprichoso; hé aquí que el historiador va á revelarse. Y, en efecto, despues de habernos hecho pesar en cierto modo la enorme balumba de aquellos imperios, despues de haber abrumado nuestra imaginacion con su poder, despues, en fin, ¡de habernos contado sus riquezas, provincias y ciudades, comenzamos á ver lentamente reunirse aquellas provincias, aquellos estados, aquellos reinos, bajo la mano de Dario y de Jerjes, en una fuerza única, que se desencadena de improviso sobre la cuna de la sociedad griega; y cuanto más tiempo fuimos retenidos en Asia, vagando como al azar por aquellas vastas comarcas, tanto más ahora nos sorprende semejante conclusion al descubrirla. Hemos comenzado por reconocer los límites extremos del horizonte de la antigüedad, Susa, Babilonia, Persépolis, Menfis, Thebas, la Scitia; despues el círculo se estrecha, oimos como un eco lejano de la Grecia, resonar en las riberas del Asia Menor, y aquellas pequeñas revoluciones de las biudades jónicas que dan la señal. El círculo vuelve á estrecharse, y aquel Oriente, cuyos pueblos acabamos de contar en una enumeracion homérica, se precipita en masa por el Helesponto sobre aquella Grecia naciente, apenas aún conocida

por lo débil y oscura. ¿Cómo ha de resistir al choque del Asia? Hé aquí el primer pensamiento que nos acude. De este modo es como Herodoto, estrechando siempre su horizonte, nos conduce hasta el desfiladero de las Termópilas, pasado el cual nos lleva hasta Salamina, arrastrando siempre tras de sí aquellos pueblos que secan los rios bajo sus pasos. Todo parece perdido. Los generales en la víspera misma de la batalla vacilan, si dispersarse ante aquella aparicion del Asia que deja estupefacta la imaginacion; porque se adivina, por esta larga marcha, que no se trata solo del destino del imperio, sino de una batalla en que se interesa la humanidad.

Cuando al fin han sido coronadas al salir el sol las estatuas de los semi-dioses, cuando la batalla se ha ganado, cuando aquel inmenso peligro, tan lentamente acumulado por el historiador, se ha disipado para siempre, cuando los nombres de Platea y Micala se añaden al de Salamina, cuando el Oriente, en fin, *se ha roto contra la lanza Doria*, un sentimiento profundo se apodera de nosotros eclipsando todos los demas: el de un milagro cumplido por el heroismo del hombre. El débil humilla al fuerte, el derecho triunfa de la violencia: el arte ha sobrepujado al número, el pensamiento á la materia. Tal es el desenlace; la primera victoria del espíritu sobre el destino oriental. ¿No es conforme con la exposicion, si añadimos que los sucesos son agrandados é interpretados por las leyendas de la guer-

ra de Troya, la política y los tratados fundados en parte sobre la Iliada, y las figuras de los héroes de Homero, apareciéndose constantemente al historiador, como los génios propicios de las guerras médicas. La mas sabia reflexion no se conformaria seguramente mejor con el plan y el arte de la providencia. Y es que Herodoto compuso su obra, como la divinidad compone secretamente la historia; llega á su fin sin mostrarle, sin señalarle anticipadamente, dejando al desenlace que explique lo que pudiera haber de oscuro en el punto de partida. No posee indudablemente el método sentencioso de Bossuet, ni dogmatiza, ni percibe distintamente la Providencia: pero en cada paso que dá, acércase indefectiblemente á ella, hasta que al fin la abraza sin que parezca verla: instinto del órden general mezclado con la *inocencia* del pensamiento y la diccion, que constituye su grandeza y su originalidad.

Mas aún que con los poétas dramáticos, transfórmase el paganismo con los historiadores. El entusiasmo del combate se revela contra la fatalidad, y la Grecia que con una sutileza heróica desobedece al oráculo y al dios de Delfos, que anuncian solo por el cálculo de la fuerza la victoria del Oriente, dá comienzo á su vida política desobedeciendo á sus profetas. Coronados los ejercitos de guirnaldas, celebrando sus danzas guerreras despues del sacrificio á las musas, parecen, en los cantos peánicos, celebrar,

en lo más vivo de las batallas, la fiesta de la voluntad humana. Los historiadores nos dejan hasta el último instante en la incertidumbre del éxito, y eso que saben bien que basta muchas veces un pensamiento para hacer inclinar del otro lado la balanza de las cosas, lo cual constituye precisamente el espíritu de las arengas mezcladas á su narracion. No son, pues, aquellos discursos, como tantas veces he repetido, un simple ornamento del arte, ó el resumen cuando mas de un sistema político; sino la expresion de aquella libertad de las grandes almas, que, elevándose por encima de la necesidad, disponen de los sucesos mismos: son en el arte de los historiadores lo que los coros en los dramas. Proclaman, en efecto, en medio del tumulto del mundo la independencia del pensamiento; enseñan y sostienen los derechos de la justicia, de la razon y de la conciencia; se fundan en la naturaleza misma de las cosas, porque toda historia es en sí una tragedia, en donde luchan juntos la libertad y el destino. Cuando las almas son fuertes, vencen la necesidad misma de las cosas, y esto es lo que sucedió en la antigüedad griega, que por la voz de aquellos grandes coros protestaba y se revolvia contra el yugo mismo de los sucesos. En cambio, en los tiempos verdaderamente cristianos, el hombre, desposeido, se resigna en silencio y calla ante la palabra santa que resplandece en los hechos consumados. Dios es quien hace oir únicamente su voz en

la historia de Bossuet, llenando con su discurso todos los siglos, así como por una razon contraria la fatalidad habla muy alto en nuestros dias en que las almas están mudas, é historiadores, hombres de estado y filosofos solo estiman, comprenden y describen la elocuencia y la fuerza de los hechos. Las cosas hablan; el hombre calla, y convirtiéndose la resignacion en inercia, asoma el peligro de venir á parar á un fatalismo cristiano, como los antigüos terminaron en una providencia pagana.

Así como la historia de Herodoto se refiere á la epopeya, la de Tucídides se inclina al drama: si el uno describe el modo como se formó la unidad de la sociedad griega en Salamina, el otro cuenta cómo se rompió aquella unidad en la guerra del Peloponeso, mezclando en su narracion á la experiencia de los hechos y sábia precision del genio moderno, un último rayo de las creencias heróicas. Es un plan de campaña grabado sobre el escudo de Hércules. Ocupaban áun el ánimo los recuerdos de la invasion de los persas, como durante la invasion lo ocupaban las leyendas de la guerra de Troya; pero lo que palpita constantemente en el espíritu del historiador, en medio de los variados incidentes de la lucha, es el sentimiento vivo de dos razas rivales, el diálogo imparcial de dos sistemas religiosos y políticos, el duelo sagrado entre Apolo y Neptuno, que en vez de ocultarse en la nube de Homero, continúa mostrándose entre sus pueblos en la guerra de

dorios contra jónios, de la aristocracia contra la democracia, de la tradicion contra la innovacion, de Esparta en fin contra Atenas, personificaciones brillantes de aquellos dos sistemas: asunto que reune á un interés universal, una forma precisa, ó lo que es lo mismo, una vida llena de realidad bajo el punto de vista del arte. En esta guerra civil, que ha descendido del Olimpo á la tierra, todo lo que es pueblo se alia con los atenienses, y todo lo que es oligarquia con los espartanos, conservando de este modo hasta el fin cado uno de los personajes la unidad de su carácter. Los dorios representan la tradicion religiosa, el culto rígido, la vieja monarquía de los tiempos heróicos, y frecuentemente la fria crueldad de la razon de Estado; los jonios, el excepticismo filosófico, la profanacion de los templos, los caprichos sangrientos y las sublimes contradicciones propias solo de ellos. Recordad (es quizá el dia más bello de la antigüedad) aquel pueblo de Mitilene que acaba de ser traidor á los atenienses, los cuales, á la primer noticia del suceso disponen que el pueblo perjuro perezca sin perdonar á un sólo hombre. La ciudad es tomada; el decreto de muerte está dado conforme al derecho antiguo, y un barco lo lleva á su destino. Pero pasa la noche, y Atenas no ha podido dormir, atormentada, no por el sentimiento de la injusticia, sinó por el de su severidad. Por fin, se arrepiente; nace el nuevo dia; reúnese la asamblea; el pueblo vuelve sobre la decision de la víspera y

perdona: perdona á la ciudad que le ha hecho traicion, y dá en este sentido un segundo decreto. Recordad, sí, recordad aquel barco veloz que lleva á su vez la ley de gracia y de perdon, y la narracion del escritor que es en aquel momento tan rápida como la nave llena de remeros. El perdon llega por fin antes que el castigo, y todo aquel pueblo condenado y ya maniatado en la plaza pública, es salvado en el instante mismo en que creia iba á perecer. ?Podrá decirse que aquel hermoso dia pertenece á la religion de la fuerza?

Esta lucha de las crencias, de las razas, de las costumbres, se halla especialmente indicada en Tucídides por las proclamas, las arengas tribunicias, los mensajes de los embajadores y las quejas de los pueblos suplicantes, anunciándose á veces de un modo más enérgico por un verdadero diálogo entre dos ciudades. En este historiador, más aún que en Herodoto, queda vencido para siempre el destino oriental; puesto que, lo que permanece fijo é inmutable en medio de la confusion de los partidos, del estruendo de los combates campales ó navales, del dia y de la noche, del canto guerrero del pœan y del gran *coro de los negocios civiles*, es aquellos nobles discursos, aquellas grandes palabras que dominan constantemente la tempestad. Ya los oráculos, envueltos en nubes de incienso que Herodoto recogia en la entrada de los templos, no salen de hoy más sino de la boca de los hombres de estado, cada

uno de los cuales es una verdadera providencia. La tribuna reemplaza al trípode; esto da el tono al escritor. Se ha notado que los discursos de todos los hombres políticos de este tiempo ofrecen en Tucídides el mismo carácter, calma, moderacion, sangre fria, cuando no se penetra más allá de las apariencias; es un sentimiento de virilidad orgullosa, semejante al que palpíta en las odas de Pindaro, y si las figuras ecuestres de Fidias se animaran y hablasen, usarian seguramente la misma magestad, la misma serenidad, la misma concision expléndida en su lengua de marmol. ¿Por qué la palabra política tenía entónce un carácter diferente del que recibió en tiempo de Demóstenes, cuando la pasion fué su carácter dominante? Despues de bien examinado, creemos haber hallado la razon. Al dia siguiente de las guerras médicas, en la plenitud del orgullo que la Grecia adquirió con su victoria, estos pueblos aún jóvenes tenian un exceso de vida. Sus oradores, investidos de una especie de poder regio temporal, veíanse obligados á moderar tal impaciencia, y para dominar estas sociedades vehementes, necesitaban sobre todo de la serenidad que se adquiere en las más elevadas regiones del alma. Su principal esfuerzo consistia en dominarse á sí propios, y de ahí aquella palabra medida é impasible de Pericles, aquella frente serena, aquella ausencia de emocion aparente, aquella frialdad del mármol de Paros, aquel corazon, en fin, inconmovible en medio de

los huracanes civiles. Cuando el caballo de batalla se precipita en el combate, ¿no es necesario contenerlo con el freno? Tal es el secreto de aquella elocuencia propia de todos los oradores en las primeras épocas de la vida política de los griegos, y que Tucídides ha consagrado en medio de los trofeos de la guerra del Peloponeso. Más tarde, en los tiempos de Demóstenes, todo cambia: los pueblos estaban cansados, y dudaban de sí mismos. Sus fuerzas se habian destruido unas contra otras; su impaciencia no se inclinaba ya hácia la actividad, sino hácia el descanso; Esparta y Atenas, agotadas en la lucha, solo la paz piden é invocan. ¿Cómo tan gran revolucion no habia de influir en la oratoria política? La mision del orador fué entónces excitar, despertar, aguijonear al pueblo desfallecido. Entónces Demóstenes soltó las riendas, la palabra tuvo aguijones, mordeduras, flagelaciones, trasformándose en pasion, trasporte, colera, amenaza; todo el veneno que podia contener, fué preciso derramarlo para inflamar los espíritus tibios. El orador mismo tuvo entonces que precipitarse en el porvenir, para arrastrar tras él á aquellas democracias perezosas; la palabra ardiente de Demóstenes fué á la de Pericles, lo que en la estatuaria el grupo patético de Laocoonte á los mármoles armoniosos de Fidias.

¿En que difiere esta elocuencia política de la de los modernos? No entraremos á examinar si los pueblos en nuestros dias necesitan ser impulsados

ó contenidos, pero sí diremos que los oradores modernos parecen haber renunciado á aquella lucha del alma con los hechos y la sociedad, y aspiran, mas que á dominarlo, á ser la expresion de su tiempo; de otro modo temerián quedarse solos: el reinado de la palabra no parece deber existir ya para nadie. Si la opinion fermenta, el orador es violento; si el pueblo se inclina, el orador se postra. Por el contrario, la palabra del *Júpiter de Atenas* decendia de la tribuna, como la razon pura desciende de las nubes de la inteligencia; en esta elocuencia solitaria podia reconocerse como una herencia de la magestad heróica de los primitivos tiempos. El más grande espectáculo que en Tucídides podemos contemplar, es el de un pueblo que, rebelado y retenido á la vez eternamente por el único freno de la palabra severa de Pericles, inaugura en sí mismo la tiranía de la razon.

Por más que Tucídides haya escrito su historia en el destierro, no puede notársele una sola palabra de queja ó de lisonja en los ocho libros de su narracion. Era demasiado fiero aquel corazon para enseñar sus heridas; en su lengua, hecha con los restos de la lanza de Minerva, todo respira un alma de bronce. Sin embargo, á pesar de esta austeridad, parécenos reconocer el destierro en cada línea, y no es dudoso que la necesidad en que se vió de contenerse perpetuamente, haya acrecentado la severidad natural de su genio, prestándole semejante tormento un sello parecido al de Maquiavelo. Ved sinó como en nuestros dias la misma

prueba ha templado con el mismo acero la pluma de Napoleon en santa Helena. ¡Cuanta distancia entre la severidad del historiador de Waterloo y el esplendor oriental del general de la Italia y el Egipto! Y es que cuánto más se comprimen las almas por dentro, mas reinan fuera; el pensamiento, irritado por la herida, deja impreso en cada palabra el rasgo de una vida entera.

Cuando la democracia y la aristocracia acabaron de destruirse una contra otra, Alejandro acabó tambien la victoria del Occidente sobre el Oriente. Triunfó el espíritu griego, pero Grecia dejó de existir. Sus grandes hombres vagaron solitarios, sustituyendo á los pueblos: Thebas se personificó en Epaminondas. ¿Qué nueva forma revestirá la historia para responder á esta revolucion? La de la biografía, que, exaltando al individuo hasta la apoteósis, estaba de acuerdo con la última constitucion del paganismo. Tal es la época de Plutarco, en cuya narracion surgen, una en pos de otra, grandes figuras aisladas, sin relacion alguna entre sí, como si el fundamento religioso que las unia en su principio, se hubiese desvanecido. Estados, pueblos, instituciones, todo, hasta la constinuidad, desaparece en aquella narracion; en cada línea se siente que la sociedad que mantenia ligadas aquellas vidas esparcidas, ha dejado de existir: nobles estatuas, que tienen por pedestal comun la tumba de la Grecia.

V.

La filosofía en sus relaciones con la religion.—Caida del politeismo.

Cuando los filósofos griegos indagaron las causas de las revoluciones civiles y políticas, tan sólo se olvidaron de la religion, lo que les condujo á sustituir al principio general tantos motivos secundarios como ciudades existian en el Estado y Estados en la Grecia. No hay en rigor más que una revolucion en la antigüedad, la que, á un mismo tiempo y en todas partes, sustituyó la república á la monarquía, al principio de la herencia el de la eleccion. ¿De donde vino cambio tan notable, tan unánime, que modifica en un instante el temperamento de toda una raza de hombres? Si nos atenemos á los historiadores, apénas hallamos indicada la cuestion; mas si consultamos las variaciones religiosas, advertiremos al punto, segun lo que ántes ya hemos dicho, que en ellas están fundadas las políticas; porque todo el tiempo en que el culto consistió en la adoracion de la naturaleza primitiva,—época que marca el reinado del derecho divino en el paganismo,—el fundamento de la autoridad permaneció envuelto en tinieblas. Los reyes hereditarios, que reciben del caos sus verdes cétros, son los conductores de los pueblos: su legitimidad descansa en la de Saturno. Cuando la humanidad más tarde realiza su propia

apótéosis en la figura de los dioses olímpicos, ciñe á su frente, en cierto modo, la corona de Dios. Consagrada por sus propias manos, ¿pódria adorarse y á la vez someterse á otro poder que el de ella misma? Evidentemente, no. Deificar en la sociedad religiosa la razon general, es consagrar *en la sociedad* política la soberanía de todos, ó en otros términos, fundar el gobierno republicano en vez de la constitucion de las monarquías orientales. Hecho autócrata el espíritu humano, se otorga á sí mismo su constitucion; no es ya sacerdote el legislador, sino filósofo. Realízase entónces, por vez primera, la ficcion del contrato social; á la dinastía de Teseo sucede el areópago. Pero así que el paganismo hubo sufrido una tercera revolucion, cuando los dioses degenerados no representaron más que antiguos reyes inmortalizados por los pueblos, esta última doctrina, que floreció en tiempo de Alejandro, se convirtió en sancion religiosa del despotismo macedonio. La Grecia se cubre de dioses mortales, fingida posteridad de los Olímpicos; Alejandro es el hijo de Júpiter; Demetrio, el hermano de Minerva, cuyo palacio es el Parternon. La república se trueca en tirania.

La movilidad perpetua del dogma en Grecia tuvo por resultado el no conocerse allí aquellos debates violentos que en la India y en el mundo cristiano dividieron la ciencia y las creencias. Los primeros filósofos parecen encerrar dentro de sus sistemas el alma de las religiones extinguidas,

resumiendo, á veces, en una palabra toda una civilizacion anterior. El alma vaporosa del Egipto revive en el mundo de Thales; la llama del espíritu de Persia se enciende en el espíritu de Heráclito; el soplo de la gran Cibéles del Asia respira íntegro en los versos ciclópeos de Empédocles; el alma luminosa de los dioses del Oriente brilla en las teorías de Pitágoras; la armonia de sus números es un eco de la lira de Apolo, *corifeo* de los mundos.

Por otra parte, no bien la filosofía se hubo mezclado en la religion, la confundió con el arte, pudiendo de este modo condenar impunemente en el poeta lo que hubiese tenido que respetar en el sacerdote. Así, castiga á Homero por los errores de Orfeo. Luego, desesperada de reducir á condiciones de verdad las creencias nacionales, acaba por no concederles nada, olvidándolas, ó lo que es peor, haciendo de ellas un simple adorno. Como si nunca hubiese habido en el mundo revelacion, doctrinas, ni disciplinas anteriores, dispone á su capricho del mundo de la inteligencia. Hela por un instante reina absoluta del abismo. Semejante libertad ni se habia visto hasta entonces, ni se ha vuelto á ver despues. Primero, la razon humana sintió pena en ejercer friamente este poder absoluto; luego se infatuó con él en la época de los sofistas. Coronada ayer, sus vicios tienen todavía perfume: abandónase, pues, á sus tiránicas fantasías, persuadida de que, puesto que es señora, lo puede todo, levantar y destruir, afirmar y ne-

gar, sostener el pró y el contra, crear y abolir á su capricho, con la sola autoridad del razonamiento, la naturaleza de las cosas. Pero esta soberanía repentina la enerva, notándose esta diferencia entre los comienzos de la filosofía pagana y los de la cristiana, á saber, que la sutileza de los escolásticos de la edad media nace del exceso de su dependencia; la de los sofistas, del exceso de libertad.

Sócrates, que introdujo el órden en aquel caso, representa en la filosfía lo que Fidias en la estatuaria. Cada uno de sus discípulos es entre sus manos un bosquejo que forma, corrige, hasta poner de relieve con el hombre universal la divinidad interior. Por una parte, llevando la serenidad de Homero en los abismos del espíritu, pasease gozando en medio de los problemas que serán el terror del porvenir; por otra, refiriéndolo todo al hombre, juzgandolo todo por esta medida, reduce á sistema el caracter principal de las creencias griegas; y en ambos aspectos resume el genio de aquellas religiones, de cuya destruccion se le acusaba. El verbo del paganismo se encarna en el espíritu de sus discípulos, y la filosofía ateniense confirma la apoteosis de la humanidad en la mitología.

Aislando la filosofía de la religion, no es extraño que los historiadores modernos hayan desconocido la grandeza original del excepticismo griego. En esta escuela es donde mas cla-

ramente se muestra la diferencia entre la antigüedad y el mundo cristiano. Lejos de vacilar en la duda, la filosofía pagana se refugia en ella tranquilamente, como en su morada natural. La proclama desde el origen, la busca por todos los caminos; mientras nosotros lamentamos la fé que no poseemos ya, ella sufre con impaciencia la escasa que le resta. No habiendo tenido nunca una creencia inmutable, ¿porque aterrarse, como Pascal, al caer de la fé en la duda? Sin violencia pasa de la religion á la poesia, de la poesia al pirronismo, y lejos de quebrantarse en la caida, triunfa, adelantandose con la frente alta entre los fantasmas de la opinion, como Eneas con el ramo de oro entre las sombras de la Estigia, desafiandolas y dispersandolas. En cada esperanza que derriba á sus pies, se aplaude por haber desecho el encanto del sofisma, por haber roto la servidumbre de los vanos terrores. Al fin llega á despojarse de toda creencia, entonces respira. En esta desnudez profunda, goza en la soledad de la libertad del Vacio; exclama que disfruta de los placeres de dios. Nunca como en esta sociedad sensual fué llevado tan lejos el descrédito de los sentidos. No es la risa amarga de un espiritu hastiado, sino un excepticismo heroico, que, sintiendo que el mundo descansa en una ilusion, reusa obstinadamente descansar en él, y sobre las ruinas de toda certeza, conserva un equilibrio inalterable; es una duda

profética, entusiasta, que exorcisa los vanos espectros de la inteligencia, emancipa el mundo pagano y prepara sin impaciencia el advenimiento del órden futuro. Por eso el exceptico pagano ni niega ni afirma, pero hace otra cosa mejor: atiende.

El fondo de la filosofía, como el de la religion griega, siendo la identidad de la razon humana y de la divina, se sigue que todas las escuelas, no obstante sus diferencias, tenian necesariamente un fin comun, que es la calma, la inmutabilidad, el reposo imperturbable de los Olímpicos. Todas parecen haber formado su sabiduría sobre el modelo de los mármoles impasibles de Fidias; excepticos, epicúreos, estóicos, aspiran á la misma serenidad, y cuánto más el mundo se turba y vacila, mas los espíritus buscan su equilibrio en la indiferencia: tal es el grito de todas las escuelas desde los tiempos de Alejandro. Por eso el sublime de la moral antigua tiene algo de teatral, porque el hombre desempeña el papel de Dios. Bajo cualquier manto que se cubra, es preciso que acepte el dolor como si fuere ambrosia. Elevado sobre el pedestal, goza á su sabor la felicidad suprema; disimula su miseria con la apatia, y como Hércules, se mantiene en pié contra todo. Queriendo, anticipadamente, lo que el destino quiere, cree triunfar de él, y sutil hasta el fin, vuelve á ver á Dios ántes de haber despojado al hombre.

Este Hércules espiritual, que por sus trabajos se diviniza sin perder su personalidad, es el patron,

la imágen de las grandes escuelas del Occidente, que se regulan por él, como á imitacion de un Cristo pagano. Cuando el hombre en las escuelas de Alejandría aspiró, por el contrario, á sumergirse en el seno de Dios, advino el fin del espíritu griego y el primer renacimiento del genio del Oriente.

Al estoicismo corresponde la gloria de haber reconocido antes que nadie la unidad de Dios bajo la formas diversas del politeismo; y esta idea, penetrando lentamente en el dogma, creíase tener todavia una religion, cuando tiempo ha que no se tenía sino una filosofía, la cual poco á poco tomó asiento en el santuario al lado del sacerdote. Nada como los himnos atribuidos á Orfeo muestra claramente esta revolucion interior del paganismo. Rehechos de siglo en siglo, corregidos y trasformados segun el espíritu de cada época, los que hoy subsisten fueron recompuestos en la última hora de la religion antigua. Poesía completamente litúrgica, saturada áun de los perfumes de los templos de Alejandria ¿cual es el espíritu de estos himnos? ¿En qué se distinguen de los de Homero? Inmensa es la diferencia. Estos cantos, testamento de una religion moribunda, estan dirigidos todavia individualmente á cada uno de los dioses del politeismo; pero los atributos y las personas que en otro tiempo tan facilmente se distinguian, confúndense de hoy mas en una misma divinidad vaga formada de sus despojos: solo con mucho trabajo se logra distinguir uno de otro, á Júpiter,

Apolo, Neptuno, el Sol, Juno, Cibeles y la Naturaleza. Masculinas ó femeninas, grandes ó pequeñas, estas potencias reciben igualmente las mismas invocaciones, los mismos nombres, las mismas plegarias, descubriéndose en el seno de cada una el infinito que se extiende, para envolver y absorber á todas las otras; la poesía se pierde en la teología de Plotino y de Proclo. Ultimo sueño del politeismo sobre el trípode, toca en los límites del pensamiento cristiano, esto es, reniega de sí mismo, abraza al morir la unidad que va á sucederle.

El Oriente habia desarrollado el dogma de la encarnacion en la Trinidad divina; la Judea habia reducido á la unidad esta Trinidad; la Grecia unió á la idea de Dios la del hombre. Así se completa el Antiguo Testamento del mundo sagrado y profano.

Por lo demas, las religiones griegas estaban hechas para dias de pompa; adornaban la vida sin fortificarla; por eso cuando llegaron los dias de afliccion, la sociedad se deshizo como habia vivido, sin violencia ni dolor. La voz que iba gritando en torno de las islas: *El Dios Pan ha muerto*, no fué seguida de ninguna lamentacion. Oyóse, como ántes, la gran sirena arrullar al mundo con su dulce canto. No pídais á estos tiempos lo que las épocas excépticas del cristianismo han llamado poesía de desesperacion. Desde Teócrito hasta Longino, los escritores asisten á la agonia de una religion, ¿quién lo creeria? ¿Donde están la tristeza, la angustia de aquellas al-

mas bienaventuradas? No tiene el paganismo más que breves momentos de vida, y todo rie aun en la égloga de su último poeta. La Grecia cae; no cree ya en nada, ni áun en su gloria, y en este supremo momento no quiere ser desfigurada por el dolor. Muere como Sócrates, sonriendo; ¡sin amargura contra sus dioses que se evaporan, y legando tambien un gallo á Esculapio. Y cuando todo ha acabado, ved como la tierra le es ligera. Las flores crecen por todas partes sobre sus ruinas; la serenidad queda impresa en sus restos, para que ningun pueblo sea enterrado en más risueño sepulcro; la gran Cibeles adorna todos los dias, al salir el sol, su tumba; la cima de mármol de sus montañas forma su losa funeraria; la sombra de los bosques de mirtos, su inscripcion, y yo he visto el águila de Ganymedes flotar aun en el seno eternamente azulado de su Júpiter.

Sin embargo, hay una resurreccion para los pueblos, como la hay para los indivíduos. Despues que la sociedad griega habia desaparecido, cuando todo anunciaba que nada influiria en el mundo, óbrase portentoso milagro: despues de XV siglos, la Grecia resucita. No se sabe como rompe su sepulcro, pero lo cierto es que su alma reaparece en el mundo. Rasga su sudario, esto es, se despoja de lo falso, de lo mortal, conservando sólo lo que de más puro poseia: su filosofía, su poesía, su arte, su belleza incorruptible. Alma libre de su cuerpo, reaparece en medio del siglo XVI. Todo cambia desde este momento. El milagro penetra

en el fondo de todos los espíritus. Las catedrales que la edad media acababa de construir son de repente interrumpidas; como si el dios antiguo reapareciese lleno de vida, los obreros acaban con pensamiento y forma paganos lo que habian comenzado con arreglo al pensamiento de la edad media. Así como Fidias habia expresado el ideal de la Grecia y del Oriente, Rafael expresa, á su vez, el Dios en que se une la civilizacion moderna y la civilizacion antigua. Cánticos evangélicos se exhalan por la lira de Apolo; Miguel Angel eleva el templo del Júpiter cristiano. Dividiéndose entre dos religiones opuestas, entre Homero y el Evangelio, el alma del Taso se rompe en esta escision. Pero los cielos se extienden para abrazar el pasado. Macerada ó, por mejor decir, bautizada en la tumba, la Grecia hace la paz con el cristianismo, y se inaugura la nueva era justamente llamada Renacimiento, en la cual se consuma el reinado del Hijo por el reinado del Espíritu.

LIBRO VII.

LAS RELIGIONES ROMANAS.

I.

La religion y la poliiica.

Comienza ahora una nueva edad, cuyo término predicen ya las sibilas. Roma se funda, y por vez primera en la antigüedad la nueva sociedad deja de aportar, al nacer, un principio religioso que le sea propio, viviendo sólo del fondo comun de los cultos anteriores, asimilándose, concentrando la tradicion universal del paganismo, sin dar nuevos ensanches á los cielos paganos. Sus creencias apénas delineadas se borran al primer soplo ante las creencias más brillantes del resto del género humano, y maestra esta sociedad de las naciones en política, fué su esclava en religion. Ningun recuerdo inspirado del mundo naciente; ningun signo conservado del principio de las cosas; el rumor de los templos cubierto por el ruido de la

guerra civil y por los huracanes del Forum; el hombre acostumbrado ya al prodigio del universo; la pristina majestad de la naturaleza domada y limitada por la industria y por la agricultura; la ley revelada, no ya en la inmensidad del Oceano, sino en los glebas del surco; dioses sin olimpo, sin amor ni posteridad, hechos para morir juntos, y que en su mirada de niño muestran ya la prudencia del viejo, como si hubiesen heredado toda la experiencia de las épocas anteriores; completa ausencia de familiaridad con las potencias celestiales; ningun matrimonio ya entre mortales é inmortales; la razon de estado, el miedo sobre todo, este sentimiento senil sucediendo á la nativa necesidad de adoracion, al himno, al éxtasis, al encanto, á la voluntad; todo anuncia que la sávia de las religiones de la naturaleza se yela y agota, y que el alma de la antigüedad comienza á perecer. No renovándose ya el principio que la animaba, se presiente desde luego que la ciudad romana, que vive y se alimenta de la sustancia de todas las demas, sin poner casi nada por su parte, ha de ser la última sociedad y la revolucion suprema del mundo pagano.

La originalidad de los romanos consiste en las nuevas relaciones que establecen entre las religiones y el Estado político. Al aparecer en el mundo, sus dioses incultos eran tan inferiores á los de Italia, Grecia y Asia, que no pudo nunca ocurrírseles la idea de imponer al mundo su culto, y que el progreso de sus divinidades fuese la señal

de sus conquistas. Hicieron todo lo contrario: adoraron á los dioses vencidos, porque empezaron por tener miedo de aquellos de que oian hablar, inspirándoles más espanto los que ménos conocian; lo que les movió á no faltar á ninguno, colocándolos todos sin discutir en el Capitolio. Al mismo tiempo trabajaron, cuanto les fué posible, por malquistar á los dioses extranjeros con las sociedades que los adoraban. De esta suerta cambiaron todo el derecho divino de la antigüedad, hasta el punto de que, á poco que se atienda, se advierte que el curso de su historia nace de la revolucion que produjeron en el paganismo oriental y griego.

Cuando sitiaban á Veyes, aproximóse uno de ellos á la diosa nacional de los veyenses, y la dijo: «Oh Juno, ¿quiéres venir á Roma?» La diosa extranjera hizo un signo de asentimiento y contestó: «Quiero.» Entónces fué llevada al recinto de Roma, seguida de su pueblo, que recibió con ella el derecho de ciudadanía. Esta historia, cien veces repetida, es la de todas las conquistas de los romanos. En todas las ciudades del universo conocido se ha encontrado un Fecial, con la cabeza cubierta por un velo, ó un consul, que ántes de invadir el territorio ó de entregarse al asalto, ha repetido la fórmula sagrada de la evocacion:

«Si existe aquí un dios ó una diosa, que tenga bajo su tutela á este pueblo ó ciudad, nosotros le rogamos, suplicamos y conjuramos á que

abandone y desampare estos templos y santuarios, á que salga de estas murallas, á que extienda sobre ellas el terror y el olvido, á que venga á Roma conmigo y con los mios; á fin de que nuestros altares y santuarios, siéndole más agradables y preciosos, sirvan de escudo al pueblo romano y á mis soldados, en la inteligencia de que por nuestra parte le consagraremos templos y juegos.»

Tal es la fórmula con que fué la tierra conquistada. Los dioses de Roma son primero dioses de presa; los atrae de todos los extremos del universo con el aparato de los despojos: no atreviéndose á hacerlos prisioneros, comienzá por ganarlos, para ganar méjor á los pueblos.

En una ciudad así abandonada por los dioses, ¿en qué condicion quedaban los vencidos, sin más que las desnudas murallas y las puertas que adorar! Solo podian volver á la plena posesion de las cosas sagradas, entrando en la Ciudad romana. De aquí el deseo que nacia en ellos de formar parte en adelante de la ciudad victoriosa, donde su religion tenia su hogar.

Si alcanzaban por gracia entrar en ella tras de sus divinidades irritadas, no hacian la paz con ellas desde luego. Rechazados por ellas ¿no les eran odiosos? Siéntense heridos de interdicto, y pasan á formar la clase de los plebeyos.

Y como no podian reconciliarse con sus propios dioses sino por mediacion del pueblo romano, nace de aquí el derecho divino de tutela y

patronato, que el vencedor ejercia sobre el pueblo de los clientes. Los romanos eran detentadores de los dioses de los vencidos, quienes no tenian ya altares, ni culto público, ni sacrificios. ¿Cómo podrian ser sacerdotes de los altares que los habian rechazado? tienen necesidad de un patron para que sus ofrendas sean agradables. En la interdiccion que sigue á la derrota, hasta la eficacia de las plegarias les habia sido arrancada; con mayor razon habian perdido la inteligencia de los signos divinos; creíanse malditos. Una sola palabra sacramental sirve para expresar todo esto: «Los plebeyos pierden el derecho de los auspicios.»

Tal es el fundamento de la aristocracia romana, que descansa sobre el principio de la decadencia pagana, ó sea, sobre la desigualdad de las clases ante los dioses. El principio qne creó las castas en Oriente, reaparece en las orillas del Tíber, siendo evidente que, mientras él subsista, es decir, mientras el pueblo crea que solo los patricios tienen las manos bastante puras para tocar las cosas sagradas, ninguna ley, ningun cambio, ninguna revolucion logrará dar á estos hombres la igualdad que ellos mismos mirarian como un sacrilegio.

Un misterio eterno envuelve al plebeyo en esta Ciudad, en que los inmortales rehusan hablarle. Todo le está cerrado por invisible mano: ley civil, fastos, historia, formalidades jurídicas, pasado y presente. Despues de haber perdido sus

altares, hállase extraviado y ciego legalmente. ¡Desgraciado del que osase levantar el velo que le rodea!

El duunviro Tulio es cosido en un saco y arrojado al Tíber, por haber divulgado las fórmulas de los ritos civiles. El sentimiento de la interdiccion es mantenido por el culto sistemático del Miedo, que se halla por todas partes en el fondo del genio romano.

¿Qué son, en su orígen, aquellos colegios de sacerdotes del Miédo y del Temor? ¿Por qué ritos han hecho penetrar hasta en la médula de los huesos el horror sagrado, el terror espiritual, de que este pueblo no se libertará sino para caer en la incredulidad? Sus más antiguos bajo-relieves nos enseñan que la divinidad verdaderamente nacional era el Espanto, que con la boca entreabierta, sueltos los cabellos, enredados en el baston de los Augures, comunicaba á los romanos aquel profundo terror que sintieron siempre ante el más fútil presagio, ó el más insignificante de los espíritus del paganismo. Es fácil, además, reconocer en este genio feroz y lívido un no sé qué de estupor, que helaba el alma del plebeyo, en una ciudad donde todo era para él misterio, asechanzas sagradas, peligros, abismos, maldicion. El reinado de los dioses del Miédo y el Terror fué la edad de oro de la aristocracia romana. ¿Qué era en comparacion con este vínculo de espanto, la cadena de hierro del deudor en la ergástula del acreedor?

Cuando el pensamiento de la igualdad de los hombres ante los dioses logró por fin penetrar en el corazon del plebeyo, grandes escrúpulos le asaltaron todavia, ántes que le pareciese bastante claro su derecho para atreverse á reivindicarlo: de donde el carácter completamente nuevo de las revoluciones democráticas en la antigua Roma. Los proletarios no se insurreccionan contra la autoridad de la nobleza: ¿cómo se atreverian á luchar contra las familias de los sacerdotes? Sería trabar combate contra los dioses mismos. Retirarse al Aventino ó al Janículo, es para ellos el colmo de la audacia. Su sedicion es una huida: sienten que la tierra les falta bajo sus piés, en el recinto de aquella ciudad, donde todo se les rehusa por la mano de los inmortales. No combaten, se retiran. Los historiadores ven solo en aquellas retiradas plebeyas el efecto de la moderacion del espíritu, cuando no son más que el efecto de la interdiccion y del terrorismo religioso.

La nobleza, por otra parte, haciendo depender todas las funciones civiles, políticas y sociales, del derecho de los auspicios, podia otorgar multitud de concesiones sin perder nada, así como el pueblo obtener innumerables conquistas sin ganar nada. Es digna de observar la prodigiosa sutileza con que la aristocracia defiende, como su castillo, el privilegio de las cosas santas. Cuando se ve amenazada, lo concede todo á la plebe ménos una cosa: la reforma religiosa; porque reservándose este único privilegio, sabe que puede

darlo todo, segura de que lo recobrará todo. Despues de cada revolucion, cede un derecho que no tiene aplicacion alguna sin su voluntad, y de este modo el pueblo satisfecho conquista el nombre, miéntras la aristocracia se guarda la cosa. Cuando el pueblo se apercibe de este artificio, otórgale la aristocracia nueva concesion igualmente quimérica. De este modo, siempre burlado, ¿qué le quedaba al pueblo más que la desesperacion? Entónces, incapaz de conocer donde está la fuente del mal, decídese á abandonar una ciudad en que para él son estériles los mayores bienes.

En un Estado donde toda la existencia se hallaba envuelta por la religion, el que era dueño del derecho religioso, era dueño de todo, y recíprocamente, el que no poseia este derecho, poseia inutilmente todos los demás. ¿Qué importaba que pudiese nombrar cónsules, si estaba siempre en la mano del Augur anular la eleccion por su veto? ¿Cómo, por otra parte, investir con la magistratura suprema á un hombre á quien los dioses rehusarian hablar? ¿Qué importaba que el matrimonio entre ambas clases estuviese autorizado, si la primera romana de orígen noble que se atrevió á casarse con un cónsul plebeyo, fué arrancada como impía del templo del pudor patricio?

¿De que le servia al proletario poseer el suelo, si no tenia facultades para orientar su campo? En un país donde no era posible sin la intervencion del derecho augural, construir una casa, levantar un muro, edificar un horno, fijar una

puerta sobre sus goznes, señalar un linde, es claro como la luz del dia que aquel que se reservase el monopolio religioso, sería el verdadero dueño de todo, aún despues de haberlo cedido todo: y si no viésemos lo que sucede áun entre los modernos en la mayor parte de Europa, nos pareceria incomprensible que hubiesen necesitado los plebeyos romanos tres siglos para descubrir una cosa tan sencilla, y más de un siglo aún para modificarla despues de haberla descubierto.

La revolucion democrática que dió el poder á los decenviros, no fué sino una ilusion más, y por eso mismo engendró con su caída una nueva revolucion. Fueron aquellos elegidos para redactar una constitucion popular; pero las Doce Tablas, aquella carta de libertades, manteniendo el privilegio sagrado, no introdujo en la práctica ningun cambio real en la condicion de las personas ni en el estado de las propiedades. Otra vez advierte el pueblo que ha sido engañado sin saber cómo; por esto derribó á aquellos reformadores que jugaban con sus reformas. Tal es el fondo de la historia de Virginia.

En todas estas revoluciones el pueblo se agita ciego, sin percibir el obstáculo que las hace ilusorias; tasca el freno, sin conocer que el freno le sugeta. Sin removerse, la nobleza lo ata con esta claúsula que deja subsistir en todos los cambios de la constitucion: «Los auspicios serán incomunicables al pueblo.» La desesperacion ciega

de los unos, la tranquila magestad de los otros, tal és el temperamento de Roma, mientras dura este secreto de su imperio.

De este modo la história romana pone en claro, mejor que ninguna otra, la verdad de que mientras un pueblo no lleve el espíritu democrático en la constitucion de su religion, en vano intentará emanciparse de la tutela de la aristocracia. Sus más ardientes revoluciones serán puras ilusiones; sus leyes más humanas, letra muerta. Para anular todas las concesiones hechas al nuevo espíritu, es suficiente el baston de un augurque declara, en nombre de una casta, que tal innovacion es ilejítima, tal nombramiento caduco, porque los auspicios fueron mal observados. Antes de haber llevado la revolucion hasta la religion, ¿cuantos derechos no habian conseguido los plebeyos? Ser tribunos y cónsules, el acceso á casi todas las magistraturas, la reforma de las deudas, la dignidad de la familia con el matrimonio solemne de los patricios: todo esto estaba escrito en la ley, pero todo en ella sepultado sin entrar en la practica. Tantas derogaciones populares quedaban completa mente estériles y los plebeyos falsamente emancipados, no nombraban sino á sus enemigos. Cuando alcanzaban sus derechos, no se atrevian á ejercerlos; cuando se atrevian, nunca faltaba un patricio en el momento preciso que anunciaba haber oido retumbar el rayo; de repente mostrabanse las divinidades del Terror y el Espanto, y la plebe se retiraba con la cabeza baja.

Así, bajo una emancipacion aparente, se perpetuaba una servidumbre real.

El verdadero dia de la emancipacion fué aquel en que el plebeyo Plublio Decio reclamó abiertamente la igualdad de los derechos religiosos. ¿En qué fundaban los patricios el derecho de arrogarse el privilegio de comprender ellos solos, en los estallidos del rayo, el lenguage de Júpiter Consejero? ¿Acaso descendian de los cielos? ¿Era absolutamente preciso que toda súplica pasase por sus bocas? ¿Porqué los plebeyos no habian de poder hacer oir sus plegarias y comunicarse con los Dioses? ¿Se pensaba por ventura que solo habian sido hechos para humillarse en el polvo? ¿Por qué habian de ser eternamente incapaces de llevar el baston del augur, cuando ya habian conseguido las coronas murales y las sillas curules?

En este dia, una luz terrible brilló en la antigüedad, como en los tiempos modernos el dia en que arrojó al fuego Lutero las bulas del Papa. El principio de la antigua autoridad quedaba destruido.

Contestaron los patricios á estas cuestiones que se trataba, no de su propia causa, sino de la de los dioses; que la igualdad religiosa significaba la destruccion de la sociedad divina y humana; que solo ellos sabian leer en el cielo y poseian el secreto y la ciencia incomunicable de los aupicios; que todo lo que hacian, por otra parte, era para impedir que las religiones fuesen profanadas por el sacerdocio del pueblo; que ellos, en fin, sabrian

defender del contacto y promiscuidad con los altares plebeyos á sus divinidades de familia. Luego, con la ironía, que es la última trinchera de las clases elevadas, añadian que, en último resultado, deseaban que un plebeyo, un proletario, fuese sacerdote, augur, pontífice, siempre que al menos fuese hombre.

El terror, sin embargo, palpitaba bajo estos discursos, y como sucede frecuentemente en las causas perdidas, se acudió al medio de diferir por algunas horas la ley que trastornaba un mundo. A fuerza de sutilezas, el viejo genio de Roma se consideró feliz con ganar tan solo un dia; pero al siguiente la cuestion reapareció, y fué preciso resignarse: La ley de la igualdad fué votada con inmenso aplauso, *ingenti consensu.*

Ésta fué la revolucion que todo lo cambió en Roma. Para convencerse de ello, bastará decir que antes de esta reforma todos los progresos de la democracia fueron ilusorios; que no llegó nunca á apoderarse del porvenir; mas despues de esta reforma, todos los esfuerzos de la aristocracia fueron vanos; jamás pudo volver al pasado. Antes de este cambio, la democracia no se atreve á exigirlo; una vez cumplido, la nobleza no se atreve á abolirlo.

Aun le restaba, sin embargo, un nuevo recurso que intentar. Despues de los primeros fracasos de los magistrados plebeyos, la nobleza gritó que bien se veia que eran odiosos á los Inmortales, que se vengaban á costa del Estado de la promiscui-

dad de los sacerdocios, ¡que tentacion para el pueblo! Pero si se creyó rechazado de nuevo porl os dioses, fué tan solo por un instante. Reteniendo, á pesar de los reveses, el derecho de los auspicios, el plebeyo tuvo fé en el plebeyo, y todo quedó consumado. Fué esta una revolucion análoga á la que, estableciendo la libertad de cultos entre los modernos, destruyó el principio del derecho divino. Cuando el privilegio de los auspicios hubo sido atacado una sola vez, fué imposible salvarlo; y cuando hubo sido destruido, fué mas imposible aun reemplazarlo. La democracia se desbordó por esta brecha, y acabó la edad media de Roma. No habiendo podido ser vencida la revolucion religiosa, no hubo ya poder capaz de contener la transformacion de la familia, de la propiedad, de la ciudad y de todas las relaciones sociales, y lo que hasta entonces no habia sido mas que apariencia, se transformó gradualmente en realidad. Despues de la igualdad religiosa vino la igualdad civil, por la publicidad de las leyes, por la extension del derecho civil, por la aplicacion de las leyes agrarias. No hubo modo de detener el torrente.

Desde este dia hay dos hombres que no mueren ya, y que no cesan de conmover la antigua sociedad: el tribuno, en el derecho político; el pretor, en el derecho civil.

A pesar de sus esfuerzos, la aristocracia no puede ya llegar á encontrar un solo punto inmutable para fijar el Estado en la forma antigua. ¡Tan cierto es que las revoluciones que cambian el ór-

den religioso son las únicas con que se puede contar! De la misma manera que parecia en un principio imposible que se hiciesen tales conquistas, imposible parece despues que se pierdan; y los que creian ántes que nunca les habrian sido arrancadas, llegan á poco á tal grado de abatimiento que nada emprenden para recogerlas.

Entónces fué cuando la aristocracia romana se sintió mortalmente herida, y comenzó á desmoralizarse. Al contrario, así que los plebeyos lograron reformar la constitucion religiosa, desistieron para siempre de sus proyectos de retirarse de Roma, donde tenian ya cuanto les hacía falta para luchar y vencer: nuevas retiradas no hubieran tenido objeto ninguno. Con el misterio de las religiones, el pueblo posee el misterio de las leyes; con las leyes, el medio de aprovecharse de su victoria; sabe las fórmulas sagradas, por las que puede arraigar sus revoluciones, repartiéndose las tierras del dominio público. ¿A qué retirarse ya de la ciudad? Ya no hay sino hombres que combatir, los dioses se han pasado á su lado.

II.

Roma y el mundo.

Dedujeron los romanos del hecho de haber realizado sus conquistas evocando los dioses extranjeros, la singular consecuencia de que el medio de

ser invencibles, era ocultar al mundo el nombre de su divinidad nacional. En vez de imponerla á las demas naciones, no permitieron á nadie invocarla, por temor de que fuese atraida, con mejores ofrendas, fuera de sus murallas. El secreto, en efecto, fué tan bien guardado que la mayor parte de los romanos murieron sin saber á punto fijo cual era el nombre de la divinidad nacional de Roma. Sólo por haberlo pronunciado, dícese que fué crucificado un tribuno.

El misterio pasó luego de la religion á la política, erigiéndolo en razon de estado, quedando hasta en las épocas más libres alguna sombra de este interdicto. Los mismos historiadores latinos no conocian más que la fase externa de los sucesos, escapándoseles el secreto del imperio, hasta el extremo de que Ciceron, áun en medio de su engrandecimiento, confiesa que no posee el secreto de los sacerdotes, y que nada puede decir del derecho pontifical, de la religion ni de las ceremonias. Igual confesion hace Virgilio, sin quererlo, en cada página. Es decir, que la aristocracia nunca se confió ni á los príncipes de sus escritores, á quienes ocultó siempre su Dios, por cuya causa lo que ellos nos dicen no puede satisfacer, sinó á medias, nuestra curiosidad por las cosas sagradas. Esperamos siempre una palabra más íntima, más profunda que descorra el velo, pero en vano; porque ellos mismos ignoran, casi tanto como nosotros, lo que deseamos saber. Buscamos en ellos el alma de las cosas, mas no la encontra-

mos, nos dejan fuera del templo.

Hé aquí la verdadera diferencia respecto del genio griego, tan expansivo, tan impaciente por prestar su religion á toda la tierra. Leyendo la historia de su Hércules ó de su Apolo, nos enteramos, en parte, de la historia de los pueblos que los adoraron. Pero no se pregunte al antiguo dios de los latinos, bajo la figura de un hierro de lanza; nada tiene que contarnos de su pueblo; no tiene voz para declarar el misterio de la Razon de Estado divinizada.

No es extraño que sobre estos dos principios opuestos se funden dos distintas sociedades: la de los griegos, que establecen por todas partes donde se fijan un Dios nacional, poderoso, dejando en pos de sí un hogar de civilizacion. Cada una de sas colonias lleva en si un gérmen sagrado y se convierte en sociedad independiente. Al contrario, la ciudad del Tiber, encerrando dentro de sus murallas todos los gérmenes religiosos del universo, no deja en todo el mundo más que un punto viviente, Roma, cuyas colonias nunca pasan de campamentos ó mercados.

Produjo esto un fenómeno totalmente nuevo en el mundo, á saber, que á tantas conquistas puramente materiales no se juntó ninguna ambicion de dominacion moral. En las sociedades precedentes los dioses se oponian y luchaban entre sí como los pueblos, y tal es aun el fondo de la Iliada de Homero; los romanos, por el contrario, no se atrevieron nunca á ejercer acto de sobera-

BIBLIOTECA LEON

nía en el mundo religioso. Como aquí no habia ya vencedores ni vencidos entre los dioses, nacieron de aquí consecuencias completamente nuevas; llegó un instante en que no hubo ya vencedores ni vencidos entre los pueblos, y entonces acabó la ciudad antigua.

Los romanos, miéntras vivieron, estuvieron persuadidos de que las religiones les servian como instrumentos de conquista, sin advertir que eran constantemente dominados por el espíritu de los mismos cultos de que creian burlarse. Y es más chocante aún, que la ilusion de los antiguos en este punto dure todavía.

Polibio admira mucho la política de la aristocracia romana en la religion. Si hubiese vivido más tiempo, habria visto á aquellos fieros patricios, cogidos en las redes de su sagrada diplomacia, llegar á un fin distinto de aquel á que pretendian: la nivelacion de los dioses privilegiado, arrastrar en pos de sí la destruccion de los privilegios civiles; la política de la astucia vencidas á pesar de los fraudes de los augures, por la fuerza de las cosas; las religiones extrangeras, una vez establecidas, hacerse más fuertes que la antigua constitucion y arruinarla; á Roma dejar un giron de su propia sustancia en cada uno de sus triunfos, y á los señores del mundo emplear un ingenio prodigioso en aniquilarse con sus propias victorias.

Seguramente era cosa hábil, en apariencia, convertir los cultos enemigos en otros tantos

cómplices. Los dioses indígenas, en el Capitolio, se hallaban siempre dispuestos á retirarse y ceder su puesto á los dioses extranjeros. Pere hé aquí las consecuencias. No habiendo podido asentar sus conquistas sobre la soberanía religiosa, y la ciudad sobre el fundamento de un culto nacional, absorben los romanos inmensos imperios sin poder nunca colmar el vacio interior de la ciudad. Cuantos más pueblos sugetan, pasan á ser más y más dependientes de los cultos, de las religiones, del espíritu extranjero. Se empeñan en dominar el mundo, y el resultado de cada victoria es, por el contrario, disminuir el espíritu romano, trayendo á Roma un alma enemiga. Este vacio religioso es el golfo que ningun *Curtius* podia colmar, y en el que todo el universo habia de sumergirse.

Todos estos dioses que la aristocracia romana introducia en su panteon, eran el caballo de madera dentro de los muros troyanos. El enemigo salió al fin del vientre de apuella sábia máquina, y la antigua ciudad quedó destruida.

Porque estas religiones extranjeras contenian el alma, el pensamiento, el genio nacional, la eterna esperanza de los extranjeros, para quienes donde estaba su Dios allí estaba su derecho. Ni ¿cómo renunciar para siempre á la vida social, cómo creerse irrevocablemente perdidos, cuando veian el principio mismo de la esperanza y de la vida coronado en el panteon romano? ¿Cómo los etruscos habian de resignarse á la anulacion,

cuando veian á sus augures triunfar en Roma? Imposible de todo punto. Lo que, por el contrario, era natural que sucediese, es que no dejaran descansar á Roma hasta haber obtenido, al lado de sus dioses, la igualdad social en la ciudad, y esto fué lo que sucedió con los oscos y sabinos. Cualquiera hubiese creido á estos pueblos ahogados en su sangre; mas, todo lo contrario, despues de terminada la campaña y arrasada su ciudad, se atreven á pedir, no el perdon, ni el reposo, ni la paz, ni la vida á costa de la servidumbre, sinó las ventajas del triunfo, esto es, la igualdad con los vencedores. Este hecho es más admirable aún en los samnitas. Apénas Sila ha depuesto su hacha, el espiritu de los muertos resucita, y la matanza de todo el pueblo samnita no puede impedir que el Samnium conquiste el derecho de ciudad. ¿Qué historía es esta, en que los vencidos triunfan constantemente de los veucedores?

La verdad es que los romanos, que tanto destruyeron, ignoraron siempre el arte del exterminio moral, el único que mata verdaderamente. Engañóles su materialismo ó su indiferencia. Persuadidos de que bastaba destruir el cuerpo, no quisieron nunca combatir más que las fuerzas físicas; pero si de este modo se economizaban la mitad de la lucha, tampoco lograban más que la mitad de la victoria. Habiendo acordado los tarentinos esculpir las estatuas de sus dioses en actitud de combatientes, no se atrevió Fábio á cargar con la responsabilidad de arrancarlas, juz-

gando prudente dejar al enemigo divinidades tan irritadas que parecian luchar todavia.

Nunca supieron dar el golpe mortal para matar un espíritu, un ser moral como un pueblo, asegurándose así contra sus represalias. No obstante el diluvio de sangre que derramaron, apenas llegaron á desembarazarse por completo de uno solo de sus enemigos, exceptuando á Cártago, cuyo yugo moral rechazaron, al rechazar sus ritos insociables. En todas las demás partes dejaron siempre, en pos de sus conquistas, el gérmen de constantés sedi ciones, y á nuevas victorias sucedian nuevas exigencias de los vencidos· Los dioses triunfantes en el panteon romano tienden incesantemente la mano á sus pueblos, y los levantan. Scipion, vuelto de sus victorias, encuentra en el foro los pueblos que creia haber exterminado, y sabida es su respuesta á sus interlocutores: «Aquellos á quienes he llevado aquí encadenados, no me inspiran temor desde que son soberanos.»

Ni áun sobre el esclavo pudieron reinar en paz, porque no supieron anularle moralmente, ni quitarle sus altares, sus dioses manes serviles, ni su fiesta de las saturnales. Por eso el esclavo, tan mudo en otras partes y tan complaciente, no cesa de acordarse aquí de que es hombre, y se agita y conspira, y bajo el amparo de la diosa de Siria, les inquieta casi tanto como el mundo de los hombres libres.

Aun despues de la guerra social, esto es, des-

pues de siglos de destruccion, no saben los historiadores como la conciencia de la vida social pudo sobrevivir á tales matanzas. En la dificultad de explicarse semejante imposibilidad de morir, no advirtiendo que el alma de las naciones subyugadas se conserva y perpetúa con el Dios nacional, tomaron el partido de negar los hechos y los más ciertos tratados. Otro tanto sucede respecto de la prontitud con que tan gran número de pueblos fueron á confundirse en una misma Ciudad. Esta íntima alianza de hombres, tan distintos por la raza y por el idioma, parece en efecto increible, si no se añade la idea de la alianza íntima de los cultos en el Panteon romano. Pero una vez reconocida esta unidad de religion, nada más natural que aquella unidad social de los pueblos, siendo lo contrario lo que constituiria un verdadero enigma.

No era así ciertamente como los orientales aseguraban la tranquila posesion de sus conquistas; antes bien, con ménos matanzas quizá, destruyeron infinitamente más, y lo que destruyeron no volvió á levantarse. Comenzaban por degradar las creencias de los vencidos, esto es, por someterlos hasta en la conciencia, bastándoles casi siempre un solo golpe, porque sabian donde estaba el nudo vital. Una ancha herida abierta en el dios enemigo, evitaba de renovar frecuentemente la lucha; porque degradado el culto, caia el pueblo de su alta gerarquía al rango de una casta sin memoria y sin concieucia. El vencido que-

daba sepultado vivo con la caida de su Dios, á lo que sucedia el silencio por millares de años, sin temor de represalias por parte de los que habian recibido esta clase de heridas.

Cuando vemos á un hombre como Anníbal no poder arrastrar á su causa á uno solo de los pueblos de Italia, nos es imposible no pensar que encontró un obstáculo invencible á la alianza en las religiones insociables de Cártago. El culto antropófago de Baál, rechazado ya por la conciencia del Occidente, era sin duda lo que él llamaba con amargura la fortuna de Cartago.

Sorprende, sin embargo, que la aristocracia romana fuese tan tarda en apercibirse de que la constitucion religiosa, trasformándose por la introduccion de extraños cultos, habia de trasformar tambien la constitucion política y social. De los reyes á los consules, de los cónsules á los decenviros, de los decenviros á Sila, la aristocracia persiguió constantemente un mismo fin, sin atreverse á adoptar la única medida decisiva que podia darle el triunfo. Realmente se proponia dos cosas contradictorias: por una parte, el deseo de imponer á la sociedad romana la inmutabilidad social de los pueblos del Oriente; por otra, la consagracion del principio mismo de los cambios en las novedades religiosas, con el fin de ensanchar el imperio por medio de la conquista. Esto fué lo que la perdió; porque ¿de qué servia proscribir razas enteras, si no existia el valor suficiente para proscribir á los dioses? Hé aquí la

falta, ó más bien la necesidad que pesa sobre las aristocracias modernas, cuando, proponiéndose conservar el pasado, no se atreven á abolir la libertad de conciencia, que es la negacion misma de ese pasado.

Solo durante las guerras civiles, la fuerza de la pasion parece que iluminó por un momento á todos los partidos, no habiendo entonces una revolucion política que no se apoye en una revolucion religiosa. Así, el partido de Mario realizó, para conseguir el triunfo de la democracia, una empresa nueva y perfectamente razonable: introdujo la democracia en la religion, dando al pueblo el derecho de nombrar los sacerdotes. Lo contrario hizo Syla: abolió la ley de Mario; devolvió al colegio de los sacerdotes el derecho de eleccion. No comprendo por qué no se da más importancia á esta contra revolucion en el sacerdocio, base de todo el sistema de Sila.

Mas esto, por otra parte, no era sino ün remedio á medias; no alcanzaba hasta matar en el alma el derecho de los plebeyos, privándoles de toda esperanza. Por esto fué borrado al primer soplo contrario, y el derecho del pueblo restablecido en la religion tan pronto como la democracia reapareció con César.

La lógica de Sila era más aparente que real. En vano pasaba á cuchillo á los atenienses, pretendiendo vencer el espíritu de novedad griega; entregaba, es verdad, al pillaje el templo de Delfos, pero traia con el botin la estatua nacio-

nal dél Dios de los griegos, á la qué el mismo prestaba adoracion cuando llegaba el momento del peligro. El restaurador del viejo genio romano ¡sólo de los dioses romanos se olvidaba!

¿Por qué, si su pensamiento era restablecer la vieja constitucion de la aristocracia, no impuso lo que era condicion indispensable para ello? ¿Por qué no prohibió al pueblo desde luego los altares plebeyos? ¿Por qué no le arrancó con sus veinticuatro hachas el derecho usurpado de los auspicios? ¿Quién lo hubiese resistido? Este era el único medio, dado que hubiese tenido éxito, de contener á la democracia y volver el torrente hasta su fuente; pero Sila, en medio de su obra de exterminio, no se atrevió á tanto, no parece que pensó jamás en cortar la cabeza de la hidra. Abatió cuanto el brazo podia alcanzar, pero no acertó á herir ni un solo espíritu, y creyendo que podria anegar en sangre la nueva socidad, no intentó siquiera prohibirle sus ritos. El hombre que no retrocedió nunca ante la matanza, tembló ante las divinidades plebeyas. Desde entónces nada hubo que esperar; viose ya que su obra de restauracion no sería más que una obra de sangre.

Apenas, en efecto, hubo pasado, todos aquellos que habia aniquilado, reaparecen. Los proscritos se convierten en proscriptores; los muertos matan á los vivos. Porque en los tiempos corrompidos que preceden á la caida de las sociedades, la muerte desempeña un gran papel; es la única divinidad que los hombres toman aun en serio, y

si les libertais de este temor, en seguida os desprecian.

Nada mas raro, por otra parte, en todos los partidos, que la energia del espiritu unida á la energia de caracter ¡Que pocos hombres se atreven á hacer lo que es necesario para superar un peligro mortal! Solo una cosa pudo salvar á Catilina, la única que no se atrevió á hacer: armar á los esclavos.

No sucumbieron, sin embargo, los patricios sin haber presentido que, para conservar la antigua sociedad, era indispensable desembarazarse de los nuevos cultos; pero este pensamiento que de vez en cuando la fuerza misma de las cosas revelaba, no llegó nunca á ser para ellos evidente. Por eso despues de un esfuerzo momentáneo, volvieron á abrir sus puertas á poderes que no eran, despues de todo, hacia ya mucho tiempo sino supersticiones ilusorias para las clases elevadas. El escaso aprecio que de su religion hacian, fué la causa principal de que se dejasen invadir por las religiones de los demás, y despues de haber sido víctimas de su terror, lo fueron de su indiferencia. Al principio tuvo la nobleza excesivo miedo á los dioses extrangeros para atreverse á proscribirlos, y cuando cesó de temerlos, era ya tarde para expulsarlos.

De este modo evitaron malquistarse con ninguno de los treinta mil dioses de la antigüedad en tanto temieron uno solo; pero desde que cesaron de creer en su religion, no temieron reprimir ya las

que les contrariaban. Unicamente en los tiempos de incredulidad, bajo los emperadores, tuvieron valor para proscribir el culto de los judios, el de Serapis y el de los Druidas; de suerte que en la fé se mostró tolerante, y en la incredulidad exclusiva. Prueba de esto dieron cuando hubo que derribar, por órden del senado, el templo egipcio de Serapis: los obreros romanos no se atrevian á poner mano á la obra; parecíales oir en el santuario los ahullidos de Anubis; fué preciso que un espiritu despreocupado diese el primer martillazo.

Y es que aquellos hombres, tan intrepidos para verter sangre, fueron durante mucho tiempo los mas timidos en el mundo de los espiritus. Desde Virgilio hasta Stacio no se oye mas que una voz, el acento de Lucrecio, que rompe las murallas de los templos: grito de un alma que se ahogaba bajo el terror, en el recinto de un mundo de convencion, y que de repente se halla libre en el infinito. Cuanto mas se consideran los testimonios de la antigüedad, mayor seguridad se adquiere de que el fondo de la religion del romano era el miedo al universo inteligible. Sus dioses le fueron revelados por el rayo, y él quedó, con el alma oprimida y encadenada, bajo el peso de la sagrada amenaza. He aquí porque en esta especie de pánico espiritual que nada distingue ni mide, adora indiferentemente todas las potencias de que oye hablar, buenas ó malas, como la adversa Fortuna, la Fiebre, la diosa de las Cloacas, el terror mismo. Sobre la tumba de uno de los Scipiones se lee que dedicó

templos á las tempestades.

Bastaba, para llenar de terror los corazones de hierro de aquellos señores del mundo, un trueno, un relámpago, hasta, lo que parece increible, la caida de una cigarra. ¡Cuantas leyes con pasion deseadas y discutidas con madurez fueron súbitamente abandonadas, por que una corneja habia cruzado por el horizonte! El pánico ¡cosa estraña! sobrevivió en ellos á la creencía; y cuando la fé hubo desaparecido, quedó un fondo de estupor, que se mostraba en todos los asuntos en que la religion intervenia.

La decencia, el vestido, se convierten para ellos en otros tantos nuevos dioses términos, que no se atreven á destronar. Caracter fiero, pensamiento tímido, tal es aun el temperamento de las naciones modernas de raza latina. ¡No parece, en efecto, que cuanto habia de vagos terrores, de pánicos serios ó fingidos, en la religion de los romanos, ha pasado á la de estos pueblos?

Ni Mario se atrevió á proscribir los antiguos cultos, ní Sila los nuevos, y de aqui el que los romanos se encontraran invadidos asi que hubieron acabado de vencer. Cuando creian haber domado el mundo, sucumbieron bajo sus represalias; porque de cada una de la ciudades que parecian muertas, salió no una queja, sino un mandato. Mucho antes que Cesar, pasaron el Rubicon los dioses extrangeros, é inauguraron el derecho, la nacionalidad del extrangero; al fin, cada una de las provincias conquistadas se elijió su Cesar, esto es, un señor á sus

vencedores. No son, no, los procónsules los que arrastran en pos de si al Asia; son la buena diosa, Serapis, Mihtra. Por otra parte, Mercurio Teútates abre á los germanos la puerta de la via flaminia. Viose entoncés claro que Roma solo habia vencido para sus enemigos: terrible desengaño que se descubre claramente en tiempo de los emperadores.

He aqui como desde que las religiones se convirtieron en un instrumento político, se gastaron con una rapidez prodigiosa. Roma, para proveer á aquel consumo moral, tuvo necesidad de agotar todas las fuentes del mundo pagano, empezando por sus mismos dioses, cuya autoridad duró apenas lo que la de los reyes. Vinieron luego las divinidades griegas, que presidieron al establecimiento de la república; pues ya el primero de los Brutos menosprecia la autoridad de las sibilas de Italia, y va á demandar al dios de Delfos el secreto que los altares italianos ignoraban. Delfos se gasta á su vez, y el oráculo se retira á Egipto en las arenas de Ammon.

Desde la segunda guerra púnica, todos los dioses conocidos habian perdido su crédito. Para librarse de Annibal, Roma se precipita en el culto de la buena diosa de Frigia, con el cual comienza el reinado de los dioses orientales. La época del imperio fué ocupada por sus genios monstruosos, que acabaron por arrastrar en pos de sí la constitucion imperial, que comenzó con Diocleciano. Llegó un instante, en que no se encontraba en el

mundo templo, santuario, culto, oráculo, altar ó dios pagano, que no hubiese servido á la política de Roma, y que no se hubiese arruinado en esta alianza. Roma habia devorado la sustancia entera del paganismo; la ciudad pagana debió desaparecer con él.

Entre la fé profesada en público y la incredulidad declarada en la intimidad, era la contradiccion demasiado flagrante. Todo el mundo veia que semejante artificio no podia durar. Los romanos, en situacion tan falsa, temblaban en medio de su prosperidad, temiendo que bajo la mentira oficial se abriese el abismo, En el fondo de todas las cosas se percibia un mal presagio.

Una nueva extraña se extiende al fin en plena paz, anunciando que un rumor sordo, semejante al del choque de las armas, se ha oido en el terrltorio latino. El pueblo romano se inquieta, se aterra; interróga solemnemente á los arúspices, y estos le responden que aquel ruido sordo anuncia, que la forma de la sociedad está próxima á cambiar.

Sucedia esto pocos años antes de la ruina de la república; ya entonces se oian los crujidos del edificio.

III

Los Césares.—La religion del derecho.—Fin de la ciudad antigua.

En la manía de inventar auspicios, á gusto de su política, acabaron los partidos por privar al pueblo de toda religion, y como en él religion era sinónimo de temor, hallóse á un mismo tiempo desembarazado de estos dos frenos, y no se confió más que á la fuerza, lo que le condujo necesariamente al régimen de los emperadores. El foro estuvo en medio de los ejércitos, y á nadie admiró el que Valerio Máximo dijera á Tiberio en el prefacio de su libro: «Las otras divinidades no existen más que en la opinion, pero tu divinidad la vemos y tocamos en tí. Hemos tomado al mundo el resto de sus dioses, y le hemos dado los Césares.»

No hay para que admirarse, pues, si tantos emperadores se creyeron de la familia de los dioses, ó se tuvieron á sí mismos por tales, consecuencia natural de la idea que los romanos acabaron por formarse de las religiones paganas. Ya desde los tiempos de Ennio creian los patricios que los dioses no eran otra cosa que grandes hombres, y una vez admitida esta doctrina, pronto no hubo César que no se juzgase igual á Saturno, Hércules ó Quirino. ¿No habia sido Júpiter un pe-

queño rey de Creta? ¿Por qué, pues, el Señor del mundo romano no habia de ser la divinidad de su época? ¿Por qué no tomar en serio la apoteosis? La imitacion de los Olímpicos explica por sí sola el estado monstruoso en que vivieron la mayor parte de los emperadores, estado que no tiene igual en ninguna otra época de la historia: ¡hombres que perdian la razon remedando á los dioses! El género humano prosternado á sus piés, medio loco como ellos, elévales templos y les consagra colegios de sacerdotes. ¡Ellos mismos ofrecen sacrificios á su propia divinidad! ¿Cómo era posible prolongar impunemente por mucho tiempo aquel juego?

La razon de César supo resistirlo; pero ya con Antonio comienza el delirio: cambia su nombre, se llama el padre Baco, y es el primero que con el tirso en la mano se embriaga con la copa del nectar. Calígula decia á Júpiter: «Mátame, ó te mataré.» ¿Y quién sabe lo que habrá de verdad en sus amores nocturnos con la luna? Domiciano sella sus decretos: «Vuestro señor y vuestro Dios.» Heliogábálo, que queria ser llamado el señor Sol, no era el más insensato entre todos estos iluminados del Evehemerismo.

Pero aquello mismo que parecia conducir al extravio universal, fué precisamente lo que salvó á la razon humana. De la confusion de todos los dioses en el sistema romano se sacó la consecuencia de que sólo diferian en los nombres, reduciéndose todos á uno solo. Es verdaderamente increible con

que autoridad se arraigó en las leyes é instituciones sociales esta idea de unidad, así que hubo entrado en el paganismo. No le opuso obstáculo el desvanecimiento de los emperadores; ántes bien le ayudaron á su pesar, y vióse á un mismo tiempo todo lo que allí hubo de más desenfrenado y lo que hubo de más razonable, el delirio de los doce Césares y la edad de oro del derecho romano. Al lado de cada una de aquellas dinastías de insensatos se encuentra un representante de lo que se ha llamado la Razon escrita, y que él mismo se titulaba sacerdote del derecho. Gayo se encuentra con Cómodo, Papiniano con Caracalla, Ulpiano con Heliogábalo. Los Césares, que parecian otras tantas barreras vivas contra la innovacion, se convierten en sus serviles instrumentos. Hubo entre estos furiosos quien arrastrase, rugiendo, el carro de la humanidad.

«Hemos hablado hasta aquí del Príncipe, dice Suetonio; hablemos ahora del monstruo». Del mismo modo se expresa Tácito, pero no nota bastante que hay dos personas en cada César, el príncipe y el legislador: las acciones del uno son infames; las constituciones civiles del segundo son casi siempre liberales y humanas; porque en las unas obedecian á su genio particular; en las otras, al espíritu general de las religiones, transformadas por los estoicos. ¡Singular preocupacion por los miserables y los débiles la de aquellos hombres hartos de sangre! Sus manos execrables son las que corrigen la barbarie de la antigua fa-

milia patricia, y por sus edictos son emancipados la mujer, el minero y el esclavo. Mil veces fué repetída, bajo sus reinados, aquella frase de uno de ellos: «Dejad que alimente á la plebe.» El proscriptor Octavio asegura la libertad y la dignidad de la mujer: Tiberio establece á nombre del Estado el crédito hipotecario, sin interés: Neron establece la justicia gratuita; propone la abolicion del impuesto, «el más bello presente, dice Tácito, que pudo hacer al universo;» limita el derecho de la lanza contra los pobres, y toma á su cargo contra la nobleza la causa de los libertos, esto es, de todo el mundo: Domiciano les asegura la igualdad con los caballeros. ¿Quién declara inviolable la vida del esclavo, tanto como la del hombre libre? ¿Quién defiende el principio de igualdad contra el privilegio, el espíritu innovador contra el espíritu rutinario? El imbécil Claudio. ¿De dónde ha sacado el esposo de Mesalina esta conmiseracion completamente nueva por la madre privada de sus hijos? Adriano, Cómodo, Alejandro, protegen al esclavo contra la prostitucion, contra el abandono, hasta contra la injuria, haciendo ya de él casi un hombre. ¿Cuál es el nombre que se encuentra al pié de este rescripto magnánimo: «Si diste la libertad á quien no la debias, ten entendido que no puedes volvérsela á quitar? El de Caracalla; dióło al principio de su reinado. Mas tarde se indigna á la idea de la pena de cadena perpetua en una sociedad de hombres libres, y acaba por sobrepujar

á los Gracos, concediendo la igualdad social á *todos los habitantes del mundo romano*, esto es, á casi toda la tierra. Tan grande es el poder de un dogma nuevo, desde el instante en que comienza á inocularse en las instituciones sociales, que los mismos monstruos le obedecen.

Así como los elementos ciegos, el agua, el fuego, el vapor condensado, sirven en nuestros tiempos á la alianza de los pueblos y realizan un fin que con frecuencia abandona la conciencia humana, así bajo el Imperio se vió á los poderes desenfrenados cumplir las reformas sociales, y á los mayores enemigos del género humano acabar, á su pesar, la obra de los más sabios filósofos.

Aquellos tiranos que parecian dementes, tenian las manos encadenadas por una fuerza que no conocian, sin que pudiesen subsistir un momento sino á condicion de abandonarse á la corriente de las cosas nuevas, y de arrasar al paso todos los restos de las tiranías de la sociedad patricia. Ellos fueron los que destruyeron ó arruinaron el privilegio del padre sobre el hijo, del hombre sobre la mujer, del noble sobre el plebeyo, del plebeyo sobre el extrangero, de Roma sobre los latinos, de los latinos sobre los italiotas, de los italiotas sobre los provinciales, de los provinciales sobre los dediticios, de la Ciudad sobre las colonias, de los patronos sobre los libertos, de la propiedad romana sobre la propiedad provincial, del viejo derecho quiritario sobre la equidad natural. Despues de esto ¿que queda de

las desigualdades sociales, de las fórmulas jurídicas de la antigua sociedad? ¿Cómo Caton reconoceria la Roma implacable de su tiempo? Sin saberlo, estos obreros ciegos levantaron la ciudad universal de los estóicos.

Tal es el espectáculo que ofrece el derecho romano. El principio de igualdad social bajo la forma pagana del estoicismo, se organiza en la ley á despecho del mismo legislador. La conciencia humana parece no tomar parte en este trabajo, y la justicia desciende en las instituciones civiles como una geometría sagrada. Esta fuerza indomable que obra, por decirlo así, por sí propia, y á la cual se pliegan como esclavos los emperadores sin soñar nunca en contrariarla, es el último milagro de la antigüedad. Recórranse una por una sus constituciones; apenas se descubrirá diferencia entre los Marco Aurelios y los Heliogábalos: todos obedecen á una especie de matemática del derecho, que se prosigue impasible de reinado en reinado, y los encadena igualmente al mismo nivel. Sociedad que se recoge en sí misma, ántes de desaparecer, para legar al mundo el testamento de justicia que lo rige todavia; diríase que el dogma de los estóicos, el alma del mundo, se apodera del cuerpo social y en él se desenvuelve por la humanidad, independientemente de los indivíduos. Vemos á este poder servirse de los peores príncipes, á una série de hombres sanguinarios ser los instrumentos pasivos de la equidad natural, á los más bárbaros dictar los

mandamientos de la humanidad, á la conciencia manifestarse por aquellos que han perdido toda conciencia, y á los más insensatos concurrir á la obra de la razon por excelencia.

La trasformacion social que se cumplia en el derecho romano, era la misma que se anunciaba en el cristianismo; ambas iban al mismo fin, á la igualdad de la raza humana. Por esto las dos revoluciones pudieron subsistir juntas, y despues de la caida del paganismo, el derecho romano que era su mas alta expresion, continuó rigiendo á los pueblos cristianos. Hé aquí la causa de que la época monstruosa del imperio quede en la memoria de los italianos de la edad media como un ideal popular de felicidad. Dante vivió áun bajo esta fascinacion.

Si se estudiasen, bajo este punto de vista, los edictos de los Emperadores más depravados, nos admiraríamos de ver á la lengua latina plegarse á una multitud de neologismos, necesarios ya, para expresar aquella solicitud completamente nueva en favor de los débiles, de los pequeños, de los miserables, esto es, de las clases sin nombre, que la ley de las doce Tablas no conocia. «Trátase principalmente, dice Diocleciano, del interés de la clase de los más pobres, frecuentemente oprimida por la intervencion de los más ricos.» ¿Qué lenguaje tan nuevo es este? ¿Qué queda aquí de la antigua ley? El interés de la *Novela* es ahora para el pobre contra el rico, para la miseria del deudor contra la *voracidad* del acreedor.

Entre el edicto de Diocleciano sobre los pobres y el de Constantino sobre las viudas y los huérfanos, existe íntimo parentesco; el uno conduce al otro. La filosofía y el evangelio se aproximan insensiblemente en un mismo espíritu. Por algun tiempo se distinguen aun, con gran trabajo, ligeras diferencias entre los edictos de los Emperadores paganos y cristianos; al fin estos matices se confunden en la revolucion de Justiniano. Rios nacidos de dos fuentes opuestas mezclan sus aguas en el mismo cauce, y el estoicismo y el cristianismo, Diocleciano y Constantino, Ulpiano y San Pablo, el perseguidor y el perseguido, acaban por confundirse y perderse en el oceano de las leyes romanas.

Fáltanos explicar cómo con tan buenas leyes, la vida acabó por ser insufrible. Porque los que echaban de ménos la libertad política no se cuidaban de las reformas sociales; y al contrario, los que llevaban á cabo estas reformas, eran los enemigos declarados de la libertad política. En Tácito principalmente es donde resalta esta division; último representante de la libertad, detestaba la tradicion plebeya de los Gracos y de los tribunos. Los jurisconsultos, por otra parte, que introducian en las leyes civiles tantas novedades, tantas rogaciones tribunicias, sufrian sin gran impaciencia la tiranía de los Emperadores. No impidió esto el triunfo de las nuevas ideas; pero hizo que triunfasen en cierto modo por sí mismas en una forma monstruosa y envilecida, esto es, que su

victoria fué más teórica que práctica. Cuando las novedades sociales hubieron triunfado independientemente de toda cuestion política, advirtióse que la antigua Ciúdad habia sido destruida, que se habia levantado otra nueva, que se habian hecho leyes excelentes, pero que no habia en el Estado á quien aplicarlas.

Paréceme que esta historia puede resumirse así: cuando la lucha se prolonga demasiado, sucede, que todo cuanto el hombre se vé obligado á realizar en favor de su triunfo, le deprava, de modo que muchas veces, cuando acaba de vencer, es precisamente cuando ha dejado de ser digno de la victoria: testigo la democracia romana. Monarquía, aristocracia, plebe, senado, república, imperio, todo parecia servir únicamente al establecimiento de la igualdad, de la unidad social, que se impone en el último instante con poder invencible. El carro está tan bien dirigido, que llega al fin sin que pueda nadie honrarse por ello. Marcha, se precipita á través de las generaciones malditas, impulsado por la sola fuerza de las ideas; cuando al fin toca en la meta, no hay ya nadie en el Imperio que pueda aprovechar aquellas leyes. Un mundo nuevo sobrevive que las hereda.

Veleyo Patértulo, en sus himnos á Tiberio, deja escapar algunos acentos, que muestran á las claras cuales eran las ilusiones de las clases elevadas. Corrian delante de la servidumbre del imperio, por que esperaban el restablecimiento de los privilegios de la nobleza y del Senado, la restau-

racion de las antiguas formas aristocráticas y la vuelta al antigúo órden de cosas, siendo así que estas familias debian, por el contrario, ser exterminadas sin exceptuar una por el sistema imperial. Póstranse ante el principe, que les promete la paz con el goce del pasado; pero, en vez de tantos bienes esperados, reciben el filo del cuchillo en la garganta.

De todos los proyectos atribuidos á Catilina: incendio de Roma, proscripcion de los ricos, matanza de la nobleza, anulacion de toda superioridad social, no hubo uno que no fuese realizado por algunos de los emperadores. La conspiracion contra el antigüo órden de cosas que se habia ocultado primero bajo las águilas de Mario, fué consumada por los Cesares, pereciendo de este modo la sociedad por las manos llamadas á salvarla. Unidad de dioses por el estoicísmo, unidad del mundo social por los emperadores; la ciudad pagana no podía ir mas lejos. La conciencia menospreciada y el derecho adorado: ¿podia esto ser el estado permanente y la religion del género humano? En la justicia de aquellos hombres injustos habia una monstruosidad por donde el mundo antigüo habia de perecer, era la falta de coraza.

Juliano, Símaco, Zozimo, vieron claramente que la sociedad antigüa estaba perdida si sus dioses se aruinaban; pero no vieron que estos mismos dioses eran incapaces de sostenerla por mucho tiempo; era un edificio que carecia de base, y que se desplomó desde que se pretendió cambiar sus ci-

mientos. La prueba mas grande para una sociedad consiste en pasar de una religion á otra, y en este esfuerzo fué precisamente donde se arruinó la sociedad antigüa. No bien Arcadio y Honorio hubieron ordenado la destruccion de los monumentos paganos, viéronse huir los espíritus del paganismo, y el imperio romano se hundió con los cimientos del último templo.

La multitud de nacionalidades, hostiles entre sí, de que se formaba la antigüa ciudad, no tenia otro lazo moral que la alianza de los dioses, y asi que este lazo se rompió, el haz se deshizo. Muerto el paganismo, un vacío inmenso se extendió en el imperio, y los barbaros no tuvieron mas trabajo que entrar en él.

Y todavía hallaron mas facil el camino cuando se convirtieron al cristianismo, porque su nueva religion fué durante mucho tiempo la condenacion de la antigúa. No se presentaron ya como aliados ni como suplicantes para pedir tierras; sino que se adjudicaron su parte en el nuevo derecho de gentes, esto es, entraron en las tierras romanas como en un mundo que les pertenecia. Mientras que los últimos paganos estaban desesperados, muchos bárbaros se creyeron ejecutores de una mision de venganza celeste contra el antigüo culto; se apellidaron el *Martillo de dios*, y se pusieron á destruir los templos, sin respetar mas que las iglesias, hasta el punto de pensar algunos que llegaban de las extremidades del universo para decidir la victoria divina. Fué aquella una

fuerza moral incomparable, que dió á las últimas irrupciones la energia de una revolucion de la naturaleza. Roma, despues de haber adorado á todos los dioses del universo, fué destruida por el único cuya evocacion había olvidado en el saqueo de Jerusalen.

Así como cada provincia de la antigüedad llevó al cristianismo su espiritu particular, el Oriente el culto de la Encarnacion, la Grecia el Platonismo, asi tambien Roma llevó á él, con el espiritu de Unidad, la religion del temor pegada á sus murallas. Desde los primeros emperadores se habia visto al Senado, erigido en conclave, decidir soberanamente en materia de religion, entre todos los sacerdocios del paganismo. El pontifice de Júpiter Capitolino era el sacerdote del universo; de esto al principio del catolicismo romano no habia mas que un paso.

Sorprende en verdad que fueran precisamente los emperadores cristianos los que restablecieron la desigualdad de las clases ante la ley. Teodosio castiga con pena de muerte al hombre del pueblo por el mismo crimen que castiga con el destierro en el hombre noble ó el sacerdote. Ya el Evangelio cede su puesto al catolicismo, la antigüedad á la edad media. La forma de la nueva sociedad existe, en principio, en la gerarquia y desigualdades feudales del nuevo sacerdocio, y los pueblos bárbaros no tienen mas que desbordarse para llenar este nuevo molde social.

Aquí es donde acaba la ciudad antigüa, y co-

mienza la nueva; en los confines de estos dos mundos nos detenemos.

En los bajos-relieves tumularios se destaca un Genio fúnebre, que extingue con una mano su antorcha, y con la otra conduce á los infiernos un caballero muerto y velado. Es el Genio de las religiones muertas, que conduce por la mano en el abismo al pueblo romano velado de tinieblas y de esclavitud.

ÍNDICE

Págs.

Prólogo del traductor 5
Prólogo de la segunda edicion (francesa). 35
Prólogo de la primera edicion (francesa). . 37

LIBRO PRIMERO.—DE LA REVELACION POR EL ÓRGANO DE LA NATURALEZA.

I. De la génesis espiritual . . . , . . 41
II. De la tierra considerada como el primer templo 47
III. De la filiacion del género humano . . 57
IV. De la institucion religiosa de la sociedad , ... 63
V. De las emigraciones de las razas humanas en sus relaciones con lá historia de las religiones 69

LIBRO II.—DE LA TRADICION.

I. Cómo se perdió y se ha vuelto á encontrar la tradicion oriental. 88

II. Del renacimiento oriental 99
III. Continuacion 111
IV. Como han sido consideradas las religiones de la antigüedad, ... 123
V. Las revoluciones religiosas en sus relaciones con las revoluciones sociales. 133
VI. De las revoluciones religiosas en sus relaciones con la historia del arte. . 143

LIBRO III.—LAS RELIGIONES INDIAS.

I. La revelacion por la luz.—Los Vedas. —La religion de los patriarcas, . . 166
II. El génesis indio.—La revelacion del infinito por el Océano. , . , . . . 183
III. La religion india en sus relaciones con la poesía épica... 196
IV. El panteismo indio en sus relaciones con la institucion de la familia y de las castas. . . . . , ... 244
V. El drama indio en sus relaciones con la religion.. 267
VI. La filosofía en sus relaciones con la religion.—El Budhismo. . . ' . . . 282
VII. Las religiones de la China.—La revelacion por la escritura. 294

LIBRO IV.—LAS RELIGIONES DEL ASIA OCCIDENTAL Y DEL EGIPTO.—REVELACION POR LA PALABRA Y POR LA VIDA ORGANICA.

I. La religion de los persas. . . , . . 314
II. La religion del Egipto.—La revelacion por la vida orgánica. 335

III. El principio religioso en Babilonia y en Fenicia.—El sentimiento de lo infinito en el amor pagano.. 354

LIBRO V.—LA RELIGION HEBRAICA.

I. Jehová.—La revelacion por el desierto. 362
II. Los profetas. 371
III. Principio de la poesía hebráica.—Los salmos 380
IV. La filosofía hebráica.—Job. . . , . 385
V. Continuacion.—Comparacion del excepticismo oriental con el excepticismo occidental 396
VI. La esclavitud en sus relaciones con las religiones orientales. . . , . . . 408

LIBRO VI.—LAS RELIGIONES GRIEGAS.

I. El aspecto de la naturaleza y de las ruinas 416
II. Lo divino en la humanidad.—Las religiones griegas en sus relaciones con la poesía y las artes. 423
III. Continuacion.—El drama en sus relaciones con las religiones griegas. . . 433
IV. La historia. 444
V. La filosofía en sus relaciones con la religion.—Caida del politeismo. . . . 458

LIBRO VII.—LAS RELIGIONES ROMANAS.

I. La religion y la política. . . . . - 468

II. Roma y el mundo 481
III. Los Césares.—La religion del derecho.
Fin de la ciudad antigua. 497

OBRAS PUBLICADAS

FLORES DE INVIERNO, por Federico de Castro, ex-Rector y Catedrático de la Universidad de Sevilla.—1 tomo, 14 rs.

EL ARTE CRISTIANO EN ESPAÑA, por J. D. Passavant, Director del Museo de Francfort, traducido del Aleman y anotado por Claudio Boutelou, ex-Director y Catedrático de la Escuela de Bellas Artes de Sevilla.—1 tomo 14 rs.

FILOSOFÍA DE LA MUERTE.—Estudio hecho sobre manuscritos de D. Julian Sanz del Rio, por Manuel Sales y Ferré.—1 tomo 14 reales.

LA PINTURA EN EL SIGLO XIX, por Claudio Boutelou.—1 tomo 14 reales.

HISTORIA DE LOS MUSULMANES ESPAÑOLES HASTA LA CONQUISTA DE ANDALUCÍA POR LOS ALMORAVIDES (711-1110), por R. Dozy, traducida y anotada por Federico de Castro, ex-Catedrático de

Historia en España de la Universidad de Sevilla. 4 tomos, 64 reales.

HISTORIA DE LA GEOGRAFÍA Y DE LOS DESCUBRIMIENTOS GEOGRAFICOS, por Vivien de Saint-Martin, traducida y anotada por Manuel Sales y Ferré, Catedrático de Geografía-Histórica en la Universidad de Sevilla,—Con mapas intercalados en el texto, 2 tomos, 40 reales.

ESTUDIOS POLITICOS Y SOCIALES, por Herbert Spencer, traducidos del inglés por Cláudio Boutelou.—1 tomo, 14 reales.

LIBRO DE AGRICULTURA, por el árabe Abu-Zacaría, seguido del «Catecismo de Agricultura» por Victor Van-Den-Broeck y de las «Conferencias agrícolas sobre los Abonos químicos» por Georges Ville.=2 tomos, 32 reales.

INVESTIGACIONES ACERCA DE LA HISTORIA Y LITERATURA DE ESPAÑA DURANTE LA EDAD MEDIA, por R. Dozy, traducidas de la segunda edicion y anotadas por Antonio Machado y Alvarez.—2 tomos, 36 reales.

EL GOBIERNO REPRESENTATIVO, por Jhon Stuart Mill, traducido del inglés con notas y observaciones, por Siro García del Mazo, Jefe de Trabajos Estadisticos de la provincia de Sevilla.—1 tomo, 18 reales.

El Cristianismo y la Revolucion Francesa, por Edgar Quinet, traducido por Siro Garcia del Mazo.—1 tomo, 12 reales.

La verdad y el error en el Darwinismo, por Ed. de Hartmann, traducido por M. Sales y Ferré.—1 tomo, 12 reales,

Estudio de los pueblos en la Exposicion de París de 1878, por Cláudio Bontelou.—1 tomo, 16 reales.

El Sol. por el P. A. Secchi S. J., Director del observatorio del Colegio Romano, traducido por A. García, ex-Catedrático de Física y Química. —2 tomos, 40 reales.

Lecciones de Fisiología general y Medicina Experimental, por Cláudio Bernard, traducidas por Javier Lasso de la Vega y Cortezo, Bibliotecario de la Academia de Medicina de Sevilla.—1 tomo, 14 reales.

Educacion física, intelectual y moral, por Herbert Spencer, traducido por Siro García del Mazo.—1 tomo, 12 reales.

OBRAS EN PUBLICACION

PREHISTORIA Y ORÍGEN DE LA CIVILIZACION, por Manuel Sales y Ferré.

EL LIBRO DE LA NATURALEZA, por Schoedler, traducido por Antonio Machado y Nuñez, Catedrático de Historia Natural en la Universidad de Sevilla.

LA HIJA DEL FARAON, por Gregorio Ebers, traducida por Federico de Castro.

HISTORIA POLÍTICA DE LOS PAPAS, por Lanfrey, traducida por Manuel Sales y Ferré.

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA, por Odyssee-Barrot, traducida por José Villó, Catedrático de la Universidad de Valencia.

PSICOLOGÍA ALEMANA CONTEMPORANEA, por Ribot, traducida por Francisco Martinez Conde, Profesor de la asignatura.

HISTORIA ANTIGUA DE EGIPTO, por Manuel Sales y Ferré.

HISTORIA DE LAS BELLAS ARTES EN SEVILLA, por Cláudio Boutelou.

OBRAS QUE SE HALLAN DE VENTA
EN ESTA ADMINISTRACION

CONPENDIO RAZONADO DE HISTORIA GENERAL, por D. Fernando de Castro, continuado por Manuel Sales y Ferré.—4 tomos, 80 reales.

RESÚMEN DE HISTORIA GENERAL, por D. Fernando de Castro, Duodécima edicion, aumentada por Manuel Sales y Ferré.—1 tomo, 20 reales.

RESÚMEN DE HISTORIA DE ESPAÑA, por don Fernando de Castro. Duodécima edicion, aumentada con la edad antigua por Manuel Sales y Ferré. —1 tomo, 12 reales.

DISCURSO ACERCA DE LOS CARACTERES HISTÓRICOS DE LA IGLESIA ESPAÑOLA. por D. Fernando de Castro. —4 reales.

COMENTARIOS Á LA «HISTORIA NATURAL DEL HOMBRE» DE QUATREFAGES, por Manuel Sales y Ferré.—Primer cuaderno, 4 reales.

EL QUIJOTE PARA TODOS, abreviado y anotado por un entusiasta de su autor. Libro de lectura para las Escuelas Normales de Maestros.—10 reales en rústica y 12 en holandesa.

El Quijote de los niños, abreviado por un entusiasta de su autor. Libro de lectura para las escuelas.—Tercera edicion, 8 reales en holandesa.

Catecismo de Agricultura, por Víctor Van-Den-Broeck.—1 tomo, 4 reales.

Apología de los Asnos, por un asnólogo aprendiz de poeta.—1 tomo, 4 reales

OBRAS EN PUBLICACION

PREHISTORIA Y ORÍGEN DE LA CIVILIZACION, por Manuel Sales y Ferré.

EL LIBRO DE LA NATURALEZA, por Schoedler, traducido por Antonio Machado y Nuñez, Catedrático de Historia Natural en la Universidad de Sevilla.

PSICOLOGÍA ALEMANA CONTEMPORANEA, por Ribot, traducida por Francisco Martinez Conde, Profesor de la asignatura.

FILOSOFÍA DE LA HISTORIA, por Odyssee-Barrot, traducida por José Villó, Catedrático de la Universidad de Valencia.

HISTORIA POLÍTICA DE LOS PAPAS, por Lanfrey, traducida por Manuel Sales y Ferré.

LA HIJA DEL FARAON, por Georges Ebers, traducida por Federico de Castro.

HISTORIA DE LAS BELLAS ARTES EN SEVILLA, por Cláudio Boutelou.

HISTORIA ANTIGUA DE EGIPTO, por Manuel Sales y Ferré.

LAS ESTRELLAS, por el P. A. Secchi, traducido por A. García.

G 37975